

Viveca STEN

Círculos cerrados



MAEVA

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos

<http://www.maeva.es/guias-lectura>

Índice

Cubierta

1. Domingo

2

3

4

5

6

7. Lunes, primera semana

8

9

10

11

12. Martes, primera semana

13

14

15

16

17

18

19. Miércoles, primera semana

20

21

22

23. Jueves, primera semana

24

25

26. Viernes, primera semana

27

28

29

30

31. Sábado, primera semana

32. Domingo, primera semana

33. Lunes, segunda semana

34

35. Martes, segunda semana

36. Miércoles, segunda semana
- 37
38. Jueves, segunda semana
39. Viernes, segunda semana
- 40
41. Sábado, segunda semana
42. Domingo, segunda semana
43. Lunes, tercera semana
44. Martes, tercera semana
45. Miércoles, tercera semana
46. Jueves, tercera semana
- 47
- 48
49. Viernes, tercera semana
- 50
- 51
52. Sábado, tercera semana
- 53
- 54
55. Domingo, tercera semana
- 56
57. Lunes, cuarta semana
- 58
- 59
60. Martes, cuarta semana
- 61
- 62
63. Miércoles, cuarta semana
- 64
- 65
- 66
67. Jueves, cuarta semana
- 68
69. Viernes, cuarta semana
- 70
71. Sábado, cuarta semana
72. Domingo, cuarta semana
73. Lunes, quinta semana

74

75. Martes, quinta semana

76

77. Miércoles, quinta semana

78

79

80. Jueves, quinta semana

81

82

83

84. Viernes, quinta semana

85

86

87

88

89

90

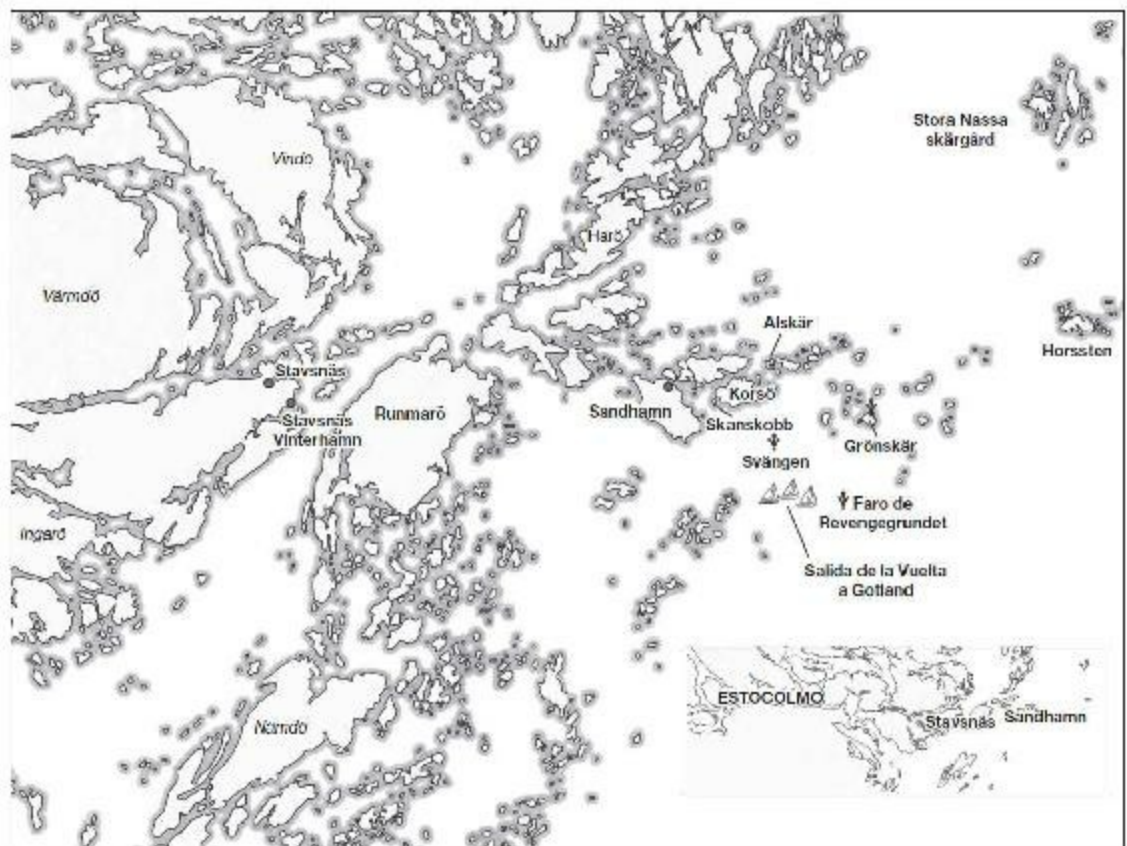
91

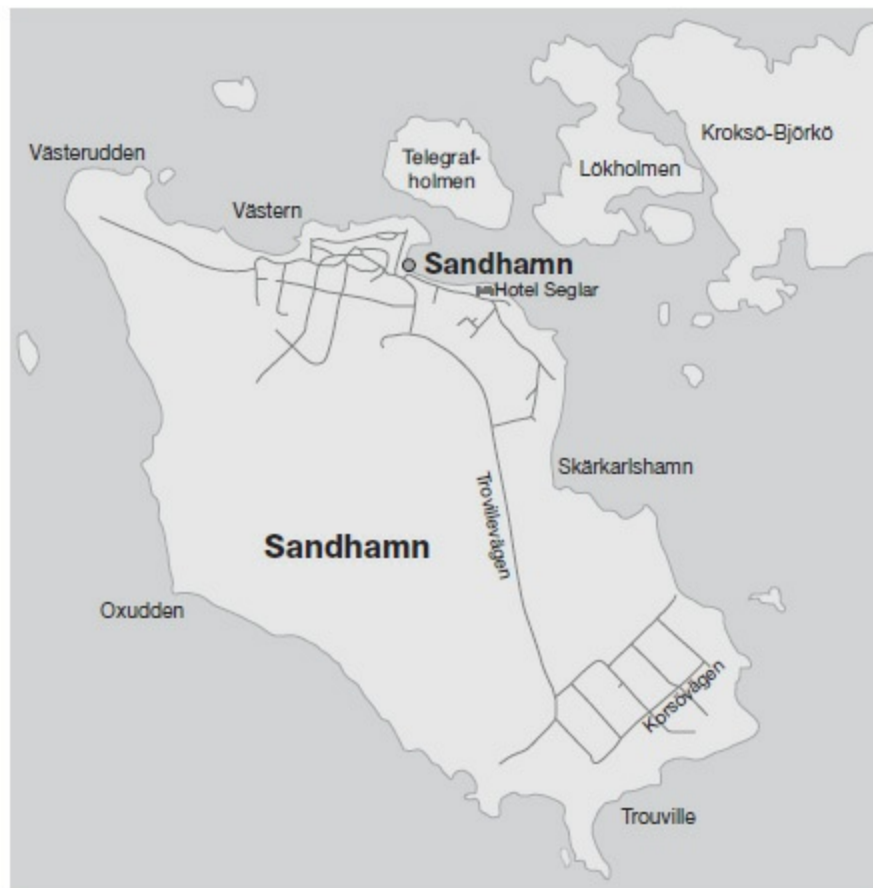
Agradecimientos

Notas

Créditos

Al Alexander más bueno del mundo





La isla de Sandhamn es un pintoresco enclave del archipiélago de Estocolmo, formado por un conjunto de 24.000 islas, que está situado frente a la capital sueca y que se ha convertido en una zona muy turística. A principios del siglo XVIII, el archipiélago tenía una población de 2.800 personas, en su mayoría pescadores. Hoy, los habitantes del archipiélago, que cuenta con más de 50.000 casas repartidas en las distintas islas, se reparten entre veraneantes y residentes que, en su mayor parte, trabajan en Estocolmo.

Originalmente, la isla se llamaba Sandön, «isla de la Arena», y Sandhamnera el nombre de un asentamiento situado en el noreste.

Las islas que forman el archipiélago son muy populares entre los aficionados a la navegación, y son un escenario ideal para una novela de misterio como *Círculos cerrados*.

Domingo

Una voz femenina continuaba lentamente la cuenta atrás en la calle Dieciséis a través del transceptor.

–Diez, nueve, ocho...

El mar era un hervidero de barcos. Los grandes veleros, con velas formidables y cascos relucientes, se concentraban en la línea de salida a un par de millas de la isla de Sandhamn. Fuera de la zona de salida, los espectadores maniobraban con sus barcos para conseguir la mejor posición. Con los prismáticos en la mano, seguían impacientes el espectáculo que se desarrollaba delante de sus ojos.

El barco que daba el pistoletazo de salida, un buque dragaminas prestado por la Marina, se encontraba a estribor de la línea de salida. Las grandes velas se despleaban como globos para aprovechar la débil brisa al máximo.

Las perspectivas de una regata emocionante eran perfectas.

La voz continuó su cuenta atrás para anunciar la salida.

–Siete, seis...

Los veleros que participaban en la regata maniobraban hábilmente para tomar posición. Era un milagro que no chocaran. A veces, los separaban solo unos decímetros en su lucha por conseguir el mejor sitio, lo más cerca posible de la bandera naranja de barlovento.

–Cinco, cuatro...

Cuando faltaran tres segundos, se daría el pistoletazo de salida. El sonido tardaba unos segundos en escucharse.

El vicepresidente primero del Real Club de Vela de Sandhamn, el abogado Oscar Juliander, estaba de pie, con las piernas abiertas y seguro de sí mismo, al timón de su magnífico velero Swan, una elegante belleza bautizada con el nombre de *Emerald Gin*. Tenía setenta y un pies de eslora y contaba con una tripulación de quince hombres. Lo había comprado por una pequeña fortuna –más de doce millones– en el astillero de Nautors, en Finlandia.

Oscar Juliander pensaba que valía hasta la última corona. Muy mal se tenían que dar las cosas para que no fuera el primero en cruzar la línea de salida. Ese verano se llevaría a casa una victoria rotunda en la Vuelta a Gotland, costara lo que costase.

Sentía cómo la adrenalina le corría por las venas. ¡Dios, cuánto le gustaba navegar!

Lanzó una rápida ojeada hacia el horizonte y advirtió con satisfacción que el

helicóptero de televisión sobrevolaba la zona. Conseguirían unas buenas imágenes cuando el *Emerald Gin* saliera el primero.

Como de costumbre, no tenía nada en contra de aparecer en los medios de comunicación, y estos tampoco tenían nada en contra de sacarlo. Solo se trataba de mantenerse hasta el final en la codiciada primera posición por la que todos competían.

Apretó los puños. Pronto, muy pronto, estarían navegando hacia Gotland.

La espuma del mar se arremolinaba alrededor de la quilla, cuando avanzaban en el agua, a solo unos metros de la línea de salida. No podían cruzarla antes de tiempo, en ese caso se verían obligados a retroceder de nuevo. Una vergüenza que les haría perder unos preciosos minutos decisivos.

Mientras apuraban los últimos segundos de la cuenta atrás, contuvo la respiración. Estaba tan cerca que casi podía tocar la boya.

Tras el pistoletazo de salida, una nube de humo apareció en el cielo y el disparo retumbó sobre la superficie del mar.

El vicepresidente primero del Real Club de Vela, Oscar Juliander cayó lentamente hacia delante. Sus manos soltaron el timón mientras la sangre le salía a borbotones por una herida en el pecho. Sus ojos cegados nunca alcanzaron a ver el inicio de la regata. Antes de que su cuerpo cayera pesadamente al suelo, ya estaba inconsciente.

El disparo que mató a Oscar Juliander coincidió exactamente con el que dio la salida a los participantes.

El *Emerald Gin* cruzó la línea a la cabeza de los barcos de su clase.

–¿Qué hacen? –exclamó el inspector de la Policía judicial Thomas Andreasson.

Se encontraba junto a su mejor amigo de la Policía marítima, Peter Lagerlöf, a bordo de uno de los mejores barcos de la flota de la Policía marítima, un CB90 de combate que tenía casi dieciséis metros de eslora y podía alcanzar los cuarenta nudos.

Thomas había estado al mando del barco durante los años que trabajó en la Unidad Especial de la Policía marítima de Estocolmo. Ahora el capitán era Peter, porque Thomas se había trasladado hacía varios años a la brigada de delitos violentos de la comisaría de Nacka.

Cuando Peter le preguntó si quería ir a ver la salida de la Vuelta a Gotland, no se hizo de rogar. Uno no renunciaba a pasar un día en el mar. Y menos cuando se trataba de la regata marítima más importante del norte de Europa.

Su experto olfato de policía le decía que pasaba algo. Un lujoso Swan 601, que iba en la primera posición de su clase, de repente viró y se quedó fuera de la zona de salida. Una maniobra insólita y extraña, ya que debería mantener el curso recto en dirección a Almagrundet, de camino hacia Gotland.

–Pásame los prismáticos, por favor –dijo, extendiendo la mano.

Se llevó los prismáticos Zeiss negros a los ojos al tiempo que se erguía en toda su estatura, un metro con noventa y cuatro centímetros, para ver mejor.

El Swan había cogido viento de proa justo fuera de la línea de salida. Debería de haber avanzado ya unos cientos de metros por su calle. Sin embargo, se había quedado rezagado, mientras que el resto de las embarcaciones se alejaba a toda velocidad.

En la proa del barco, uno de los miembros de la tripulación agitaba los brazos por encima de la cabeza. La clásica señal de socorro en el mar.

Thomas pudo ver su rostro angustiado a través de la lente. Se le encogió el estómago. Algo grave estaba pasando a bordo.

–¿Ves algo? –preguntó Peter, a la vez que entrecerraba los ojos frente a los intensos reflejos.

–Parece como si hubiera pasado algo en la bañera. Hay varias personas junto al timón. –Thomas se ajustó los prismáticos para ver con mayor nitidez–. Parece –continuó, hablando despacio– que hay alguien que está bocabajo en el suelo y no se mueve. Pero no estoy seguro; la visibilidad es mala.

Peter se volvió rápidamente hacia el policía que estaba al timón.

–Acércate hasta el Swan.

Su compañero hizo una maniobra hábil y viró hacia el velero.

—¡El capitán ha recibido un disparo! —gritó el joven de la cubierta cuando se acercaron a él, mientras hacía aspavientos con ambas manos—. ¡Joder, alguien nos ha disparado!

Hizo una pausa, como si acabara de darse cuenta de que podían recibir más tiros. Asustado, se agachó y se pegó todo lo que pudo contra el palo mayor. Sus ojos abiertos de par en par transmitían miedo y confusión.

Thomas miró a su alrededor sin saber realmente lo que estaba buscando. Era imposible distinguir una amenaza en el hervidero de barcos que se apiñaban en el mar.

La gran multitud de espectadores parecía no haber advertido lo ocurrido. La mayoría estaban ocupados siguiendo los veleros que se alejaban. Los reflejos del sol danzaban sobre la superficie del agua y, tras ellos, se alzaba el gran dragaminas que había dado la salida. A lo lejos se vislumbraba el contorno de Sandhamn y la torre de Korsö.

Thomas era consciente de la gravedad de lo sucedido. Se había cometido un asesinato delante de sus narices, ante cientos de espectadores y participantes, en uno de los principales eventos deportivos del país. Aquello se convertiría en un caos mediático sin precedentes.

Un yate enorme, un Storebro 500, se acercaba al lugar. Sus casi diecisiete metros de eslora se repartían en una construcción de varios pisos. La caoba finamente pulida del casco relucía. En la parte superior, un gran puente de mando exterior desde el cual se podía pilotar el barco.

A través de la bruma provocada por el intenso bochorno, Thomas pudo distinguir a un grupo de hombres y mujeres que los miraban. Un hombre de mediana edad con la gorra de capitán y el emblema del Real Club de Vela de Sandhamn llevaba el timón. Cuando se encontraban a diez metros del barco de la Policía, el hombre se inclinó hacia delante.

—¿Ha pasado algo? —gritó.

—Mantenga la distancia —respondió Peter también a gritos.

No era fácil maniobrar sin acercarse demasiado al Swan ni chocar con el yate. Una colisión en esas circunstancias era lo que les faltaba.

—Llevamos a bordo a la esposa de Juliander. ¿Qué le ha ocurrido a su marido?

Un hombre de unos cincuenta años, con el pelo plateado y gafas de sol, se puso de pie en el puesto de mando del velero. Parecía aturdido e impresionado, como si no pudiera dar crédito a lo que acababa de ver. En la camisa blanca tenía salpicaduras de algo rojo.

—¡Alguien ha disparado a Oscar! —gritó el hombre que llevaba la gorra de capitán—.

Oscar ha muerto.

A lo lejos, Thomas observó que una mujer de cabello castaño claro se llevaba las manos a la cara antes de desaparecer de su vista. Después, el ruido del helicóptero de la televisión ahogó cualquier intento de comunicación.

Nora Linde puso la mano en la manija de hierro fundido y la presionó con cuidado hacia abajo. La antigua verja blanca respondió inmediatamente y se abrió hacia el hermoso, aunque algo descuidado, jardín.

Se detuvo en las escaleras que subían hasta la puerta de Villa Brandska, la casa más bonita de Sandhamn. Se alzaba en lo alto de Kvarnberget, justo delante de la bocana del puerto, con vistas a toda la bahía. Fuera, en el estrecho, se veía uno de los *ferries* blancos de la compañía Waxholm entrando en el antiguo muelle. Repleto de turistas, claro, pues era temporada alta. Nora pudo ver a los pasajeros expectantes, que, apoyados en la borda, miraban hacia Sandhamn.

Su cabello rubio se agitaba con la brisa ligera. Le había crecido durante el invierno y ahora le llegaba a los hombros. Con un gesto rutinario, se lo recogió en una cola de caballo. De lejos parecía una adolescente, con su figura juvenil y sus largas piernas bronceadas. Solo cuando uno se acercaba, advertía que era una mujer adulta madre de dos hijos.

Acababa de cumplir treinta y nueve años y algunas arrugas se dibujaban alrededor de sus ojos. Entre la melena pelirroja se veía alguna que otra cana, y las pecas de su nariz chata daban cuenta del sol estival. Bajo sus ojos grises se distinguían unas profundas ojeras. Se había pasado todo el día apesadumbrada por culpa de su mal humor. Había despachado a Henrik con cajas destempladas y les había gritado a los niños. Al final, Simon, que solo tenía siete años, le preguntó si estaba tan enfadada porque alguien había sido malo con ella. Adam, que estaba a su lado, asintió con la cabeza.

Eso le dolió.

Respiró profundamente y se prometió a sí misma no dejarse influir de aquella manera. O, al menos, no descargar la tensión con su familia.

Ya se había repuesto de la sorpresa de que Signe Brand, una especie de segunda madre para ella, le hubiera legado Villa Brandska. Pero la tristeza y el dolor por lo que Signe había hecho seguían vivos. El verano anterior se descubrió que había matado a su sobrino y a la prima de este después de que le exigieran su parte de la gran casa. La propia Nora estuvo a punto de morir de un *shock* insulínico cuando Signe, sin ser consciente del peligro que corría, la encerró en el faro de Grönskär. Si Thomas, su mejor amigo, y Henrik, su marido, no la hubieran encontrado en el último segundo, ella también habría perdido la vida. Nora se estremeció. Respiró profundamente y trató de serenarse. El nudo del estómago no quería ceder, pero había

llegado el momento de entrar. Tenía que decidir qué iba a hacer con la casa, y aquel era un día tan bueno como cualquier otro.

Subió con paso lento los pocos escalones e introdujo la llave en la cerradura, que se resistió un poco; nada inusual en una casa tan antigua. Cuando la puerta se abrió apareció ante ella la imagen familiar de una casa que Nora había visitado desde la infancia. La amplia entrada que conducía al gran comedor con vistas al mar estaba tan cerca que uno podía sentir el olor. Las soberbias cortinas antiguas de encaje enmarcaban los altos ventanales, y en una esquina destacaba la enorme chimenea de cerámica. Los azulejos, de color verde oscuro, estaban decorados con guirnaldas doradas.

Al lado del comedor, se encontraba la sala con la galería acristalada con parteluces en la que se disponían unos antiguos sofás. Allí fue donde encontraron a Signe poco antes de que muriera, tras ingerir morfina mezclada con una gran dosis de analgésicos.

La casa estaba completamente en silencio. Demasiado silenciosa. Nora cayó en la cuenta de qué era lo que fallaba. El viejo reloj de pared Mora del comedor se había parado. Signe siempre tuvo buen cuidado de dar cuerda al reloj del siglo xix de su abuelo Alarik Brand.

Nora se acercó al aparador gris que había en una esquina y sacó la llave. Sabía muy bien dónde la guardaba Signe. En la parte de arriba, en el cajón de la izquierda. Abrió con cuidado el cristal del reloj y le dio cuerda. El familiar tictac le hizo sonreír al tiempo que los ojos se le inundaban de lágrimas. Parpadeó rápidamente para evitarlas. Tenía que ser capaz de hacerlo.

El día anterior por la noche, Henrik y ella estuvieron a punto de tener una discusión. Él pensaba que tenían que poner en venta Villa Brandska, debían vender la casa lo antes posible para que pudieran seguir adelante. Estaban hablando en la cama; los niños hacía tiempo que se habían dormido. Ella lo escuchaba atentamente. La luz de la lámpara de noche formaba sombras alargadas sobre el papel pintado con motivos azules. Las dos ventanas estaban abiertas de par en par a causa del calor, pero, de todos modos, en el dormitorio no entraba una pizca de aire.

El hermoso rostro de Henrik estaba serio y su mirada de ojos marrones, circunspecta. Al observarlo, Nora se dio cuenta de lo atractivo que seguía siendo su marido. El fuerte cabello oscuro con alguna que otra cana no había empezado a clarear como les ocurría a muchos de sus conocidos. La raya al medio favorecía sus rasgos marcados. A Nora aún le sorprendía que un hombre tan guapo y extrovertido como Henrik se hubiera fijado en ella.

Nora era bastante más tímida y reservada. En las relaciones sociales, no tenía tanta confianza en sí misma como él, y admiraba la capacidad de Henrik para encontrarse cómodo en cualquier situación. Siempre acababa siendo el centro de la reunión,

mientras que ella solía conformarse con escuchar las animadas discusiones. Pero le gustaba estar junto a él y ver cómo sus amigos se reían con sus chistes y sus comentarios ingeniosos.

Mientras Henrik hablaba, Nora deslizó los dedos por su brazo. Aspiró su olor bier conocido desde hacía quince años.

«Te estabas muriendo, Nora», dijo él en ese momento. «Si no hubiéramos entrado en el faro, no te habrías recuperado. Podrías haber sufrido graves daños cerebrales. ¿Cómo puedes querer vivir en su casa después de algo así?»

Si fuera tan fácil, pensó Nora, y lanzó un suspiro.

Salió del comedor y subió la escalera. Cuatro amplios dormitorios ocupaban casi todo el piso superior. El que en un principio era el quinto dormitorio se convirtió pronto en un cuarto de baño con una gran bañera con garras de león.

Como Signe había vivido sola en la casa durante mucho tiempo, únicamente había utilizado el dormitorio que daba al sur. Los demás habían estado desocupados desde que Nora tenía memoria y aún conservaban los muebles originales de principios del siglo xx, de cuando Signe era niña. Eran muebles antiguos y voluminosos, pero encajaban bien en ese ambiente. Muchos estaban hechos a mano y eran auténticas obras de arte.

En uno de los dormitorios había un soberbio sofá cama plegable de estilo antiguo, con madera tallada y tapicería de terciopelo negro. Signe le había contado que su hermano una vez estuvo a punto de asfixiarse, cuando se acostó allí una noche y, por algún motivo, el sofá se cerró accidentalmente. En el último minuto, su madre había oído los gritos aterrados del niño y acudió corriendo. Después de aquello, Helge se negó a dormir en el sofá cama. Toda la familia tuvo que viajar a Gustavsberg para comprarle una cama nueva.

Nora se detuvo delante de un retrato de los padres de Signe. Miraban serios a la cámara. La madre vestía completamente de negro y estaba sentada en un sillón. El padre, de pie detrás de ella, mostraba un gesto autoritario. Al fondo se veía la hermosa estufa del comedor.

Ahora ya no pudo contener las lágrimas. La idea de que Signe estaba muerta era insoportable, al igual que la causa de su muerte.

La ausencia cayó sobre su pecho como una losa. Tenía que decidir qué iba a hacer con aquella casa. Había llegado el momento de tomar una decisión.

–La salida de la Vuelta a Gotland ha estado marcada por el asesinato de uno de los participantes, el abogado Oscar Juliander, que era además vicepresidente del Real Club de Vela de Sandhamn.

El presentador de televisión describió con voz tranquila lo que había ocurrido mientras, de fondo, se veían imágenes del mar espumoso surcado por los veleros que se dirigían a Gotland.

–Oscar Juliander era un socio de renombre del bufete de abogados Advokatbyrå Kalling, uno de los mayores de Suecia. Durante muchos años de profesión había adquirido un gran prestigio y era uno de los administradores concursales más solicitados.

En la imagen apareció el primer plano de un hombre de unos sesenta años que, con gesto grave, miraba fijamente a la cámara a través de sus gafas de sol. Llevaba un polo azul oscuro de piqué. Su frente enrojecida y brillante revelaba que había estado en el mar bajo el sol abrasador.

–Estamos conmocionados, naturalmente –dijo el hombre, que, según el texto que apareció en el recuadro inferior de la pantalla, era el presidente del Real Club de Vela, Hans Rosensjöö–. En este momento tan difícil, nuestros pensamientos se dirigen en primer lugar a su esposa, Sylvia, y a sus hijos.

–¿Qué puede decirnos del finado? –preguntó el reportero, acercándole peligrosamente el micrófono cerca de la nariz.

Hans Rosensjöö pareció ofendido, como si considerara inapropiada la pregunta.

–Oscar era un auténtico regatista y un compañero muy querido. En el Real Club de Vela lamentamos que ya no esté entre nosotros.

–¿Tiene alguna idea de quién puede estar detrás de su asesinato? –continuó el reportero.

–Debe ser la Policía quien responda a esa pregunta –contestó Rosensjöö, queriendo dar a entender que daba por terminada la conversación. Dio un paso hacia atrás como si tratara de excusarse.

–¿Van a suspender ahora la regata? –preguntó el reportero en tono exaltado–. ¿Piensan continuar con la competición en estas circunstancias, cuando saben que hay un asesino suelto en el mar?

–La competición seguirá según lo previsto. Eso es lo que habría querido Oscar. Por lo demás, realmente no tengo nada más que decir –zanjó Hans Rosensjöö sin tratar de ocultar su irritación.

El periodista señaló el puerto donde las lanchas motoras y los veleros estaban atracados los unos junto a los otros a lo largo de los muelles.

—Aquí, en medio del paradisíaco archipiélago, los socios y otros regatistas se preguntan si continuar navegando supone un riesgo para sus vidas. La Policía no ha dado aún ninguna explicación posible sobre la causa de la muerte, pero la isla de Sand-Sandhamn está conmocionada y las especulaciones van en aumento.

La cámara se deslizó sobre la superficie del agua y se detuvo un instante en Lökholmen, la gran instalación portuaria frente a Sandhamn. A la izquierda se vislumbraba el islote de Telegrafholmen, que enmarcaba el puerto y creaba un espacio al abrigo del viento que daba fama a la capital del deporte de la vela. Luego se desplazó y enfocó el velero Swan de Oscar Juliander, que se encontraba solo, a lo lejos, junto a uno de los pontones. El casco verde relucía bajo los rayos del sol. Parecía abandonado a la deriva, como un caballo de carreras olvidado en las cuerdas cuando la carrera estaba a punto de comenzar.

La Policía había acordonado con cinta blanquiazul el último tramo del muelle. PROHIBIDO EL ACCESO decía en un cartel rojo y amarillo con mención explícita al artículo que prohibía acercarse a los curiosos. A lo lejos se vislumbraba un barco de la Policía que se mecía suavemente sobre las olas.

Con una imagen panorámica final del edificio de madera de color rojo Falun, sede del Real Club de Vela, en el que las banderas ondeaban a media asta, terminó la conexión.

—¿Has oído, Ingmar? —preguntó Isabelle von Hahne a su marido, apartando la mirada de la pantalla del televisor en su suite del hotel Seglar—. Esto no le ha salido tan bien al bueno de Hans. Este viejo carca necesitaría hacer unas pocas prácticas en los medios de comunicación.

Lanzó una mirada distraída afuera, a través de la puerta del balcón, antes de apagar el televisor con el mando a distancia. Como de costumbre, su cabello rubio lucía un corte paje perfecto en el que unas discretas mechuras más claras se entrelazaban de forma muy favorecedora. En el dedo meñique de la mano izquierda llevaba su sello en oro y azul con el escudo de armas símbolo de la noble familia báltica. Observó de pasada que hacía falta limpiarlo. Su alianza de boda, con un diamante, necesitaba también un repaso. Luego se encogió de hombros e inquieta empezó a hojear una revista.

Ingmar von Hahne negó con la cabeza.

—¿Qué esperas en un día como este? Después de un suceso así. —Se acercó al

minibar y sacó una botellita de whisky.

—¿Tienes que beber ahora? —preguntó Isabelle haciendo una mueca.

Ingmar miró a la mujer que era su esposa desde hacía más de treinta años, pero eludió contestar a su pregunta retórica.

—Esta tarde a última hora vamos a tener una reunión extraordinaria de la junta —comentó—. Hans me ha pedido que haga una ronda de llamadas para comunicárselo al mayor número posible de miembros. Tenemos que sacar un comunicado de prensa y hablar de cómo debemos tratar esta trágica situación.

—¿No tiene una secretaria que pueda hacerlo?

—Soy el secretario de la junta —recordó Ingmar a su esposa—. Este es uno de los cometidos que incluye mi cargo. Sobre todo, en una situación de crisis como esta.

Abrió la botellita de whisky y vació el contenido en un vaso.

—Nos reuniremos a las ocho. En la sala de socios. Tendrás que cenar sola, pero, de todos modos, esta noche yo no habría sido una compañía agradable. Quizá puedas cenar con Britta.

Isabelle suspiró y encendió de nuevo el televisor con gesto malhumorado.

—Britta Rosensjö de lo único que quiere hablar es de sus nietos.

Ingmar dio un trago al whisky.

—A propósito, ¿ha hablado alguien con Sylvia desde que volvió a la isla? —preguntó.

—Que yo sepa, no —contestó su marido, tras negar primero con la cabeza—. Pero supongo que Hans se habrá ocupado de que le dieran algún tranquilizante. Él iba a llamar a los hijos. Seguro que estarán de camino, si es que no han llegado ya.

—Te referirás a los conocidos —murmuró Isabelle.

Ingmar le lanzó una mirada rápida.

—Sé que Oscar no era santo de tu devoción, pero tampoco se merecía esto.

Recordó a su amigo la última vez que hablaron. Había sido el día anterior, en la reunión de patronos de los veleros, que tuvo lugar el sábado por la tarde, a las ocho. Entonces se reunieron todos los regatistas para hacer el último repaso de las condiciones de la competición. Oscar estaba de pie en el muelle grande, junto al asta de las banderas, con una amplia sonrisa en los labios y tan bronceado como de costumbre. Su cabello, de un rubio intenso, que aún no se había vuelto del todo gris, estaba descolorido por el sol, al igual que sus pantalones cortos de vela, que habían pasado del rojo intenso original a un rosa claro. Se encontraba de muy buen humor. Briosos y enérgicos. Había bromeado y reído con la tripulación.

Ingmar von Hahne se acercó de nuevo al minibar.

–**N**ora, ¿has oído lo que ha pasado?

Henrik entró por la puerta principal con el gesto alterado. Nora se había quedado dormida en el sofá. La inquietud tras su visita a la casa de Signe la había dejado agotada.

Ella lo miró medio dormida.

–¿Qué dices?

–Alguien ha disparado a Oscar Juliander.

–¿Qué?

–El abogado, el vicepresidente del Club de Vela. Lo han asesinado justo cuando dieron el pistoletazo de salida.

–¿De verdad?

–¿Te acuerdas que ayer estuvimos mirando su barco? *Emerald Gin*, se llama. Era el Swan que estaba amarrado en el muelle grande del puerto.

–¿El verde?

–Sí, ese.

Nora pensó inmediatamente en los sucesos del verano anterior. Otro asesinato en Sandhamn. Se le hizo un nudo en el estómago. No quería que lo que decía Henrik fuera cierto.

–¿Estás seguro?

–Sí. Ha salido en las noticias. –Alcanzó el mando a distancia y encendió el teletexto–. Mira, ¿lo ves?

Las letras verdes que brillaban sobre el fondo negro describían fríamente lo que había sucedido durante el día.

Nora sintió que las lágrimas le nublaban la vista. Todos los recuerdos terribles cayeron sobre ella.

–¡Joder, qué historia! –continuó Henrik sin darse cuenta de la reacción de Nora. Sacó el teléfono–. Tengo que llamar a mis padres. La casa de veraneo que tiene Juliander en Ingarö está muy cerca de la suya.

Desapareció en la cocina y Nora oyó que empezaba a hablar.

Ella se volvió a hundir en el sofá. No quería creer que fuera cierto.

—¿Qué le pasa a la gente de esa isla?

Göran Persson, el jefe de la Policía judicial de la comisaría de Nacka, más conocido como el Viejo, no pudo contener su irritación.

Eran las seis y media de la tarde del domingo, y Thomas había vuelto a la capital. Lo acompañaban sus dos colegas más jóvenes, Kalle Lidwall y Erik Blom, que habían sido convocados apresuradamente a la reunión. A su lado se sentaba Carina Persson, la hija del Viejo, que durante los dos últimos años había trabajado de auxiliar administrativa mientras se preparaba para entrar en la Escuela Superior de Policía. En otoño, por fin, podría empezar.

—El verano pasado tuvimos a una vieja loca que mató gente a diestro y siniestro por una vieja casa. Este verano disparan al patrón de un velero en alta mar. Los periodistas están enloquecidos. ¿Tenéis idea de cuántos han llamado ya?

El Viejo tenía la cara roja y la frente sudorosa. Su cuerpo imponente se desparramaba fuera de la silla. A lo lejos retumbaban los truenos y el cielo estaba cubierto de nubes de color plomizo que se habían acumulado y reemplazado al tiempo soleado.

—Otro verano que se va a ir a la mierda porque algún hijo de puta de gatillo fácil no puede mantener los dedos bajo control.

Que yo sepa, no fue tu verano el que se fue a la mierda, pensó malhumorada la inspectora de la Policía judicial Margit Grankvist mientras tomaba un sorbo del café, con sabor a posos, que acababa de sacar de la máquina.

Aún mantenía fresco en la memoria el recuerdo de sus fracasadas vacaciones del verano anterior, cuando se vio obligada a abandonar a su marido y a sus dos hijas adolescentes en la Costa Oeste para incorporarse a la investigación de los asesinatos de Sandhamn.

Como de los escarmentados salen los avisados, este año había alquilado una casa en Djurö, a tres cuartos de hora en coche de la comisaría. El hecho de que sus hijas se alejaran de la pandilla de moteros que habían conocido en el sur, en Halland, también contribuyó, en cierta medida, a que tomara esa decisión.

Después de tres semanas de vacaciones, lucía un bronceado saludable que dulcificaba los afilados rasgos de su rostro, en el que muchos años de trabajo policial y de horarios intempestivos habían dejado huella. Sus ojos profundos se mantenían siempre vigilantes. No se podía decir que fuera mérito del Viejo el que este verano ella hubiera planeado mejor sus vacaciones.

–Thomas, tú estabas en el escenario del crimen. ¿Qué puedes contarnos? –preguntó el Viejo.

Thomas levantó la vista de sus notas y miró a su alrededor.

Él también estaba moreno y el cabello de las sienes se le había puesto de un rubio casi blanco. Alrededor de los ojos se apreciaban unas arrugas más claras que contrastaban con el bronceado. Llevaba una camisa de color azul claro con las mangas remangadas y unos pantalones vaqueros en los que, tras años de uso, la cartera había desgastado la tela del bolsillo trasero.

Aunque el asesinato había transformado un día de descanso en el mar en un día de intenso trabajo policial, parecía fresco y descansado.

Thomas se enderezó y trató de resumir lo que había ocurrido.

Antes de que hubieran arrastrado el Swan hasta el puerto y hubieran llamado a un médico y a los técnicos de la Policía, había pasado la mitad del día. Finalmente, el cuerpo de Oscar Juliander fue trasladado al Departamento de Medicina Forense de Solna para que le practicasen la autopsia. El barco seguía en el puerto de Sandhamn. Iban a retenerlo y a remolcarlo hasta el astillero de la Policía, donde llevarían a cabo una inspección más detallada que la que habían podido realizar *in situ*.

A Thomas y a Peter les habían habilitado una sala de conferencias en el hotel, y ya habían iniciado unos breves interrogatorios preliminares con los testigos que se encontraban a bordo del *Emerald Gin*.

–Parece que nadie vio ni oyó gran cosa. Según Fredrik Winbergh, el tripulante que se encontraba al lado de Juliander, todo ocurrió muy deprisa. En aquel instante, estaban concentrados en ganar la posición de salida y un segundo después la víctima cayó al suelo.

–¿Pudo ser Winbergh el asesino? –preguntó Margit.

–En este momento no podemos descartar nada –dijo Thomas–. Pero había más de quince personas a bordo y algunas estaban cerca del puente de mando en el momento de la salida.

–Entonces, es poco probable que alguno de ellos sacara una pistola y disparara delante de todos –respondió Margit a su propia pregunta.

–Habría sido más inteligente esperar un turno de noche, o a que llegaran a tierra –intervino Erik–. ¿Para qué tomarse una molestia innecesaria?

–Hemos recogido la ropa de los miembros de la tripulación para buscar restos de pólvora u otros restos del arma con la que se disparó a corta distancia –explicó Thomas.

–¿Cuál es la alternativa? –dijo Margit–. ¿Que el autor del disparo se encontrara a bordo de otro barco? ¿Alguno de los rivales, quizá?

Thomas asintió.

–En ese caso, tiene que ser como buscar una aguja en un pajar.

Thomas no tenía ninguna objeción que hacer al comentario de Margit. Había sido materialmente imposible controlar los cientos de barcos que se encontraban en la zona. El agresor podría haber disparado desde cualquiera de ellos.

Volvió a mirar su bloc de notas.

–Al principio, Winbergh creyó que Juliander había sufrido un infarto –continuó Thomas–. Eso fue lo primero que pensó hasta que vio la sangre en el pecho. Pero ni siquiera entonces comprendió realmente que le habían disparado.

–¿Qué pasó con los barcos de los espectadores? –preguntó Margit– ¿Alguien vio algo?

Thomas negó con un gesto.

–Directamente, no. Hablamos un momento con los testigos de un Storebro en el que iba gran parte de los miembros del Club de Vela de Sandhamn. Se encontraban cerca de la línea de salida cuando dispararon a Juliander. Mañana los interrogaremos a fondo, hoy no hemos tenido tiempo. –Leyó sus anotaciones–. Sylvia, su mujer, iba en ese barco. Sufrió una conmoción tan fuerte que fue imposible interrogarla. También estaban allí un tal Hans Rosensjö y su esposa.

–¿No es el presidente del Club de Vela? –dijo el Viejo.

–Exacto. Es director de un banco. Su mujer se llama Britta. Dice que en el momento de la salida estaba más pendiente de la posición de las velas que de lo que pasaba en la bañera del velero de Juliander.

–¿Quiénes más iban a bordo? –preguntó Margit.

–Vamos a ver –dijo Thomas–. Otro matrimonio, Ingmar e Isabelle von Hahne.

–*La crème de la crème*, claro –murmuró el Viejo entre dientes.

–El dueño del Storebro se llama Axel Bjärring y es médico –continuó Thomas, que no quería que lo interrumpieran–. Su esposa también, se llama Lena. Fue ella quien subió a bordo del Swan y constató que Juliander estaba muerto. Su hija adolescente también iba con ellos. A juzgar por las copas de vino que había sobre la mesa, no estaba completamente sobrio ninguno.

–¿Qué sabemos acerca de la víctima? –preguntó Margit–. Yo lo he visto en la televisión varias veces. Era bastante conocido.

–Era el favorito en la competición –aclaró Thomas–. El tipo había participado en más de quince ediciones de la Vuelta a Gotland, según Winbergh. Este año competía con un Swan nuevo, construido en Finlandia, lo había apostado todo para ganar. Era un pez gordo en el Club de Vela de Sandhamn, y un gran practicante de la vela.

–¿Algún enemigo? –preguntó Erik.

–Un abogado de tanto renombre debe de haberse buscado enemigos –contestó Thomas–. La cuestión es averiguar si alguno de ellos está detrás de esto.

–De todos modos, no es muy normal que asesinen a los abogados –comentó Margit–. Y, dicho sea de paso, esta ha sido una forma espectacular de hacerlo. Endiabladamente llamativa.

Kalle, que no había dicho nada hasta entonces, asintió.

–¿Hay algún móvil evidente? –preguntó el Viejo.

Thomas negó con la cabeza. La investigación apenas se había puesto en marcha, pero siempre se podía especular.

–Amor, odio o dinero –murmuró Margit.

–¿Qué se ha sabido de la autopsia? –preguntó el Viejo.

–Nos han dado prioridad –contestó Margit, con un asomo de satisfacción en la voz–. Quizá les dé tiempo a hacerla el martes.

Lanzó una mirada a Thomas, que asintió agradecido. Comprendía que Margit debía de haber insistido mucho para que fuera tan rápida.

Desde la investigación de los asesinatos del verano anterior, Thomas y Margit se habían convertido en una especie de tándem. Se habían conocido a un nivel más personal y habían descubierto que se complementaban bien en la ardua tarea que implica una investigación policial.

Thomas la escuchaba con paciencia cuando se quejaba de sus dos hijas adolescentes y de sus constantes discusiones. A cambio, Margit lo controlaba para impedir que se excediera trabajando demasiadas horas.

–Tan pronto como la esposa de Juliander se haya recuperado del choque emocional, hablaremos con ella –dijo Thomas–. Tenemos que interrogar a sus colegas del bufete de abogados, claro, y a la dirección del Club de Vela. Todos ellos están en Sandhamn, puesto que se está disputando la Vuelta a Gotland, por lo que saldremos hacia allá mañana temprano. –Se volvió hacia Carina–. Llama a la SVT, y pídeles que nos envíen la grabación desde el principio de la salida. Tal vez pueda aportar algo.

–Por supuesto, en cuanto hayamos terminado aquí.

El Viejo parecía pensativo, como si acabara de tomar una decisión.

–Estoy pensando que le voy a pedir un portavoz de prensa al delegado de la Policía provincial. Necesitamos a alguien que sepa manejar a los medios de comunicación, de lo contrario no nos dejarán trabajar en paz. Este es un caso mediático, solo quiero que lo entendáis.

Nadie hizo ninguna objeción. Todos recordaron la desagradable sensación del verano anterior, y los titulares de los periódicos, que ya pregonaban la noticia a bombo y platillo, confirmaban lo acertado de la decisión del Viejo.

–¿La Policía Nacional? –preguntó Margit–. ¿Vamos a pedir ayuda?

–De momento, lo mantendremos en familia. –La respuesta del Viejo fue escueta–. Entonces vamos a hacerlo así –continuó–. Margit y Thomas, seréis los responsables

de la investigación. Margit mantendrá el contacto con el fiscal. Aún no sé a quién le caerá el caso. Kalle y Erik os ayudarán; funcionaron muy bien el verano pasado.

Después miró a Margit y a Thomas y sonrió con lo que pareció una sonrisa irónica.

—¿Supongo que no tendréis nada en contra de volver a retrasar este año también las vacaciones? Toca otra estancia estival en la exclusiva isla de Sandhamn.

Margit, a quien aparte de las tres semanas de vacaciones en Suecia, la esperaba un viaje a las islas Canarias a finales de agosto, le devolvió una sonrisa llena de indiferencia.

En la sala hacía un calor sofocante, aunque eran más de las ocho de la tarde. Se oía el estruendo de los truenos a lo lejos.

Hans Rosensjöö sacó un pañuelo blanco de algodón y se secó discretamente la frente. Su polo de piqué ya estaba húmedo en la espalda, a pesar de que acababa de ducharse.

La silla que tenía a su izquierda, donde se sentaba normalmente el vicepresidente primero, estaba visiblemente vacía.

Alrededor de la mesa alargada, que habían montado apresuradamente juntando varias mesas más pequeñas, se sentaban once de los quince miembros que formaban parte de la dirección. No está tan mal para una reunión que se ha convocado a toda prisa, pensó Rosensjöö. Aunque la mayoría de ellos se encontraban en Sandhamn con motivo de las regatas. Era el evento deportivo más importante que organizaban y una importante fuente de ingresos para el club.

Hans Rosensjöö se acordaba de cuando siendo un niño había acompañado a su padre a Sandhamn para asistir a la solemne ceremonia de entrega de los premios. Entonces las embarcaciones que participaban en la Vuelta a Gotland eran impresionantes veleros de caoba, bautizados con nombres respetables tales como *Refanut*, *Barracuda* y *Beatrice Aurore*. Hoy los barcos llevaban el nombre de sus patrocinadores, *Ericsson* y *Volvo* entre otros. Hans Rosensjöö refunfuñó para sus adentros, ¿qué nombres eran esos para un velero?

En los viejos buenos tiempos, los sofás de la cabina estaban decorados con terciopelo de color rojo oscuro, y un suave aroma a puro envolvía al patrón. Cenas de tres platos y una copita eran la norma. Nunca faltaban unos buenos vinos.

En la actualidad, las entrañas de los grandes veleros que daban la vuelta al mundo no eran más que cascarones vacíos, pensó Hans Rosensjöö. Ni siquiera había literas para todos, porque la tripulación se turnaba.

En los tiempos de la posguerra, los participantes navegaban valiéndose de la ayuda del reloj, la sonda náutica y la navegación astronómica. El contraste con las actuales máquinas de competición, con sus avanzados equipos electrónicos y sus velas especialmente diseñadas, no podía ser mayor. Los ordenadores que había a bordo eran comparables a los de un avión. No existían límites a lo que podían conseguir con la ayuda de los ordenadores.

Excepto, quizá, el arte humano de la navegación de vela.

Actualmente, la Vuelta a Gotland se había convertido en un gran evento deportivo,

con un volumen de negocio de varios millones de coronas. Cuando se iniciaban las regatas, el primer domingo después del solsticio de verano, el interés de todo el mundo de la vela se dirigía hacia Sandhamn. El área reservada a los espectadores, fuera de la zona de salida, al sureste de la isla, se llenaba de patrocinadores, turistas y curiosos. Los yates exclusivos se apiñaban junto a las pequeñas motoras fueraborda. Todo el mundo quería participar en la popular fiesta, con independencia de si era para brindar con champán o para comerse su bocadillo de queso hecho en casa.

Una fiesta popular. Hoy la mera expresión parecía un insulto.

Hans Rosensjö se sentía abatido. Pero a pesar de su desesperación, y con la determinación que lo caracterizaba, se había pasado el día tratando de manejar el caos que se había producido a raíz de lo ocurrido. El teléfono no había dejado de sonar. Cuando no era un periodista que quería hacer unas preguntas, era algún socio del club conmocionado o algún funcionario el que llamaba.

Hans Rosensjö era un hombre de la vieja escuela. Un hombre honrado que se identificaba sin dudar con el lema del viejo rey: «El deber ante todo». Había conseguido el grado de capitán de corbeta como oficial de reserva de la Marina de Guerra, y se le consideraba un hombre de talento y una persona respetable y ejemplar. Como vicepresidente había servido con lealtad a los directores del consorcio que se habían ido sucediendo en la entidad bancaria. Ahora estaba a punto de jubilarse y de recibir el reconocimiento de sus colegas.

Nunca habría podido imaginar que los últimos meses de su larga carrera en la presidencia del Real Club de Vela iban a quedar marcados por el asesinato a sangre fría de su sucesor.

Nunca antes se había sentido tan lleno de impotencia y malestar al comenzar una reunión. Tomó el venerable mazo de madera y golpeó con él en la mesa. La reunión iba a comenzar.

A su derecha estaba sentado el secretario y vicepresidente segundo, Ingmar von Hahne, quien tenía delante un bloc de notas en blanco y dos lápices al lado con la punta recién afilada. En ese momento, tenía la cabeza agachada y la mirada fija en el papel en blanco. En el dedo meñique de la mano izquierda brillaba el anillo con el sello de su escudo nobiliario.

Allí estaba un hombre cuyos mayores talentos eran su habilidad para las relaciones sociales y su rancio abolengo, pensó Rosensjö con acritud. Nadie sabía conversar con las señoras a la mesa con tanta galantería como Ingmar. Nadie bailaba con la elegancia de Ingmar. Él era el favorito de la reina en las fiestas del club. Pero no era un hombre fuerte que pudiera ocupar el lugar de Oscar.

Hans Rosensjö deslizó la mirada alrededor de la mesa y la detuvo en Martir Nyrén. El presidente del comité de gestión del club dibujaba figuritas en su bloc de

notas. A su lado, se sentaba Arvid Wellin. Un hombre corpulento, portavoz de la junta directiva del club y conocido en el mundo de las finanzas. Los dos parecían serios.

Hans Rosensjö se aclaró la garganta.

—Vamos a empezar con un minuto de silencio en recuerdo de nuestro compañero fallecido Oscar Juliander —dijo, al tiempo que bajaba la vista.

Resistió cuarenta y cinco segundos, eso era suficiente.

—Gracias a todos por haber venido con tanta rapidez —comenzó—. Esta es una situación para la que lógicamente no estábamos preparados.

Guardó silencio y esperó unos segundos hasta encontrar las palabras adecuadas.

—En primer lugar, debemos tener en cuenta que la competición continúa y también debemos pensar en el buen nombre del Real Club de Vela de Sandhamn. Hay una serie de decisiones que se han de tomar. —Se aclaró la garganta de nuevo—. ¿Estamos de acuerdo en que la competición continúe como de costumbre? ¿En que con ello honramos la memoria de Oscar?

Todos los presentes asintieron. Nadie se había pronunciado aún. Sin saber por qué, a Rosensjö le molestaba aquel silencio.

—Creo que es lo que le hubiera gustado a Oscar —añadió sin convicción.

Luego respiró profundamente y observó a los miembros de la junta directiva.

—Entiendo que no hace falta decir que debemos colaborar con la Policía en la medida de lo posible.

—Señor presidente —lo interrumpió Arvid Wellin. El sudor le brillaba en la frente—. ¿Quién será ahora elegido, en la reunión anual de septiembre, para sucederte en la presidencia? Oscar estaba nominado para sucederte. Y tú no puedes optar a la reelección.

La irritación de Hans Rosensjö aumentó. Arvid era uno de esos burócratas. ¿Qué importaba aquello en un día como ese?

—Lo solucionaremos —contestó en tono disuasorio—. Cada cosa a su tiempo.

*T*ení a siete años la primera y única vez que llegó a casa llorando en la pausa del almuerzo. Había empezado el primer curso en la escuela Broms de Estocolmo, no muy lejos del gran apartamento de lujo situado a unos cientos de metros de la plaza Karlaplan.

Se arrojó desesperado en los brazos de su madre cuando ella le abrió la puerta principal. Su pequeño cuerpo se sacudía entre sollozos.

De repente, vio a su padre en el recibidor. Se quedó helado. ¿Por qué estaba su padre en casa a la hora del almuerzo?

La gran figura con traje oscuro lo miraba con reproche.

—¿Por qué lloras, chico? —La voz era fría y distante.

En medio de los sollozos, él trató de explicar que uno de los chicos mayores le había quitado su canica más bonita, la de cristal azul, cuando jugaban en el patio.

—¿Y qué has hecho tú? —preguntó su padre.

Tartamudeando, le dijo que se había ido. Era inútil contradecir a Wille Bonnevier; iba dos cursos por encima de él. No se había atrevido a hacer nada y había abandonado el patio de la escuela.

La bofetada casi le tiró al suelo e hizo que dejara de llorar.

Una gran mancha roja se extendió por su mejilla izquierda. Nadie dijo nada.

Él buscó la mirada de su madre, pero ella volvió la cabeza. En el umbral de la cocina estaba Elsa, su querida niñera, pero ella tampoco se atrevió a protestar.

Cuando el director estaba de tan mal humor, todos callaban.

Elsa se retorció las manos. Le rompía el corazón ver al niño temblando de pie delante de su padre.

—Ahora vas a ir a la escuela a recuperar la canica. En esta familia no aceptamos algo así. Recuerda quiénes somos. Y deja de llorar inmediatamente.

—Sí, padre. —Las palabras llegaron como un susurro.

Inclinó la cabeza y se puso la chaqueta de nuevo. En vano, intentó una vez más buscar la complicidad en la mirada de su madre. Con pasos lentos bajó las escaleras de mármol verde y salió por la pesada puerta del portal.

El temor a desagradar a su padre era más grande que el miedo a los alumnos de los cursos superiores.

Cuando le exigió a Wille que le devolviera la canica se sintió enfermo de miedo, pero el chico se la puso en la mano. Si fue porque lo pilló por sorpresa su insistencia, o porque ya había perdido el interés por la canica, eso él nunca lo sabría.

Su padre no le preguntó por la canica cuando regresó a casa esa tarde.

Aquella noche volvió a hacerse pis en la cama.

Lunes, primera semana

El barco-taxi rojo acababa de soltar la amarra del muelle cuando Thomas y Margit llegaron corriendo desde el aparcamiento abarrotado. A duras penas habían conseguido aparcar el Volvo de Thomas en un hueco mínimo en el extremo más alejado del mar. No cabía ninguna duda de que estaban en pleno verano. Cientos de coches, cuyos dueños tenían casa de veraneo en el sur del archipiélago, se apiñaban en el aparcamiento.

El patrón los vio y se apiadó de ellos. Interrumpió la maniobra de salida y volvió al muelle para que pudieran subir a bordo.

–Gracias –jadeó Thomas, e hizo un gesto de agradecimiento al timonel.

Bajaron las escaleras hasta la sala de pasajeros, que estaba medio llena, y se sentaron en una de las mesas. Thomas se acercó al pequeño mostrador, que también hacía las veces de cafetería, para sacar los billetes. El olor irresistible que salía de la sandwichera le recordó el hambre que tenía.

–¿Qué es lo que huele tan bien? –le preguntó a la mujer risueña que estaba detrás del mostrador.

–Tostadas. ¿Quieres una? Están muy buenas, modestia aparte.

La mujer le mostró un plato para que pudiera ver la tostada.

No le resultó difícil convencer a Thomas. Pidió una para él y otra para Margit. Y también una cerveza sin alcohol para cada uno. Con las botellas y dos vasos, volvió donde estaba Margit.

–Aquí está –dijo Thomas, y le entregó a Margit la pequeña tarjeta de plástico que era la prueba de que había pagado su viaje hasta Sandhamn.

–¿Has guardado el recibo? –preguntó ella con gesto inocente.

–Sí, por una dichosa vez me he acordado de hacerlo. Pero gracias por preguntar.

La incapacidad de Thomas para guardar las facturas y los justificantes de los gastos era motivo constante de broma entre sus compañeros.

De pronto oyó una voz que le resultó familiar.

–Pero si es Thomas. Hola, chaval.

Thomas levantó la vista y reconoció a Hasse Pettersson, uno de sus vecinos de la isla de Harö. Era un hombre curtido, de unos setenta años, que desde que se jubiló pasaba la mayor parte del tiempo lejos de Harö, donde había crecido. Llevaba unos vaqueros viejos con una gran mancha de aceite. Lo que no supiera Petters-Pettersson

de motores seguro que no valía la pena saberlo. Cuando algo se rompía, él era el gurú local y siempre estaba dispuesto a echar una mano en caso de necesidad. Sin factura, por supuesto.

—Pettersson, hola. —Thomas se levantó para darle la mano—. ¿Qué tal?

—Bien, gracias. Pronto estarás de vacaciones, ¿no? Me encontré hace unos días con tu padre. Me dijo que en breve irías por allí.

—No exactamente —contestó Thomas, a la vez que negaba con la cabeza—. Voy a Sandhamn. De servicio. ¿Habrás oído hablar del asesinato de ayer mediante un disparo? Vamos a hablar con algunas de las personas que lo presenciaron.

—Oscar Juliander. El abogado. —Pettersson escupió las palabras—. Por lo que a mí respecta, no ha sido una gran pérdida. Era un mal bicho, ese tal Juliander.

Asintió deliberadamente, se metió una pulgarada de tabaco de mascar debajo del labio y se sentó a la mesa de Thomas y Margit con su taza de café.

—¿Tuviste relación con él? —preguntó Margit.

—Varias veces. Intentó estafarme hace tiempo. Una suma considerable, además.

Pettersson resopló para subrayar su enfado y se guardó la caja de tabaco en el bolsillo trasero del pantalón. El índice de la mano derecha tenía huellas de un consumo habitual de tabaco: un ligero color a nicotina y el tabaco se había pegado como una decorativa raya de luto por debajo de toda la uña.

—¿Qué quieres decir con que intentó estafarte? —preguntó Margit mientras daba un mordisco a la tostada que la mujer de la cafetería acababa de servirles. Le dio un segundo bocado antes siquiera de haber tenido tiempo de tragar el primero. Estaba realmente buena.

—Trató de comprarme un terreno. La ley de protección del litoral prohibía construir allí, así que no tenía mucho valor. Él se puso en contacto conmigo y quiso comprármelo por cuatro perras.

—¿Por qué? —preguntó Thomas.

—Quería usarlo como suelo para madera.

—¿Suelo para madera? —repitió Margit desconcertada—. ¿Eso qué es?

—Es un terreno en el que se puede recoger leña y cosas similares —explicó Thomas—, pero no tiene permiso para construir nada.

—¿Qué pasó? —preguntó Margit.

—Bueno, os lo voy a contar. Resulta que el ayuntamiento, a pesar de todo, tenía intención de conceder algunos permisos de construcción. Sin duda, ese cambio se debió a que alguien se había quejado abajo, en Europa, si es que entendí bien. Algún maldito cabezota que no se conformaba con tener un terreno a la orilla del mar que no le servía para nada.

—Seguramente las autoridades municipales no contaban con eso —dijo Thomas.

Pettersson se limpió la boca con el dorso de la mano y sacudió la cabeza.

—Con el permiso de construcción, ese terreno estaba valorado en varios millones —continuó—. No las ciento cincuenta mil coronas que Juliander me ofreció.

Se volvió y escupió el tabaco en la papelera de plástico gris que había junto al banco. Sin pestañear, volvió a sacar la caja de tabaco de mascar y se metió otra pulgarada. Cuando terminó con el ritual se bebió el último sorbo de café.

—¿Se lo vendiste? —preguntó Thomas.

Pettersson esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Estuve a punto. Por suerte, mi hijo pensó que todo aquello era un poco raro.

—Es comprensible —dijo Margit.

—Sí. —Pettersson sonrió—. ¿Por qué iba a querer un urbanita, un abogado rico, recoger leña? Eso fue lo que se preguntó mi hijo. Así que habló con un amigo que trabajaba en el ayuntamiento y este le contó lo que estaba pasando. Entonces se me quitaron las ganas de venderle el terreno al señor abogado.

—¿Y él desistió? —preguntó Margit.

Pettersson volvió a negar con la cabeza.

—Lo intentó por todos los medios. Primero alegó que habíamos aceptado un anticipo por la compra. Después dijo que un acuerdo verbal, como lo llamó, era tan válido como uno por escrito. Al final, subió la oferta a medio millón de coronas a tocateja. Pero yo me cagué en él y lo mandé a tomar por el culo. Después de aquello no volví a saber nada.

—Y ahora ha muerto de un disparo —dijo Margit.

El viejo sonrió burlón.

—Quizá estaba intentando estafar a otro que no era tal indulgente como yo.

—**B**ien, pues ya estamos aquí otra vez —dijo Margit con una sonrisa irónica cuando llegaron a Sandhamn y desembarcaron en el antiguo muelle—. ¿O tal vez habría que decir «volvemos a la casilla de salida»?

Contempló el puerto, donde veleros y lanchas motoras se apiñaban en los muelles. Como de costumbre, fuera del quiosco había un expositor con las portadas de los periódicos de la tarde.

Destacaba el interés por el asesinato de la Vuelta a Gotland. Titulares grandes y llamativos especulaban sobre la muerte del conocido abogado.

Enfrente, las tiendas estaban en pleno apogeo a pesar de que el cielo amenazaba con lluvia.

En la puerta de una de las tiendas de ropa había gran cantidad de turistas mirando

las prendas que colgaban en diferentes percheros. En los dos bancos cercanos se sentaban algunos jubilados a descansar mientras contemplaban el ambiente callejero.

Desde que Thomas tenía uso de razón, las personas mayores de Sandhamn siempre se habían sentado en aquellos bancos y habían hecho comentarios de los viandantes. Constituían un elemento fijo del entorno al igual que los *ferries* blancos de la compañía Waxholm. El tiempo se detuvo por un instante y Thomas recordó que de niño tenía que esperar impaciente a que su padre terminara de hablar con alguno de los abueletes.

—Vamos —dijo, y echó a andar hacia el hotel Seglar—. Han habilitado una sala de conferencias del hotel para que podamos trabajar. Será mejor empezar cuanto antes. Reunirnos con todas las personas con las que tenemos que hablar nos llevará, como mínimo, el resto del día.

La alargada sala de conferencias no se diferenciaba mucho de otras que Thomas había visitado, pero la vista panorámica era como un cuadro, y se extendía decenas de kilómetros hacia el este.

Thomas y Margit se habían sentado a un lado de la mesa. Enfrente de ellos había una sola silla en la que podrían sentarse los interrogados.

Hans Rosensjö, que acababa de salir, había confirmado, a grandes rasgos, las mismas declaraciones que le hizo a Thomas durante el breve interrogatorio del día anterior. Todos los que estaban a bordo del *Storebro* de Axel Bjärring cuando Juliander recibió el disparo contaron más o menos la misma historia. Y, al igual que ellos, Hans Rosensjö tampoco podía recordar exactamente qué barcos estaban cerca del *Emerald Gin* en el momento de la salida. Sus observaciones estaban condicionadas por la conmoción. Y probablemente, también por el vino consumido.

Dado que la línea de salida se encontraba en mar abierto, el agresor tenía que estar en un barco. En el de Juliander o en el de otra persona. Eso estaba claro.

Thomas se estiró para tomar una botella de agua mineral cuando le asaltó una idea. Si pudieran conseguir información de los testigos sobre el ángulo de disparo de la bala que mató a Juliander, entonces también podrían limitar el número de barcos desde los que pudo disparar el asesino. De ese modo, ellos podrían centrar la búsqueda solo en los barcos de una zona determinada.

De repente, Thomas se sintió más animado, y sonrió con amabilidad a Britta Rosensjö, que acababa de entrar por la puerta. Parecía una maestra asustada a la que hubiera llamado el director a su despacho por alguna falta que ella desconocía. Su cabello, fino y rubio, estaba salpicado de canas grises, y lo llevaba en una media melena que no le favorecía demasiado. Se notaba que había pasado mucho tiempo en el mar porque la piel bronceada de su rostro parecía reseca y con arrugas. Thomas le echó unos sesenta años, aunque también podía tener sesenta y cinco o más.

Britta Rosensjö se acercó a la silla, que aún estaba caliente después de que la abandonara su marido, y se sentó, insegura.

—¿Qué recuerda de ayer? ¿Puede contárnoslo? —comenzó Margit.

A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas inmediatamente.

Thomas no pudo dejar de pensar en su intento frustrado de hablar con ella el día anterior; se había puesto histérica, igual que Sylvia Juliander. Confió en que, en esta ocasión, pudiera concentrarse y les dejara hacerle un interrogatorio formal.

La mujer sacó un pañuelo bordado del bolsillo y se secó las lágrimas que le caían

por las bronceadas mejillas.

—¿Quiere un poco de agua? —preguntó Margit amablemente, y le acercó un vaso lleno.

—Perdón —se disculpó—. Es que no puedo entender que dispararan a Oscar delante de nuestras narices sin que pudiéramos hacer nada. Todo esto es horrible. —Las lágrimas amenazaban con desbordarse de nuevo, pero tragó con fuerza y continuó—. Yo acababa de fotografiar su precioso *Emerald Gin* cuando cruzaba la línea de salida, y entonces ocurrió esta terrible desgracia. Es incomprensible.

Se enjugó una lágrima con el pañuelo.

Thomas se inclinó hacia delante sobre la mesa con interés.

—¿Ha dicho que tomó fotografías?

—Sí, suelo llevar la cámara cuando acompaño a Hans en las competiciones. Seguro que tengo en casa varias docenas de álbumes de todas las regatas a las que hemos asistido a lo largo de los años.

—¿Podríamos ver esas fotos? —preguntó Margit.

Britta se mostró preocupada.

—Por mi parte no habría habido ningún inconveniente, pero la cámara ha desaparecido. La debo haber dejado en algún sitio. —Sonrió a modo de disculpa—. A veces soy un poco despistada. Pero tiene que estar aquí en el hotel Seglar. Nos alojamos en la segunda planta, en una de las suites con vistas al puerto. Seguramente estará en algún sitio escondida entre todas las cosas.

—Britta —dijo Thomas con suavidad—, necesitaríamos que nos la prestara por un tiempo. O, mejor dicho, que nos prestara la tarjeta de memoria tan pronto como la encuentre.

Britta Rosensjö sonrió, disculpándose de nuevo.

—Me temo que no tiene eso, no es una de esas cámaras digitales modernas. Es una cámara normal y corriente con carrete. Nunca he aprendido a manejar esos aparatos nuevos, espero que me entiendan.

—No importa. En ese caso, necesitamos que nos deje el carrete. Sería de gran ayuda para nosotros. ¿Sería usted tan amable de buscar a fondo una vez más?

Britta asintió sin decir nada.

—¿Sacó más fotos ayer? —preguntó Margit.

—Hice un montón de fotografías. Especialmente de los grandes veleros. Siempre es una imagen muy hermosa. Este año también, hasta que nos dimos cuenta de que Oscar estaba muerto. —Hizo una pausa y suspiró profundamente—. No puedo dejar de pensar en la pobre Sylvia. ¿Qué va a ser de ella ahora?

Bajó la vista mientras, una vez más, los ojos se le llenaban de lágrimas. El pequeño pañuelo bordado ya estaba completamente húmedo.

—Sé que Oscar tenía sus cosas, pero hace treinta años que los conozco a él y a Sylvia.

—¿Qué opinión tenía de su matrimonio? —preguntó Margit.

—Llevaban casados mucho tiempo; tenían tres hijos. —Se le apagó la voz y su mirada se perdió a través de la ventana—. A mí me parecía que quizá, a veces, Oscar descuidaba a Sylvia.

—¿Qué quiere decir con que la descuidaba? —preguntó Margit.

—Pasaba mucho tiempo fuera. Y no era de los que se mantenían siempre dentro de los límites del matrimonio; no sé si entiende a lo que me refiero —respondió sonriendo con embarazo a Margit.

—No quiero hablar mal de los muertos —prosiguió—, pero Oscar era un mujeriego. No era ningún secreto. Seguro que se pasó de la raya muchas veces.

—¿Sylvia lo sabía? —dijo Margit.

—No lo sé —respondió Britta, tras apartar la mirada—. Probablemente.

Thomas pensó que los celos podrían ser un móvil. ¿Cuánta ira necesita acumular una mujer para quitarle la vida a su amante? En ese caso, ¿era verosímil que una de sus amantes lo disparara con un rifle desde un barco en alta mar?

Thomas sabía que de los cerca de ciento cincuenta asesinatos que se cometían cada año en Suecia, poco más de la décima parte eran perpetrados por mujeres. El arma del crimen más común era un arma de fuego o un cuchillo. Por lo general, actuaban en defensa propia o de forma impulsiva.

La mayor parte de los asesinatos cometidos por mujeres tenían su origen en algún tipo de maltrato. Una situación que a menudo se había prolongado durante años antes de que se volviera tan insoportable que no quedaba otra salida. Esos asesinatos rara vez eran premeditados; solían ser más bien un acto de desesperación cuando no quedaba ninguna otra opción.

El modo de actuar y las estadísticas disponibles hablaban, por tanto, en contra de una amante despechada que hubiera actuado movida por la ira. O de una esposa traicionada, lo que también podría ser en ese caso.

Sin embargo, parece que se trata de una persona organizada, pensó Thomas. De un asesino con gran experiencia en tiro de precisión, que sabe navegar y, sobre todo, que dispone de un rifle y de una lancha rápida.

Y que tiene un motivo lo suficientemente bueno como para tomarse tantas molestias.

–¿Dónde has ido? –preguntó Margit cuando Thomas volvió a la sala de conferencias con un rollo largo de papel en la mano. Después de la conversación con Britta se había ausentado durante diez minutos.

–¿Qué traes en la mano?

–Una carta náutica.

Thomas la desenrolló sobre la mesa. Era una carta náutica grande, de colores azules y amarillos. Tomó cuatro botellas de agua mineral de una bandeja que había en la mesa y las colocó en las esquinas de la carta náutica para que quedara bien estirada.

Margit se inclinó hacia delante para verla mejor. Ella no estaba familiarizada con la navegación, por lo que no era precisamente una experta en el arte de interpretar cartas náuticas.

–¿Qué estamos mirando?

–La zona de salida de la Vuelta a Gotland. Me la dio una de las chicas de la Oficina del Puerto. Mira. –Thomas señaló un punto en la parte superior–. Aquí tienes Sandhamn. Al sureste de Sandhamn está el faro de Revengegrundet y, a pocos metros, la salida.

–En mar abierto, ¿no?

–Exacto.

Thomas tomó un lápiz y dibujó dos cruces pequeñas.

–Aquí tienes la línea de salida el día que Juliander fue asesinado –continuó–. La cruz de la izquierda es la bandera de barlovento, la de la derecha, la de sotavento. Los veleros procuran estar lo más cerca posible de barlovento en el momento de la salida.

–¿Por qué?

–Porque así reciben más viento. El viento siempre sopla desde el lado de barlovento.

Margit asintió, aunque no lo había entendido del todo.

Llamaron a la puerta. Un hombre de pelo gris asomó la cabeza a través de la puerta.

–Oh, perdón –se disculpó–. ¿Molesto? –Se quedó de pie en la puerta esperando respuesta.

Thomas negó con la cabeza y lo invitó a entrar con un gesto.

–Adelante –dijo–. Estamos viendo una carta náutica de la zona de salida. Usted es justo la persona que necesitamos.

Fredrik Winbergh entró en la sala. Llevaba unos pantalones vaqueros, un polo azul claro de piqué y un jersey azul más oscuro anudado holgadamente sobre los hombros. La mirada de sus ojos, que escondía tras las gafas de sol con montura de concha, era aguda e inteligente.

Saludó a Thomas y a Margit, y miró con interés la carta náutica extendida sobre la mesa.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó, con prudencia. No estaba tan conmovido como el día anterior, pero, evidentemente, se le veía afectado por la pérdida. Tenía los ojos ligeramente hinchados.

Thomas le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Quiero que dibuje dónde se encontraban en el momento de la salida. ¿Está acostumbrado a calcular distancias?

Fredrik Winbergh asintió sin decir nada y tomó el lápiz que Thomas le ofrecía. Se inclinó sobre la carta náutica y dibujó con trazo seguro un pequeño punto a escasos milímetros de la cruz donde Thomas había marcado la bandera de barlovento. Luego sonrió con cierta tristeza a Thomas y a Margit.

—He leído cartas náuticas toda mi vida. Yo era el navegante a bordo. Así solía ser, Oscar era el dueño del barco y yo el piloto. Puedo leer el sextante, elegir los ángulos y marcar el rumbo hasta con los ojos cerrados, si fuera preciso.

—Excelente —dijo Thomas—. Porque ahora voy a necesitar su ayuda con algo más difícil. ¿Recuerda en qué posición física se encontraba usted con respecto a Juliander?

Fredrik Winbergh asintió de nuevo. Se le ensombreció la mirada, parecía que estuviera viendo ante sí la escena en la que uno de sus mejores amigos murió a su lado de un disparo.

—Yo me encontraba a un metro aproximadamente, a su derecha. Pero un poco más atrás, justo al lado.

—¿Lo recuerda con claridad? —preguntó Margit.

—Sí, con bastante claridad. Estaba con la rodilla derecha apoyada en la bancada de estribor. Tengo una antigua lesión de menisco, a veces me duele la rodilla; por ejemplo, cuando tengo que amortiguar el movimiento de las olas. Así que intento mitigarlo lo mejor que puedo.

—Okay —dijo Margit.

—Oscar estaba ligeramente vuelto hacia la boya de barlovento —continuó Winbergh—, concentrado en la salida, al mismo tiempo que intentábamos no perder de vista a los otros veleros. Para no chocar con ninguno.

—Nos preguntamos si tiene alguna idea de la procedencia del disparo —dijo Thomas—. Piénselo bien. Lo más importante es si puede recordar el ángulo entre la

bandera de salida y su posición.

–Eso no es tan sencillo –murmuró Fredrik Winbergh mientras estudiaba la carta náutica–. Pero lo voy a intentar. Tendrán que tomarlo como lo que es, un intento.

–Todo lo que recuerde es importante para nosotros –recalcó Thomas–. Compararemos sus datos con los análisis técnicos que determinen la dirección de la bala. Eso puede aumentar las posibilidades de encontrar a quien disparó.

Thomas observó con atención a Fredrik Winbergh y luego señaló la carta náutica.

–Estamos investigando si el disparo llegó desde otro barco y, de momento, no hemos encontrado nada que indique lo contrario. La cuestión es averiguar dónde se encontraba ese barco en relación con el Swan.

Thomas le mostró una sonrisa alentadora, y Fredrik Winbergh cerró los ojos como si intentara revivir la imagen de los minutos decisivos que supusieron para su amigo el paso entre la vida y la muerte. Luego los abrió y examinó con atención la carta. Después, decidido, tomó el lápiz.

Sin que le temblara el pulso, dibujó lentamente una pirámide invertida, con la punta en el pequeño punto que simbolizaba el *Emerald Gin*. La base de la pirámide se extendía hacia la derecha, hacia la zona del público.

Dejó el lápiz y miró a Margit y a Thomas con expresión seria.

–Me temo que no puedo representarlo mejor. Pero el disparo tuvo que venir de la parte derecha.

–¿Por qué? –preguntó Thomas.

–Creo que sentí la vibración del aire. Y al lado de babor, es decir, a la izquierda –aclaró–, solo estaban el resto de los participantes. No puedo creer que el disparo viniera de otro competidor.

–Porque... –le apremió Margit.

–¿Cómo iba alguien a ser capaz de hacer algo así justo durante la salida? –razonó Winbergh–. Delante de toda la tripulación.

Thomas asintió con un gesto de agradecimiento.

–Gracias. Si esto coincide con la investigación técnica, podemos descartar al resto de participantes en la competición. Así como a los miembros de vuestra tripulación. Lo cual reduciría de manera considerable el número de sospechosos.

–¿Tienen alguna pista? –preguntó Fredrik Winbergh. La expresión tensa de su rostro se había suavizado un poco tras oír las palabras de Thomas.

–Hacemos lo que podemos –contestó Margit.

–A propósito, ¿por qué el velero se llama *Emerald Gin*? –soltó Thomas de pronto. Fredrik Winbergh sonrió ligeramente.

–Era algo típico de Oscar. Amaba el dry martini, era su cóctel favorito. ¿Saben cuál es la mejor ginebra para preparar un dry martini realmente bueno?

Thomas negó con la cabeza. Él prefería la cerveza.

–La Tanqueray. Británica, en botella verde.

–Ajá –dijo Thomas vacilante.

–Oscar llegó a un acuerdo con el fabricante. Ellos patrocinaban nuestras velas, verdes, por supuesto, y teníamos suministro ilimitado de ginebra. El barco se bautizó con el nombre de *Emerald Gin* y el casco se pintó de verde. El color favorito de Oscar, por cierto.

–Lo entiendo –dijo Thomas.

–Todos estábamos contentos –concluyó Winbergh.

–Hay otra pregunta que debemos hacerle –dijo Margit–. ¿Sabe si Oscar tenía enemigos?

Winbergh sacudió la cabeza.

–Que yo sepa, no. Pero en su profesión seguro que uno se gana enemigos. Además, tenía muchas aventuras extramatrimoniales, eso hay que reconocerlo. Seguramente deberían investigarlo.

–¿Conocía su esposa esas aventuras? –preguntó Thomas.

–Resulta difícil saberlo. Oscar solía ser discreto, pero no era ningún secreto entre sus amigos.

–¿Hay algo más que cree que deberíamos saber? Piénselo detenidamente, por favor. En esta situación, cualquier información es importante.

Fredrik Winbergh, que hasta entonces había estado inclinado sobre la mesa, se recostó en la silla. Hundió un poco los hombros y su rostro adquirió una expresión de incomodidad.

Thomas y Margit se miraron.

–Por favor, cuéntenos lo que sepa –aconsejó Margit–. Si queremos encontrar al asesino, tenemos que conocer la mayor información posible sobre Oscar.

Fredrik Winbergh parecía aún indeciso, pero en ese momento se decidió.

–Creo que Oscar estaba implicado en algo que no era realmente aceptable.

–¿Qué le hace creerlo? –preguntó Margit.

–Últimamente parecía muy inquieto. Se le veía muy alterado. Oscar tenía siempre mil cosas entre manos, pero había algo, que yo no conocía, que lo agobiaba. Incluso empecé a preguntarme si tomaba...

–Si tomaba, ¿qué? –dijo Thomas. No quería poner las palabras directamente en boca de Winbergh.

–No sé. Drogas, quizá. – Fredrik Winbergh parecía molesto.

–¿Drogas? ¿En qué droga está pensando?

Winbergh se encogió de hombros indeciso.

–Oscar nunca rechazaba una copa. Pero yo lo había visto borracho tantas veces que

podía notar cuando había bebido. Y las ocasiones en las que estoy pensando no estaba bajo los efectos del alcohol.

—¿Cómo puede estar tan seguro de ello? —preguntó Margit.

—Había algo en su personalidad que cambiaba, de una manera diferente a cuando bebía alcohol. —Winbergh, se pasó la mano por el pelo, con gesto preocupado—. Se volvía más Oscar aún, más dominante que nunca. Casi maníaco. Y además...

—¿Además...? —apremió Margit. Se inclinó sobre la mesa y lo miró fijamente para que Winbergh no pudiera esquivarla.

—No sé... Es posible que solo sean imaginaciones mías, pero dijo una cosa, a altas horas de la noche, cuando estábamos sentados en la bañera del *Emerald Gin*. —Hizo una pausa—. Algo acerca de lo que costaba mantener el barco, todos los gastos que tenía y la necesidad de buscar otras vías para financiarlo más allá de las que permitía el Estado.

—¿Y eso se le quedó grabado en la memoria? —preguntó Margit.

Fredrik Winbergh asintió a regañadientes, como si detestara cada una de las palabras que acababa de pronunciar. Sin embargo, no pudo evitar continuar.

—Eso, precisamente, no era propio de Oscar.

—¿A qué se refiere? —preguntó Margit.

—Él era abogado. Había visto muchos chanchullos y fraudes. Podía contar todo tipo de historias sobre lo que la gente inventaba para evadir el pago de sus impuestos o el pago a los acreedores. El hecho de que diera a entender que él mismo estaba pensando en acudir a esa vía era muy extraño. Ese no era el hombre que yo conocía.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Thomas.

—Nada —dijo Fredrik Winbergh—. Era tarde, habíamos bebido bastante. A la mañana siguiente todo estaba olvidado. Pero ahora... —dijo, extendiendo la mano en un gesto de frustración.

—Ahora lo recuerda —dijo Margit en voz baja.

—Sí, ayer no pude dejar de pensar en ello. Me pregunté si hablaba en serio. Si habría cometido algún acto delictivo por el que alguien lo quisiera matar.

Miró con tristeza a Margit y a Thomas, dividido entre la lealtad a un viejo amigo y su deseo de ayudar a la Policía a encontrar a su asesino.

—He practicado vela con Oscar durante casi treinta y cinco años. Desde que éramos estudiantes. Y murió, literalmente, en mis brazos. —Se le hizo un nudo en la garganta y apretó los puños intentando no perder la compostura—. Estaba allí detrás del timón, rebosante de vida, con una amplia sonrisa. Invencible. Y luego, cayó redondo, delante de mí. ¿Pueden imaginarse cómo se siente uno en un momento así?

Miró fijamente a Thomas y dio un puñetazo en la mesa.

—Jamás me he sentido tan desesperado en toda mi vida. ¿Puede comprender cómo

me sentí?

Thomas lo miró a los ojos. Él había llevado en brazos el cuerpo sin vida de su hija de tres meses sin poder hacer nada. Sabía muy bien lo que se sentía.

Les tocaba el turno al señor y la señora Von Hahne. Mientras Thomas y Margit hacían una pausa, alguien había retirado las botellas y los vasos de agua vacíos. También había abierto la ventana para que se ventilara la sala, pero la diferencia de temperatura era inapreciable. Seguía haciendo un calor húmedo, y Thomas notaba que la camisa se le pegaba a la espalda.

Sin embargo, Ingmar von Hahne parecía impávido. Llevaba una camisa de manga corta y unos pantalones cortos color caqui con la raya planchada. Con su manera de hablar petulante, inició la conversación con la descripción de su trabajo de marchante de arte, interesado especialmente en el arte de principios del siglo xx. Se retiraba una y otra vez de la cara el flequillo rubio, que se obstinaba en caer sobre la frente.

—¿Conocía bien a Oscar Juliander? —preguntó Thomas.

—Bastante bien. Nos movíamos en los mismos círculos; por ejemplo, celebrábamos juntos el solsticio de verano. Los dos hemos estado varios años en la junta directiva del Real Club de Vela. —Pronunciaba las palabras arrastrándolas un poco, con el deje típico de la clase alta.

—¿Sabe si tenía alguna cuenta pendiente con alguien?

—No, que yo sepa. Oscar era una persona muy apreciada, sociable y comprometida. Aunque en la profesión de abogado nunca se sabe, se puede pisar el callo a la gente de muchas maneras.

—Cuéntenos cuál es su relación con el Club de Vela —dijo Margit.

—Oh, esa es una larga historia —respondió Ingmar von Hahne con una sonrisa complaciente—. Mi padre fue un socio muy activo del club. Fue el vicepresidente en la época dorada, cuando todos iban vestidos de marineros y se llamaban unos a otros «querido hermano».

Le hizo un guiño a Margit.

—Mi familia siempre ha tenido velero, y yo he participado en las regatas desde niño. No importaba lo mucho que uno se mareara cuando el barco cabeceaba, no quedaba otra que apretar los dientes y continuar navegando. Mi padre no era una persona que se diera fácilmente por vencida. —Ingmar von Hahne sacudió levemente la cabeza al recordarlo.

»Me propusieron hace mucho tiempo que entrara a formar parte de alguno de los comités, creo que se trataba del comité de vela, y ahí seguimos. Todos tenemos compromisos que cumplir.

Esto último lo dijo con un tono desdeñoso, casi como si estuviera burlándose.

–Y ahora es secretario y vicepresidente segundo –dijo Margit.

–Oscar era el vicepresidente primero.

–Por tanto, es posible que usted sea el sucesor de Hans Rosensjö –dijo Thomas. Ingmar von Hahne se encogió de hombros.

–La reunión anual tendrá lugar muy pronto, y Hans no puede ser reelegido porque ya ha estado en el cargo el máximo de tiempo permitido. No es algo que yo haya ambicionado, pero, naturalmente, si me lo proponen, estoy dispuesto a presentar mi candidatura. En estas circunstancias, todos tenemos que aportar nuestro granito de arena, ¿no?

Se sacudió una inexistente mota de polvo de la camisa y volvió a apoyar la espalda en la silla.

Isabelle von Hahne sonrió amablemente a Margit y a Thomas cuando entró en la sala de conferencias. Un par de grandes gafas de sol con montura negra le mantenían retirado su cabello rubio de la cara. Unas pulseras de oro macizo le tintineaban en la mano derecha.

–¿En qué puedo ayudarles? –preguntó, y se sentó en la silla, al otro lado de la mesa.

–¿Quiere beber algo? –comenzó Margit.

Isabelle von Hahne asintió y Margit le sirvió un vaso de agua mineral.

–¿Puede hablarnos de lo que ocurrió ayer? Iba en uno de los barcos de los espectadores que estaba más próximo al de Juliander cuando se produjo el disparo –dijo Margit.

–Sí, fue un día terrible. Por el asesinato de Oscar, quiero decir. Mi marido y yo, él es secretario de la junta directiva del Real Club de Vela, acompañamos a la familia de Axel Bjärring para presenciar la salida. Lo hemos hecho así durante muchos años, y se ha convertido en una tradición. Solemos comer bien y beber un poco de vino.

La mujer bajó la mirada como si se diera cuenta de que, dadas las circunstancias, su descripción del día como una agradable excursión no parecía muy respetuosa.

–Y después ocurrió ese espantoso crimen –añadió.

–¿Qué recuerda del momento de la salida? –dijo Margit.

Isabelle von Hahne levantó el vaso y dio un sorbo mientras parecía hacer memoria.

–¿Qué recuerdo de la salida? Todos estábamos concentrados en los barcos que estaban en línea de salida. Estoy segura de que no habíamos empezado a comer, pensábamos hacerlo cuando la categoría de grandes veleros hubiera salido. Lena había sacado un buen vino italiano que justo acabábamos de probar. Algunos de los

invitados estaban con los prismáticos, para ver mejor.

Se detuvo y les dio unas vueltas a sus anillos de casada.

—Oscar había comprado un nuevo Swan, precioso, por lo que era muy emocionante ver si sería el primero en cruzar la línea de salida —continuó Isabelle—. Él es, o era, una persona muy competitiva. Este año estaba decidido a conseguir un triunfo total. Era de lo único que hablaba en los últimos meses.

La mujer esbozó una ligera sonrisa nostálgica.

—¿Dónde se encontraba cuando dieron el pistoletazo de salida?

—Estaba con los demás arriba en el puente. Es un espacio bastante amplio, con una mesa en el centro. La vista desde allí es estupenda. Uno puede sentarse con comodidad, aunque seamos muchos. Pasamos un rato muy agradable, todos estábamos de muy buen humor, bromeando y riendo.

—¿Estuvo allí todo el tiempo? —preguntó Thomas.

—Por supuesto. Excepto cuando fui al baño, claro.

—¿Podía ver el Swan de Oscar desde allí? —continuó Thomas.

—Desde luego. Se podía ver perfectamente la línea de salida.

—¿A qué distancia estaban del Swan?

Isabelle von Hahne observó sus uñas, de una manicura perfecta, mientras calculaba.

—Quizá a unos ochenta metros. Igual a cien. No lo sé con exactitud.

—¿Recuerda algo más? —preguntó Margit.

—Oscar estaba muy bien posicionado, eso lo recuerdo perfectamente. Me fijé en toda la zona de salida, había muchos barcos que quería ver. ¡Son tan bellos esos grandes veleros de competición!

—¿Cuándo se dio cuenta de que había ocurrido algo? —continuó Margit.

Isabelle von Hahne tomó un sorbo de agua del vaso, y frunció el entrecejo.

—Seguramente, cuando el *Emerald Gin* viró y dejó de navegar. Era absolutamente incomprensible que se quedara en la línea de salida. Dejó de moverse hacia delante.

—¿Qué hizo entonces? —preguntó Margit.

—Axel maniobró para acercarse a ver qué ocurría. Después se dirigió a un barco de la Policía que se encontraba próximo. El barco en el que iba usted a bordo, si no recuerdo mal.

Miró interrogante a Thomas, quien asintió con la cabeza.

—¿Qué pensó entonces? —dijo Margit.

—¿Qué pensé? —Isabelle von Hahne repitió la pregunta, a la vez que apoyaba la barbilla en una mano y el codo sobre la mesa.

Thomas la observó con atención.

—No lo sé —respondió finalmente—. Que quizá se había averiado algo a bordo, que no funcionaba el timón o alguna vela importante. Algo que dificultaba la competición.

Isabelle enderezó la espalda y miró fijamente a Thomas.

—No podía ni imaginarme que alguien hubiera disparado a Oscar.

El coñac caía despacio de la pesada botella de Martell en la copa de cristal. Cuando estaba a medias, Martin Nyrén colocó de nuevo la botella en el mueble bar. Después de un día lleno de llamadas telefónicas de amigos y conocidos del Club de Vela, sin duda, se merecía algo fuerte.

Como presidente del comité de gestión, había llamado a todos los miembros para comunicarles la muerte de Oscar Juliander. Lógicamente, ya conocían la noticia por los periódicos, pero era un detalle comunicárselo personalmente.

Martin Nyrén se estremeció.

¿A qué mente enferma podía ocurrírsele algo así? Matar a una persona en su mejor momento.

Ahora se arrepentía de su decisión de no irse de vacaciones el uno de julio como había hecho la mayoría. Pensó que sería bueno quedarse unas semanas más, cuando el murmullo habitual desaparecía, para poder quitarse de encima con tranquilidad los montones de papeles que se apilaban en su mesa. Además, no estaba mal que se quedara alguien de la junta directiva hasta bien entrado el mes de julio. Lo cierto era que no solía pasar gran cosa en la Cámara de Comercio durante el verano, pero nunca se sabe.

En todo caso, ya era demasiado tarde para arrepentirse, y pronto saldría a buscar su barco, que estaba atracado en el puerto de Bullandö. Era la niña de sus ojos, un elegante Omega 36 con el casco blanco. Él podía navegar solo en su Omega si nadie de la familia o los amigos, en el peor de los casos, podía acompañarlo.

Tomó un trago grande de coñac y disfrutó del sabor intenso de las gotas de licor. El calor se extendió por su cuerpo y empezó a relajarse.

Con la copa de coñac en la mano, entró en su despacho, que era más bien una alcoba que formaba parte del dormitorio, y encendió el ordenador. Estaba encantado con el amplio apartamento de tres habitaciones que había comprado en Estocolmo a principios de los años noventa. Era cuando los precios de la vivienda estaban en sus mínimos y hasta el sueldo de un funcionario del Estado bastaba para comprar un apartamento en el centro.

Giró la copa en la mano, pensativo. Él no había tenido mucho trato con Juliander, aparte, lógicamente, del trabajo dentro de la junta directiva. El comité de gestión no era tan glamuroso como el de vela.

El trabajo de Nyrén consistía en administrar los activos fijos de la sociedad, y era el responsable de su seguimiento. Su comité se encargaba del funcionamiento de las

instalaciones del muelle y del mantenimiento de los edificios. No era muy interesante, pero a él le venía bien. El ordenador se puso en marcha con un sonido y Martin Nyrér escribió rápidamente su contraseña en el teclado para ver si había recibido algún correo electrónico. Como funcionario público, tenía buen cuidado de no recibir mensajes privados en su puesto de trabajo, donde todo el correo entrante era considerado documento público. Teniendo en cuenta su relación con Indi, era especialmente cuidadoso. Incluso había instalado un sistema especial de seguridad en su ordenador personal.

Echó un vistazo rápido a la bandeja de entrada. La mayoría de los correos eran publicidad no deseada. Uno era de su hermano, que le preguntaba qué semana iban a salir juntos a navegar. Otro era un envío de su secretaria informando de la trágica muerte de Oscar Juliander.

Volvió a estremecerse al pensar en la muerte por un disparo.

Terrible.

Deslizó de nuevo la mirada sobre las líneas de correos entrantes. Un día más sin recibir nada de Indi. Con toda seguridad la familia estaría fuera en su casa de campo. Allí no era tan fácil escabullirse y escribir un mensaje a un amante secreto, de eso era consciente Martin Nyrén. Sin embargo, se sintió decepcionado. Solo con haber recibido una mínima señal de vida se habría sentido satisfecho. Barajó la idea de enviar un mensaje de texto, pero era tarde y podría llamar innecesariamente la atención. Alguien que no fuera Indi podría leerlo. Alguien que debía ignorar a toda costa aquella relación.

Esa había sido la única condición. Y era innegociable.

No quería ni imaginar las consecuencias de que su amor se descubriera. Indi había sido implacable. La familia no podía verse afectada en absoluto. Los niños eran lo primero.

Martin Nyrén apagó el ordenador con un suspiro. Odiaba esas semanas de vacaciones en las que todos tenían que jugar a ser la familia feliz y se reunían con familiares y amigos. Una larga serie de barbacoas con gente que deseaba estar en otro lugar. La mitad de las parejas que participaban en esas reuniones tenían alguna aventura extramatrimonial. Sin embargo, hacían como si nada y brindaban y se relacionaban educadamente con todas las personas que había a su alrededor.

Al ver a esos cónyuges mojigatos que se sonreían, se alegraba de no haberse casado nunca. Prefería pasarse soltero el resto de su vida antes que humillarse de esa manera. Después de todo, era mejor esperar delante del ordenador un mensaje que, por lo menos, era sincero, que participar en la hipocresía marital.

Apuró la copa de coñac y fue a servirse otro.

Martes, primera semana

Thomas estaba completamente despierto en el momento en que abrió los ojos. Estaba en el borde de la amplia cama de Carina, de un metro sesenta. Dominaba la alcoba del pequeño apartamento de una sola habitación que estaba a tiro de piedra de la comisaría de Nacka.

Carina aún dormía, acurrucada como una pequeña bola en el lado izquierdo de la cama. El cabello oscuro le ocultaba la mitad del rostro, de los hoyuelos no se veía ni rastro. Parecía una adolescente más que una mujer de veinticinco años.

Le sacaba quince años, pero, a veces, parecía que era aún mayor. La juventud y el entusiasmo de Carina, que al principio le habían atraído, últimamente le hacían sentirse viejo. Le recordaba que estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta, que pronto sería un hombre de mediana edad.

En realidad, no sabía muy bien lo que había pasado cuando inició su relación con Carina Persson, que, además, era la hija del jefe. Él no se había fijado especialmente en ella. No era su tipo, si es que tenía alguno.

Pernilla, su exmujer, era alta y delgada, como él. Se conocieron una noche en un pub cuando él estaba con sus compañeros de la Escuela Superior de Policía, y desde entonces habían seguido juntos. Ella estudiaba en el Instituto Berghs y luego consiguió trabajo de directora de proyectos en una agencia de publicidad. Terminaron sus estudios casi al mismo tiempo, se fueron a vivir juntos y se casaron. Solo los niños tardaron en llegar.

Lo intentaron durante varios años y, finalmente, se pusieron en la lista de espera del hospital para seguir un tratamiento de inseminación artificial. Cuando estaban a punto de darse por vencidos, Pernilla se quedó embarazada.

Cuando Pernilla, con la mano temblorosa, le enseñó la pequeña tira blanca con una línea azul en el centro, sintió algo mágico. Aún recordaba que le había parecido algo increíble. Por fin, por fin había una vida allí, dentro de su útero.

Después, cuando les golpeó la tragedia, fue imposible de manejar. Toda aquella espera, todos sus anhelos... fueron en vano.

Si Emily no hubiera fallecido de muerte súbita cuando era un bebé, seguro que Pernilla y él seguirían casados. Pero el dolor y los sentimientos de culpabilidad acabaron con la relación. Sus caminos se separaron hacía apenas dos años.

Durante mucho tiempo ni se fijó en ninguna otra mujer. Nora había hecho todo lo

posible por emparejarlo con varias amigas, pero él fue incapaz de mostrar el más mínimo entusiasmo. Todo le daba igual.

Carina estaba allí sencillamente, en la comisaría. Era como si ella apareciera dondequiera que él estuviese. Carina había invertido muchas horas en la investigación de los asesinatos del verano anterior. Nunca se quejó, a pesar de que las jornadas de trabajo fueron largas. Con paciencia, había repasado innumerables listas y resúmenes en busca de información útil.

Un día ella le preguntó si comían juntos. Después de varias citas para comer, le propuso una cena, y más tarde, ir juntos al cine. Una cosa llevó a la otra y ahora él dormía en casa de ella un par de noches a la semana.

Thomas la miró de reojo con los párpados medio cerrados.

Era pequeña y atractiva, como una gata. El cabello oscuro, la figura bonita. No se parecía al gordinflón de su padre en absoluto. Tampoco en su mal humor.

Fue Thomas quien había insistido en que debían mantener las apariencias en la comisaría. No quería hacer pública la relación delante de sus compañeros ni de los padres de ella. Carina lo aceptó de mala gana, pero el tema había vuelto a surgir. Ella terminaría pronto en la comisaría y entonces dejarían de ser compañeros de trabajo.

De pronto se sintió como un ave extraña en aquel apartamento de decoración tan femenina. El sofá, colocado delante de la ventana, era de color azul claro, un color que él no habría elegido. El apartamento era acogedor y estaba bien decorado, pero parecía más bien el dormitorio de chica joven que una casa.

¿Qué hacía allí con una mujer que era mucho más joven que él? Tanto física como mentalmente.

En realidad, no sabía si se sentía avergonzado o halagado de que alguien de la edad de Carina quisiera estar con él. O, tal vez, solo estuviera evitando reconocerse a sí mismo cuál era la situación. Que el primer enamoramiento había empezado a desinflarse sin que lo hubiera reemplazado ningún otro sentimiento.

Quizá Nora intuía lo que estaba pasando, pero había tenido muchas otras cosas en las que pensar durante todo el año. En otras circunstancias, ella era la primera en darse cuenta de su estado de ánimo. En muchos sentidos, era como una hermana pequeña, siempre sabía que podía contar con él.

Nora y Thomas tenían una amistad muy especial, y Pernilla había sido lo suficientemente generosa como para no ponerla en tela de juicio. Que era más de lo que se podía decir de Henrik, el marido de Nora, con el que Thomas nunca había mantenido una relación muy estrecha.

Desde el principio, le había parecido que Henrik era un niño bien, estudiante de Medicina y malcriado. Pero Nora se había enamorado de él, y Henrik había hecho un esfuerzo por guardar las formas delante de Thomas. Poco a poco, Thomas encontró la

manera de llevarse bien con él, pero, en realidad, nunca se habían sentido cómodos el uno con el otro. Ahora, Nora y él se veían más a solas, o en compañía de Simon, el hijo pequeño de Nora, que era su ahijado y con el que Thomas se sentía cada día más encariñado.

Miró el despertador. Aún faltaban veinte minutos para que sonara, pero ya había luz como si estuvieran en pleno día. Carina había puesto unos estores blancos que dejaban pasar la luz en vez de ocultarla.

Thomas se volvió de espaldas en la cama mientras sus pensamientos se dirigieron a la investigación y la información que habían conseguido hasta ahora. Era evidente que Oscar Juliander había sido un hombre fuerte y viril que se relacionaba de maravilla con el sexo opuesto. Eso les daba tanto a su esposa como a sus amantes un motivo para matarlo. O ¿por qué no un marido engañado? Los celos podían ser un móvil fuerte.

Por otro lado, ¿por qué iba a deshacerse la esposa del hombre que la mantenía? Probablemente, llevaba muchos años soportando las aventuras de su marido. ¿Cuál sería en ese caso el motivo que la habría llevado a tomar una medida tan drástica aquel día tan especial?

En cualquier caso, ellos tenían que hablar con la esposa lo antes posible. Era de esperar que se encontrara lo bastante recuperada como para poder hablar con ella tranquilamente a lo largo del día. El domingo, en Sandhamn, a pesar de todos los intentos, les fue imposible ponerse en contacto con ella, y su médico tampoco se lo había permitido.

Los pensamientos de Thomas se dirigieron a la lista de clientes que habían recibido del bufete de abogados. En ella había cientos de concursos de acreedores correspondientes a los últimos años. Juliander tuvo que ganar enormes sumas de dinero, eso estaba claro. Cómo había podido ocuparse de todos, ese era otro tema.

Thomas decidió pedirle a Carina que revisara las cuentas bancarias de Juliander lo antes posible. Donde había dinero había móviles.

Se preguntó distraído si los abogados serían más honestos que los demás, o si solamente eran más listos a la hora de ocultar sus bienes porque sabían cómo funcionaba el sistema.

Miró de nuevo el reloj. Hora de levantarse y darse una ducha. Una visita al bufete de abogados Kalling ocupaba el lugar número uno en el orden del día.

Nora miró con incredulidad el auricular del teléfono que tenía en la mano. El mensaje que le habían dejado en el buzón de voz no dejaba lugar a dudas, pero ella se negaba a admitirlo.

El hombre de la agencia inmobiliaria confirmaba con gran entusiasmo que iría a Sandhamn al día siguiente para ver el objeto y hacer una tasación. Podrían encontrarse con él en el Viejo Muelle.

¿Objeto? No podía referirse más que a Villa Brandska. Así que Henrik había actuado a espaldas de ella y se había puesto en contacto con una agencia inmobiliaria sin decírselo. No quería creerlo, pero ¿quién si no él habría acordado un encuentro de ese tipo?

Se dejó caer en el sillón de mimbre de la pequeña veranda acristalada. Los geranios se apretujaban en las ventanas y las macetas estaban secas. Les había dado el sol toda la mañana y necesitaban un poco de agua.

¿Por qué había hecho Henrik una cosa así?

Nora suspiró profundamente y dejó que sus ojos se desviaran a través de la ventana hacia Villa Brandska. La casa se alzaba a un tiro de piedra de su propia casa. Casi podía oler las rosas que trepaban por las paredes. Los rosales habían sido la niña de los ojos de tía Signe.

En otoño, Nora había rechazado un buen trabajo en Malmö como jefa del departamento jurídico del banco para la región sur, en gran parte porque Henrik no quería ni pensar en dejar Estocolmo. No había sido muy duro rechazar la oferta después de todas las experiencias estresantes del verano anterior. Ella se había sentido frágil y agotada y, además, Henrik la había animado a quedarse en su antiguo puesto en el departamento jurídico central del banco. «Tú no te encuentras en este momento con las fuerzas suficientes para enfrentarte a grandes cambios –le había dicho–. Primero tienes que recuperarte.»

Pero durante el invierno, cuando poco a poco empezó a encontrar el equilibrio, no pudo dejar de preguntarse por qué había sido tan evidente que la familia permaneciera en Estocolmo y por qué era tan importante el trabajo de Henrik. ¿No podía sacrificarse él alguna vez? ¿Por qué había tan poco espacio para los deseos de ella?

Si hubiera sido a Henrik a quien le hubiesen ofrecido un trabajo interesante en otra ciudad, seguro que se habría mudado toda la familia.

Desde entonces, Nora llevaba una espina clavada en su interior que no quería desaparecer. Estaba allí y la irritaba, y, por más que intentaba razonar consigo misma,

ni las razones fundadas ni los argumentos lógicos servían de nada. Le resultaba difícil aceptar que seguía en el mismo puesto de trabajo que antes, con el mismo jefe arrogante e incompetente; un recordatorio constante de por qué se alegró tanto cuando le ofrecieron el puesto en Malmö.

Se levantó, le quitó las hojas amarillentas a los geranios y las tiró por la ventana. Era inevitable, tenía que enfrentarse a Henrik y preguntarle por el mensaje de la inmobiliaria. Pero sentía un enorme hastío solo de pensarlo.

Con un gesto de cansancio, se dirigió a la cocina para preparar el almuerzo a los niños. Tendrían que conformarse con un plato de verano, o lo que es lo mismo: leche agria, cereales y una rebanada de pan con queso. No tenía energía para preparar otra cosa. A veces le parecía que se pasaba las vacaciones de verano cocinando. Entre preparar el desayuno, la comida y la cena, sin contar los aperitivos ni las meriendas, no le quedaba mucho tiempo libre para disfrutar de las vacaciones.

Henrik, como de costumbre, estaba abajo en el puerto reparando algo en su barco. Un velero de seis metros de eslora con el que participaba en todas las competiciones posibles que se organizaran durante la temporada de verano. Aún tardaría varias horas en volver a casa.

Decidió abordar el tema con tranquilidad cuando llegara. Sin agresividad, de manera objetiva. Ya habían discutido tanto el invierno pasado que no le quedaban ganas de empezar las vacaciones con otra pelea. Tenía que haber alguna explicación lógica. Henrik podría dársela sin que ella empezara inmediatamente a acusarlo de actuar a sus espaldas.

Se obligó a contener la irritación y salió fuera para llamar a los niños.

La pesada puerta del portal que daba acceso a aquel edificio de principios del siglo xx se deslizó con sorprendente facilidad. Tiene que tener instalado algún mecanismo con mando a distancia, pensó Thomas, una puerta de hierro de ese tipo no se abre tan fácilmente.

Una alfombra roja conducía hasta el ascensor cuya verja chirrió ligeramente al abrirla. En la pared de al lado había una placa de cobre que informó a Thomas y a Margit de que el bufete de abogados Kalling tenía oficinas en todas las plantas, pero que la recepción se hallaba en el segundo piso.

Una vez allí, tras el lujoso mostrador de madera oscura de la recepción, les recibió una chica atractiva, que vestía una pulcra blusa blanca y falda azul. Les preguntó amablemente si podía ayudarles en algo. Ellos le explicaron su cometido y, tras unos pocos minutos, apareció una mujer de unos cincuenta años.

–El abogado Hallén, nuestro director, puede recibirles ahora –dijo con una sonrisa–. Síganme, si son tan amables.

La mujer los condujo a través de un pasillo hasta una sala de reuniones con una gran mesa de caoba. En el centro de la mesa se disponía una hilera de botellas de agua de diferentes sabores; una bandeja con pequeñas tazas de café de porcelana danesa de color blanco y azul con un plato de bizcochos al lado. Y por si fuera poco, también había una bombonera con bombones de chocolate negro que parecían caros.

–¿Nos están invitando a tomar el café? –le susurró Margit a Thomas mientras observaba la abundancia de la mesa.

El hombre de mediana edad que entró en la sala respondía a todos los prejuicios que tenía Thomas sobre los abogados. Vestía un traje oscuro con finas rayas blancas hecho a medida. En el bolsillo superior de la chaqueta llevaba un pañuelo de seda de color azul claro a juego con la corbata. La camisa blanca estaba primorosamente planchada, hasta Thomas pudo notarlo y constatar que el modo de vestir del abogado contrastaba marcadamente con el suyo.

–Una historia horrible –dijo Ivar Hallén, mientras daba la mano a Margit y a Thomas–. Absolutamente tremenda. Oscar era un compañero muy apreciado aquí en el bufete. Uno de nuestros socios más solicitados para los asuntos de envergadura.

–¿Tenía Juliander problemas con algún cliente? –preguntó Thomas cuando se hubieron sentado.

Hallén se quedó pensativo.

–Que yo sepa, no –contestó–. Los administradores concursales no suelen tener

problemas con el cliente. La compañía ya está en quiebra, no sé si entienden lo que quiero decir. El administrador concursal es una persona neutral a la que se recurre cuando la quiebra ya es un hecho.

—¿A Oscar Juliander lo apreciaban en el bufete? —preguntó Margit, al tiempo que estiró la mano para alcanzar un bombón.

Era el chocolate más delicioso que había probado en toda su vida. Se preguntó dónde se podría comprar. Costaría una fortuna, seguramente.

Hallén se demoró un momento antes de responder. Se frotaba las palmas de las manos y miraba hacia abajo.

—*Apreciar* no es quizá la palabra adecuada —dijo al fin—. Era muy respetado y tenía prestigio como jurista. Pero era una estrella. Prefería brillar con luz propia y se dejaba entrevistar con gusto. —El abogado se interrumpió un momento antes de continuar—. Probablemente, algunos pensaban que brillaba demasiado a costa del bufete. Trabajaba mucho y dirigía a sus abogados auxiliares con mano de hierro. Su equipo siempre era el primero en llegar y el último en irse.

—¿Ganaba mucho dinero? —preguntó Margit.

—Sí, ingresaba unos honorarios muy altos en el bufete.

—¿Cómo se distribuyen aquí los dividendos? —preguntó Thomas—. ¿Qué hacen con las ganancias?

—Aplicamos el *true partnership* —dijo Hallén.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Que siempre repartimos a partes iguales. Cuando se han descontado los gastos, repartimos las ganancias entre los socios.

—¿Generan todos los socios el mismo dinero para el bufete? —preguntó Margit.

—No, al contrario —contestó Hallén—. Existe una diferencia muy grande entre ellos en la capacidad de generar ingresos.

—¿Por qué reparten a partes iguales en ese caso?

Hallén se encogió de hombros.

—Buena pregunta. La ventaja del *true partnership* es que nadie tiene que ocultar información sobre los propios clientes para poder cobrar los honorarios más elevados. El cliente va a tener el abogado que mejor le pueda ayudar.

—En ese caso, ¿el modelo difícilmente puede haber favorecido a una persona como Juliander?

—Así es. —Hallén bebió un sorbo de café de la taza de porcelana pintada de azul antes de continuar—. Oscar no estaba satisfecho con el sistema. De hecho, defendía su posición enérgicamente. Puesto que él era uno de los que más ingresaba, quería también recibir un porcentaje mayor de las ganancias.

—¿Qué opinaba el resto de los socios al respecto? —preguntó Margit.

Hallén fijó la mirada en un punto de la pared más allá de la cabeza de Margit. Se tomó unos segundos antes de responder.

–Existía un conflicto. Oscar amenazaba más o menos con abandonar el bufete si no se salía con la suya.

–¿De cuánto dinero estamos hablando? –preguntó Thomas.

–Si Oscar hubiera conseguido lo que quería, sus ingresos habrían aumentado, al menos, en un millón. Al año.

Margit pensó para sus adentros que quien más tiene suele querer aún más. Pero esa no era la cuestión principal en ese momento.

–¿Era un conflicto profundo? –preguntó–. ¿Lo suficientemente profundo como para que alguien quisiera matar a Juliander?

Hallén se removió en la silla. Parecía como si pensara que se había ido un poco de la lengua, a pesar de ser un abogado tan hábil. De repente, dejó de mostrarse tan locuaz.

–Quizá sea demasiado fuerte llamarlo conflicto. Se trataba más bien de una discrepancia entre los socios. Pero, nada que pudiera conducir a una manifestación violenta, en absoluto. –Negó enfáticamente con la cabeza.

Thomas miró a Margit para indicarle que ya era hora de concluir la entrevista. Margit captó el mensaje sin pestañear.

–Nos gustaría hablar con la secretaria de Oscar Juliander, si es posible –dijo ella.

–Por supuesto, no hay inconveniente. Pueden esperar aquí mientras voy a llamarla.

Hallén se levantó y se dirigió a una mesa que había en un rincón de la sala, donde había un teléfono. Levantó el auricular y pulsó un número. Tras un par de frases cortas, colgó y se volvió hacia Margit y Thomas.

–Eva viene ahora mismo. Eva Timell –añadió–. La secretaria de Oscar. Han trabajado juntos durante muchos años. Hasta donde alcanza mi memoria, si he de ser sincero.

Apenas tuvo tiempo de terminar la frase antes de que llamaran a la puerta.

Entró una mujer morena que vestía traje azul oscuro y unos bonitos zapatos de tacón. Parecía que había llorado, tenía los ojos enrojecidos y apretaba un pañuelo en la mano. Llevaba un discreto collar de perlas alrededor del cuello, pero ninguna alianza.

Margit pensó que había visto más mujeres con traje azul oscuro en aquel bufete de abogados de las que había visto en el último año.

–Entonces, les dejo –dijo Hallén, y estrechó la mano a Thomas y a Margit–. No duden en ponerse en contacto con nosotros si tienen alguna pregunta más que hacer. El bufete de abogados Kalling hará todo lo posible para ayudar en esta investigación. La persona que asesinó a Oscar Juliander no puede quedar en libertad.

Eva Timell se sentó en el extremo de la mesa y miró con curiosidad a Thomas y a Margit sin decir nada.

—¿Cuánto tiempo ha trabajado con Oscar Juliander? —comenzó Margit con tacto.

—Más de veinte años. Entré a trabajar en el despacho casi al mismo tiempo que él se convirtió en socio. Fue a mediados de los años ochenta.

Eva Timell intentó disimular un sollozo, sin conseguirlo del todo.

—Discúlpenme —murmuró—. Estoy agotada. Los teléfonos no han dejado de sonar. Todos se preguntan qué ha ocurrido y quieren saber lo que va a pasar. Y los compañeros del despacho están conmocionados.

—¿Está al tanto de los asuntos que Juliander tenía entre manos? —preguntó Thomas.

La secretaria se enderezó un poco.

—Oscar no hacía nada sin que yo lo supiera —respondió con una pizca de orgullo en la voz.

—Puede describírnoslo un poco más detalladamente —le pidió Margit.

—Oscar solía decir que no podría sobrevivir ni un día sin mí. Yo tengo acceso a su correo electrónico y a su correo postal. Eso, por no hablar de su teléfono móvil, que a veces se dejaba olvidado en cualquier sitio.

—En otras palabras, que lo conocía bien —resumió Thomas.

—Era yo quien ponía orden en su existencia, tanto en el despacho como en su vida privada.

—¿En su vida privada? —preguntó Margit despacio.

—Oscar tenía muchas cosas que hacer para llevar al día su agenda privada. Era una persona muy ocupada.

—¿Así que usted le ayudaba?

—Sí, cuando era necesario. Compraba regalos de cumpleaños, enviaba flores y cartas de agradecimiento a las invitaciones que recibía. Ya sabe... —añadió mirando a Margit.

En absoluto, pensó Margit. Yo no tengo a nadie que me ayude a comprar los regalos de cumpleaños ni que envíe flores y cartas de agradecimiento.

—¿Sabe si su jefe tenía problemas con alguien? —preguntó Thomas.

Eva Timell reflexionó un poco. Luego sacudió la cabeza.

—No, que yo recuerde. Oscar era un abogado muy apreciado y muy respetado. Como sabrán, ha formado parte de la junta general del Consejo de Abogados de Suecia, que agrupa a todos los colegios de abogados.

—Si hubiera tenido algún enemigo, ¿usted estaría al tanto de ello? —preguntó Thomas.

Eva Timell asintió.

—No hubiera sido propio de Oscar que no me lo contara.

Margit se había levantado y se había acercado a la ventana. Abajo se extendía la plaza de Norrmalmstorg con su afluencia de funcionarios y de turistas, vestidos de manera informal, que se movían entre los puestos de flores y las terrazas de los bares. En una de las esquinas había un puesto de helados donde serpenteaba una larga cola.

Se volvió y miró a Eva Timell.

—¿Cómo era su matrimonio? ¿Conocía usted a su mujer?

Eva Timell esquivó la mirada.

—Su matrimonio... —se interrumpió, como si no supiera muy bien cómo expresarse—. Sylvia y él llevaban muchos años casados.

—«¿Felizmente casados?» —presionó Margit.

Eva Timell, lanzando un pequeño suspiro, volvió a abrir la boca.

—No exactamente. Parece que hace mucho tiempo que dejaron de ser un matrimonio feliz. Pero seguro que no eran —alargó un poco las palabras— infelices juntos.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Thomas.

Eva Timell hizo una discreta mueca y miró a Thomas directamente a los ojos.

—Él era un abogado de renombre, ella era ama de casa y se ocupaba de los niños. Tenían una casa grande en Estocolmo y una casa de veraneo en la isla de Ingarö. Mientras él podía ir y venir a su antojo, ella contaba con un personal de servicio eficiente que se ocupaba de las tareas domésticas. Disfrutaba de un buen nivel de vida y de una posición social que ya quisieran muchos. A Sylvia no le faltaba de nada. Se puede decir que habían llegado a un acuerdo entre ellos.

—¿Tenía alguna relación extramatrimonial? —preguntó Margit.

Eva Timell sonrió. Casi como si le hiciera gracia la pregunta.

—¿Que si tenía alguna relación extramatrimonial? Claro que tenía, un montón, a decir verdad.

—¿Está segura? —dijo Margit.

—Sí, he enviado muchas veces flores por encargo de Oscar a diferentes señoras. ¿No creerá que un hombre así iba a conformarse con su fiel esposa durante treinta años?

—Pero ¿cómo podía justificar algo así? —preguntó Margit, y dedicó un pensamiento fugaz a su marido, con el que llevaba veinte años casada. Bertil solía pasar todas las noches de la semana en el cuarto de estar delante del televisor.

Eva Timell miró a Margit como si pensara que la pregunta era increíblemente ingenua.

—Oscar Juliander era un hombre que, entre semana, nunca estaba en casa por la noche; a veces, ni siquiera los fines de semana. ¿Cómo podía saber su mujer si él estaba en una reunión de negocios, si tenía una reunión con la junta directiva del Real Club de Vela o si estaba con otra mujer? ¿Qué creen que hacía durante sus viajes de

negocios cuando terminaba los asuntos del día? ¿Ver la CNN? –Eva Timell sonrió y sacudió la cabeza.

»Oscar salía mucho a navegar. Cuando uno tiene mucho tiempo libre en diferentes puertos, lo que se impone no es precisamente la moral. Los hombres de éxito poseen un gran atractivo, especialmente si tienen aplomo y dinero.

La secretaria bajó la mirada y la posó en sus manos cruzadas sobre las piernas.

–Pero él era leal a Sylvia, por lo que yo sé. Nunca la dejó en ridículo. Era siempre muy discreto.

–Con su ayuda.

Margit no lo pudo evitar. Se arrepintió nada más decirlo.

Eva Timell se quedó sin saber qué decir, y apoyó la espalda en el respaldo de la silla. Se hizo un silencio incómodo en la sala.

–Oscar era mi jefe, para mí era un honor ser lo más eficaz y leal posible –dijo finalmente.

–¿Podría hacernos una lista de las mujeres con las que sabe que su jefe mantuvo una relación? –le preguntó Thomas, y se levantó.

Le entregó su tarjeta con su número de teléfono y su dirección de correo electrónico.

–Seguro que volveremos a hacerle más preguntas cuando hayamos avanzado en la investigación. Si recuerda algo, lo que sea, por favor, póngase en contacto con nosotros.

Eva Timell asintió y miró con tristeza a Thomas.

–No me puedo creer que haya muerto –dijo en voz baja, y salió delante de ellos por la puerta.

Henrik la pilló desprevenida. Volvió a casa poco después del almuerzo, y antes de que a ella le diera tiempo de hablar de la llamada telefónica, él le contó muy contento que había quedado con un agente inmobiliario al día siguiente.

Se quedó helada. ¿Tan mal la conocía o es que no quería entenderla?

Mientras ella seguía pensando en lo que iba a decirle, se dio cuenta, además, de que él esperaba oír un elogio por su gestión.

–No es tan sencillo, no te creas, así en pleno verano –dijo con gesto satisfecho–. Sobre todo, si uno quiere contactar con un buen profesional.

–Pero ¿no deberías, al menos, haberme preguntado a mí primero? –le preguntó Nora, con la intención de hacerle reaccionar.

Estaban en la cocina, los niños habían vuelto a salir corriendo al jardín y Nora empezó a limpiar la encimera de la cocina para evitar mirar a Henrik.

Él parecía sorprendido. Luego frunció el ceño.

–Pensé que te ibas a alegrar –dijo pasado un momento–. No es tan fácil saber lo que quieres últimamente. Lo intento, créeme que lo intento de verdad. –Abrió la boca, como para añadir algo más, pero enseguida se arrepintió.

Nora sintió inmediatamente mala conciencia. Le sonrió en un intento de apaciguarlo.

–Me he quedado un poco sorprendida –explicó, al tiempo que dejó la bayeta. Estaba en las últimas, tenía que acordarse de comprar bayetas nuevas en el supermercado Westerbergs Liv la próxima vez que fuera a hacer la compra–. Aunque podría ser bueno contar con la opinión de un profesional. Solo que no quiero que piense que ha hecho el viaje en balde.

–¿Qué quieres decir con eso? –Henrik la miró inquisitivo.

–Bueno..., que aún no hemos decidido si vamos a vender la casa o no. Solo hemos hablado vagamente de ello.

–Pero ¿no estarás pensando en serio que nos vamos a mudar allí? ¿Vas a vivir en una casa que pertenecía a una asesina? –Se cruzó de brazos y se apoyó en la mesa de la cocina.

Nora sintió que la irritación se adueñaba de ella. Miró a través de la ventana y vio con el rabillo del ojo a un grupo de turistas. Un guía del archipiélago los conducía con mano experta por el pueblo mientras les contaba la historia de Sandhamn y las antiguas costumbres de la población de la isla. Nora se preguntó si la vida sería más sencilla entonces. Probablemente no, solo sería diferente.

–No digas eso. Tía Signe era una buena persona –dijo con más brusquedad de la que hubiera querido–. No me dejó la casa a mí para que la vendiera inmediatamente. Quería que me ocupara de ella. Amaba Villa Brandska más que a nada en el mundo.

–Contrólate –la interrumpió Henrik–. Signe mató a dos personas, ¿acaso lo has olvidado? No seas siempre tan condenadamente leal. Han muerto dos personas porque ella no quería compartir con ellos su propiedad.

Henrik no podía ocultar su frustración y Nora le dirigió una mirada triste. Se debatía entre la lealtad a Signe y un intenso deseo de no empeorar las cosas. Realmente no quería pelearse con Henrik de nuevo.

–Escucha –dijo, en un tono más conciliador–. Vamos a dejar de discutir por esto. Mañana nos reuniremos con el agente de la inmobiliaria y entonces veremos qué nos dice. De todos modos, no tiene por qué ser negativo.

Se acercó a él en actitud cariñosa. Henrik olía a café y a loción para después del afeitado, y ese perfume la hizo sentirse mejor. Aspiró suavemente el perfume del cuello de él.

Henrik se relajó ante la evidente invitación a hacer las paces.

–Eso es lo que he dicho. Nora, ya verás cómo todo sale bien. –Le acarició el pelo–. Solo quiero que esto sea bueno para nosotros. Y para los niños. ¿No lo entiendes?

Thomas tamborileaba impaciente con los dedos sobre la barandilla exterior de color verde que había ante la entrada del Departamento de Medicina Forense de Solna donde fueron directamente tras la visita al bufete de abogados Kalling.

El Departamento de Medicina Forense se encontraba en una zona que pertenecía al Hospital Universitario Karolinska, justo a las afueras de Estocolmo, donde en su día estuvieron las aduanas. Se trataba de un edificio de ladrillo rojo, sin nada de particular, idéntico a otros de los alrededores. Thomas y Margit vieron a algunos estudiantes que paseaban por el césped, probablemente asistentes de los cursos de verano.

–¿Cuánto tiempo se puede tardar en abrir una puerta? –dijo Thomas en voz alta, sin esperar respuesta.

–Aproximadamente el mismo que se tarda en venir hasta aquí desde la sala de reconocimiento, que está en la otra punta del edificio, si no recuerdo mal –contestó Margit–. Tranquilo, seguro que viene enseguida. Puedes alegrarte de que le dieran prioridad al caso y no hayamos tenido que esperar hasta el viernes.

Thomas no dijo nada, pero dejó de tamborilear con los dedos.

Surgió una sombra detrás de las rayas blancas de la puerta de cristal y apareció el doctor Oscar-Henrik Sachsen.

–Disculpen la tardanza –farfulló–. En julio no hay personal para abrir la puerta.

Margit y Thomas lo siguieron a través de un largo pasillo, subieron una escalera de caracol y después atravesaron un pasillo más hasta que por fin llegaron a las salas de autopsias, una serie de salas silenciosas donde el suelo era de linóleo grisáceo y las paredes estaban pintadas de gris. En un banco alargado había diferentes instrumentos y recipientes de acero inoxidable.

Saludaron con una inclinación de cabeza a un asistente que, vestido con su bata blanca, estaba muy ocupado examinando las imágenes de la pantalla de un ordenador.

Sachsen señaló el cuerpo tendido en una mesa de reconocimiento bajo una sábana blanca.

–¿Queréis verlo? –preguntó.

Retiró la sábana sin esperar respuesta, de manera que la parte superior del cuerpo de Oscar Juliander quedó al descubierto.

El orificio de entrada de la bala que lo mató estaba sorprendentemente limpio. Parecía como si alguien le hubiera hecho una torpe incisión en el pecho, justo por debajo de la tetilla izquierda.

–Era un hombre apuesto –dijo Margit–. Debe de haber ido al gimnasio para mantenerse tan en forma.

Reconocieron el rostro que habían visto en la televisión y en los periódicos. Se le conocía por algunas grandes quiebras y concursos de acreedores de los años noventa y, además, se le consultaba con mucha frecuencia cuando se precisaba el dictamen de un abogado.

–Supongo que no existe ninguna duda de qué fue lo que le mató –dijo Thomas.

–No, no es necesario invertir mayor esfuerzo para averiguarlo –contestó Sachsen–. La muerte debió de haber sido fulminante.

Se inclinó hacia delante y señaló el lugar del disparo.

–La bala le alcanzó directamente el corazón a través del ventrículo derecho. La persona que le disparó no se encontraba delante de él, sino, más bien, ligeramente a la derecha. Por la trayectoria de la bala a través de los tejidos, se puede ver que ha penetrado en el cuerpo en diagonal desde el frente.

Thomas recordó la descripción de Fredrik Winbergh.

Sachsen se volvió y sacó suavemente con las pinzas un pequeño objeto brillante de un recipiente de plástico blanco. Apenas medía un centímetro de largo y unos cinco milímetros de diámetro.

–Aquí está la bala. Parece una bala de rifle, semiencajada. Eso encajaría bien con las lesiones.

–¿No estamos hablando de una pistola, entonces? –preguntó Margit.

Sachsen negó con la cabeza.

–No lo creo. En ese caso, habría restos de pólvora alrededor del orificio de entrada. Pero es imposible estar seguro al cien por cien, eso lo tendrá que decir el análisis de balística. ¿Habéis encontrado algún casquillo en el escenario del crimen?

–No, nada –contestó Thomas–. ¿Alguna otra cosa que apunte al rifle?

–Que el disparo se ha realizado desde lejos –dijo Sachsen–. De lo contrario, los tejidos que lo rodean estarían bastante más dañados.

Margit observó la bala que Sachsen volvió a depositar en el recipiente.

–Es un calibre bajo –dijo Sachsen, con la mirada puesta en el pequeño objeto de metal. Probablemente, un calibre 22.

–¿Qué significa eso? –preguntó Margit.

–No soy un experto en balística, pero he disparado a algún que otro ciervo a lo largo de mi vida. Esta es una bala que utilizan a menudo los cazadores.

–¿Por qué?

–Se expande cuando penetra en el cuerpo, por eso la punta tiene forma de champiñón.

–Y causa más daño –dijo Margit para sí misma.

–Por otra parte, no es habitual utilizar balas con la punta de plomo en una pistola – continuó Sachsen–. Lo que sugiere también que se ha usado un rifle.

Sachsen volvió a sacar la bala y se la puso delante para que pudieran observarla de cerca.

–Mira aquí. La parte delantera es de plomo, el resto de la camisa está hecha de cobre. La típica munición de caza. La bala se aloja en el cuerpo y causa el máximo daño posible, tal como tú has dicho, Margit.

Dejó la bala con cuidado.

–Yo buscaría algún tipo de arma de fuego que se utiliza para cazar animales pequeños.

–Si alguien disparó con un rifle, es imposible que estuviera a bordo del Swan.

Thomas llegó a esa conclusión al mismo tiempo que la pronunciaba.

Puesto que la bala había entrado en el pecho de Juliander desde el lado derecho, el asesino debería encontrarse en un barco que estaba a barlovento de él. Más concretamente, en el espacio reservado al público.

Su teoría encajaba.

Cerró los ojos para imaginar mejor el momento de la salida. El barco de la Policía se encontraba entonces un poco por detrás de la línea de salida, justo por delante tenían el gran barco que daba el pistoletazo. Había una gran cantidad de espectadores.

–Tienen que estar involucradas al menos dos personas –pensó Thomas en voz alta–. La que llevaba el timón del barco y la que disparó. Es casi imposible hacer frente al oleaje y disparar al mismo tiempo con tanta precisión.

–Pero ¿es posible disparar desde un barco que se balancea? –preguntó Margit.

–Para acertar con semejante precisión, tiene que tratarse de un tirador experto – intervino Sachsen–. Pero en la posición correcta y con una buena precisión de tiro, claro que es posible. ¿Qué tiempo hacía ese día? –preguntó, y miró a Thomas.

–Muy tranquilo –respondió Thomas–. Soplaban una brisa ligera, pero era un auténtico día de verano.

–Las condiciones ideales, dicho de otro modo –añadió Sachsen–, para apuntar con un rifle desde cualquier cubierta.

–Alguien debería haber oído el disparo –apuntó Margit, escéptica.

–No si el pistoletazo de salida ahogó el ruido –dijo Thomas–. Es una explosión fuerte, podéis creerme.

–Pero ¿se puede realmente temporizar un disparo tan bien? Se trata de menos de un segundo.

–Si eres un verdadero as, seguro que sí –dijo Sachsen.

–¿Podría haber utilizado un silenciador? –preguntó Margit–. Con un artilugio así el disparo apenas se habría oído desde lejos, ¿no?

–Eso puede explicar las cosas –respondió Thomas–. Sobre todo si el tiro se produce al mismo tiempo que dan el pistoletazo de salida. Incluso si alguien lo oyó pudo creer que era solo el eco.

–Se puede utilizar perfectamente un silenciador en combinación con munición de bajo calibre –aclaró Sachsen–. Es mucho más difícil con munición de gran calibre, entonces no se puede silenciar mucho el ruido. Con un calibre 22 solo se oye un soplo sordo.

–Eso apenas se habría escuchado en el mar –añadió Thomas.

Una vez más vio delante de él la imagen del momento de la salida: Juliander bocabajo en la cubierta. Los miembros de la tripulación asustados y conmocionados. La confusión que se produjo cuando se dieron cuenta de que su capitán estaba muerto.

–Nos enfrentamos a un tipo frío –dijo, y lanzó una última mirada al cuerpo azulado que se encontraba sobre la mesa de acero.

Se tardaba casi media hora en llegar al barrio de Saltsjöbaden, a las afueras de Estocolmo, si no era hora punta. Thomas conducía mientras Margit iba ensimismada en sus propios pensamientos. Pasaron un núcleo urbano degradado y densamente poblado, construido en los años setenta, que contrastaba visiblemente con las modernas casas de Saltsjöbaden.

Después de unos minutos, se acercaron a la plaza Saltsjöborg y giraron hacia la izquierda. La casa de Juliander estaba al otro lado del histórico Grand Hôtel. Tomaron un camino sinuoso, que serpenteaba entre las antiguas casas de veraneo, conocidas como las «casas de los mayoristas», con sus frondosos jardines, y algún que otro chalé disperso, revestido con ladrillos de piedra caliza, típicos de los años sesenta.

A lo lejos, en la punta, se alzaba el edificio amarillo del Real Club Náutico Sueco donde se hallaban las oficinas del club.

Se encontraban a tan solo quince minutos del centro de Estocolmo, pero parecía que estuvieran en el campo. El agua resplandecía y el intenso verdor era impresionante; había varias casas, ocultas tras la hiedra, que apenas se veían. En muchos jardines se alzaban robles centenarios, una señal inconfundible de que Saltsjöbaden fue uno de los primeros barrios residenciales de Estocolmo. Lo fundó la familia Wallenberg, cuyo espíritu se mantenía vivo en el barrio.

Thomas tomó la calle Amiralvägen y pronto pudieron ver una gran casa de color gris pizarra de finales de siglo XIX, con unas maravillosas vistas al mar. En la entrada del garaje había un Land Rover aparcado al lado de un Lexus de color gris plata. Otro coche más, un Porsche negro, estaba en la sombra.

–No está mal el sitio –dijo Margit–. ¿Me pregunto cuánto tiempo llevará limpiar a fondo todo esto?

–¿Querrás decir al personal de la limpieza? Aquí, seguro que no pasan la aspiradora ellos mismos.

Se acercaron a la puerta pintada de blanco y llamaron al timbre. La puerta se abrió casi de inmediato y apareció un hombre joven, en pantalones vaqueros y camiseta roja con el logotipo de una marca conocida. Se presentó como David Juliander, uno de los hijos de Oscar.

Margit recordó que el abogado asesinado tenía tres hijos, dos chicos y una chica. La hija estudiaba en el extranjero, en París, si no recordaba mal, mientras que el hijo menor seguía los pasos de su padre y estaba estudiando Derecho. El mayor trabajaba

en el sector de la informática. Por lo tanto, David debía de ser el que estudiaba Derecho.

Thomas le dio el pésame y le preguntó por su madre. El joven les hizo pasar a la sala de estar y les invitó a sentarse. David les explicó que su madre estaba descansando, pero que iría a buscarla enseguida.

Se sentaron en el sofá esquinero, tapizado en un material muy original parecido a la gamuza. Estaba orientado hacia el mar, por lo que se podía disfrutar de las vistas.

Mientras esperaban, Margit pensó en la mujer con la que se iban a encontrar. ¿Qué pensaría estando sola en aquella casa tan grande cuando su marido se encontraba fuera, viviendo alguna de sus aventuras, y los hijos estaban ocupados en sus cosas?

Podía imaginarse a Sylvia deambulando por las habitaciones de su lujoso chalé mientras esperaba a su marido. Era casi imposible que ignorara lo que sucedía. Puede que, incluso, se hubiera enfrentado a Oscar y, luego, aprendió a soportar la amarga realidad para no poner en riesgo su matrimonio.

Debió de sentirse muy sola, especialmente cuando se marcharon los hijos, pensó Margit.

Pasados unos minutos, Sylvia Juliander entró en la sala. Estaba pálida, pero serena. El cabello castaño enmarcaba su delgado rostro y se veía claramente que los acontecimientos de los últimos días habían sido muy duros para ella.

David se sentó al lado de su madre, la miraba inquieto. Era evidente que quería ser un apoyo para ella, como si él fuera el padre y ella la hija.

–Querían hacerme algunas preguntas –dijo Sylvia vacilante, en voz baja. Sus delgados dedos se enredaban nerviosos con un hilo suelto de su chaqueta de punto azul. Tenía las uñas bien cuidadas y pintadas con un esmalte claro, y en el dedo anular de la mano izquierda llevaba un anillo grande con un zafiro junto a la alianza.

Thomas rompió el silencio.

–Como comprenderá, nuestra máxima prioridad en estos momentos es encontrar a la persona que mató a su marido. Por eso, tenemos que hacerle algunas preguntas que, quizá, le resulten extrañas o incómodas. No es esa nuestra intención.

Sylvia asintió.

–¿Sabe usted si su marido tenía algún enemigo?

La mujer parecía aterrorizada.

–¿Por qué iba a tener enemigos? Oscar era abogado mercantil. Era muy respetado. Muy querido.

–Es importante que piense en ello, aunque la pregunta le parezca fuera de lugar –

continuó Thomas—. Intentamos hacernos una idea de su marido tanto en el ámbito privado como en el profesional.

Thomas le mostró una sonrisa alentadora a la afligida viuda.

—Lo entiendo, pero nunca he oído hablar de ningún enemigo —respondió Sylvia—. Es cierto que sé muy poco de los negocios de Oscar. No quería cansarme con esas cosas, solía decir él. De todos modos, no iba a entender nada.

David Juliander parecía contrariado. Se inclinó hacia delante, como para tomar la palabra.

—Papá recibió cartas amenazantes —dijo cuando su madre terminó de hablar.

Thomas observó al joven, cuyo rostro parecía cansado bajo el bronceado. Una sombra de tristeza le cubría el rostro.

—¿De quién? —preguntó Thomas.

—Creo que se llamaba no sé qué Property, no recuerdo el nombre con exactitud. Algo relacionado con bienes inmuebles, en cualquier caso.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Thomas.

—En una ocasión abrí una carta por error. Se trataba de una empresa en la que papá era el administrador concursal. Él me contó que los antiguos propietarios tenían algo que ver con la mafia rusa. Estaban tratando de saquear la empresa antes de que entrara en quiebra, pero no les dio tiempo.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Margit.

David parecía nervioso. No era más que un chico que acababa de perder a su padre, pensó Thomas.

—Bastante seguro. Cuando los rusos no consiguieron saquear la empresa, trataron de persuadir a papá para que anulara el concurso. Lo cual era imposible porque la decisión judicial había adquirido fuerza de ley.

Thomas observó que el hijo de Juliander ya utilizaba expresiones jurídicas. *Fuerza de ley* no era una expresión normal en boca de un joven de veintidós años. A no ser que estudiara Derecho o, quizá, fuera hijo de un abogado, como era el caso.

—¿Qué pasó con las cartas? —preguntó Margit.

—Papá dijo que se las había entregado a la Policía. —David los miró con ojos dudosos—. Pero no lo recuerdo con exactitud. Fue el año pasado o, quizá, el anterior. Papá no quería que yo me preocupara por eso.

Se le trabó la voz, se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo.

—Papá se reía del tema —continuó en voz baja—. «Eso nos puede suceder a los abogados, pero no es nada peligroso», me dijo cuando le pregunté si no tenía miedo. Después, lo olvidé todo.

Thomas anotó que debían comprobar si Juliander había denunciado las supuestas cartas amenazadoras. Apuntó también que le habían enviado las cartas al domicilio

familiar, a pesar de que la familia tenía un número de teléfono secreto que no figuraba en el listín telefónico.

Por otra parte, no era muy difícil encontrar las direcciones y los números de teléfono llamados *secretos*. Esa información existía en muchas páginas web que proporcionaban, con mucho gusto, esos datos. Además, incluso los directores de empresa más conocidos aparecían en los álbumes escolares de sus hijos. Si alguien quería, era bien sencillo localizarlos.

Margit se volvió hacia Sylvia y tomó la palabra.

—¿Cómo era la relación entre usted y su marido? ¿Estaban felizmente casados?

Sylvia se estremeció al oír la pregunta, como si se sintiera ofendida por la intromisión en su vida íntima.

—Llevábamos casados casi treinta años. Tuvimos tres hijos.

—Por favor, responda a la pregunta —dijo Margit con delicadeza—. ¿Cómo describiría su matrimonio?

Sylvia la miró con gesto de reproche. Lanzó un suspiro y una mirada rápida a su hijo antes de decidirse finalmente a hablar.

—Yo estaba sola la mayor parte del tiempo —confesó—. Oscar estaba fuera muy a menudo. Viajaba mucho por motivos laborales. Además, tenía muchas otras ocupaciones. El Colegio de Abogados, el Real Club de Vela de Sandhamn...

—Háblenos de la participación de su marido en las competiciones de vela —le pidió Thomas.

Sylvia esbozó una pequeña sonrisa nostálgica y, al instante, todo su rostro cambió de expresión. De repente resplandeció, desaparecieron los rasgos de desolación y se podía ver que era una mujer hermosa. Thomas comprendió por qué el mujeriego de Oscar Juliander, en su día, se había enamorado de su esposa.

—A Oscar le encantaba navegar —contestó ella—. Había navegado desde que era un adolescente. Siempre había competido, cuanto más grandes fueran los barcos, mejor. Creo que los mejores momentos de su vida los pasó en el mar. Encontraba el sosiego, de alguna manera, aunque estuviera compitiendo.

—¿A usted le gusta navegar? —dejó caer Margit.

Sylvia se rio nerviosa. La sonrisa desapareció y reapareció la desconsolada esposa.

—¿Yo? No, no soy particularmente aficionada a la vela. Me mareo en cuanto veo un mástil. —La mujer se ciñó con fuerza la chaqueta alrededor del cuerpo—. Pero era un soplo de vida para Oscar tan necesario como el aire. Nuestro hijo mayor es igual; David no. ¿No es cierto, cariño?

Sylvia miró a su hijo, quien asintió con la cabeza y le acarició la mano con torpeza.

—¿Qué hacía usted cuando su marido estaba en el mar? —preguntó Thomas.

Sylvia se encogió de hombros, en un gesto de resignación.

—O lo acompañaba o lo esperaba en tierra. O me quedaba en nuestra casa de veraneo en la isla de Ingarö. Se podría decir que me pasaba la vida esperándole. Esc se convirtió en una parte de nuestro matrimonio.

—¿Participaba usted también en el Real Club de Vela de Sandhamn —preguntó Margit.

—No mucho, la verdad —dijo, negando con la cabeza—. Oscar quería que participara más, así que hice lo que pude. Pero no estaba tan interesada.

—¿Es cierto que su marido iba a ser elegido presidente en otoño? —preguntó Thomas.

—Sí, así es, aunque yo no he seguido el tema muy de cerca. No ha sido algo importante para mí —dijo, a la vez que extendía las manos—. En cualquier caso, eso no le habría hecho pasar más tiempo en casa. Solo era otra ocupación que le quitaría aún más tiempo para su familia.

—¿Por qué tiene una casa de veraneo en Ingarö cuando vive en una casa de Saltsjöbaden? —dijo Margit después de que dejaran la gran casa gris a sus espaldas—. Cambiar una casa junto al mar por otra. No le veo la gracia.

Thomas conducía el Volvo de regreso. Se conformó con sonreír por respuesta.

—¿Qué piensas de esas cartas amenazantes? La mafia rusa, como es sabido, tiene sus métodos, pero este no parece uno de ellos —continuó Margit.

—Le encargaremos a Erik que revise todas las denuncias anteriores. Espero que se conserven aún las cartas. En el caso de que él presentara realmente una denuncia ante la Policía, algo que no es seguro.

Margit asintió.

—Pero debemos averiguar si existen y, si es así, ver de dónde venían. —Margit introdujo la mano en su bolso, buscó su bloc y escribió una nota para que no se le olvidara.

Sonó el teléfono de Thomas. Sacó el móvil del bolsillo y contestó.

—Buenos días, soy Britta Rosensjö. Nos vimos el lunes.

Thomas vio ante sí a la mujer desesperada que retorció sin cesar su pañuelo mojado una y otra vez.

—Hola —respondió Thomas sin precipitarse.

—Bueno —dijo ella—. Me gustaría contarle algo... Si no está ocupado, por supuesto. —Esto último lo añadió apresuradamente, como si tuviera miedo de molestarlo.

—No hay ningún problema —aseguró Thomas—. ¿De qué se trata? ¿Ha encontrado su

cámara?

—Por desgracia, no. Pero seguro que aparecerá, no es la primera vez que pierdo algo. Por lo general, suele aparecer pasados unos días.

Se quedaron en silencio durante unos segundos.

—Lo que pasa es que creo que hemos sido víctimas de un robo en la habitación del hotel. Hans dice que son figuraciones mías, pero, de todos modos, quería llamar y contárselo.

—¿Un robo? —repitió Thomas.

—Sí, parece que alguien ha entrado en nuestra habitación.

—¿Falta algo?

—No, nada. Pero algunas cosas no están donde estaban la última vez que estuve allí.

—¿No podría haber sido la camarera de habitación que ha limpiado el polvo y ha recogido la estancia? —preguntó Thomas.

—Sí, por supuesto. Claro que puede ser eso —contestó Britta, insegura—. Pero tengo la impresión de que ha entrado alguien en nuestra suite, alguien que no tenía nada que limpiar. No puedo evitarlo.

—Pero dice que no le falta nada, ¿no?

—Eso es, no falta nada.

—Entonces, ¿quizá no sea tan preocupante? Vuelva a llamarme si descubre que ha desaparecido algo.

Thomas terminó la conversación y le resumió rápidamente a Margit lo que Britta le había contado.

—¿Qué opinas tú?

—Ni idea, pero lo más probable es que no tenga nada que ver con la investigación. Además, el domingo parecía un poco desconcertada y, sin duda, aún sigue preocupada después de todo lo que ha ocurrido.

Margit miró por la ventanilla. Habían cruzado el centro de Estocolmo y estaban a punto de tomar la autopista.

—Probablemente tienes razón, se tratará simplemente de la camarera que ha entrado en la habitación y ha recogido un poco.

Thomas se pasó al carril izquierdo y pisó el acelerador.

—Seguro que ha sido eso.

Al abrir la puerta principal, algo le llamó la atención. Se detuvo mientras recorrió con la mirada el amplio vestíbulo. La alargada alfombra persa con motivos azules estaba como siempre. En la cómoda, bajo el espejo balinés comprado en un viaje a Asia, tampoco se veía nada fuera de su sitio. En el suelo, por debajo de la ranura de la puerta, había algunas cartas con sobres blancos y varios folletos de propaganda.

Sin embargo, algo le hizo dudar a Martin Nyrén.

Sin quitarse los zapatos, entró en la sala de estar. Los bellos muebles italianos de piel estaban en su lugar y las ventanas estaban bien cerradas. Se dio cuenta de que por la mañana se le había olvidado bajar las persianas. Hasta las orquídeas languidecían bajo el sol abrasador.

Entonces se dio cuenta de lo que era.

En el apartamento flotaba un aroma desconocido, un aroma que no solía haber allí.

Frunció el ceño mientras trataba de identificarlo. ¿Una mezcla de especias exóticas? Nuez moscada, tal vez, o clavo.

Volvió despacio al vestíbulo y colgó la chaqueta en una percha.

¿De dónde venía aquel perfume? ¿Había entrado alguien en su casa?

Dio una vuelta al apartamento. Todo parecía normal, no faltaba nada. Todo estaba donde siempre.

Aspiró de nuevo el aire, pero no supo qué pensar. ¿Serían figuraciones suyas? Era difícil identificar un olor. Haciendo un gesto de negación con la cabeza, alejó aquel pensamiento. Probablemente serían las flores las que, por el calor, desprendían ese aroma. En el apartamento hacía un calor sofocante.

Se acercó a las ventanas y las abrió de par en par para que entrara el aire de la tarde.

Después se sirvió un whisky con un poco de agua.

Lo despertaron por la noche sus voces. Era verano cuando cumplió los trece años, pero aún seguía despertándose en plena noche y se había hecho pis. Una mancha húmeda y embarazosa en el pantalón del pijama que intentaba desesperadamente lavar en el lavabo para que nadie se diera cuenta.

Pero esa vez fue otra cosa la que había perturbado su sueño. Desde el dormitorio de al lado, la voz apagada de su padre penetró a través de las delgadas paredes de la casa de veraneo. Escuchó los ruegos desesperados de su madre.

–Te lo ruego, deja de ver a esa mujer –dijo, sollozando.

Estaba borracha, claro.

Ella creía que nadie notaba que se servía un vasito de jerez tras otro. En realidad, en casa todos sabían lo que pasaba. Pero nadie decía ni hacía nada al respecto, y, su padre, desde luego, menos que nadie.

–No te metas en cosas que no son de tu incumbencia – gritó el padre–. Si tú no estuvieras borracha perdida todo el tiempo, no tendría que ir con ella.

Él se hundió en la cama y se puso la almohada encima de la cabeza para no tener que oír aquello. Se le formó un nudo en la garganta que dolía.

A la mañana siguiente, cuando bajó a desayunar, Elsa le dijo que el director había vuelto a Estocolmo. Tenía negocios importantes que requerían su presencia.

La señora tenía migraña y no quería tomar nada.

Miércoles, primera semana

Todos habían traído su café y ocupaban sus sillas en la sala de reuniones de la comisaría de Nacka. El Viejo se aclaró la voz para señalar que era hora de empezar la reunión.

Eran las ocho de la mañana del miércoles. Habían pasado exactamente dos días y veinte horas desde que Juliander cayera abatido por un disparo a un par de millas al sureste de Sandhamn. La lluvia repiqueteaba contra los cristales de las ventanas. Con la entrada de las bajas presiones, la temperatura había caído bruscamente hasta los diecisiete grados.

El típico verano sueco, pensó Thomas resignado.

Margit y él estaban sentados en un lateral de la mesa, mientras que Kalle y Erik ocupaban una de las cabeceras. Carina se había sentado al lado de ellos.

El Viejo se volvió a aclarar la garganta.

–Bueno, ha llegado el momento de resumir lo que hemos averiguado hasta ahora. ¿Quién quiere empezar? –Dirigió la mirada a Margit y a Thomas—. Supongo que vosotros dos habéis estado yendo y viniendo a Sandhamn. ¿Qué habéis averiguado?

Margit se levantó y se dirigió a la pizarra blanca. El primer rotulador que cogió se había secado, pero el siguiente funcionaba.

Al tiempo que escribía, les fue resumiendo las pistas que Thomas y ella, después de contrastar sus opiniones, creían que eran las principales. Conclusiones que, por otra parte, se vieron reforzadas después de leer la transcripción de las entrevistas que Kalle y Erik habían realizado, por separado, a varios testigos.

Cuando terminó de escribir, había cuatro puntos en la pizarra:

– Celos:

Amante.

Esposa?

Marido traicionado.

– Delito económico.

– Mafia rusa.

– Drogas.

–¿Por qué has puesto entre signos de interrogación a la esposa? –preguntó el Viejo.

Margit, que había regresado a su sitio y se había sentado de nuevo, tardó unos segundos en responder.

—Lo cierto es que la mujer tiene motivos, pero también tiene una coartada. Siete personas atestiguan que estaba sentada en un banco del barco tomando vino blanco cuando se produjo el disparo. De hecho, todos los que se encontraban a bordo del Storebro afirman que todos estaban allí. Además, ella carece de experiencia en el manejo de armas de fuego. Hemos comprobado que no tiene licencia de armas.

Margit alargó el brazo, tomó su taza de café, bebió un sorbo y continuó.

—Además, a mí me cuesta comprender qué podía ganar ella con la muerte de él. Creo que podemos descartarla de momento.

—Aquí no se descarta nada —refunfuñó el Viejo—. En cualquier caso, no antes de que lo decida yo. Pero amantes parece que había a mansalva, según tengo entendido.

Alrededor de la mesa se cruzaron miradas cargadas de intenciones.

—¡Ya te digo! —replicó Erik.

—¿Le tienes envidia? —soltó Margit.

—No, gracias, me las arreglo.

La mayoría de los que estaban presentes alrededor de la mesa comprendieron que Erik, con poco más de treinta años, una sonrisa juvenil y un cuerpo musculoso, seguramente lo admiraba por ello.

Kalle tomó la lista que habían recibido de Eva Timell. En ella aparecían perfectamente alineadas, con su nombre y dirección, más de una docena de mujeres.

—Un auténtico devorador, como quien dice. —El Viejo se rio.

—Esa es una manera de verlo. —Margit resopló—. Si es que un hombre que ha engañado durante años a su esposa es un asunto para bromear con él.

—Al grano —dijo el Viejo—. Repartíos entre vosotros la lista de las amantes y poneos en contacto con ellas. De momento, excluiré a la mujer. ¿Qué podéis decirnos de los asuntos económicos?

Thomas se volvió hacia Carina.

—¿Cómo ha ido? ¿Has conseguido saber algo de sus bienes?

Una de las primeras cosas que le solicitaron a la fiscal fue el permiso para poder acceder a las cuentas y a las inversiones de Juliander. Esa era una pieza importante del rompecabezas para comprender en qué situación se encontraba. Sobre todo, teniendo en cuenta que había vivido por todo lo alto.

—He empezado a revisar todo —contestó Carina—. Pero lleva su tiempo. Es difícil localizar a la gente en julio. Al final de la semana, probablemente sabré más.

—También estamos revisando sus mediaciones jurídicas, para ver si se esconde algo ahí —añadió Thomas.

—Ajá. ¿Y qué estáis haciendo con la pista rusa?

El Viejo se dirigió a Margit y a Thomas, quienes a su vez miraron a Erik Blom. É hojeó su bloc de notas y lo abrió por una página llena de garabatos.

–No hemos encontrado ninguna denuncia; por lo que parece, él no se molestó en hablar con la Policía de las cartas amenazantes que mencionó su hijo. Según Eva Timell, probablemente se trata del concurso de acreedores de una empresa que se llamaba Eastern Property. Juliander fue el administrador concursal hace un par de años.

–Eso parece indicar que él no las tomó muy en serio –dijo Thomas.

–O que no se atrevió a denunciar –intervino Margit.

–Ayer hablé con un antiguo colega que trabaja en la Unidad de Delincuencia Económica –dijo Erik–. Le pregunté si le sonaba el nombre de Eastern Property o de alguno de sus socios.

Pasó unas hojas de su bloc y levantó los ojos de nuevo.

–Mi amigo se aseguró de cruzar los nombres de las personas que nos interesan con los nombres de quienes figuran en sus registros.

–¿Qué pasó? –preguntó Margit.

–No obtuvo ningún resultado. Ni en el registro de antecedentes penales ni en el de actividades económicas delictivas.

–Si hubiera sido la mafia rusa quien estaba detrás, habría empleado hombres de paja –afirmó Margit.

–¿Hombres de paja? –dijo Carina. Pareció avergonzada al comprobar que todos los demás habían entendido lo que quería decir.

Erik le sonrió. Parecía como si estuviera más que dispuesto a explicarle a una chica guapa lo que significaba aquella expresión.

–Un hombre de paja es el que se lleva la peor parte cuando una empresa entra en concurso de acreedores. Sobre todo si, detrás del concurso, hay un delito fiscal. Entonces, ponen al frente de la empresa a un testaferro, que es quien carga con la culpa, en lugar de los verdaderos propietarios.

–¿Y hay realmente gente que esté dispuesta a ir a la cárcel por un delito que no ha cometido? –preguntó Carina.

Thomas no supo muy bien qué pensar, no sabría decir si el comentario de Carina era pertinente o ingenuo. Después tuvo remordimientos por pensar eso de su novia, o lo que fuera.

–Te sorprenderías –dijo Margit– si supieras lo que está dispuesto a hacer un hombre que bebe vodka a morro en un banco por unos pocos billetes a tocateja. No cuesta mucho dinero conseguir que un alcohólico firme algunos documentos de la empresa.

–De todos modos –continuó Erik–, si la mafia se ha valido de un testaferro u

hombre de paja, no nos resultará fácil dar con ellos.

—¿Qué sabemos sobre el modo de actuar de la mafia rusa? — preguntó el Viejo—. ¿Coincide este crimen con sus métodos habituales?

Todos se quedaron en silencio por un instante; después, Thomas tomó la palabra.

—No soy un experto, pero no parece propio de ellos. Resulta difícil creer que la mafia rusa esperara más de un año para deshacerse de un administrador concursal incómodo.

Dibujó unos garabatos en el bloc de notas que tenía delante mientras seguía discutiendo.

—Además —continuó—, si estaban cabreados, les habría resultado más sencillo enviarle a un par de matones que le hicieran entrar en razón con una buena paliza.

—Sí, habrían tenido un montón de recursos diferentes —corroboró Margit—. Un falso accidente de coche, un tiro en la nuca, una cuchillada en algún lugar oscuro. No tenían más que elegir el método. —Se inclinó sobre la mesa.

»Este es un asesinato bien pensado, que ha requerido tiempo y planificación. Nuestros amigos rusos no son conocidos precisamente por su finura. ¿Por qué iban a tomarse la molestia de salir al mar cuando habrían podido deshacerse de él sencillamente una tarde oscura a la salida del trabajo?

Margit se recostó de nuevo en el respaldo de su silla y cruzó los brazos sobre el pecho. Parecía, allí sentada, un avispón furioso, con aquellas mechas rojizas que lucía en su cabello corto. No era guapa, pero inspiraba cierto respeto.

—Quizá querían enviar un recado —sugirió el Viejo.

—¿Tanto tiempo después de las cartas amenazantes? —Margit levantó las cejas escéptica—. Y en ese caso, ¿a quién? ¿A la asociación de administradores concursales de Suecia? ¿Al Colegio de Abogados? Esas agrupaciones suelen ser muy endogámicas. Evitan mezclarse con las asociaciones de abogados y de jueces. No suele ser rentable atacar a los poderes sociales establecidos.

—Tienes razón —admitió el Viejo, a la vez que se rascaba la barbilla—. Entonces, dejaremos a un lado la pista rusa de momento —añadió, y se meció en su silla, que crujió de forma preocupante.

—En cualquier caso, yo doy por supuesto —dijo Thomas— que es importante no solo el hecho de que mataron a Juliander, sino cómo lo mataron.

Thomas había pronunciado estas últimas palabras con un tono particular que despertó la curiosidad del Viejo. Los sucesos del verano anterior habían revelado que tenía un agudo olfato policial. Aquel había sido el primer gran caso de asesinato que Thomas investigó por su cuenta y su trabajo superó ampliamente todas las expectativas. Sobre todo durante el desenlace de la dramática situación que se produjo en el faro de Grönskär, cerca de Sandhamn, donde Nora Linde estuvo a puntc

de morir.

–Continúa –dijo el Viejo.

–Como ha dicho Margit, este asesinato ha requerido una planificación minuciosa. Por eso, creo que el modo de actuar es importante. Que tenía un propósito. Quizá, humillar a Juliander públicamente. Es innegable que fue asesinado precisamente en un momento de triunfo.

–Sí –confirmó Margit–, pensándolo bien, fue sencillamente una ejecución.

–Exactamente –subrayó Thomas.

–¿Se tomaría tantas molestias una mujer despechada para matar a su amante? –preguntó el Viejo, pensativo.

–Es poco probable. Pero ¿un marido celoso? –inquirió Thomas–. Un regatista, tal vez, un socio del Real Club de Vela de Sandhamn, que se encontrara en la línea de salida aquel día. Y tuviera a su disposición un barco y armas de fuego.

–Vale la pena investigarlo –admitió el Viejo–, continuad con esa pista. –Cambió de tema–. ¿Drogas? ¿Qué podemos decir al respecto?

Thomas resumió el interrogatorio que habían mantenido con Winbergh en el que él les habló de sus sospechas.

–Entonces, ¿Juliander pudo haber consumido drogas? –dijo el Viejo–. ¿Hay algún otro dato que apoye esta teoría?

–No hemos podido confirmarlo.

–La fachada tan ejemplar del abogado puede que no fuera impoluta. Seguid investigándolo. Por cierto, ¿sabemos algo más del arma del crimen?

Erik señaló una enorme pila de papeles que tenía delante de él.

–Estamos examinando las licencias de armas de todos los registros y cruzando los datos con las personas del entorno de Juliander. Queremos saber quién tenía licencia para armas de munición de bajo calibre.

–Incluye también a la pandilla del Club de Vela –añadió el Viejo.

–¿Cuántas personas hay registradas? –preguntó Margit.

–En Suecia, hay alrededor de seiscientos cincuenta mil propietarios de armas y casi un millón de licencias de armas de caza. –Erik hizo una mueca–. Debemos agradecer que Sachsen encontrara la bala en el cuerpo, así podemos descartar las escopetas.

Le hizo un guiño a Carina, al que ella respondió con una sonrisa. Se levantó y, dirigiéndose a una de las ventanas, la abrió de par en par. Fue un alivio que entrara un poco de aire fresco en la sala escasa de oxígeno.

El Viejo recogió sus papeles. Nadie dijo nada.

–Creo que lo vamos a dejar aquí. ¿Todo el mundo tiene algo que hacer los próximos días?

El Viejo empezó a levantarse, pero de repente se volvió a sentar.

–Por cierto –añadió–. La fiscal. No podemos olvidarnos de mantener informada a la fiscal. De lo contrario se armará un follón de mil demonios.

–Nos reuniremos mañana por la mañana con ella –dijo Margit–. Nosotros nos encargamos de eso. No hay problema, es Charlotte Öhman, ya la conocemos.

A Nora le cayó mal el agente inmobiliario desde el mismo instante en que puso su pie en Sandhamn. No sabía realmente qué le parecía peor, si su chaqueta elegante, sus zapatos bien lustrados que se veían brillar desde lejos en medio del muelle polvoriento, o el hecho de que llevara una corbata, a pesar de que se dirigía a las islas del archipiélago exterior.

Se trataba de un hombre sorprendentemente joven, pero parecía que le habían encomendado el trabajo de su vida. Lo cual, probablemente, fuera cierto. Un joven prometedor, pensó Nora para sí misma, que trata de mostrarse audaz ante sus jefes.

Svante Severin no se dejó impresionar por el frío saludo de Nora. Sonrió con una sonrisa bien ensayada, rebosante de entusiasmo, y le estrechó la mano más tiempo de lo debido. Con Henrik se comportaba como si se conocieran desde hacía años. De su boca brotó un torrente de palabras durante los escasos diez minutos que tardaron en llegar a la casa de la tía Signe.

Cuando llegaron a Villa Brandska no había suficientes superlativos que pudieran describir lo que veían sus ojos. La cocina tenía un encanto *vintage* irresistible. La chimenea de cerámica del comedor lo hizo caer en trance y la veranda lo dejó sin aliento. Incluso el viejo cuarto de baño y su bañera con las patas de león recibieron su parte de verborrea zalamera, a pesar de que era evidente que aquel cuarto deslucido necesitaba desde hacía tiempo una renovación completa.

Nora apretó los dientes y esbozó una sonrisa forzada.

Tan pronto como terminara aquel recorrido por la casa, ya se encargaría ella de que Svante Severin subiera a bordo de un barco de Vaxholm y no volver oírlo nunca más.

–¿Has oído? –dijo Henrik.

–¿Qué has dicho? –preguntó Nora, que estaba pensando en otras cosas. No había escuchado en absoluto la conversación mientras los seguía escalera abajo hasta el comedor.

–Tendrás que prestar un poco más de atención, querida. Svante acaba de decir que están dispuestos a rebajar su comisión por tratarse de un lugar tan exclusivo.

Nora se cruzó de brazos y miró inquisitivamente a Severin y a Henrik, que se encontraban al otro lado de la gran mesa del comedor.

–¿Comisión?

–Lógicamente ellos deben cobrar por su trabajo. Pero Svante está dispuesto a renunciar a su porcentaje habitual del cuatro por ciento a cambio de una cantidad fija

en la que ambas partes nos pongamos de acuerdo. Me parece una idea estupenda, ¿no?

Henrik colocó su brazo protector alrededor de los hombros de Nora y asintió con simpatía al agente.

—Desde luego —confirmó Severin—. Sería un honor para nosotros poder ocuparnos de semejante tesoro cultural. Evidentemente podemos llegar a un acuerdo sobre una cantidad con la que todos estemos satisfechos —dijo con una sonrisa seductora—. No se me ocurriría empezar a hablar de porcentajes en un caso como este.

El agente se inclinó hacia Nora, quien, instintivamente, retrocedió unos pasos. La situación era extraña. Buscó en vano en el rostro de Henrik una señal de que comprendía que ella estaba lejos de tomar la decisión de vender la casa.

Se liberó del brazo de Henrik y se dirigió a la ventana. Como siempre, la vista era impresionante. A través de la ventana interior que daba a la veranda, vio el viejo sillón de mimbre en el que solía sentarse la tía Signe por las tardes. Por un instante casi pudo oír un rabo que golpeaba contra el suelo, el sonido de *Kajsa*, la perra de Signe, que siempre estaba tumbada a sus pies.

—Es un poco pronto para hablar de ese tipo de cosas. Henrik, creo que necesitamos hablar de esto en privado —dijo Nora, tratando de enviar un mensaje mudo con los ojos.

Henrik hizo como si no la hubiese oído, y continuó impertérrito.

—Nora, tienes que escuchar esto. Svante dice que ya tiene una oferta de compra.

—¿Una oferta?

—Una oferta concreta. Esta es una casa muy solicitada.

Nora acarició el viejo reloj Mora del comedor. Había que darle cuerda de nuevo, se había parado.

—¿Cómo es posible que alguien haya hecho una oferta ya cuando la casa ni siquiera está en venta?

Severin los miró como si tuviera una gran sorpresa guardada en la manga.

—Bueno, cuando Henrik y yo hablamos de la casa, yo entré en nuestro registro de clientes. Sandhamn es increíblemente atractiva, sobre todo para los suecos que residen fuera del país. Tenemos varios clientes que desde hace tiempo han expresado su deseo de comprar una casa antigua aquí.

—Sigo sin comprenderlo —dijo Nora.

—Después de nuestra conversación, me puse en contacto con una familia de suecos que residen en Suiza, que está particularmente interesada. Se entusiasmaron al saber que se trataba de Villa Brandska.

Nora se puso furiosa al instante. No sabía con quién estaba más irritada, si con su marido o con el agente inmobiliario, pero se encontraba a punto de estallar. No obstante, se contuvo. No tenía ninguna gana de montar una escena delante de Severin.

–¿A qué te refieres cuánto hablas de «precio inflado»? –oyó que decía Henrik.

–Quiero pensar –Svante Severin hizo una pausa estudiada– que estamos hablando de una cantidad que asciende a varios millones. Esta es una casa extraordinaria, con una ubicación excepcional. *Prime location, you know* –añadió con un gesto de triunfo.

–¡Es una auténtica fortuna! –exclamó Henrik, pálido–. Por algo que nos ha caído del cielo. –Miró a Nora–. Es increíble, ¿no? Piensa en todo lo que podríamos hacer con ese dinero. Nuestras posibilidades serían completamente distintas de las que tenemos ahora.

Henrik les sonrió con entusiasmo a ella y al agente.

–Henrik, tenemos que pensarlo. Todavía no hemos decidido si la vamos a vender o no.

Nora le lanzó una mirada asesina y, luego, se volvió hacia el agente.

–Gracias por venir hasta aquí. Tenemos que pensarlo. Los dos –subrayó, y lanzó otra mirada a su marido, que ya parecía estar pensando en qué se iba a gastar los millones.

Resuelta, condujo al agente inmobiliario hasta la puerta.

–Te llamaremos –dijo con su tono más profesional, que no admitía réplica alguna–. Cuando lo hayamos decidido.

Se habían repartido entre ellos la lista con las amantes actuales y las del pasado. Thomas se había hecho cargo de una mitad y Margit de la otra.

Algunas de las mujeres eran profesionales conocidas; otras, personas de las que Thomas nunca había oído hablar. Dos de ellas eran azafatas, un clásico, pensó. Allí había también algunas mujeres que estaban casadas con hombres poderosos y difícilmente recibirían de buena gana una visita de la Policía ni preguntas acerca de un amante asesinado.

Había resultado sorprendentemente fácil localizar dónde se encontraban esas señoras, a pesar de que era verano y estaban de vacaciones. Thomas se iba a reunir con la mujer con la que Oscar Juliander mantenía relaciones en los últimos tiempos. «La que estaba de guardia», en expresión de Erik.

Se llamaba Diana Söder y tenía treinta y nueve años. Aún no había empezado sus vacaciones, y Thomas esperaba encontrarla en su trabajo en una céntrica calle de Estocolmo.

Aparcó el coche en un aparcamiento que tenía unos precios desorbitados, pasó por el teatro Dramaten, donde había turistas sentados en las escaleras viendo pasar a la gente. Después giró y continuó hacia su destino.

El letrero de la galería de arte Strandvägens Konsthandel estaba grabado con elegantes letras en la amplia puerta de cristal. En la ventana que daba a la calle colgaban dos paisajes enmarcados en grandes marcos dorados.

Thomas cruzó la puerta y entró en un local bastante grande, alargado y pintado por entero de blanco. Todas las paredes estaban cubiertas con obras de arte, que iluminaban unos reflectores de metal desde el techo. A la derecha de la entrada había dos cómodos sillones de piel verde botella, y entre ellos, una mesa de cristal donde se apilaban gruesas revistas de arte.

Thomas, que sabía de arte lo que cabe en un dedal, constató que no tenía ni idea de si lo que colgaba de las paredes costaba diez coronas o diez mil.

Sentada detrás de un escritorio antiguo, en el fondo del local, vio a una mujer atractiva. Estaba hablando por teléfono, pero al verlo colgó apresuradamente y salió a su encuentro.

—¿En qué puedo ayudarle?

Llevaba un vestido de verano de color rosa y un collar con cuentas grandes del mismo color. Tenía el cabello rubio recogido en la nuca con un pasador. Cuando sonrió apareció un asomo de hoyuelo en una de sus mejillas.

Thomas se presentó y mostró su placa de policía.

–Tengo que hacerle unas preguntas sobre Oscar Juliander.

La mujer palideció, pero luego asintió e invitó a Thomas a sentarse en uno de los sillones.

–¿Qué quiere preguntarme? –dijo en voz baja.

Thomas sacó su bloc de notas y pasó las hojas hasta llegar a una página en blanco. Buscó un bolígrafo en el bolsillo de la cazadora y comprobó que pintaba. Mientras tanto, Diana Söder lo observaba con ojos de preocupación.

–¿Puede describirme su relación con Oscar Juliander?

–Éramos... amigos. Buenos amigos.

–Muy buenos amigos, según hemos podido saber –añadió Thomas.

Diana Söder lo miró en silencio, y Thomas esperó. Tenía tiempo.

–Manteníamos una relación –admitió Diana Söder, y bajó la mirada. Daba vueltas con nerviosismo a un anillo que llevaba en el dedo anular de la mano derecha. Estaba formado por dos aros de oro y plata entrelazados.

Thomas tuvo una corazonada.

–Tiene un anillo muy bonito. ¿Es nuevo?

Diana Söder asintió.

–¿Se lo regaló él?

Sus manos se detuvieron, y una lágrima le resbaló por la mejilla.

–El día de mi cumpleaños. Cumplo los años en junio. Él encargó que lo hicieran especialmente para mí.

–¿Puede contarme cómo se conocieron?

–Por el trabajo. La galería celebra una fiesta de Navidad todos los años. Invitamos a los clientes y a gente conocida. La esposa de mi jefe es quien se encarga de organizarlo todo.

–¿Así que fue en la fiesta donde se conocieron?

–Correcto. Hace ya un año y medio, la víspera de Santa Lucía. Isabelle había invitado a un montón de gente, incluidos los miembros de la junta directiva del Real Club de Vela de Sandhamn y sus esposas. Pero Oscar vino solo.

Real Club de Vela de Sandhamn. Isabelle. Thomas se estremeció.

–¿Cómo se llama su jefe?

–Ingmar von Hahne.

Thomas trató de ocultar su sorpresa. ¿Cómo había podido pasar por alto que Diana Söder trabajaba para Ingmar von Hahne? Entonces recordó que Ingmar le había contado en el interrogatorio que mantuvieron en Sandhamn que se dedicaba a la venta de obras de arte.

–Ingmar es el dueño de la galería. La abrió hace más de veinticinco años. Es un

verdadero amante del arte, pero venderlo no se le da tan bien –comentó ella con una sonrisita–. Ama tanto los cuadros que no quiere desprenderse de ellos.

Era una extraña coincidencia, pensó Thomas, que la amante de Juliander trabajara con Ingmar von Hahne. ¿Querría aquello decir algo?

–¿Qué pasó en la fiesta?

–Empezamos a hablar. Luego me llamó unos días después y me propuso que comiéramos juntos. –Lanzó un leve suspiro y su mirada se perdió a través de la ventana–. Después, pasó lo que pasó. Oscar podía ser muy obstinado cuando se proponía algo.

–¿Sabía que estaba casado?

Con cara de remordimiento, Diana Söder evitó mirar Thomas.

–Sí –admitió en voz baja–. Lo sabía. Pero Oscar me dijo que su mujer y él habíán llegado a un acuerdo. Tan pronto como los hijos hubieran terminado sus estudios, Sylvia y él se iban a divorciar.

De repente su tono de voz se volvió desafiante, como si estuviera retando a Thomas a refutar lo que acababa de decir.

Thomas pensó que la mayoría de los maridos infieles solían utilizar la excusa de que los hijos tenían que hacerse mayores antes de que pudieran dejar a su esposa. Convencer a la amante de que los hijos, además, tenían que terminar sus estudios era una vuelta de tuerca más.

Él trató de comprender por qué una mujer atractiva como Diana Söder se conformaba con tener una relación secreta con un hombre casado. Y en particular, con un mujeriego como el abogado.

–¿Habían planeado un futuro juntos?

–Esa era mi esperanza. Yo le quería mucho.

El tono de voz era tan débil que Thomas tuvo que esforzarse para entender las palabras.

–Necesitaría saber dónde estaba el domingo pasado cuando Oscar fue asesinado.

Ella juntó las manos sobre el regazo antes de contestar. Parecía como si se estuviese preparando para ponerse a rezar.

–Estaba en casa de mi hermano y su familia. En la casa de veraneo que tienen en la isla de Skarpö. Me enteré por las noticias de que lo habían asesinado.

–¿Su hermano puede certificar que estaba allí?

–Por supuesto. Fue tan terrible oírlo por televisión. –Sus ojos se llenaron de lágrimas, y trató de enjugárselas pasando con cuidado el dedo índice por debajo de los ojos–. ¿Por qué podría querer nadie matar a Oscar? Es incomprensible –dijo, ahogando un sollozo.

–Eso es precisamente lo que nosotros estamos tratando de averiguar –afirmó

Thomas, inclinándose hacia delante—. ¿Se comportó Oscar de forma extraña últimamente?

Ella se quedó pensativa.

—Parecía muy agobiado. Presionado. Yo pensé que tenía mucho trabajo. Pero su estado de ánimo fue muy errático durante toda la primavera.

—¿Sabe si tenía algún problema económico?

La mujer sacudió la cabeza.

—Si lo tenía, a mí no me lo contó. Al contrario, desde que nos conocimos él siempre fue muy generoso conmigo. Viajamos juntos algunas veces y siempre nos alojábamos en hoteles caros. —Diana se quedó en silencio y luego miró a Thomas con ojos interrogantes—. ¿Ha sido por dinero?

—No lo sé, no puedo responder a esa pregunta en este momento.

Diana Söder se hundió en el asiento mientras los ojos se le anegaron en lágrimas de nuevo.

—¿Sabe si Oscar Juliander tomaba drogas? —continuó Thomas. Se esforzó cuanto pudo para que su voz sonara suave. No quería asustar aún más a la apesadumbrada mujer.

Se hizo un silencio. Lo único que se oía era el ruido de la calle. Por delante de la puerta pasó una mujer empujando un cochecito de bebé y el tintineo del sonajero que llevaba en la capota se coló en el interior del local.

—Sí, a veces —dijo Diana en voz baja—. Esnifaba cocaína de vez en cuando.

—¿A usted qué le parecía? —preguntó Thomas—. ¿Suele tomarla usted también?

Diana sacudió la cabeza con vehemencia.

—Nunca se me ocurriría. Oscar quería que la probara, pero yo no quise. Tengo un hijo en quien pensar.

—Pero ¿Oscar la tomaba de todos modos?

—Decía que le ayudaba a concentrarse. Que le hacía pensar con más claridad. De hecho, era un motivo de discusión. A él le parecía que yo era una histérica.

—¿Cuánto tiempo llevaba consumiendo?

—No sé. La primera vez que la tomó abiertamente delante de mí fue hace un año aproximadamente.

—¿Dónde estaban?

—En mi casa. Yo había ido al baño y cuando volví él había echado unos pocos polvos blancos en un espejo de mano encima de la mesa del cuarto de estar. Me preguntó si quería probarla.

—¿La probó?

—No, ya se lo he dicho. —La voz de Diana Söder sonó aguda.

—¿Qué pasó entonces?

–Me dijo que no me preocupara. Que había mucha gente que consumía cocaína. Que no era peor que el alcohol.

–¿No pensó en ese momento en dejarlo?

–Yo le quería. Confié en él cuando me dijo que lo tenía bajo control.

–¿Cómo le afectaba?

–No se volvía desagradable en modo alguno. Solo hablaba un poco más alto y se le ponían los ojos brillantes. Era como si cambiara de velocidad. Pero nunca se volvió agresivo, ni siquiera una vez. Solo más intenso. –Sonrió con tristeza–. Oscar era así, estaba lleno de vida.

Luego miró su reloj. Un discreto reloj de oro que llevaba alrededor de su delgada muñeca.

–Tengo un cliente que vendrá dentro de diez minutos. ¿Cree que terminaremos pronto? Debo arreglarme un poco. No puedo presentarme así delante de él. –La mujer miró a Thomas con los ojos enrojecidos.

Thomas contuvo un suspiro. Quizá la muerte prematura de Juliander, de alguna manera, podía traer algo bueno para Diana Söder. Ahora se vería obligada a seguir adelante con su propia vida.

–Solo una última pregunta. ¿Sabe si Oscar tenía algún enemigo?

Ella negó con la cabeza.

–No que yo sepa. Pero podía ser muy ofensivo, a veces, con la gente que no le caía bien, especialmente con otros abogados.

–¿Qué quiere decir?

–Se burlaba de su incompetencia. Los llamaba idiotas. A veces podía decir de alguien que no tenía que haber sido admitido nunca en el Colegio de Abogados. O que debía ser expulsado.

–¿Lo llegó a decir en público?

–Oscar podía ser cortante cuando le daba por ahí.

¿Lo bastante como para crearse un enemigo mortal?, se preguntó Thomas. ¿Habría sido Oscar Juliander tan insolente como para que alguien se decidiera a quitarle la vida?

–Por cierto, ¿sabe si tenía contactos con la mafia rusa?

Diana Söder miró a Thomas sorprendida.

–¿Por qué lo pregunta?

–Parece que recibió cartas con amenazas de personas que podrían estar relacionadas con ella.

–Nunca he oído nada sobre eso. Pero es probable que, de ser cierto, no me lo hubiera contado.

Thomas se puso en pie.

–Creo que ya hemos terminado. Gracias por su tiempo. Mis más sinceras condolencias.

Diana Söder intentó sonreír para despedirlo, pero solo le salió una mueca. Antes de que Thomas hubiera tenido tiempo de abandonar el local, la vio entrar en un cuarto en el fondo del local.

Cuando cruzó la puerta, le pareció oír el leve sonido de un sollozo.

Tiene que ser la primera vez que la entrega de premios de la Vuelta a Gotland se celebra con las banderas a media asta, pensó Hans Rosensjöö. Se encontraba junto a Ingmar von Hahne debajo del escenario donde se había de hacer la entrega de premios, entre la oficina del puerto y el gran muelle.

Se había dispuesto una mesa grande para los trofeos, cubierta con un bonito mantel de terciopelo azul oscuro con el emblema del club. Sobre el mantel se veían hileras de copas de plata junto a botellas mágnium de champán. En un lado se habían colocado placas de diversos tamaños que serían entregadas a los ganadores que quedaran en segundo y en tercer puesto. Un bello arreglo floral en el centro de la mesa coronaba la obra.

Como presidente, Hans Rosensjöö tenía que officiar la ceremonia de la entrega de premios. Para ayudarle, contaba con la colaboración del director de la Vuelta a Gotland y también con la de su bella hija, la joven Emma. Siempre era agradable un poco de belleza femenina en esos eventos, pensaba. Sobre todo, cuando el noventa por ciento de los participantes en el torneo eran hombres.

No existía un auténtico ambiente de fiesta, pero no era de extrañar. El restaurante Seglar, que normalmente tenía todas las mesas reservadas una noche como esa, había recibido una avalancha de cancelaciones. El jefe de comedor no estaba para nada contento. Habían tenido que volver a montar el comedor a toda prisa para que el restaurante no pareciera tan vacío.

De haber podido, Hans Rosensjöö habría renunciado de buena gana a la celebración. Pero como habían decidido que continuase la regata, se veían obligados también a seguir hasta el final con la entrega de premios, la cena y todo el protocolo. Se lo debían a todos los participantes que habían completado la Vuelta a Gotland.

Miró el reloj, faltaban diez minutos, después sonaría la salva que anunciaba el comienzo de la ceremonia de la entrega de premios.

Britta Rosensjöö estaba de pie hablando con Isabelle von Hahne y otros organizadores de la Vuelta. Como de costumbre, Isabelle dominaba la conversación. Se encontraba en medio de una larga explicación de su trabajo a favor de un comité que trataba de persuadir a los políticos para que prohibieran el tráfico en la isla de Djurgården.

¡Cómo si eso fuera posible! Honestamente, ¿de qué serviría? Britta bebió un sorbo de champán. ¿De dónde sacaba Isabelle tanta energía? ¿Cómo era capaz de participar en tantos comités y acciones de voluntariado? Las personas como ella debían tener un

trabajo como dios manda, donde pudieran dar rienda suelta a su inagotable energía.

Pero Britta se dio cuenta de que eso nunca habría sido posible dentro de la alta burguesía a la que pertenecía la familia de Isabelle. Ciertamente que Hans y ella se movían en círculos elitistas, pero la cuna de Isabelle era más alta. Su padre había sido uno de los industriales más conocidos de Suecia en los años cincuenta. A la familia ni se le había pasado por la cabeza permitir que su bella hija estudiara e hiciera una carrera. La casaron con un miembro de la nobleza que trajo consigo su alcurnia y su título. *Papá* seguro que estuvo encantado.

A Britta, Isabelle le daba más bien pena. Había coincidido con el padre en varias ocasiones antes de que él muriera, y recordaba lo estricto y conservador que había sido. Fue un hombre que gobernó su familia con mano de hierro. Sin contemplaciones.

Con gesto inquieto, Britta volvió la vista hacia su marido, que se encontraba junto a la mesa de los trofeos. Hans estaba cansado y destrozado. Realmente habían sido unos días terribles y estaba preocupada por él. A pesar de todo, iba a cumplir sesenta y cinco años y ya no era un joven. Por más que quisiera cumplir con su deber, su salud debía ser lo primero. Ella nunca le había dicho con cuánta ansiedad esperaba el día en que abandonara todas sus obligaciones en la junta directiva, pero ahora contaba los días.

A decir verdad, a ella nunca le había caído muy bien Oscar. Le parecía demasiado arrogante, demasiado pagado de sí mismo. Era como si estuviera acostumbrado desde siempre a que la gente hiciera lo que él quería. Ese verano ya había empezado a comportarse como si fuera el presidente, a pesar de que Hans aún no había dejado la presidencia. Oscar había hecho a veces lo que le había dado la gana, hasta el punto de dejar en ridículo a su marido. Aunque ella pensara que era un presuntuoso, no se lo había dicho a su marido.

Ella siempre había preferido a la pobre Sylvia, que era mucho más agradable. Además, venía de mejor familia. Pero Sylvia no lo acompañaba muy a menudo; prefería quedarse en la casa de veraneo de Ingerö. Probablemente no se sentía a gusto en el ambiente del club, donde Oscar era el centro de atención, con sus carcajadas sonoras y las constantes historias de travesías. Y probablemente, Oscar tampoco tenía nada en contra de que Sylvia se quedara en casa y le dejara el camino libre.

—¿O no, Britta?

Britta se encogió de hombros ante la pregunta de Isabelle. Estaba hundida en sus propios pensamientos.

—Perdona, ¿qué has dicho? —preguntó en tono de disculpa—. No te he oído. Estoy completamente aturdida esta semana. El otro día perdí mi cámara de fotos y esta mañana no encontraba las gafas de sol.

Parecía que Isabelle no se lo había tomado a mal. La sonrió, sin darle mayor

importancia.

–Solo que espero que la entrega de premios no se alargue mucho. Sería bueno acabar con esto de una vez.

Britta asintió con la cabeza y tomó un sorbo de champán. Había empezado a refrescar. Era una suerte que Hans terminara pronto su mandato, y que ella pudiera librarse de aquellos eventos.

Jueves, primera semana

–Mira esto –dijo Kalle. Le tendió un papel que acababa de salir del fax.

Eran casi las cuatro de la tarde. Se encontraban prácticamente solos en aquella planta. Muchos se habían ido ya de vacaciones y quienes trabajaban en la investigación del asesinato de la Vuelta a Gotland andaban ocupados en otros sitios.

Erik tomó el papel y lo leyó. Reconoció inmediatamente el membrete. Laboratoric Nacional de Ciencias Forenses, SKL, ponía en una de las esquinas de la parte superior de la hoja.

–¿Será el informe forense?

–Sí –contestó Kalle con una inclinación de cabeza.

Erik se sentó en la silla frente a la mesa de Kalle y leyó a toda prisa las tres páginas del informe.

–Ajá –dijo luego, a la vez que se rascaba la cabeza. Llevaba el cabello oscuro peinado hacia atrás con un poco de gomina. El polo de manga corta se le había subido hacia arriba por la espalda y la abertura entre el polo y los pantalones vaqueros dejaba ver que estaba bronceado.

–Parece que no hay ninguna duda al respecto. Levantó la segunda página.

–No muchas.

–Había restos de cocaína en la sangre de Juliander.

–Winbergh tenía razón en sus sospechas.

–¿Qué significa eso?

–Sí, esa es la cuestión. ¿Qué significa eso?

–Nora, qué noticias tan agradables. Imagínate lo bien que se os puede poner todo. – La voz entusiasmada de Monica Linde salía en tromba por el auricular–. Me lo contó Henrik. Ahora os podréis comprar esa casa en Estocolmo con la que siempre habéis soñado. Solo quería felicitaros. Por fin llegó algo bueno del cruel comportamiento de esa mujer. No hay mal que por bien no venga, ¿no?

Era como si la suegra de Nora, tan esnob y tan falta de tacto, supiera exactamente qué teclas tenía que pulsar para irritar a su nuera.

A Nora nunca le había acabado de gustar Monica Linde, sobre todo porque jamás

dejaba pasar una ocasión para presumir de las distinguidas amistades que había hecho durante su larga vida de esposa de un miembro del cuerpo diplomático. Un día como aquel, cuando Henrik y ella apenas se hablaban después de la desastrosa visita del agente inmobiliario el día anterior, Monica resultaba insoportable.

Nora logró controlarse a duras penas.

–No sé muy bien de qué estás hablando –contestó Nora–. ¿Qué te ha dicho Henrik?

–Que vais a vender Villa Brandska, claro. Y que os han hecho una oferta fantástica.

–Ah, ¿eso ha dicho?

Monica parecía no darse cuenta de la frialdad del tono de Nora.

–A mí siempre me ha parecido que ese chalé adosado que tenéis es muy soso. Está muy cerrado. Y los vecinos tampoco son tan divertidos. No tienen clase en absoluto. – Hizo una breve pausa para recuperar el aliento.

»Como sabes, Henrik está acostumbrado desde pequeño a vivir en espacios amplios. Nunca he podido comprender cómo ha sido capaz de vivir en esa casucha. Sería maravilloso si ahora tuvierais la oportunidad de compraros una casa más acorde con vuestra posición social.

–Nos sentimos muy a gusto en la que vivimos –contestó Nora con toda serenidad.

Pensó si no sería mejor colgarle el teléfono, sencillamente. Pero sabía que si lo hacía, se lo echarían en cara durante mucho tiempo. Quizá pudiera fingir que se estaba acabando la batería del teléfono inalámbrico. La idea era tentadora.

–Estoy muy conmovida por la muerte de Oscar –continuó Monica–. Muy conmovida. ¿Hacia dónde va el mundo? ¿Has visto los periódicos de la tarde estos últimos días?

–Sí.

–¿Cómo puede morir asesinado un hombre tan encantador como Oscar? Es inconcebible. Y la Policía, como de costumbre, no hace nada. A pesar de todos los impuestos que pagamos. Son absolutamente incompetentes.

Simon apareció de repente por la puerta en busca de su balón, y Nora vio en él a su salvación.

–A Simon le encantaría hablar contigo. –Le pasó el teléfono a su hijo sin despedirse.

Simon la miró con cara interrogante y sacudió la cabeza con fuerza. Nora lo miró muy seria y le dijo entre dientes «la abuela» al tiempo que le pegaba el auricular a la oreja.

–Di algo –susurró lo más alto que pudo sin que se oyera–. Vamos. Háblale de la escuela de natación.

De mala gana, el niño balbuceó unas pocas palabras sobre sus clases de natación antes de empezar a hacer muecas para que su madre le permitiera cortar la

conversación.

La abuela paterna tampoco estaba muy arriba en su lista de favoritos, porque aprovechaba cualquier ocasión para reprenderlos o para explicarle a Nora cómo había que educarlos. Monica no era particularmente discreta, y los chicos ya eran lo suficientemente mayores como para darse cuenta.

Tampoco ayudaba mucho el hecho de que ellos estuvieran encariñados con los padres de Nora, Lars y Susanne, quienes a su vez creían que Adam y Simon eran lo mejor del mundo. Desde que Lars vendió su empresa y Susanne se jubiló de su trabajo de auxiliar en el ayuntamiento, ellos tenían, además, todo el tiempo del mundo para dedicárselo a sus nietos.

Nora le dio a su hijo un beso en la frente en agradecimiento por el esfuerzo de hablar con su abuela paterna. El niño buscó el balón y salió corriendo al jardín comunitario donde lo estaban esperando Adam y otros amigos. Nora se sintió mucho mejor solo con ver cómo se divertían los chicos.

Necesitaba hablar de la venta de la casa con alguien que no fuera Henrik. Lo cierto era que ella no quería dejar fuera a su marido, pero aquella era una situación de emergencia. Y entonces, solo había una persona en quien podía pensar: Thomas. Además, él también estaba al tanto de toda la historia de la casa y de la tía Signe.

Nora sacó su móvil y le envió un mensaje de texto. «Lláname cuando tengas tiempo para hablar.»

A los pocos minutos llegó un mensaje de respuesta.

«Estoy en Sandhamn. ¿Ha pasado algo?»

Nora sonrió para sus adentros.

Rápido y eficaz, como de costumbre. Lo propio de Thomas.

Pulsó la tecla de contestar y escribió: «¿Qué te parece una cerveza en el Dykaren a las seis?».

La respuesta llegó con la misma rapidez: «OK. Gracias».

–Cuéntame lo que ha pasado –dijo Nora.

Thomas dejó el vaso de cerveza después de haberse bebido la mitad de un sorbo. Dejó escapar un discreto eructo.

–¿Qué es lo que quieres saber?

–Ya sabes que soy curiosa. Toda Sandhamn se pregunta quién ha matado a Juliander. Es de lo único que hablan los periódicos estos últimos días.

–¿Y crees que yo voy a compartir contigo una información confidencial que forma parte de una investigación policial en curso?

Thomas le sonrió un poco cansado. Se había pasado el día con Margit interrogando a otros testigos, rivales de Oscar Juliander, que habían completado la Vuelta a Gotland y ahora estaban de nuevo en Sandhamn.

Observó que Nora parecía más descansada que en mucho tiempo. Ya no estaba tan delgada como el invierno pasado. Con el bronceado, le habían salido algunas pecas en su pequeña naricilla. Las ojeras casi no se le veían y su nuevo corte de pelo, algo más largo, le favorecía y le daba un aspecto más dulce.

–Vamos –dijo Nora–. No tienes que contarme nada que no quieras o no puedas contarme. Pero Juliander era una persona conocida, no es tan raro que te pregunte, ¿no?

–¿Lo conocías? –preguntó Thomas sin descuidar el vaso de cerveza ni los cacahuetes que la camarera les había llevado.

Él había pedido un sándwich club, que aún no había llegado. Nora, que iba a cenar con la familia, se conformó con una cerveza de grado medio. Le había preguntado a Thomas si quería acompañarla y cenar con ellos, pero rechazó la invitación. Tenía que volver a Stavnäs en el último *ferry*, que salía a las siete y media.

–Me he encontrado con él varias veces. Era un auténtico pez gordo en el Real Club de Vela. Los padres de Henrik lo conocían.

–¿Has trabajado con él?

–No, pero era un abogado muy conocido en los círculos jurídicos de Estocolmo. Que, por otra parte, son bastante cerrados –añadió con una mueca–. Kalling es un antiguo y selecto bufete de abogados, y Oscar Juliander era uno de los principales administradores concursales de Suecia.

–Explícame qué hace un administrador concursal –le pidió Thomas. Alcanzó el bote de ketchup que había en la mesa de al lado y se puso una cantidad razonable en el plato que le había servido ya la camarera.

–Un administrador concursal –dijo Nora, girando su vaso de cerveza entre las manos–, es una persona que se hace cargo de un negocio cuando la empresa está en quiebra.

–Eso lo sé. Pero ¿de qué manera?

–Después de una quiebra, al consejo de administración y a la dirección se los inhabilita. Pierden, por decirlo así, el derecho de disponer de los bienes de la empresa.

–¿Cuál suele ser el procedimiento?

–Varía un poco. A veces, se venden los activos de la empresa por separado o todo el negocio. A veces, la compran los antiguos propietarios para empezar de nuevo.

–¿Está permitido?

–¿Por qué no? El objetivo es maximizar el dinero que se paga a los acreedores. Puede que sea inmoral, pero no está prohibida la venta a los antiguos propietarios, siempre que se consiga un buen precio.

Thomas la miró con escepticismo. A él aquello le olía a ilegal y poco ético. Pero ella era la jurista.

–Entonces, Oscar Juliander funcionaba en una serie de empresas como una especie de director impuesto.

–Sí, más o menos.

–¿Has oído algo negativo de él alguna vez? ¿Algo que no coincida con la imagen que se tiene de él?

Nora se recostó en el respaldo de la silla. Repasó mentalmente los rumores que corrían por Estocolmo. Estaba claro que había sido un mujeriego. En las fiestas de la Asociación de Colegios de Abogados solía coquetear con las abogadas jóvenes y atractivas. Pero ¿qué más había oído de Oscar Juliander?

Sacudió la cabeza.

–Tenía buena reputación. Además de un montón de dinero, según creo.

–Tendrías que haber visto su casa. Tres coches en la entrada del garaje.

–Ese Swan con el que competía debió de costarle una fortuna –continuó Nora–. Y tienen una preciosa casa de veraneo en Ingarö, no muy lejos de mis queridos suegros.

Nora le hizo un guiño irónico a Thomas, que conocía bien a Monica y a Harald Linde y sabía perfectamente lo que ella quería decir.

–Pero un abogado se ganará un buen sueldo en un bufete como Kallings, ¿no? –dijo Thomas mientras pinchaba con el tenedor sus últimas patatas fritas–. Nos hemos reunido con su *managing partner*, o como se llame. Habló de sueldos millonarios. Eso debería dar para mucho.

–Tal vez. Pero Juliander tiene que haber facturado muchas horas para que las cuentas cuadren. ¿Sabes lo que suelen decir del deporte de la vela?

Thomas negó con la cabeza.

—No.

—Bueno, dicen que la vela es como estar en la ducha rompiendo billetes de mil coronas.

Thomas sonrió.

—Se dice que fue un general de las Fuerzas Aéreas quien acuñó la expresión en los años setenta —explicó Nora—. El deporte de la vela es realmente muy caro. Yo veo la cantidad de dinero que Henrik y el resto de los miembros de la tripulación invierten en su velero de seis metros de eslora, y eso que solo compiten en Suecia.

—¿De qué sumas estamos hablando?

—Probablemente, de diez o doce millones por un Swan tan grande. Por no hablar de los gastos de la competición, tasas de participación y transportes, si va a competir en el extranjero. Solo la participación en la Vuelta a Gotland rondaría las cien mil coronas.

—¿Estás de broma?

—Él seguro que contrataría algunos profesionales para la tripulación. Después, incluye el avituallamiento, la cena de la regata, el equipamiento con el logo bordado para toda la tripulación. Según la tradición, el capitán corre con todos los gastos a bordo del barco.

Nora tomó un sorbo de cerveza y contempló el puerto.

El barco naranja del práctico del puerto acababa de entrar y había amarrado en el muelle de la aduana. A Simon, que ya sabía leer, le parecía muy raro que pusiera *pilot*, con letras grandes, en el casco. Un piloto era un señor que volaba en un avión, no alguien que conducía un barco. No sirvió de nada que Nora le explicara que la palabra *pilot* en inglés significaba práctico. El chico siguió pensando que era ridículo.

—¿Cómo va la investigación, entonces?

Thomas se encogió de hombros.

—Digamos que no hemos llegado a puerto. —Esbozó una sonrisa ante su propio juego de palabras—. Tenemos muchos cabos sueltos y ningún sospechoso.

—¿Qué hay de sus concursos de acreedores? ¿No habéis encontrado nada raro ahí? ¿Sabes con qué empresas trabajaba en este momento?

—Puedes verlo tú misma.

Thomas se estiró para alcanzar su maletín y sacó unas hojas grapadas. Se las entregó a Nora, que empezó a echarles un vistazo.

—¿De dónde habéis sacado estos datos? —preguntó después de un rato al tiempo que le devolvía los papeles.

—Puedes quedarte con ellos, si quieres. Si descubres algo interesante, no tienes más

que decírmelo. –Thomas levantó la mano con gesto disuasorio–. La respuesta a tu pregunta es que hemos empezado a cruzar los datos, pero disponemos de poco personal y necesitamos mucha más ayuda de la Oficina de Delincuencia Económica de la que han podido prestarnos en pleno mes de julio. Ya sabes lo que pasa en la época de vacaciones.

Se interrumpió y vaciló un instante.

–¿Crees que hay algo en concreto que deberíamos comprobar? –preguntó después.

Nora recogió el listado y lo miró detenidamente.

–Cruza los nombres de todos los miembros de los consejos de administración con el registro de las personas inhabilitadas para administrar empresas que hay en el Registro Mercantil, si aún no lo habéis hecho. Haced lo mismo con los respectivos directores también.

–Parece una buena idea –admitió Thomas–. Erik va a hablar con ellos; tiene un contacto allí.

Nora miró el reloj.

–Oye –le dijo–, ¿podemos dejar el tema de Juliander? Tengo que volver a casa pronto, vamos a cenar a las siete. Y de lo que quería hablar contigo es de algo bien distinto.

Se interrumpió y jugueteó un poco con el salero que había en la mesa. Volvió a aparecer la vieja sensación de estar siendo desleal con Henrik, pero decidió ignorarla. La necesidad de hablar con alguien era más grande.

–Henrik quiere que vendamos la casa de la tía Signe. Y ya hay un comprador.

En la oficina, el silencio era abrumador. Un vacío que clamaba por una voz familiar, la única persona del mundo que podría llenarlo.

Eva Timell hundió la cabeza entre las manos preguntándose qué iba a ser de ella. El dolor hacía que su cabeza estuviera a punto de estallar. Era un dolor fijo, como un arco sobre el ojo izquierdo; cuando cerraba los ojos casi podía verlo. Como un trozo de acero candente que hubieran doblado en forma de media luna y luego presionado contra su ceja.

Sin embargo, no quería tomar su medicación para la migraña, la pequeña tableta de color rosa que hacía soportable el dolor y solía ponerla en pie de nuevo. Las palpitaciones en las sienes eran mejores que el dolor que se adueñaba de ella tan pronto como recordaba que Oscar estaba muerto.

Una y otra vez se sorprendió a sí misma lanzando una mirada hacia la puerta del despacho de su antiguo jefe. Después de tantos años, no podía evitarlo. Su cabeza se giraba instintivamente. Allí dentro estaba su escritorio, el elegante escritorio del siglo xix que él había adquirido en una subasta de la empresa Bukowskis. Oscar se había encaprichado con él, aunque el bufete de abogados había contratado a un diseñador de interiores caro que había propuesto un mobiliario más moderno de líneas rectas. Ahora parecía tan abandonado como un perro que había perdido a su amo.

Los primeros días después de la noticia de su muerte, Eva había llorado más de lo que creía que era posible. Un torrente de lágrimas desbocado se abría paso a través de sus ojos cada vez más hinchados y enrojecidos. Por la noche, se había tapado la boca con la almohada para que los vecinos no pudieran oír su llanto desesperado. Su gato persa blanco, el hermoso *Bofeld*, se había escondido debajo de la cama, asustado por sus sollozos ahogados.

Se preguntaba cómo estaría Sylvia en aquellos momentos. Sylvia, que tenía todo el derecho a llorar públicamente. La afligida viuda, que recibiría el consuelo de familiares y amigos y quien, al menos, tenía unos hijos por los que seguir viviendo.

La boca de Eva Timell esbozó un gesto de amargura. Sylvia lo tenía todo y ella nada. Sin embargo, no había nadie que hubiera conocido a Oscar mejor que ella. Fue ella quien planificó casi cada minuto de su vida y quien estaba al tanto de sus citas y compromisos.

Todos los regalos de Navidad que había recibido Sylvia durante los últimos quince años, todos los estuches de perfumes de lujo, los había elegido Eva. Llevaba incluso un registro para no repetir el mismo regalo.

¿Y qué había recibido en agradecimiento? Una vida de soledad, la vida de una mujer de mediana edad sin hijos.

Cuando empezó a trabajar como secretaria de Oscar, iniciaron un romance apasionado. Ella nunca se había sentido tan amada como entonces. Se despertaba demasiado pronto solo porque deseaba ir a la oficina y encontrarse con él. Solía quedarse despierta en la cama y fantasear sobre los momentos que pasaban juntos, idear pequeñas sorpresas para él. A veces, compraba alguna tarjeta bonita, escribía alguna frase picarona y colocaba la tarjeta entre su correo del día. Después esperaba a que él la descubriera. Entonces, venía a verla con esa sonrisa que guardaba para las ocasiones especiales.

Durante muchos años había esperado y creído que Oscar se iba a divorciar. Con el tiempo, cuando sus hijos fueron creciendo y él puso los ojos en otras mujeres, tuvo claro que nunca se iba a divorciar. Oscar estaba demasiado satisfecho con la vida cómoda que llevaba como para hacer algo semejante.

Sylvia era una esposa y una madre perfecta para sus planes. Ella se hacía cargo de la casa y de los niños, y era un gran recurso para un hombre de éxito con ambición. Venía de una familia medianamente acaudalada y estaba bien arraigada en el ambiente social de Saltsjöbaden. Además, Sylvia no ponía ninguna objeción a que Oscar organizara sus vidas en función de sus necesidades. Ella, por su parte, se encargaba de acudir a las reuniones de padres y a los consejos escolares, cenas oficiales y fiestas de primavera, y cerraba los ojos a cualquier insinuación sobre las relaciones de su marido con otras mujeres. Nunca cuestionaba su manera de actuar. Rara vez se quejaba. Se resignó.

Poco a poco se fue estableciendo una especie de pacto entre Sylvia y Eva. Se repartieron a Oscar entre las dos. Sylvia estaba con él durante el escaso tiempo que pasaba con la familia, mientras que Eva se ocupaba de todo lo demás. Ambas giraban como lunas en una órbita alrededor del Sol. Oscar era el Sol.

Le dolió que la relación languideciera, pero la pasión fue sustituida por otro tipo de intimidad. Cuando no pudo conseguir su amor, Eva procuró ganarse su atención de otra manera.

Se volvió indispensable para él. Mientras que él se convirtió en uno de los abogados más conocidos de Suecia, ella se transformó en el puntal de su éxito. Ella recibía a la avalancha de clientes nuevos y se ocupaba de facilitar cada paso que él daba. Si se encontraban en una recepción, siempre estaba atenta para que a él no le faltara un vaso en la mano. Si se le había arrugado la camisa, ella hacía aparecer una nueva. Cuando Oscar tenía dos citas al mismo tiempo, Eva se encargaba de arreglarlo para que todos quedaran satisfechos.

Alguna vez había jugado con la idea de buscar trabajo en otro sitio, de romper la

dependencia y forjarse otra vida. Los años próximos a los cuarenta fueron especialmente duros. Sus posibilidades de formar su propia familia eran cada vez menores y fue consciente de que el precio por tener su dosis diaria de Oscar, a la larga, era la soledad. Sin embargo, no fue capaz de tomar la decisión de abandonarlo.

Lanzó un suspiro y se levantó a beber un poco de agua. La migraña seguía taladrándola. Seguramente debería tomar la pastilla rosa de todos modos. De lo contrario, el dolor se volvería cada vez más odioso.

Eva Timell fue a la cocina, que estaba en el pasillo, a unos diez metros. En el frigorífico había botellas de agua mineral frías. Tomó una y la abrió con un abridor en forma de calderón. Con la botella de Ramlösa en la mano, volvió a su cuarto. Se sentó delante del ordenador y miró la pantalla. Había recibido un montón de correos electrónicos desde que se conoció la noticia del asesinato de Oscar. Los primeros días después del crimen, ella había permanecido en casa, en un estado de completa apatía, pero ahora tenía que tranquilizarse e irlos leyendo.

Su propio correo electrónico le llevó más de una hora. Muchas de las personas que conocían a Oscar la conocían también a ella, después de tantos años. Le habían enviado sus mensajes a ella para no molestar a Sylvia. Luego fue a la bandeja de entrada de Oscar. Después de leer más de treinta mensajes, se encontró con uno que se salía de lo normal. La dirección estaba formada por una serie de letras y números que no revelaban la identidad del remitente: ACV91@hotmail.com. Sin asunto. Ella clicó. El texto apareció en la pantalla y Eva leyó las escasas líneas.

Oscar:

Prometiste que el dinero estaría ingresado hoy como muy tarde. No puedo esperar más tiempo.

Benny

Eva Timell se quedó mirando el mensaje, pensativa. Aquel no era el tono que solía emplearse entre dos abogados. Además, si lo hubieran enviado desde otro bufete, aparecería la dirección.

Podía, ciertamente, ser de alguien que estuviera involucrado en alguno de los concursos de acreedores que llevaba Oscar, pero, de todos modos, había algo raro en aquel mensaje. La última frase tenía un tono desagradable. Sonaba casi amenazadora.

Eva miró cuándo se había enviado aquel mensaje. La noche del viernes, el mismo día que Oscar se fue a Sandhamn. Dos días antes de que lo asesinaran.

Alargó la mano hacia la botella de agua, pero estaba vacía. Lentamente se dirigió a la cocina a llenarla. ¿Debería contárselo a la Policía? ¿Podría aquello menoscabar la memoria de Oscar de alguna manera?

Sopesó las diferentes alternativas.

Lo más sensato era comunicárselo a la Policía. ¿Y si fuera el asesino de Oscar quien lo había enviado?

La gorra blanca de bachiller, símbolo de esperanza y libertad, revoloteó por el aire y él cantó a voz en cuello con la última promoción de estudiantes que salía del instituto Östra Real: «¡Porque somos bachilleres, porque somos bachilleres, porque somos bachilleres! ¡Joder, qué buenos somos!

El alivio de que no lo hubieran cateado le hizo sentirse eufórico y todo el cuerpo le burbujeaba como la gaseosa. El futuro brillante es mío, pensó.

No habría superado nunca suspender y seguir avergonzando al bedel, saliendo por la puerta trasera con los que suspendían el último examen. Por allí podían salir con el rabo entre las piernas, mientras sus familiares y amigos los esperaban en vano en el patio del instituto.

Prefiero morirme, había pensado mientras esperaba que el examinador emitiera su dictamen.

Aquello duró una eternidad. Él había permanecido de pie, con la espalda bien recta y las manos apretadas, sin mover un músculo, a pesar de que por dentro estaba ardiendo de angustia e impaciencia.

El examinador miró sus papeles e hizo una anotación. Después se quitó las gafas, las limpió con un paño pequeño y se las volvió a poner antes de abrir la boca.

–Creo, de verdad, que el candidato ha aprobado –dijo finalmente con una sonrisa.

Y ahora estaba allí, recién examinado y aprobado, y vio que sus padres se acercaban.

Su padre llevaba sombrero y un elegante capote azul marino, aunque fuera tenían una temperatura de casi veinte grados. Su madre llevaba un traje claro de lino, con un pequeño sombrero de la misma tela, que le había hecho la modista, y una rosa de tela de adorno.

–¡Cariño –exclamó su madre colgándose de su cuello–, qué guapo estás! Has sido muy aplicado.

Le brillaban los ojos. Cuando le besó en la mesilla, él notó una bocanada de vino de Jerez. No puede contenerse, pensó. Ni siquiera hoy.

–Felicidades, hijo –se limitó a decir su padre, y añadió–: A pesar de todo, lo has conseguido. Me alegro.

–Gracias, padre –musitó él, y se inclinó en un movimiento inconsciente.

–Aquí tienes. –El padre le entregó un sobre–. Ahora disfruta, solo se es joven una vez –dijo, y le guiñó un ojo cargado de intenciones.

Él retrocedió ante el torpe intento de su padre de hablarle de hombre a hombre, pero aceptó el sobre.

Vio a su hermano menor disparando su cerbatana de guisantes. Un guisante le dio justo en el culo a una señora que llevaba un traje de seda de color lila, y la mujer soltó un grito de terror, pero no pudo determinar de dónde había salido el disparo. Su hermano se rio divertido.

Luego buscó con la mirada a Elsa, ella debería haber podido acompañarlos. Solo gracias a ella había conseguido aprobar los diferentes cursos.

Sin el amor incondicional de Elsa, no habría sobrevivido.

—¿Dónde está Elsa?

Su madre lo miró con cara interrogante.

—En casa, claro. Está preparando el convite. ¿Quién iba a preparar la comida y a poner la mesa si no?

Soltó una carcajada estridente.

No, ¿quién si no? Tú, desde luego, no, tú solo te ocupas del vino de Jerez, pensó con inusitada crueldad.

Se acercó a él uno de sus compañeros y lo tomó por debajo del brazo.

—Ven, quiero que conozcas a mis padres. Y a mi hermana pequeña, que lo está deseando.

Viernes, primera semana

De camino a la comisaría, Thomas decidió llamar para ver si estaba listo el análisis de balística. El médico forense, como de costumbre, le había entregado la bala al Grupo Técnico de Estocolmo, que, a su vez, la había enviado al Laboratorio Nacional de Ciencias Forenses de Linköping. Lo normal era que la bala hubiera llegado allí el miércoles. O, en el peor de los casos, el día anterior. Por eso, cabía la esperanza de que el laboratorio ya tuviera listo el análisis. No solían tardar mucho tiempo en hacer las comparaciones y comprobaciones necesarias en su base de datos tras recibir una bala.

Sacó el móvil del bolsillo y marcó con una mano el número de teléfono de Linköping. Solo sonó un tono de llamada antes de que contestara una mujer. Thomas no reconoció su nombre. Se presentó rápidamente y le explicó cuál era el motivo de su llamada.

—Has tenido suerte —contestó la mujer, que se llamaba Gunilla Bäcklund—. Si hubieras llamado diez minutos más tarde, habrías tenido que esperar hasta el lunes por la mañana. Estaba a punto de salir a una reunión que va a durar todo el día. Por fin viernes, qué suerte, ¿no? —La mujer se rio de su propia broma.

Thomas decidió no recordarle que él estaba en plena investigación de un asesinato en el que cualquier información importante debía comunicarse tan pronto como fuera posible. En vez de eso, le preguntó escuetamente qué podía contarle. Después apagó el ventilador. De todos modos, solo despedía aire caliente. Cuando compró el coche no podía ni pensar en instalar un sistema de aire acondicionado, pero en aquel momento se arrepentía. Su coche era como una sauna bajo el sol de la mañana.

—Hemos realizado un análisis a fondo —contestó Bäcklund, sin contener su hilaridad tras la escueta pregunta de Thomas—. También en esto has tenido suerte. Sabemos que la bala procede de un rifle, y no de un rifle cualquiera.

—¿Y eso? ¿A qué te refieres? —preguntó Thomas.

Agarró el móvil con la otra mano y apoyó el codo en el borde de la ventanilla del coche, que tenía el cristal bajado. Hacía tanto calor fuera como dentro del coche, y sintió que el sudor le corría por la espalda. Tuvo que entornar los ojos frente a los luminosos rayos de sol y lamentó haberse olvidado las gafas de sol en la comisaría.

—La razón de que estemos tan seguros de nuestro análisis es que en cada bala quedan huellas del disparo y del rayado del ánima en el interior del cañón del arma —

continuó Bäcklund, animada—. Se puede ver el número de estrías y el movimiento de rotación, según las estrías giren hacia la izquierda o hacia la derecha.

A Thomas le recordó a algunos de los profesores que tuvo que soportar en la Escuela Superior de Policía. Entusiastas sin desmayo, a pesar de que los oyentes estén a punto de morirse de aburrimiento. Se dio cuenta de que aquella conversación iba a requerir una buena dosis de paciencia por su parte.

—Entiendo, entiendo —dijo.

Gunilla Bäcklund no se dejó apremiar.

—La mayoría de los rifles, y otras armas que hay en el mercado, tienen entre cinco y ocho estrías de distinta anchura. Esas estrías se pueden utilizar para identificar un arma, puesto que son diferentes según los distintos tipos de armas, y también según los fabricantes.

—Ajá —dijo Thomas.

—Además, el FBI ha creado una gran base de datos donde están registrados el tipo de rayado y las estrías de prácticamente todas las armas de fuego conocidas. Se la conoce con el nombre de *General Rifling Characteristics File*, aunque todo el mundo la llama GRC. Así resulta más sencillo.

La mujer hizo una pausa para tomar aire, pero continuó antes de que Thomas tuviera tiempo de decir nada.

—Es una herramienta perfecta. Todos los cuerpos de seguridad de la UE la utilizan. Junto con la base de datos de la Policía alemana, claro. Esa también es buena.

—Bien —dijo Thomas sin poder ocultar su impaciencia—. ¿A qué conclusión has llegado con respecto a esta bala en concreto?

Trató de controlarse, pero estaba tan irritado que no pudo evitar tocar la bocina al coche que tenía delante, que no se ponía en marcha aunque el semáforo se había puesto verde. En respuesta, el conductor le hizo la peineta.

—Si una bala se ha disparado con el tipo más común de rayado, es casi imposible decir con precisión de qué arma se trata. —Gunilla Bäcklund hizo una pausa estudiada para aumentar el efecto de sus palabras—. Pero ¿sabes?, esta bala procede de un arma con características propias.

—¿Te importaría decirme de qué arma se trata?

—Con mucho gusto —respondió amablemente Gunilla Bäcklund—. Esta bala no procede de un arma con cinco o seis estrías, viene de un arma con veinte estrías que giran hacia la derecha.

Era evidente que pensaba que aquello sería una auténtica sorpresa para Thomas. Se produjo un silencio mientras ella esperaba su reacción.

—Qué interesante —dijo él al final con entusiasmo contenido—. Pero ¿qué significa eso exactamente? ¿Me lo puedes explicar?

Bäcklund, animada, ahogó una risa ante al auricular.

–Eso significa que sabemos con exactitud el tipo de arma que se utilizó y quién es el fabricante.

En la cara de Thomas se dibujó una sonrisa de satisfacción. Había valido la pena escuchar aquella larga explicación. Esa era una buena noticia, incluso muy buena. A pesar de que a la mujer le había llevado un tiempo insufriblemente largo ir al grano.

–¿Y cuál es, si se puede saber?

–Es un rifle de marca Marlin.

–Marlin –repitió Thomas. Reconoció vagamente el nombre, pero no podía ubicarlo.

–Es un rifle americano bastante popular –continuó Gunilla Bäcklund–. Es barato y fiable. Emplean un rayado especial en sus rifles del calibre 22. ¡Excelente para su identificación! Tenéis que estar agradecidos de que el asesino no empleara un Winchester normal y corriente.

Thomas reflexionó sobre la información.

–¿Se puede tener una mira telescópica en un rifle Marlin de ese calibre? –preguntó.

–Por supuesto. La mira telescópica es muy fácil de montar, además, está diseñada específicamente para realizar disparos rápidos, casi igual que la mira telescópica de una escopeta inglesa.

–¿Se puede utilizar con silenciador?

–Tampoco hay ningún problema.

Eso explicaba por qué nadie había oído el disparo. Las suposiciones de Sachser parecían encajar.

–Muchas gracias, Gunilla –dijo Thomas dando por terminada la conversación con la prolija señora Bäcklund.

Tiró el móvil en el asiento del copiloto, que estaba ardiendo, mientras comenzó a pensar cuántos dueños de un rifle Marlin podría haber registrados en Suecia.

¿Quinientos? ¿Mil? Debería ser posible conseguir ese dato en el Registro Central de Armas.

Algo que debían hacer lo antes posible.

Henrik silbaba, contento, mientras limpiaba las redes tras la pesca de la mañana. Había capturado cuatro percas, un hermoso rodaballo y cinco platijas.

Estaba de pie al lado del agua, donde había colgado las redes en los cuatro postes altos que había a lo largo del embarcadero. En ese momento estaba descolgando las redes y doblándolas con cuidado para que no se enredaran. Los enredos de las redes eran lo peor de lo peor, sobre todo, si uno los descubría cuando ya estaba fuera en el mar a punto de echarlas.

Abrió la puerta del cobertizo, que estaba justo donde arrancaba el embarcadero. El edificio de madera de color rojo Falun apenas tenía dos metros de largo y un metro y medio de ancho, pero tenía el techo alto, y allí guardaban las redes y los aparejos. Todo estaba perfectamente colgado en los ganchos negros de hierro.

En invierno, guardaban allí los muebles del jardín y las bicicletas, siguiendo un sistema basado en que cada cosa tenía que estar en su sitio. De lo contrario, no había espacio para todo.

Henrik cerró la puerta, volvió al embarcadero y se acercó a la puerta del recipiente del pescado, que estaba en una de las cajas de piedra del embarcadero, donde podían guardar unos días los peces capturados. De esa manera, se conservaban bien frescos cuando los iban a comer.

Sacó las percas y soltó tres de ellas en un cubo con agua. La cuarta la puso directamente sobre la mesa provisional que él mismo había hecho para limpiar el pescado. El sol era abrasador y sintió que la espalda le empezaba a sudar. No le sentaría mal un chapuzón cuando hubiera terminado.

Adam y Simon se lo pasaban estupendamente tirándose al agua desde el embarcadero. Los chicos habían podido acompañar a su padre por la mañana y levantar las redes.

—¡Bomba! —gritó Adam, y se lanzó al agua en bomba. Salpicó en todas las direcciones, mientras su hermano se desternillaba de risa.

Henrik hizo un corte profundo por encima del cogote de la perca, de manera que casi se desprendió la cabeza. Después colocó el cuchillo en el orificio anal y le abrió el vientre hasta más allá de las aletas de color naranja. Con mano segura, cortó a lo largo de la médula espinal por ambos lados hasta que salieron los lomos. Retiró con cuidado las afiladas espinas de las vértebras y, al final, retiró la piel y las pequeñas espinas verticales del centro de los lomos. Esto último se llamaba entre los isleños «hacerle los pantalones a la perca».

–Así se hace –se dijo a sí mismo, satisfecho, observando el resultado de su trabajo–. Una comida tan rica no la tienen ni en el palacio real.

Empezó a silbar una canción de ABBA mientras se inclinaba para recoger la siguiente perca. Dejó los restos a un lado. Las gaviotas podrían darse un festín un poco más tarde, un espectáculo que encantaba a los chicos.

Mientras seguía limpiando, empezó a pensar en cómo podría gastar el dinero que sacarían cuando vendieran Villa Brandska. Henrik sonrió para sus adentros. Era increíble, como ganar a la lotería o aún mejor.

Él no tenía un mal sueldo. Como radiólogo de uno de los hospitales más grandes de Suecia, ganaba bastante más que la media de la población. Más de lo que muchos matrimonios ganaban al mes entre los dos. Pero él no se comparaba con ellos.

Él se comparaba, en cambio, con sus amigos de toda la vida, que habían ido a la Escuela Superior de Comercio, y luego siguieron como brókeres en la Bolsa y en sociedades de capital de riesgo, en las que llovían bonificaciones millonarias. Algo que se veía con mucha claridad cuando quedaban a tomar una cerveza o en el mundillo de las regatas. Muchos eran tan aficionados a la vela como él, y hablaban sobre todo de sus coches exclusivos y de sus yates, o de que alguno se había comprado un ático maravilloso o había hecho un gran negocio con la compraventa de acciones.

Los organismos regionales no podían ni deletrear la palabra *bono*, eso estaba claro. Si quería ganar tanto como sus amigos, tenía que cambiar de trabajo. Y eso que Henrik, a pesar de todo, no había elegido su carrera profesional pensando en el dinero.

En algún momento, en el instituto, empezó a soñar con hacerse médico. No sabía muy bien por qué. Nadie de su familia había seguido la carrera de Medicina. Era hijo único y no tenía hermanos en los que inspirarse. Su padre siempre había trabajado en el Ministerio de Asuntos Exteriores y, con el tiempo, acabó de embajador. Su madre había convertido la carrera de su marido en la suya propia y había renunciado a sus propias aspiraciones profesionales.

Al comenzar los estudios, Henrik ya se veía a sí mismo de cirujano. La imagen del experto traumatólogo que arregla espaldas y huesos rotos le resultó fácil de asimilar. Pero cuando terminó los estudios estuvo haciendo sustituciones en una unidad de radiología mientras esperaba una plaza de especialización. Allí se despertó su curiosidad. Había algo en el papel del médico radiólogo que lo cautivó.

Quizá fuera la posibilidad de comprender e interpretar lo que para el resto de las personas no eran más que unas imágenes anodinas con luces y sombras. Descubrir la solución al problema en una imagen en la que otros observadores no veían nada, y poder ofrecer un diagnóstico que significaba la diferencia entre la vida y la muerte.

Cuando se encontraba con el equipo médico y mostraba sus radiografías en la gran pantalla delante de los cirujanos, eran sus palabras las que pesaban. Él gozaba de la atención que le prestaban los cirujanos cuando, con términos médicos precisos, les explicaba lo que debían buscar en el momento de la operación quirúrgica.

En su interior, estaba orgulloso de la reputación que tenía como un especialista respetado y querido. Sobre todo entre las enfermeras, entre quienes gozaba de la fama de ser un médico encantador. A menudo las enfermeras se reunían a su alrededor a la hora del café, sin que él hiciera nada para evitarlo.

Pero su carrera nunca le llevaría a ganar grandes sumas de dinero. Y, aunque Henrik nunca le había dado mucha importancia a su sueldo, con el tiempo fue descubriendo la libertad que da el dinero. Y lo importante que era para él ajustar su vida a un estilo de vivir determinado. Un modo de vida que recordaba en buena medida el ambiente en el que él había crecido.

Cuando Nora se quedó embarazada de Adam, acordaron mudarse del apartamento de dos habitaciones a las afueras de la ciudad. Nora puso los ojos en una casa de madera de color amarillo no muy lejos del barrio donde vivían sus padres. Pero Henrik, que era navegante de toda la vida y tenía su velero en la bahía de Saltsjön, insistió en que tenían que ir a vivir era al elegante barrio de Saltsjöbaden. Allí había pasado él su infancia, cuando su padre no estaba destinado en el extranjero, y allí seguían viviendo también muchos de sus antiguos compañeros de colegio. En la frondosa vegetación de Saltsjöbaden, entre hermosas casas antiguas, él se sentía en casa.

Sin embargo, esa era una opción mucho más cara, y sus ingresos apenas alcanzaban para un pequeño chalé adosado en la zona. Muy lejos del tipo de vivienda que Henrik se había imaginado cuando pensaban abandonar el centro.

Ahora, eso podría cambiar.

Con el dinero que ganaran con la casa de Signe, podrían establecerse en una de las hermosas casas de finales del siglo xix o principios del xx, y aún les sobraría dinero. La imagen de un coche nuevo apareció ante su retina, pero la rechazó sonriendo. Cada cosa a su tiempo.

Lo que hacía falta ahora era que Nora no empezara a crear problemas. A veces, él no la entendía en absoluto. Como cuando tuvo la absurda idea de que tenían que mudarse a Malmö. Habría sido una locura desbaratar la vida de toda la familia. Sus padres vivían en Estocolmo y ellos tenían allí su círculo de amistades. Henrik no estaba interesado en absoluto en cambiar de trabajo. Pero aquello había dado lugar a amargas disputas entre ellos.

Nora había sentido la pérdida de Signe como si se hubiera tratado de su propia abuela. En el funeral, se mostró descorazonada cuando iban a dar sepultura a Signe en

el pequeño cementerio de Fläskeberget, donde reposaban los restos mortales de la mayoría de las familias de Sandhamn.

Henrik no entendía por qué Nora no podía olvidarlo todo y seguir adelante. Ella hacía todo lo contrario, durante todo el invierno había sufrido por los acontecimientos del pasado verano. Se había vuelto más callada y estaba más encerrada en sí misma, y había dedicado casi todo su tiempo libre a estar con los niños. Hacía siglos que no invitaban a casa a sus amigos y cada vez que Henrik proponía invitar a alguien Nora salía con alguna excusa nueva. Se habían pasado unos meses casi como ermitaños.

Henrik veía ahora la luz al final del túnel. Si el testamento de aquella loca conducía a una mejora de la economía familiar, al menos, habría salido algo positivo de toda esa historia.

En una nueva casa, los chicos tendrían cada uno su propia habitación. Tendrían un jardín amplio, en vez del ridículo cuadrado de césped, del tamaño de un sello, que tenían ahora. Tendrían un comedor grande, de manera que los invitados no tuvieran que estar en la cocina entre los platos.

Pero no era fácil saber lo que pensaba Nora últimamente. Al principio, parecía que se había alegrado de que él tomara la iniciativa de ponerse en contacto con Svante Severin. Luego cambió de idea y se mostró casi desagradable cuando vino a ver la casa.

Henrik había llamado después al agente inmobiliario para asegurarse de que no se había sentido ofendido. Pero Severin se mostró tan entusiasmado por teléfono como cuando estuvo allí en Sandhamn. Le aseguró que estaba dispuesto a poner todas sus energías en aquella venta. Además, la familia que vivía en Suiza había llamado varias veces. Seguían igual de interesados y ya se encontraban en el archipiélago de Estocolmo, porque habían alquilado una casa en la isla de Ljusterö para pasar el verano.

Él había llamado también a su madre para contarle sus planes. Ella comprendió lo importante que era para él salir del chalé adosado. Henrik sabía que Nora pensaba que Monica, a veces, podía ser insufrible, pero, con todo, su madre seguía siendo un gran apoyo para él y para la familia. Y se había esforzado realmente para acoger a Nora entre ellos y hacer que se sintiera a gusto. Ocurría lo que solía ocurrir en la mayoría de las familias, que la suegra y la nuera no siempre estaban de acuerdo.

Se encogió de hombros ante sus propios pensamientos mientras convertía otra perca en deliciosos lomos. Esa noche pensaba hacerla con mantequilla y servirla con unas patatas nuevas y una salsa de mostaza fría con una pizca de azúcar moreno.

Empezó a silbar alegremente mientras pensaba en qué parte de Saltsjöbaden le gustaría instalarse. En la parte sur, o ¿por qué no junto al hotel Viken, cerca del agua?

Thomas comenzó su intervención dando cuenta de su conversación con Gunilla Bäcklund.

–Hay más de mil licencias emitidas en Suecia para rifles Marlin –añadió Kalle que logró comprobarlo rápidamente antes de la reunión–. Tan pronto como tengamos algún sospechoso podremos investigar a esa persona en el registro de armas.

–Estupendo –dijo el Viejo–. ¿Cuándo puedes elaborar un listado con todos los dueños de licencias?

–En cuanto terminemos aquí –contestó Kalle.

–¿Qué hay de las amantes y de los socios del Real Club de Vela? –preguntó Thomas–. La última vez hablamos de maridos engañados.

Kalle asintió.

–Hemos comprobado todos los nombres que aparecían en la lista de Eva Timell, así como el de todos los miembros de la junta directiva del club y de los diferentes comités. Poco menos de un tercio son cazadores. Hemos encontrado licencias de todas las armas imaginables. Tanto de la clase 1 como de la clase 2. Blaser 30.06, Winchester 22 WMR, de todo.

–¿Qué significa eso exactamente? –preguntó Margit.

–El Blaser se emplea para caza mayor, alces y ciervos. El Winchester se emplea para la caza menor, tales como zorros y tejones.

–¿Qué conclusiones sacas tú, quería decir?

–Hay al menos treinta personas en la dirección del club que tienen acceso a armas de fuego de bajo calibre.

–¿Hay alguien que tenga un rifle Marlin?

–No hemos tenido tiempo de comprobarlo. Lo haremos en cuanto termine la reunión.

–¿Y las amantes? –preguntó Thomas.

–Nada.

Margit alzó en la mano un correo electrónico impreso.

–Ha llegado un mensaje extraño a la bandeja de Juliander. Su secretaria nos llamó –explicó, e hizo circular el papel–. Posiblemente, un intento de extorsión. Por supuesto, no se puede identificar al remitente.

–Carina. –El Viejo miró a su hija, que estaba sentada en el otro extremo de la mesa–. Tú te harás cargo de eso. Mira a ver hasta dónde llega. Siempre podemos llamar a los chicos expertos en informática de Kronoberg más adelante, si fuera

necesario.

Con los chicos expertos en informática de Kronoberg, se refería a una unidad especial de la Policía Nacional que prestaba asistencia cuando necesitaban entrar en un ordenador o rastrear el disco duro. Solían ser chicos insultantemente jóvenes con el pelo largo y despeinado, la tez pálida y el juego de ordenador *El señor de la guerra* escrito en la frente. Pero si les dejaban encerrarse unos días con un ordenador roto o bloqueado podían hacer milagros.

Y Carina tampoco era manca a la hora de obtener información con la ayuda de un ordenador y una conexión a internet.

—*Okay*—respondió ella, e intentó en vano captar la mirada de Thomas.

La noche anterior le había enviado varios mensajes de texto para preguntarle si quería hacer algo el fin de semana, pero él no había contestado.

Probablemente estaría demasiado ocupado con la investigación y no tuvo tiempo de responder, pensó. La situación era apremiante, en una investigación los primeros días eran siempre los más importantes. Cada día que pasaba disminuían las posibilidades de encontrar al culpable. Thomas, seguramente, estaba volcado en el trabajo de búsqueda. Tanto que dejaba su vida privada a un lado.

—¿Qué pasa con las drogas?—preguntó el Viejo—. ¿Cómo vamos con ese asunto?

—Yo puedo contar algo más sobre los hábitos de Juliander con respecto a eso—dijo Thomas, y resumió la información que le había facilitado Diana Söder—. Al parecer, durante el último año consumía coca regularmente.

—¿Pensáis que puede haber un traficante de drogas detrás de todo esto?—preguntó Kalle—. Alguien a quien le debía dinero.

Thomas parecía escéptico.

—Es cierto que la cocaína no es gratis, pero tampoco es tan cara. Difícilmente puede haber afectado a la economía de un abogado rico.

—¿Os parece probable que un camello se haga con un arma de fuego, viaje hasta Sandhamn y cometa un sofisticado asesinato en el mar?—preguntó Margit.

—Tal vez no.

—Que Erik siga con esa pista de todos modos—dijo el Viejo—. Investigadlo y ved si se encuentra algo.

—Por cierto—dijo Thomas—, ¿qué ha pasado con ese vídeo de la televisión? Ya debería haber llegado.

Kalle sacudió la cabeza.

—Se lo he recordado dos veces. Pero volveré a llamar después de la reunión.

—¿Qué tal ha ido con la gente, han colaborado?—preguntó el Viejo—. ¿Ha llegado algo interesante?

Erik se encogió de hombros.

–Lo de siempre. La gente llama con ideas de lo más peregrinas, desde teorías conspiratorias hasta hipótesis de suicidio. Un buen número de pistas apuntan a que era infiel. Pero eso ya lo sabíamos. Seguimos todas menos las que son pura fantasía.

El Viejo asintió y se levantó.

–Seguid con ello.

Como de costumbre, había grandes retenciones de tráfico un viernes en la carretera de Värmdö. Quienes tenían casas de veraneo en las islas querían llegar cuanto antes y, aunque ya estaban bien adentrados en el mes de julio, la tranquilidad estival aún no había llegado en esa ruta tan transitada. La retención había comenzado en la autovía y ahora los vehículos se deslizaban lentamente hacia el centro comercial de Mölnvik. Era de esperar que el tráfico se despejara allí.

Martin Nyrén miró su reloj de pulsera. Eran las cuatro pasadas, pero no tenía prisa. No había quedado con nadie. Su velero, un Omega 36, estaba amarrado en el puerto de Bullandö, esperándolo. Allí estaría hasta que llegara y pudiera soltar amarras para la salida del fin de semana.

No tenía nada en contra de salir a navegar sin compañía. Al contrario, agradecía la calma de la soledad. No había voces que rompieran el silencio, nadie que reclamara su atención. Además, el barco estaba totalmente equipado para que pudiera navegar una persona sola. Solo echaba de menos a Indi, pero tampoco esperaba su compañía. El mes de julio estaba dedicado a la familia, las cosas eran así.

Subió un poco el aire acondicionado, bajo aquel sol abrasador hacía un calor de mil demonios entre los gases de los tubos de escape. Aquella semana habían tenido un tiempo más propio del mes de abril. Un minuto de sol, y al siguiente, lluvia. ¿Por qué no podían tener un anticiclón estable? Cabía preguntárselo.

Se volvió a hundir en el asiento.

En los últimos días había tenido una sensación de malestar en el cuerpo, como si se sintiera observado o vigilado sigilosamente por alguien que él no sabía quién era.

El día anterior, cuando volvía a la oficina después del almuerzo, tuvo la primera sospecha. Era como si alguien lo observara entre la multitud. Pero cuando él miraba a su alrededor no reconocía a nadie.

La sensación se había repetido esa misma mañana mientras iba al trabajo. Una sensación repentina de que alguien lo estaba siguiendo, un movimiento por la espalda sin explicación. Porque cuando se detuvo no había ningún conocido cerca.

Se paró delante de un escaparate para ver si veía el reflejo de alguien. No había nadie, por supuesto, y se sintió como un estúpido por haberse parado a mirar.

¿Por qué le iban a seguir?

Probablemente, todo eran figuraciones suyas. La muerte de Oscar le hacía ver fantasmas en pleno día.

Con gesto decidido, encendió la radio, sintonizó la emisora P1 y se obligó a sí

mismo a dejar de pensar en potenciales perseguidores. Era viernes y él iba a salir a dar una agradable vuelta en su velero. No había ningún motivo para seguir preocupándose.

Sin embargo, una ligera sensación de incomodidad lo acompañó cuando la hilera de coches empezó a rodar de nuevo.

–¿Qué pasa, mamá? ¿Estás triste? ¿Por qué lloras?

Fabian miró a su madre preocupado y trató de acariciarle la mejilla.

Llevaba bajo el brazo su oso de peluche, una copia de Bamse, el popular personaje de los tebeos. Él solía llamarlo el suave Bamse, porque su pelaje era muy suave.

Diana Söder se estremeció.

No le había oído entrar en el dormitorio, donde ella estaba sentada. Estaba tan abatida que se olvidó de que el niño debería estar ya acostado. Llena de remordimientos, levantó la mirada de la pantalla del ordenador y se volvió.

–No pasa nada, cariño –dijo, y trató de secarse las lágrimas lo mejor que pudo–. Se me ha metido algo en el ojo.

Haciendo un gran esfuerzo, esbozó una sonrisa y lo cogió en brazos. El perfume de su cuerpo la consoló y ella buscó fuerzas en el calor que transmitía. Aquel pijama azul claro con pequeños elefantes empezaba a quedarle pequeño, las perneras le llegaban por encima de los tobillos. Tenía que acordarse de comprarle uno nuevo.

A veces deseaba que nunca se hiciera mayor.

El niño la observó. Luego observó la pantalla que ella tenía delante.

–¿Te han enviado un correo electrónico desagradable? Mi señorita dice que si recibimos un mensaje de esos tenemos que decírselo inmediatamente. –Su clara voz de niño parecía convencida de sus palabras.

Diana Söder sonrió, con el rostro lleno de lágrimas. No sabía él cuánta razón tenía.

Apagó rápidamente el ordenador para que el niño no pudiera leer nada. Era verdad que solo tenía ocho años, pero ya era muy aplicado en la lectura.

Diana no quería que viera las terribles palabras que la acusaban de haber asesinado a Oscar Juliander.

Ni que alguien llamaba «puta» a su mamá.

Sábado, primera semana

–¿Habéis visto todos las portadas de hoy? –preguntó el Viejo, al tiempo que arrojaba el periódico de la tarde sobre la mesa de la sala de reuniones. Se hizo un silencio que se podía cortar.

–¿Cómo demonios se ha podido enterar la prensa de que Diana Söder mantenía una relación con Juliander?

Diana Söder los miraba desde su foto del pasaporte, que ocupaba la mayor parte de la portada. «Crimen pasional», decía el titular a bombo y platillo. En las páginas seis y siete, aparecía una información detallada de las aventuras amorosas de Oscar Juliander.

«¡Aquí se esconde la amante de Juliander!» Bajo las letras negras había una fotografía borrosa de Diana Söder delante de la puerta de una casa, tapándose la cara con las manos para protegerse.

–Creo que no hace falta decir que esto es absolutamente inaceptable.

Pero no puedes hacer nada, pensó Thomas con una pizca de resignación. Cualquiera puede decir lo que quiera a un periódico. Y tú ni siquiera puedes investigar quién ha sido. Si no, estás violando la ley.

Thomas vio ante sus ojos a la desdichada mujer que no paraba de darle vueltas a su anillo de cumpleaños alrededor del dedo.

–Si llego a enterarme de que alguien aquí presente ha filtrado... –El Viejo no terminó la frase.

–Eso no tiene sentido. –La voz de Margit sonó aguda—. Hay decenas de personas en esta casa que saben que nos hemos reunido con Diana Söder.

El Viejo la miró airadamente.

–Hemos tenido aquí personal extra toda la semana, personal que ha recogido información y ha revisado los registros de armas. Cualquiera puede haber oído algo en la máquina del café.

–¡Joder! Menudo rapapolvos que nos va a echar el delegado de la Policía provincial y el portavoz de prensa.

–Da igual. No podemos hacer nada.

El rostro del Viejo palideció ligeramente. Alargó la mano hasta alcanzar el plato con bollos que había traído Carina. El mordisco con el que atacó el bollo de cardamomo dejó claro cuál era su grado de enfado. Pero se olvidó del tema.

–Ahora vamos a empezar –dijo Margit, tomando la iniciativa–. No podemos pasarnos aquí todo el fin de semana. ¿Dónde estamos, Thomas?

Thomas se expresó con brevedad y fue al grano.

–Nos hemos entrevistado con todas las señoras con las que Juliander mantuvo alguna relación. La mayoría de ellas hablan bien de él, a pesar de fue él quien las abandonó.

–Debió de haber sido un seductor –dijo Margit con acritud.

–¿Qué hay de sus coartadas? –preguntó el Viejo.

–Todas han podido dar explicaciones convincentes de dónde se encontraban cuando le dispararon. De hecho, muchas estaban en el extranjero o, al menos, fuera de Estocolmo aquel día –aclaró.

–Entonces, ¿podemos descartar un asesinato motivado por los celos?

–En cualquier caso, entre las mujeres con las que hemos hablado no hay ninguna que no tenga una coartada.

Thomas se volvió hacia Kalle.

–¿Cómo ha ido con el tema de las armas?

–Aquí tengo un listado de todas las personas que tienen licencia de armas para un rifle Marlin.

Le pasó una copia a Thomas a través de la mesa.

–¿Algún nombre que conozcamos?

Kalle asintió.

–Uno.

–¿Alguna amante?

–Uno de los maridos.

–Entonces tenemos que hacer una visita a su casa.

Thomas miró a Margit, que no parecía nada contenta con la noticia de que tendría que trabajar el resto del día. Era lo que tenía ser policía, sin duda, pero a nadie le apetece trabajar un sábado por la tarde.

–Aquí está la dirección –dijo Kalle, y le pasó una lista.

Thomas la leyó enseguida. Saltsjö-Duvnäs, un barrio residencial no muy lejos de Saltjöbaden, donde residía la familia de Juliander. Margit se había reunido con la mujer a principios de la semana.

–¿Crees que hay alguna posibilidad de que estén en casa un sábado de julio por la tarde? –preguntó Margit.

Thomas miró el reloj. La una y media.

–Probablemente, no muchas. ¿Por qué no llamamos primero?

–Está bien –dijo Thomas–. Yo puedo ir después de la reunión. Puedo ocuparme de ello yo solo.

Tan pronto como pronunció aquellas palabras, Thomas se dio cuenta de que eso le proporcionaba una excusa para no quedar con Carina más tarde.

El Viejo volvió la mirada hacia Erik, que estaba sentado hojeando un montón de papeles. El azúcar cande de los bollos se había caído encima de los documentos. Él se afanaba en vano en retirar los pequeños cristales.

—¿Qué tienes que decirnos?

—Hemos revisado la lista de los concursos de acreedores en los que Juliander estaba involucrado. Solo hemos encontrado un caso que condujo a la inhabilitación para administrar empresas de un director. Juliander había informado a las autoridades de que había sospechas de evasión fiscal.

—¿Has hablado con el interesado?

—Sí, se jubiló por esas fechas. No parecía que le hubiera afectado mucho el tema.

Erik buscaba a tientas entre sus papeles y el azúcar seguía esparciéndose por la mesa.

Thomas se preguntó si Erik tendría los conocimientos suficientes para examinar una serie de documentos de quiebras concursales. Pero en ese momento no disponían de nadie más. La Oficina Nacional de Delincuencia Económica seguía sin apenas personal.

El Viejo echó una mirada a su alrededor. Hacía tiempo que se había zampado el bollo.

—¿Nada más? Entonces nos vamos de fin de semana. Nos vemos el lunes.

La mujer que abrió la puerta de la casa de Saltsjö-Duvnäs palideció nada más ver la placa policial de Thomas. La casa estaba en lo alto de una colina y Thomas pudo ver el reflejo del agua que se extendía a sus pies.

—Me gustaría hacer algunas preguntas relacionadas con el asesinato de Oscar Juliander —dijo él.

Parecía que la mujer iba a echarse a llorar.

—Yo ya he hablado con la Policía. El miércoles. Mi marido está en casa ahora. Tiene que... —su voz se extinguió.

—Necesito hablar también con él.

—¿Quién es? —dijo una voz desde el interior de la casa. Un hombre de constitución fuerte y unos cincuenta años apareció en traje de baño. Thomas pudo vislumbrar una piscina azul turquesa al otro lado de los cristales de la terraza contigua al cuarto de estar.

—¿Puedo pasar? —preguntó Thomas—. Tengo que hacerles algunas preguntas

relacionadas con una licencia de armas de fuego.

Domingo, primera semana

¿Quién tenía algo que ganar con la muerte de Oscar Juliander? La pregunta le había dado vueltas en sueños toda la noche y Thomas se despertó sudando. El altillo donde dormía en la casa de Harö se convertía en un horno tan pronto como se levantaba el sol. Es decir, pasadas las ocho de la mañana en verano.

Se quitó de encima la sábana húmeda y se puso un bañador. Después bajó con cuidado la escalera hasta la gran estancia diáfana que incluía cocina, comedor y sala de estar.

La casa había sido un antiguo granero, pero Thomas y Pernilla lo habían transformado en su segunda residencia, moderna y acondicionada para el invierno. La casa se había tragado todos sus ahorros y su tiempo libre durante varios años. Ellos mismos habían pintado las paredes, montado la carpintería y hecho la mayor parte de los trabajos que no requerían mano de obra profesional, como la fontanería y la electricidad. Thomas había colocado hasta los azulejos de la cocina, con un poco de esfuerzo.

Ahora, él pasaba en la isla todo el tiempo libre que podía. Sobre todo, desde que Pernilla se quedó con el apartamento en la ciudad. El piso de dos habitaciones que él había alquilado en Estocolmo no era gran cosa, y aún no había sido capaz de hacer acopio de energía para ordenarlo. De todos modos, no pasaba allí mucho tiempo. Además, el último año, Carina había acaparado toda su atención y solían verse casi siempre en casa de ella. Thomas había evitado traerla a la casa de Harö, donde Pernilla y él habían sido tan felices antes de que muriera Emily.

Tomó una toalla del cuarto de baño y abrió la puerta principal. La casa estaba a tan solo diez metros del agua y una senda estrecha conducía hasta el embarcadero. Thomas salió y se tiró al agua. La primera impresión de frío fue sustituida casi inmediatamente por una sensación refrescante. En momentos como aquel, podía entender por qué los finlandeses insistían en lanzarse desde la sauna a un agujero practicado en el hielo. La sangre fluía más deprisa por las venas y se despejaba el cerebro. Justo lo que necesitaba.

Salió a la superficie resoplando y subió al embarcadero. Se lavó las manos con un jabón especial para el agua salada. Después volvió a saltar de nuevo al agua.

El chapuzón matinal. No había nada comparable con un buen chapuzón matinal en verano aquí en las islas. Se le habían quedado enredadas unas pocas algas entre los

dedos de los pies y se los frotó contra uno de los postes del embarcadero. Luego se secó con la toalla y volvió a la casa.

Una vez vestido, decidió ir a dar una vuelta a Sandhamn y comprar pan en la panadería, la famosa panadería con las irresistibles galletas marineras. Tal vez podría saludar a Nora y ver también a su ahijado.

De repente, sonó el móvil. Era un mensaje de texto de Margit en el que le preguntaba qué tal le había ido el día anterior.

El hombre de Saltsjö-Duvnäs se había sorprendido, pero enumeró, sin vacilar, las armas que poseía: dos rifles, uno de los cuales era de la marca Marlin. Sin embargo, estaba estropeado y lo había dejado en una armería para que se lo reparara un técnico. El hombre fue a buscar un recibo para que Thomas pudiera verlo. Luego le mostró el armario de armas donde guardaba sus fusiles con llave en el sótano, según todas las reglas vigentes para los aficionados a la caza.

El fin de semana que mataron a Juliander de un disparo, él y su esposa se encontraban en Varberg, donde habían ido a visitar a su hermana y a su cuñado. Le dio su número de teléfono para que pudiera verificarlo. La misma información que su esposa le había proporcionado a Margit anteriormente.

Solo cuando el hombre le preguntó a Thomas por qué le hacía tantas preguntas, la conversación se volvió tensa.

—Eso, probablemente debería preguntárselo a su esposa —respondió Thomas en el tono más neutral posible—, ella conocía a Juliander desde hace unos años.

Thomas abandonó la casa antes de que el hombre pudiera hacerle más preguntas. Se alegró de haberse librado de presenciar la discusión que seguramente se desataría.

Para entonces era tan tarde que tenía una buena excusa para no salir con Carina.

Carina.

Tenía que hacer algo con esa situación, pero no era el momento.

Thomas respondió a Margit con otro mensaje y después envió un mensaje a Carina en el que le proponía ir al cine por la noche. Un torpe intento de hacerla feliz. Luego evitó pensar en su novia.

Cuando se sentó al sol, en el alféizar de la ventana de la cocina, con una taza de café, reapareció la pregunta que le había rondado por la cabeza toda la noche.

¿Quién tenía algo que ganar con la muerte de Oscar Juliander?

Quizá la explicación podía encontrarse en algo relacionado con su actividad como abogado. Tal vez se había tropezado con alguien que no podía soportar que salieran a la luz las circunstancias de la quiebra de su empresa. Thomas decidió hablar con Nora cuando estuviera en Sandhamn.

—Pregunta a la secretaria de Juliander —dijo Nora, y le dio un buen bocado a uno de los bollos que Thomas había traído de la panadería de Sandhamn.

Estaban sentados en el embarcadero disfrutando del buen tiempo. A lo lejos, hacia la península, se podía ver que se acercaba otra borrasca. Unas nubes grises se arremolinaban en el horizonte, por encima de las copas de los árboles del estrecho de Eknösundet. El agua ya había empezado a oscurecer, pero, de momento, donde estaban ellos brillaba el sol.

Los niños se habían comido sus bollos en un tiempo récord y habían vuelto a tirarse al agua desde el embarcadero, su entretenimiento favorito un día como aquel.

Henrik se había ido a Estocolmo por la mañana. Estaba de guardia y había surgido algo.

Thomas vio ante sí a la pálida y desdichada Eva Timell, que ya les había servido de gran ayuda en la investigación. Hizo una pequeña bola con el papel pegajoso del bollo y la dejó en la bandeja.

—¿No quieres empezar a hacer prácticas en la Policía? —le preguntó a Nora, sonriendo—. A mí me parece que reúnes cualidades. Además, así te librarías de ese jefe tan horrible del que siempre te andas quejando.

Nora le lanzó una mirada contenida.

—Creo que no me quejo tanto. Pero la verdad es que mi jefe es un idiota. Es incomprendible por qué lo mantienen en su puesto.

Les interrumpió Simon, que llegó corriendo. Estaba empapado y le chorreaba todo el cuerpo. Llevaba en la mano un cubo lleno de agua. Se veía de lejos lo que pensaba hacer. Justo antes de llegar donde estaba Thomas, agarró el cubo con las dos manos. Pero antes de que completara la operación, Thomas le había quitado el cubo y a él lo había levantado en el aire.

—¿No habrías pensado tirar un cubo de agua a un policía? —le preguntó con voz autoritaria y mirando al chico con el ceño fruncido.

Simon no se asustó lo más mínimo.

—¡Bájame! —gritó, a la vez que miraba a Nora para que ella intercediera.

—Ah, no —dijo Nora—. Ahora tendrás que arreglártelas tú solito. Si pensabas empapar a tu padrino, tú te lo has buscado.

Thomas llevó a Simon al borde del embarcadero, luego lo balanceó hacia delante y hacia atrás antes de lanzarlo al agua.

Adam, que estaba al lado de pie, se rio con tantas ganas que casi se cae al suelo. Thomas se acercó a él con los brazos abiertos, pero Adam echó a correr y se tiró él solo al agua.

—¡No nos puedes pillar, no nos puedes pillar! —gritaron los dos a coro.

Thomas hizo varias embestidas y luego se volvió a sentar.

Nora lo miró y sacudió la cabeza.

–Eres muy cariñoso con los niños, Thomas Andreasson –dijo–. ¿Lo sabes?

–Tal vez sea así –contestó Thomas con una sonrisa tímida–. Pero no se lo digas a nadie.

Alcanzó su taza de café y apuró lo que quedaba.

–¿Tienes tiempo para acompañarme a la casa de Signe antes de marcharte? –preguntó Nora.

El sol de la tarde iluminaba la cocina pintada de blanco, y ella estaba metiendo los platos y las tazas de café en el lavavajillas. Thomas iba a volver pronto a Harö para tomar después el *ferry* de vuelta a Estocolmo.

–Sí, claro que puedo –contestó–. No tengo ninguna prisa.

–Chicos –dijo Nora–. ¿Podéis quedaros solos un rato? Le voy a enseñar una cosa a Thomas, no tardaremos más de media hora.

Fueron a Villa Brandska. Nora abrió la puerta y accedieron al vestíbulo. La casa olía a cerrado. A casa deshabitada.

Nora se dirigió lentamente a la luminosa veranda. En un intento de recrear la antigua atmósfera, había colocado allí unos cuantos geranios. Pero languidecían con el calor y hacían que la estancia tuviera un mayor aire de abandono.

–Ha llamado el agente inmobiliario y quiere venir aquí con esa familia que vive en Suiza. Asegura que están decididos a comprar la casa.

Nora se sentó en una de las viejas sillas de mimbre y contempló el mar. Las nubes estaban cada vez más cerca y el sol no tardaría en desaparecer. Acarició la manta de ganchillo que había sobre el reposabrazos. Todavía conservaba pelos oscuros del labrador de Signe.

–No sé qué hacer. Henrik está realmente obsesionado con venderla. Solo piensa en el dinero que vamos a ganar. No lo reconozco.

–¿Tan mal están las cosas?

–Él quiere que nos compremos un casoplón en Saltsjöbaden. Algo que se ajuste a los esnobs de sus padres. –Nora suspiró y se apoyó en el respaldo del sillón.

Thomas no sabía muy bien qué decir. En cierto modo, podía entender que Henrik quisiera deshacerse de la casa de Signe y mudarse más cerca de su familia. Villa Brandska era sin duda una hermosa casa con solera, pero no era moderna y requería

mucho mantenimiento.

Al mismo tiempo, comprendía el dilema de Nora. Él también había conocido y querido a Signe, y comprendía perfectamente por qué Signe la había nombrado su heredera.

—¿No disfrutaríais más en una casa un poco más grande en Saltsjöbaden que de dos casas aquí? —preguntó con tacto.

Los ojos de Nora echaron chispas.

—¿Se puede saber de qué lado estás?

Thomas lo intentó de nuevo.

—Vamos, Nora. Sé realista. ¿Quién has pensado que va a cuidar este pedazo de casa? Ya tenéis una casa muy bonita en Sandhamn. Tú trabajas a jornada completa y Henrik es médico. ¿No sería mejor invertir en vuestra vivienda permanente?

Nora se mordió el labio, pero asintió a regañadientes. Se levantó del sillón y se acercó a la ventana. Ahora casi todo el cielo estaba cubierto de nubes y en el mar se empezaban a formar cabrillas en las olas. El agua se volvió de color gris.

—Si fueras tú, ¿qué harías? —dijo pasado un rato.

—Yo no puedo decirte lo que tienes que hacer —contestó Thomas—. Eso tienes que decidirlo tú misma. —Dudó un segundo—. Pero no dejes que Henrik te presione para tomar una decisión, si no estás dispuesta a tomarla.

Nora volvió a asentir.

—¿Por qué no la alquilas por un tiempo? No tienes por qué venderla ahora si no quieres.

Alquilarla. ¿Cómo no había pensado en ello?

Cada vez que Henrik sacaba el tema de la venta, a ella se le formaba un nudo en el estómago. No estaba preparada para venderla, así de sencillo. De repente, sintió que se le quitaba un peso del corazón.

—Vamos —dijo—. Tienes que volver antes de que empiece a llover. Ya se está levantado el viento ahí fuera.

Lunes, segunda semana

La idea de ir al cine no había sido precisamente un éxito, pensó Thomas sombrío, mientras se preparaba una taza de té en la cocina de la comisaría.

Cuando llegaron al cine, Carina y él no se ponían de acuerdo sobre qué ver. Thomas había pensado ver alguna película sencilla, algo que no requiriera mayor reflexión. Después de una semana de intenso trabajo policial, quería más que nada despejarse. Por su parte, Carina había contado con ver un drama romántico con una actriz americana muy conocida a la que Thomas detestaba.

Cuando él cedió finalmente, Carina ya se había enfadado. Para entonces no quedaban butacas buenas, así que tuvieron que conformarse con dos sitios malos al fondo. Había pasado más de la mitad de la película cuando a Carina se le pasó el enfado. Su mano buscó la de Thomas y empezó a darle besitos en la mejilla.

A Thomas le molestó aquello. Le hizo sentirse como un adolescente que entraba al cine a darse el lote. Después de que él se retirara un par de veces, Carina captó la indirecta y volvió a instalarse entre ellos un ambiente gélido. Después de la película, ella dijo que estaba cansada y que se marchaba a su casa. Thomas no era tan tonto como para no entender que había metido la pata una vez más.

Se alejó por el pasillo hasta el despacho de Margit y se sentó en la silla de las visitas, lanzando un profundo suspiro. Ella continuó escribiendo en su ordenador unos minutos antes de darle a guardar y levantar la mirada.

—Parece que hubieras estado vendiendo mantequilla y hubieras perdido el dinero — le dijo Margit.

Thomas hizo gesto de rechazo con la mano derecha.

—¿Te has peleado con Carina? —continuó Margit, sin hacerle caso. Cerró una carpeta que tenía abierta en la mesa y la colocó en la estantería que tenía detrás.

Thomas la miró sorprendido.

—¿Qué tiene que ver Carina con esto?

Margit lo miró da como si tuviera el nivel de inteligencia de un niño de siete años.

—Primero viene Carina y parece una nube de tormenta. Veinte minutos después entras tú con el mismo aspecto, o peor. ¿Te has mirado al espejo?

Thomas tuvo que reconocer que había algo de verdad en lo que ella decía. Estaba cansado y descuidado, y se le notaba. Pero él no tenía ganas de que lo relacionaran con Carina en el trabajo.

–Lo que haya hecho Carina el fin de semana es cosa suya –dijo con suavidad.

–Déjalo ya, Thomas –soltó Margit con un gesto de impaciencia–. Toda la comisaría sabe que lleváis un tiempo saliendo.

–¿Tanto se nota? –capituló Thomas.

–Bueno, aquí trabajamos realizando investigaciones y sacando conclusiones. ¿Acaso piensas que de repente nos hemos quedado completamente ciegos?

–Probablemente no.

–En todo caso, el Viejo debe de ser el único que no se ha enterado de nada. Sin duda, porque no quiere.

Margit miró severamente a Thomas, pero luego sonrió más amable.

–¿No es demasiado joven para ti?

Thomas agachó la cabeza. Precisamente ese era el tema.

–Pensé que me sentiría más joven con ella, pero, en vez de eso, me hace sentir más cansado y más viejo.

–Entonces, quizá deberías hacer algo con la situación antes de que vaya demasiado lejos –dijo Margit, que le hablaba como una maestra de escuela.

Se agachó y recogió un papel que había caído fuera de la papelera. Después lo miró a los ojos.

–Ella está muy enamorada de ti, eso se le nota desde lejos –dijo Margit–. Me parece que sería triste verla sufrir innecesariamente, solo quiero que lo sepas.

Thomas no podía sino estar de acuerdo con ella. Se prometió a sí mismo que en cuanto pusiera orden en aquella investigación, lo arreglaría.

–Por cierto, he hablado con Sylvia Juliander del consumo de droga de su marido –comentó Margit.

–¿Lo sabía?

–No, en absoluto. Parecía conmocionada. Dijo que debía de ser un error.

–Una nueva sorpresa, entonces.

–Son muchas las cosas que va a saber de su marido después de su muerte –afirmó Margit–. Primero las amantes, ahora las drogas.

–De todos modos, ella tiene que haber sospechado que él le era infiel.

–Probablemente. Pero eso no es lo mismo que saberlo de verdad. O que la prensa lo publique en una portada. No la envidio.

Thomas se puso de pie.

–Nos vemos dentro de cinco minutos en la sala de reuniones.

–Carina ha conseguido rastrear al remitente del correo electrónico que Eva Timell

nos hizo llegar –comenzó el Viejo.

Thomas habría podido jurar que los ojos del Viejo brillaban con orgullo de padre.

–Se trata de un revisor que ha auditado las cuentas de uno de los concursos de acreedores llevados por Juliander –completó Carina.

–¿Por qué tenía esa dirección tan rara? –preguntó Thomas.

Carina lo miró con frialdad.

–Porque el auditor se encontraba fuera, en el campo, y no podía acceder a su conexión habitual a través del trabajo. Así que utilizó la dirección de Hotmail de su hija adolescente.

–Pero ¿por qué corría tanta prisa? –preguntó Kalle–. El tipo parecía bastante desesperado.

–Al parecer, tenía que recibir el ingreso antes de cerrar las cuentas semestrales, por motivos de contabilidad –explicó Carina–. Lo habían acordado antes del solsticio de verano. Pero a Juliander se le había olvidado.

–Tendría mucho que hacer antes de las regatas –terció Margit.

–Tal vez. El departamento de economía de la empresa auditora llamó a este hombre y le pidió que se pusiera en contacto con el cliente para acelerar el pago. Y él le envió este mensaje.

–Que Eva Timell después interpretó de manera errónea –dijo Margit.

–Fue solo un malentendido –afirmó Carina.

–¿Cómo te has enterado de todo esto? –preguntó Margit.

–Hablé con el auditor. Y después, por seguridad, llamé al departamento. Allí me confirmaron todo. *End of story*.

–Fin de la historia para esa pista –constató Thomas–. Entonces, al menos, ya podemos descartar esa teoría. ¿Alguna otra información interesante? –preguntó, mirando a Carina.

Ella desvió la mirada y levantó una pila de papeles.

–He examinado toda la información económica que he podido conseguir. –Fue todo lo que dijo.

–¿Conclusiones? –preguntó el Viejo.

–Ahora sé por qué se quedó con su esposa.

–Cuenta –dijo Margit.

–El matrimonio Juliander tenía todo en régimen de gananciales. No hay separación de bienes.

–¡No me digas! –exclamó Margit.

–Las casas, los coches, los barcos, todo era de los dos.

–Así que si él quería divorciarse, tenía que darle a ella la mitad –concluyó Margit–. Eso significaría muchos millones.

–¿Tenía muchas deudas? –preguntó Thomas.

–Las casas tenían hipotecas muy altas, pero parece que contaba con medios para pagar los intereses y las amortizaciones –respondió Carina sin mirarlo–. Sus ingresos no eran malos, precisamente. Tenía un sueldo suculento.

–¿Algún seguro? –preguntó Margit.

–Un seguro de vida. Y una pensión considerable. La viuda y los niños no se iban a morir de hambre.

–De todos modos, la esposa podría haberlo matado por dinero –dijo Kalle–. Se cansó de sus aventuras y decidió acabar con él.

Carina parecía escéptica.

–Todos los socios del bufete tienen las mismas condiciones para sus pensiones. Lo he comprobado.

–¿Ningún seguro firmado recientemente? –preguntó Margit.

–No, mantiene las mismas condiciones desde hace años. Todo a través del bufete de abogados.

–Entonces, ella podría haberse divorciado en vez de matarlo –constató Margit–. De todos modos, habría conseguido un montón de dinero.

–Solo hay una cosa que parece un poco extraña –dijo Carina.

–¿Qué? –preguntó el Viejo.

–No entiendo cómo podía permitirse un velero tan grande.

–¿El barco? –preguntó Margit.

–Era nuevo, ¿no?

–Sí –respondió Margit.

–No hay ninguna hipoteca. Y cuesta una fortuna. ¿De dónde sacó ese dinero?

–Ya tenía otro barco de competición antes. Lo vendería bien –dijo Thomas.

–¿Por doce millones? –preguntó Carina.

–¿Está Margit? –preguntó Thomas al tiempo que abría la puerta. Llevaba una cazadora de cuero. El verano se había vuelto a mostrar caprichoso. Estaba lloviznando. Según los meteorólogos, las nubes se dispersarían a lo largo de la noche.

–Margit –la llamó–. Sal un momento.

Margit asomó la cabeza por la puerta y lo miró desconcertada. Tenía el pelo aún más alborotado que de costumbre.

–¿Qué pasa? –preguntó–. ¿Por qué gritas de esa manera? –Bostezó y se acercó a la máquina de café para tomarse otra taza más de café con aspecto de hollín negro.

–Mira –dijo Thomas, y rompió después el sobre acolchado de color amarillo con el logotipo de la SVT, la Televisión Pública Sueca. Sacó un DVD y lo sostuvo en la mano.

–¿Qué es?

–La grabación que hizo la televisión el día que asesinaron a Juliander. Kalle ha llamado varias veces para que nos la enviaran. Siempre se excusaban, echándole la culpa a un sustituto que se había olvidado de hacerlo. Me he presentado allí y la he traído. Ven, vamos a verla.

Se dirigieron a una de las salas de conferencias equipada con televisor y reproductor de DVD. Thomas introdujo el DVD y agarró el mando a distancia antes de llamar a gritos a los demás desde el pasillo. Kalle aún no había vuelto del almuerzo, pero Erik y Carina se encaminaron inmediatamente a la sala y se sentaron cada uno en una silla.

Un barrido panorámico del mar espumoso llenó la pantalla. Thomas recordó el momento. El tiempo era estupendo. El mar se había llenado de barcos a la espera de que sonara el pistoletazo de salida. Hacía un día perfecto para la famosa regata.

La grabación continuaba con una larga serie de primeros planos de los veleros más grandes. Todos empezarían al mismo tiempo, a las doce del mediodía.

De repente, el equipo de televisión enfocó al *Emerald Gin* y vieron con toda claridad a Oscar Juliander, con una amplia sonrisa, al mando de su elegante Swan. Junto a él, Thomas pudo ver a Fredrik Winbergh, con la mirada fija en sus rivales.

Thomas observó que Winbergh estaba un poco por detrás de Juliander, justo como él mismo lo había descrito en el interrogatorio.

–Es una sensación rara ver a un hombre que está a punto de morir –murmuró Carina.

El helicóptero se elevó y la cámara se distanció, enseguida apareció toda la zona

de salida. Una nube de humo se dibujaba en el cielo.

–Debe de ser el disparo que anuncia que faltan cinco minutos –dijo Thomas como para sí mismo.

–¿Qué has dicho? –preguntó Margit.

–El disparo de los cinco minutos. Se lanzan dos disparos de aviso desde el barco que da la salida, uno diez minutos y otro cinco minutos antes del comienzo. Para que todos los participantes tengan tiempo de posicionarse. Además, también se retransmite la cuenta atrás por la radio.

Siguieron viendo la grabación, en la que se sucedían los barcos. Thomas miraba el reloj, ya habían pasado casi cinco minutos; después se oyó el sonido débil del penúltimo disparo. Inmediatamente debería sonar el pistoletazo de salida.

Parecía que el helicóptero volaba ahora más cerca de la línea de salida, y era fácil identificar a todos los participantes. Habían formado una línea longitudinal que se extendía entre las dos banderas de color naranja. Se podía ver claramente al *Emerald Gin* próximo a barlovento.

De repente, a Thomas le pareció distinguir cómo Oscar Juliander se estremecía y caía al suelo. ¿O eran solo figuraciones suyas?

–¿Lo habéis visto? –preguntó Erik, alterado–. ¿Habéis visto cuando le disparan? Esto no lo enseñaron en las noticias.

–Hay algo que se llama respeto a la familia –dijo Margit–. ¿Has oído hablar de ello?

Erik no contestó y bajó la mirada.

Thomas se acercó un poco al televisor y estudió la escena que estaban reproduciendo. Mientras el resto de los participantes continuaron hacia delante, el *Emerald Gin* dejó de navegar después de un minuto. Viró y se quedó parado. Después la cámara hizo un giro y siguió a los demás participantes rumbo al faro.

Thomas dirigió el mando a distancia hacia el reproductor de DVD y pulsó el botón de rebobinado. Cuando la grabación se puso en marcha de nuevo, pudieron volver a ver cómo se acercaban todos a la línea de salida.

Thomas miraba fijamente la pantalla.

Lo que se estaba reproduciendo delante de sus ojos mostraba no solo los barcos que competían, sino también una buena parte de la zona reservada a los espectadores. Identificó sin dificultad el Storebro de los Bjärring. Unos veinte barcos más se encontraban cerca. Para mayor seguridad, rebobinó y volvió a ver la escena una vez más.

–Tenemos que conseguir estas imágenes aumentadas correctamente –dijo, señalando el televisor.

–Después podremos compararlas con las explicaciones de Fredrik Winbergh sobre

la procedencia del disparo. Sachsen, del Departamento de Medicina Legal, dijo que la bala le había impactado en el lado derecho del pecho y había penetrado hacia arriba de forma oblicua. Eso también nos da una idea de la dirección.

En su rostro se dibujó un gesto de decisión.

—¡Ahora vamos a completar el puzle! —afirmó—. Vamos a identificar al bastardo que disparó a Juliander.

—¿Estás dormido? —le susurró con dulzura Nora a Henrik.

Eran las once y media de la noche y el matrimonio acababa de hacer el amor. Un encuentro intenso entre dos cuerpos que se conocían bien y, sin embargo, aún sentían renacer el deseo. Por primera vez en mucho tiempo, ella realmente se había dejado llevar, sin contenerse.

Nora se sentía aliviada. Una sensación de placer y sueño se había apoderado de ella, sabía que se iba a dormir pronto. Pero era muy agradable estar acostada en la oscuridad y prolongar el momento antes de caer dormida.

Henrik ya estaba dormido. Nora oyó su suave respiración a su lado.

Por la tarde habían tomado su *Snurran* y habían salido hasta Falkenskär, a diez minutos de Sandhamn, para cenar allí. Nora había preparado una cesta con minipizzas caseras para los niños y fajitas de pollo asado, queso de Västerbotten y un poco de salsa picante para Henrik y para ella. Junto con una ensalada y una buena botella de vino rosado, se había convertido en una auténtica comida de verano. Para el postre había llevado un kilo de frambuesas y un poco de chocolate negro.

Se sentaron en las cálidas rocas lisas mientras comían. Al norte se vislumbraba la silueta de Sandhamn. Todo estaba tan en calma que no se movían ni las cañas de la orilla. Solo se oía el suave chapoteo de las olas contra las rocas en la cálida tarde.

Cuando empezó a oscurecer, encendieron unas velas que brillaban hacia el cielo oscuro. Las llamas hicieron resplandecer los restos de esquistos de las rocas, que parecían estrellas diminutas esparcidas sobre la piedra oscura.

En la penumbra, Henrik le pasó el brazo alrededor de los hombros y ella se relajó y disfrutó del momento. Hacía tiempo que no se había sentido tan relajada con su marido. Apoyó la cabeza en su hombro y sintió que una cálida ola de cariño se adueñaba de ella.

Después de la conversación con Thomas, había tomado una decisión. Iba a alquilar Villa Brandska un par de años. A alguien que pudiera comprometerse a cuidar y mantener un poco la casa. De esa manera, ella conseguiría un respiro antes de tener que decidir sobre su futuro.

Si Henrik insistía en que se mudaran, siempre podían hipotecar la propiedad. Ese era uno de los pocos beneficios que el banco ofrecía a sus empleados, préstamos en gran medida subvencionados.

Nora sonrió satisfecha para sus adentros en la oscuridad del dormitorio. Se acabaron los remordimientos por no hacerse cargo de la herencia de la tía Signe. Se acabó el sentirse culpable ante Henrik.

Aquella solución debería ser aceptable incluso para su insufrible suegra.

Con un suspiro de satisfacción, se acurrucó al lado de Henrik. Pronto dormía como una niña.

–*¡Ahora vamos a brindar por los recién prometidos!* –exclamó su padre, y llenó las copas de los caballeros con coñac. Después, sacó un Cohiba, su puro favorito, y gesticuló con él.

Él vio con el rabillo del ojo que su madre hizo una pequeña mueca discreta. A ella no le gustaba el olor que a la mañana habría en todo el piso, pero ni se le ocurriría hablar del tema con su marido.

La futura esposa estaba en un rincón junto con las orgullosas madres, y hablaban de la que ya se consideraba como una de las bodas más sonadas de la temporada. Cuando advirtió que él la estaba observando, le sonrió con coquetería. ¿Eran imaginaciones suyas, o vislumbró un atisbo de posesión?

Su padre se acercó a él.

–*Recuerda mis palabras, es un partido excelente. No solo es una chica encantadora, también pertenece a una gran familia. Ella aportará una dote respetable, ya lo hemos hablado. Y después, con el tiempo, habrá más.* –Su padre rio satisfecho.

En su interior, él sabía que había cometido un terrible error. Pero ya no tenía salida. Era demasiado tarde.

Apenas entendía cómo había acabado allí. Todo había comenzado de una manera inocente. Eran un grupo de amigos que iban juntos a las fiestas. Él derrochaba una elegancia que atraía a las mujeres, y era muy popular como acompañante. Ella era la hermana pequeña de uno de sus compañeros de clase y se pegó un poco a ellos. De alguna manera, siempre aparecía allí donde estaba él y una cosa llevó a la otra. No era especialmente remilgada; al contrario, más bien fue ella quien tomó la iniciativa.

Una tarde habían estado en casa de ella. Sus padres estaban de viaje y la criada tenía el día libre. Ella lo miró con sus ojos azules.

–*Ahora tenemos que casarnos* –dijo–. *No podemos seguir ocultándonos por más tiempo, imagínate si nos descubren. Mis padres nunca me lo perdonarían.*

Le pilló totalmente por sorpresa.

Matrimonio. Ni siquiera había pensado en eso. Ellos eran muy diferentes. Y muy jóvenes. Ella pertenecía a una familia acaudalada, pero no era la esposa que él había imaginado. Era una chica guapa y mimada que ahora quería casarse con él.

No supo cómo salir de aquella situación. Y antes de que pudiera reaccionar, habían anunciado públicamente su compromiso. Los padres, tanto los suyos como los de ella, estaban encantados. Su padre le dio la mano y lo felicitó. Su madre lloró un poco. Hacían una pareja encantadora.

–*¿En qué estás pensando?*

Su prometida se acercó con una sonrisa seductora. Era la mujer más bonita de la sala, sin duda. Él le devolvió la sonrisa.

–En ti, por supuesto –respondió, desarmándola–. En lo afortunado que he sido por poderte conquistar.

Martes, segunda semana

Las imágenes ampliadas de la grabación de televisión estaban esparcidas sobre la mesa de la sala de reuniones. Habían tenido que esperar veinticuatro horas para tenerlas, pero Thomas pensó que había merecido la pena.

Con cierto esfuerzo, había dibujado las coordenadas de longitud y latitud y había copiado las marcas que Fredrik Winbergh había hecho en la carta náutica.

Margit y él estaban ahora analizando los resultados. La idea no era tan mala. Era muy probable que pudieran identificar a los barcos que se encontraban dentro de la trayectoria del disparo.

–Esto se ve muy bien –dijo Margit–. ¿Has ido a un curso de dibujo?

Thomas sonrió ligeramente, sin interrumpir el examen de la fotografía grande.

–Si esto es correcto, puedo contar hasta veintiocho barcos que se encontraban dentro de la zona sospechosa. Incluido el Storebro de Bjärring que ya conocemos –dijo.

–¿Te refieres al triángulo áureo?

–Mira, aquí –dijo Thomas–. En el caso de que ampliásemos el área, para mayor seguridad, tenemos que controlar otros siete barcos más. Parece un número manejable.

Margit se inclinó hacia delante y estudió la imagen fija. Alrededor de la zona de salida se extendía el mar. La isla más cercana se veía a lo lejos.

–¿Qué posibilidad hay de matar a alguien sentado en los bancos de un barco? –preguntó pensativa, con los ojos aún fijos en la fotografía.

Alargó el brazo para tomar una lupa y miró los barcos uno por uno.

–¿Qué quieres decir?

Margit señaló un yate que tenía la cabina de mandos acristalada, en el que se podía distinguir a algunas personas sentadas en la popa.

Thomas se dio cuenta de lo que estaba pensando.

–Muy pequeña, creo yo.

Lentamente fue dando la vuelta alrededor de la mesa para mirar desde otro ángulo diferente.

–Si uno va a disparar a alguien en mar abierto y no quiere que lo descubran, elegirá más bien un barco con una cabina de protección.

Margit dejó la lupa y señaló ocho de los barcos más pequeños en la fotografía.

–Si la respuesta a mi pregunta es esa, entonces podemos empezar a descartar de la investigación las lanchas pequeñas y los yates con la cabina acristalada.

La lógica del razonamiento de Margit era irrefutable.

Thomas rodeó la mesa para volver a mirar desde donde estaba Margit.

–Eso significa que, si teníamos treinta y cinco barcos al principio, nos quedan unos veintisiete.

–Veintisiete barcos. ¿Cómo vamos a identificarlos?

–Continuando con lo que estamos haciendo ahora. Tratar de identificar las características. Buscar cualquier elemento que lo identifique.

Thomas acercó la lupa a uno de los puntos más pequeños.

–Aquí puedes ver, de hecho, la marca del casco. Tendremos que anotar todas las características que encontremos y luego tratar de rastrear cada uno de ellos lo mejor que podamos.

Tomó un rotulador y marcó cada barco con una letra.

–Así –explicó–. De uno en uno.

–Llevará días, tal vez semanas, localizarlos.

–Sí, tendremos que ayudarnos entre nosotros. A no ser que se te ocurra una idea mejor.

Todo indicaba que el autor había disparado desde otro barco. En la inspección técnica del Swan no habían encontrado ningún rastro de que se hubieran efectuado disparos a bordo, lo cual apoyaba su hipótesis. Y teniendo en cuenta el ángulo de tiro, había que buscar al asesino en uno de los barcos de los espectadores. Uno de los que se veían en la ampliación.

Pero ¿cuál?

Margit tomó lápiz y papel y empezó a hacer una lista que coincidía con el orden alfabético de Thomas.

–Por cierto, conseguí hablar con Winbergh –dijo Margit.

–¿Sabía algo de la venta del barco?

–Me dijo que el viejo barco de Juliander no puede haber valido más de tres o cuatro millones. Además, solo era dueño de la mitad. Lo compartía con otro socio del club.

–Por lo tanto, no tenía dinero suficiente para comprar un barco nuevo.

–Exacto.

–En ese caso, ¿de dónde sacó el dinero? ¿Lo sabía Winbergh?

–No.

–Tenemos que investigarlo más a fondo.

Por la mañana habían recibido una llamada de Monica Linde.

Cuando comprendió que Henrik había discutido una vez más la venta de Villa

Brandska con su madre, explotó.

—¿Has vuelto a hablar con tu madre de la casa de Signe? —gritó—. No tiene por qué meter las narices en lo que hacemos, ¿me oyes? No es de su incumbencia.

Estaban en el piso de arriba, a la puerta del cuarto de baño.

Al principio, Henrik se mostró más que nada sorprendido.

—Cálmate, tampoco es para tanto, ¿no?

—¿No puede tu madre, por una vez, dejar de meterse en nuestra vida? No la soporto.

—Basta ya, Nora. No te vuelvas histérica ahora.

—No soy una histérica. Solo estoy hasta las narices de que siempre tenga que opinar acerca de lo que hacemos o dejamos de hacer.

Entonces se enfadó Henrik.

—Como si tus padres no se metieran. Se pasan el día entrando y saliendo de aquí. Vivimos a doscientos metros de ellos.

—Hay una diferencia. Ellos no lo hacen de la misma manera.

—¿Así que hay una manera que está permitida y otra que no?

—No era eso lo que quería decir.

—No, querías decir que lo que hacen mis padres está mal y lo que hacen los tuyos está bien. Gracias —concluyó en tono mordaz.

Henrik la miró como si fuera una niña de siete años, y Nora no tenía fuerzas para seguir discutiendo. Aunque sabía que tenía razón. Las ganas de discutir fueron reemplazadas por un sentimiento de resignación.

¿Por qué estaba tan ciego con los errores y defectos de su madre? ¿No podía ponerse de su parte ni una sola vez?

Miércoles, segunda semana

El presidente del comité de nombramientos, Anders Bergenkrantz, acababa de abrir la sesión.

Como mandaba la tradición, el presidente saliente era el encargado de dirigir los esfuerzos para encontrar a un nuevo presidente. La reunión en la sede del club, en Saltsjöbaden, se había convocado a toda prisa, pero a nadie le sorprendió recibir la invitación.

Sería una reunión breve, solo había un punto en el orden del día.

–Tenemos que proponer un nuevo candidato a presidente en la reunión anual. – Bergenkrantz se frotó la barbilla, preocupado.

La única mujer presente en la sala lo miró con una expresión casi de lástima. Era una mujer inteligente y con talento, consciente del dilema al que se enfrentaban. Faltaba muy poco tiempo para la reunión anual y eso impedía que pudieran llevar a cabo el proceso normal de nominación. Y el candidato natural, el vicepresidente primero, ya no estaba.

Con su franqueza habitual, algo que en el fondo se apreciaba en el círculo más conservador, fue directa al grano:

–En realidad, solo existe un candidato a tener en cuenta –dijo, y recorrió toda la mesa con la mirada–. El actual presidente dejará el cargo y Oscar ha muerto. Nos queda el vicepresidente segundo. La pregunta hay que hacérsela a Ingmar.

Algunos de los presentes se removieron en sus asientos.

Ingmar no era un claro sucesor de Hans Rosensjö. Era un secretario respetado que llevaba muchos años en el club, pero no tenía madera de líder. Aunque era una persona simpática y sociable, que tenía una extensa red de contactos, carecía de proyectos. Además, estaba probado que era una persona que rehuía los conflictos. No había dado nunca un puñetazo en la mesa. Ni siquiera en su matrimonio.

Pero, en ese momento, no había otras alternativas.

Un discreto sondeo entre algunos de los miembros más veteranos del comité dio como resultado el mismo número de negativas, igualmente discretas. El cargo de presidente exigía mucho tiempo y esfuerzo. Debía prepararse con más de un mes de antelación.

Proponer a un candidato externo, que no formara parte de la junta directiva, era impensable. Iría totalmente en contra de las antiguas tradiciones. A nadie se le ocurriría algo así.

–Yo, personalmente, dudo de que Ingmar sea la persona adecuada, pero, por otro lado, ¿quién si no? –dijo Anders Bergenkrantz–. De todos modos, Ingmar ha formado parte de la junta directiva durante muchos años. Conoce todas nuestras tradiciones y es uno de nosotros.

Mi predecesor no tuvo que manejar nunca este tipo de cuestiones, pensó para sí mismo malhumorado.

La participante femenina dejó oír de nuevo su voz.

–Tengo una propuesta. Creo que deberíamos pedirle a Hans Rosensjöö que permanezca doce meses más como presidente adjunto, sería un apoyo para Ingmar. De esa manera, aseguramos la continuidad al tiempo que solucionamos algunos problemas.

Esa era una solución inteligente, pensó Bergenkrantz con reacia admiración, y, probablemente, lo que requería aquella situación tan singular. Nunca había oído hablar de algo así en la historia del club, pero en ese momento no tenían otra opción.

El resto de los miembros que rodeaban la mesa asintieron. En cualquier caso, nadie se manifestó abiertamente en contra.

–Bueno –resumió Anders Bergenkrantz–. Entonces, estamos de acuerdo. La recomendación del comité de nombramientos será elegir a Ingmar von Hahne como próximo presidente del Real Club de Vela.

En realidad, no sabía muy bien por qué salió al puerto de Bullandö en mitad de la semana. Tal vez, se dejó llevar por el anhelo de las próximas vacaciones. Solo una semana y media más, luego le esperaba un largo viaje en barco por el archipiélago de Estocolmo.

O, quizá, solo fuera el bello atardecer lo que lo llevó al amarre de su querido Omega. Aquel velero era para él una fuente de alegría constante.

Martin Nyrén dejó el coche, como de costumbre, en el gran aparcamiento que había al lado del muelle. Estaba bastante lleno, la mayoría ya estaba fuera con sus barcos.

El muelle del puerto era grande y popular. Eran muchos los que lo elegían por su proximidad a los límites exteriores del archipiélago. Uno salía de manera fácil y rápida a mar abierto, sin tener que perder el tiempo para pasar todas las islas interiores. Sin embargo, ahora mostraba un aspecto desamparado, con postes y plataformas de madera vacíos por todas partes. Junto a los largos embarcaderos flotantes se mecían unos cuantos barcos cuyos propietarios aún no habían salido.

No iba a dar una vuelta muy larga. Solo soltar amarras y salir un par de horas. Disfrutar del tiempo apacible y de un largo atardecer estival antes de que la oscuridad de agosto volviera a dejarse sentir. Había echado en la bolsa una caja de *sushi* que compró al volver de la oficina. También un par de cervezas. Formaban parte del ritual del navegante.

Expectante, dirigió sus pasos hacia el embarcadero donde estaba su Omega bien amarrado entre dos norayes con forma de Y, con la proa en dirección al muelle. Lo había bautizado con el nombre de *Aurora*. No era muy original, quizá, pero a él le gustaba ese nombre y le iba muy bien a un navegante madrugador. La diosa del amanecer, que recordaba los momentos de calma, cuando el archipiélago apenas se había despertado y la suave brisa de la mañana dibujaba pequeñas marcas en la superficie del agua.

En realidad, había pensado en pasar la noche en alguna bahía y volver al día siguiente. Si se levantaba temprano, podría estar en la oficina alrededor de las nueve y media. No estaba tan mal ahora en la época de verano.

Ya desde lejos se dio cuenta de que pasaba algo raro. El ángulo del casco estaba torcido con respecto al muelle y el barco estaba casi atravesado.

Aceleró el paso.

Mientras se acercaba, comprendió que uno de los amarres debía de haberse soltado. La proa golpeaba contra el borde de hormigón y seguramente se habrían hecho marcas feas en el *gelcoat* que recubría el casco.

En silencio, maldijo para sus adentros. Costaría unas decenas de miles de coronas repararlo, aunque el seguro cubriera una parte. Además, estaba seguro de que había amarrado bien el barco el domingo por la noche.

Después se quedó paralizado, sin poder asimilar realmente lo que estaba viendo.

Toda la proa de la embarcación estaba pintarrajeada con pintura negra, parecía obra de un loco en posesión de un bote de aerosol negro. También había algo escrito en uno de los laterales. Pudo distinguir la letra B, pero la pintura negra cubría el resto, como si en un ataque de furia hubieran vaciado todo el contenido del bote.

No pudo evitar que se le saltaran las lágrimas al ver el destrozo.

El bello casco blanco estaba embadurnado de pintura negra. Las rayas oscuras cruzaban furiosamente la cubierta de madera.

Se dejó caer de rodillas y tocó la pintura seca. Parecían manchas de excrementos.

Al cabo de unos minutos se levantó y empezó a caminar hacia la oficina del puerto. Tenía que denunciar lo que había sucedido, preguntar si alguien sabía quién estaba detrás de aquello.

Si se trataba de una gamberrada, no tenía la menor gracia.

Jueves, segunda semana

Su mirada se volvió hacia la pantalla del ordenador sin que ella pudiera evitarlo. Detestaba cada sílaba de aquel texto hiriente, pero no podía dejar de leerlo.

Reconoce tu vileza, puta asquerosa. El juego ha terminado. No pienses que Oscar te amaba, solo jugaba contigo, como con todas las demás mujeres. No eras más que una de tantas. Ahora pagarás por tu crimen.

Aquellas palabras la desgarraban y hacían que le temblara todo el cuerpo. Diana Söder leyó despacio el mensaje una vez más. Después los ojos se le llenaron de lágrimas y el miedo se adueñó de ella.

¿De dónde venía aquel horrible correo electrónico? ¿Cómo habían conseguido su dirección de correo? Y ¿cómo podía el remitente saber tanto de su relación con Oscar? Se hundió en la silla y apoyó la cabeza contra el protector del escritorio. Estaba sola en la galería.

Ella no había tenido malas intenciones cuando empezó a encontrarse con Oscar. Él le había asegurado que su matrimonio estaba acabado. Sylvia y él estaban a la espera de que los hijos terminaran sus estudios, luego pensaban divorciarse de mutuo acuerdo.

Oscar se lo había repetido una y otra vez.

Ella había confiado en él. Había creído sus palabras. ¿Por qué no?

Nunca había estado tan enamorada de nadie como de Oscar. Era el amor de su vida. Y él se había portado de maravilla con su hijo. Habían sido como una pequeña familia y ella había empezado a soñar con tener otro hijo. Un hijo común. Diana aún no había cumplido los cuarenta, no era demasiado tarde.

Se había imaginado que vivirían juntos muchos años. Envejecerían juntos. Tan pronto como él se hubiera divorciado. Solo necesitaba tener un poco de paciencia. Estar dispuesta a esperar.

Hubiera podido esperarlo de por vida. El tiempo que había pasado con Oscar había sido el más feliz de su vida.

Con un gesto impetuoso, se incorporó y eliminó aquel horrible mensaje. Para mayor seguridad, entró en la carpeta de elementos eliminados del ordenador y vació la carpeta. Después se obligó a sí misma a no pensar más en las acusaciones.

Cerró los ojos y trató de pensar en otra cosa, en algo que la hiciera feliz.

Pero la imagen de Oscar apareció inmediatamente en su retina. Con un nudo en la garganta, tomó un sorbo de agua para calmarse. Lanzó una última mirada a la pantalla del ordenador, que acababa de apagar.

Seguramente no serían más que puras fantasías de alguien que quería gastarle una broma. Alguien con un sentido del humor perverso.

Eso sería. Eso tenía que ser.

–¿Cuánto tiempo llevamos aquí? –preguntó Margit, al tiempo que se frotaba los ojos.

Eran casi las ocho de la tarde. Estaban en la sala de reuniones, donde habían pegado sobre la mesa con cinta adhesiva la ampliación de la imagen de la zona de salida para verla mejor. Una breve interrupción para ir a buscar algo de comer era la única pausa que se habían permitido desde el almuerzo.

Margit miró con repugnancia los restos que había en la papelera.

–No parece exactamente la dieta del índice glucémico –murmuró.

Thomas levantó la vista de la lupa.

–Tal vez es hora de irse –dijo, frotándose la nuca–. Ya ni veo.

Estudió la lista donde había notado todas las características. Habían examinado la fotografía una y otra vez, desde todos los ángulos posibles e imposibles, pero quedaban demasiados barcos por identificar.

A medida que iban teniendo detalles suficientes para seguir investigando, le pasaban las descripciones a Kalle. Su tarea consistía en compararlos con tipos de barcos conocidos y llamar después a las compañías de seguros para buscar información sobre los posibles propietarios. Para ayudarle, habían pedido personal extra que se turnaba para llamar por teléfono y buscar información en la red.

Una forma de buscar información, en lugar de ir puerta a puerta, pero desesperadamente lenta y engorrosa.

Thomas pensaba que la información que pudieran conseguir les sería útil. Pero no fue fácil. Por un segundo, se preguntó si aquella vía sería factible, pero ¿tenían otra alternativa?

Debían encontrar el barco desde el que el asesino había disparado la bala.

Viernes, segunda semana

Era viernes por la tarde, y el grupo pronto se iría de fin de semana.

La necesidad que tenían de recuperar fuerzas era grande. Las caras de todos los presentes en torno a la mesa parecían cansadas y ojerosas, y la irritación estaba a flor de piel. El trabajo arduo de los últimos días para identificar y buscar los barcos de los espectadores había minado sus fuerzas.

Ya habían pasado doce días desde el asesinato de Juliander.

Una vez más, Carina había comprado unos bollos para la reunión. Estaban en un plato encima de la mesa. Una manera agradable de proporcionar energía a sus colegas. Ella era la única en la sala que parecía contenta con su vida. Se la veía satisfecha, a pesar del ambiente de cansancio. Se sentó y empezó a tararear para sí misma sin dejarse contagiar por las caras sombrías de los demás.

El Viejo se sentó en el extremo de la mesa. También él parecía afectado por la falta de avances en la investigación. Tenía un gesto hosco y los labios apretados.

–Vamos a empezar. Primero echaremos un vistazo a la economía de Juliander.

Se volvió hacia su hija.

–¿Has encontrado algo que explique cómo pudo comprar el Swan?

–No he encontrado beneficios de sus acciones –contestó Carina–. Sin embargo, sí he encontrado otra cosa que es muy interesante, algo que realmente merece la pena analizar más a fondo.

Se quedó en silencio, como si buscara crear suspense, y empezó a hojear sus papeles.

–Vamos, Carina –dijo Erik–. ¿A qué te refieres?

Carina le sonrió, con las cejas levantadas con gesto interrogante. Se tomó unos segundos más para aumentar la tensión y asegurarse de que había captado la atención del cansado grupo.

Después, ya no pudo contenerse más.

–He revisado la cartera de Juliander. A fondo. Nos la envió la Unidad de Medicina Forense esta semana. Y encontré una tarjeta de crédito.

–Bueno –dijo el Viejo–. Todo el mundo tiene tarjetas de crédito.

–No como esta. Se trata de una tarjeta platino personal de un banco de Liechtenstein, el Vaduz.

–Liechtenstein, ¿dónde está? –preguntó Kalle.

–A una hora y media en coche de Zúrich –dijo Margit–. Es un paraíso fiscal. Está en la lista negra de la OCDE.

–¿Por qué? –preguntó Kalle.

–Porque allí se blanquea dinero. No colaboran con la Policía ni con las autoridades fiscales de otros países.

–¿Y qué pinta en todo esto la tarjeta platino? –dijo Erik–. Por cierto, ¿qué es una tarjeta platino?

Carina sonrió con indulgencia ante la pregunta y miró de reojo a Thomas.

–Se trata de una tarjeta especial sin límite de crédito. Con ella puedes comprar lo que quieras.

–Una de esas me gustaría tener a mí –dijo Kalle con gesto entusiasmado.

–A mí también –replicó Carina en tono anhelante.

–Cuéntanos lo de la tarjeta de crédito –la apremió Thomas.

Carina levantó una fotocopia ampliada de una tarjeta de crédito gris.

–Las tarjetas las suele enviar el banco y se asocian a una cuenta desde la que se realizan los pagos, si son de débito, o bien te lo cargan a través de una factura mensual. Nada extraño.

–Sí, sí –dijo Erik–. Todos sabemos cómo funciona una tarjeta.

–Espero –respondió Carina–. Déjame terminar de explicarlo. Con una tarjeta sueca de crédito o de débito, el banco debe informar todos los años a las autoridades fiscales del saldo de ingresos y deudas. Después, ese saldo aparece en el formulario de la declaración de la renta.

–Pero has dicho que la tarjeta de crédito de Juliander no era de un banco sueco –comentó Thomas.

–Exacto –dijo Carina, que resplandecía como un sol. Las horas de búsqueda en la red le estaban dando resultados. Se sentía una policía competente.

La frialdad de Thomas durante las últimas semanas la había hecho sentirse insegura. Pero se había tragado la rabia y decidió demostrarle de lo que era capaz. Le iba a impresionar mediante un trabajo policial serio, para que él la mirara con los mismos ojos de admiración que el verano pasado.

Ella estaba tan enamorada de él que le dolía todo el cuerpo y lo echaba de menos todo el tiempo. Durante un año entero había aceptado guardar silencio en el trabajo acerca de su relación. Pero no estaba dispuesta a que la dejara en secreto.

Ella no estaba dispuesta a cortar con él y dejarlo, de ninguna de las maneras.

–Ahí está el asunto –dijo, y miró a su alrededor–. Si alguien utiliza una tarjeta de crédito extranjera, entonces es que también tiene una cuenta en un banco extranjero. En este caso concreto, en un país fuera de la UE, que no facilita información sobre las cuentas de los ciudadanos suecos.

–Por lo tanto, estamos hablando de dinero negro –comentó Margit, y se inclinó hacia delante con interés. Apoyó la barbilla en las manos y reflexionó–. ¿De dinero en el extranjero no declarado en Suecia?

Carina asintió con entusiasmo.

–Si era inteligente, y seguro que lo era, probablemente con la tarjeta solo sacaba efectivo –continuó–. De esa manera, ni siquiera se pueden ver las compras que ha realizado. Son casi imposibles de rastrear.

–Así que ahora sabemos dónde escondía sus dineros el abogado –dijo Thomas–. ¿Pudo comprar su lujoso barco nuevo con la tarjeta?

–No es imposible –contestó Carina sonriendo. Como premio recibió una cálida sonrisa de vuelta.

–Esto es muy interesante –dijo Margit con vehemencia–. Buen trabajo policial, Carina.

–Sí, muy buen trabajo –añadió Thomas.

Carina sonrió más todavía.

–¿Cómo seguimos con esto? –preguntó el Viejo–. ¿Cómo podemos enterarnos de qué cifras se trata?

–Y de dónde vienen –dijo Margit.

–Yo lo sé –dijo Thomas–. Sé exactamente con quien tenemos que hablar.

Estaban fuera del pequeño quiosco que había en medio del paseo de Sandhamn. Nora acababa de comprar dos grandes helados de cucurucho a Simon y Adam, con tres bolas cada uno. Simon había elegido chocolate, fresa y vainilla. Adam, que era más atrevido, arándanos, melón y crocanti.

En la parte superior, la chica que atendía el quiosco les había colocado una frambuesa de gelatina de un color rosa intenso. Parecía tan apetitoso que Nora volvió a sacar la cartera y se compró un cucurucho pequeño para ella, a pesar de que como diabética debería evitarlo.

Ya eran las cinco de la tarde, por lo que cenarían tarde. Otra vez. Como solía ocurrir tan a menudo en Sandhamn en el verano.

Con las manos ocupadas, bajaron y se sentaron en uno de los bancos del muelle, donde los barcos estaban amarrados muy juntos los unos a los otros, a lo largo del extenso muelle longitudinal; los turistas paseaban de un lado para otro contemplándolos. Henrik se había comprado un periódico vespertino y se había sumido inmediatamente en la lectura.

A Simon nada más sentarse se le cayó la frambuesa en la arena. A punto estuvo de ponerse a llorar, pero Nora lo consoló diciéndole que seguro que le darían otra. Volvió al quiosco y, efectivamente, le pusieron otra frambuesa en el helado.

Simon, radiante de alegría, le dio un gran abrazo a su madre.

–¡Eres la mamá más buena del mundo! –exclamó.

Movido por la alegría, le tendió el cucurucho y se lo ofreció para que lo probara. Nora declinó el ofrecimiento con un gesto, y le sonrió.

–Tengo el mío, cariño. Pero, gracias, de todos modos.

Justo en ese momento le sonó el móvil.

Con el helado en una mano, intentó sacar con la otra el móvil del bolsillo de sus pantalones cortos de color rojo. Lo consiguió y vio el nombre de Thomas en la pantalla.

–Hola, hola –saludó con una gran sonrisa–. ¿Cómo te va en la ciudad? ¿Cómo va la investigación?

–Lenta –contestó Thomas–. Demasiado lenta.

Nora pasó la lengua por el helado derretido a una velocidad increíble. Una gota grande de helado de chocolate acabó en sus pantalones cortos, a pesar de sus esfuerzos. Típico.

–¿Vas a venir este fin de semana? –preguntó.

–Sí. Me pregunto si podrías ayudarme con una cosa.

–Claro, ¿de qué se trata?

–Necesito un poco de información acerca de la normativa sobre el secreto bancario. En concreto en Liechtenstein.

–¿Liechtenstein? –preguntó Nora, y soltó una carcajada–. ¿Piensas dedicarte al blanqueo de dinero?

–No exactamente. –La voz de Thomas era seria–. ¿Podrías ayudarme a buscar información? Necesito saber más acerca de los bancos de ese país. ¿Podemos quedar un rato el domingo para hablar de ello?

–¿El domingo? –Nora pensó un segundo–. Un momento –dijo mientras se volvía hacia Henrik, que estaba concentrado en el suplemento de deportes–. ¿Qué vamos a hacer pasado mañana? –le preguntó en voz baja y aprovechó para darle otro lametazo a su helado.

–Nada especial –contestó él sin levantar la mirada de las páginas rosadas.

–Thomas pregunta si puedo ayudarle con una cosa. ¿Te parece bien? ¿No vas a salir a navegar?

Henrik negó con la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados por el sol de la tarde.

–No.

Él volvió al suplemento deportivo sin añadir nada más.

Nora se acercó de nuevo el móvil a la oreja.

–El domingo va bien.

–Entonces, quedamos en eso. ¿Quieres venir a Harö o prefieres que vaya yo a Sandhamn?

–Seguramente es más fácil que vengas tú aquí. Así no tengo que cruzar la bahía con el ordenador. ¿A qué hora?

–¿Qué te parece a las tres?

–Bien. Hasta entonces.

Nora apagó el móvil y lo guardó, pensativa, en el bolsillo.

Liechtenstein. Un nombre asociado al dinero negro. ¿Qué podría tener que ver con el asesinato de Oscar Juliander?

Miró su helado, que se había convertido en un charco viscoso dentro del papel que envolvía el cucurucho. Al menos no le había caído en los pantalones. Pensó agradecida en la lavadora, la mejor amiga de los padres con hijos pequeños. Aún podía recordar que su madre había tenido que lavar junto al muelle cuando ella era pequeña y no había lavadoras a las que recurrir. Hasta los años sesenta no se construyó un lavadero público en el puerto, donde las mujeres podían ir a lavar.

Miró su ropa de nuevo y suspiró. No podía hacer más que ir directamente a casa y

cambiarse de ropa.

Sábado, segunda semana

Nada más llegar a la fiesta con barbacoa, Martin Nyrén se dio cuenta de que había sido un error ir. En realidad, lo supo desde el primer momento, pero no se pudo resistir. Era una de las pocas oportunidades que tenía de ver a Indi durante el largo mes de julio. Además, habría despertado cierta extrañeza que hubiera excusado su asistencia.

Esas semanas de vacaciones estivales lo atormentaban. En la ciudad era mucho más fácil verse sin despertar sospechas. Solo tenían que poner como excusa alguna reunión tardía, o algo que hubiera surgido en el trabajo, para poder escaparse. Pero ahora no había ninguna excusa de la que pudieran echar mano. Solo una espera interminable hasta que acabara el verano.

Se quedó de pie y se fijó en la escena que tenía delante. Habían levantado una carpa grande de fiesta delante de la casa. A través de sus aberturas pudo ver una mesa larga con manteles a cuadros. Había dos enormes altavoces instalados también dentro de la carpa, para la discoteca de después.

En una esquina del césped se disponían dos grandes parrillas. Detrás de ellas, dos hombres con gorros y delantales blancos de cocinero. Al parecer, iban a servir cordero asado, porque algo parecido giraba lentamente sobre las brasas.

A Martin le gustaba el cordero, sobre todo asado a la parrilla. Aunque el que se sirviera buena comida era un flaco consuelo. Sintió que se iba adueñando de él la desgana. Resistió, no sin esfuerzo, el impulso de largarse de allí.

Los últimos días habían sido insoportables. El asesinato de Oscar seguía aún sin resolver y el vandalismo sufrido en su Omega pesaba sobre él. Además, seguía teniendo de vez en cuando la desagradable sensación de que alguien lo observaba.

El césped estaba lleno de gente que sonreía con una copa en la mano. Habían levantado un bar provisional en el centro y una chica guapa servía bebidas a quienes quisieran tomar algo. Martin se dirigió hacia ella. La chica le sirvió generosamente un líquido de color rosa de un gran bol de cristal en el que flotaban alrededor trozos de naranja y cubitos de hielo.

—Sangría —dijo sonriente, y le dio el vaso bien lleno—. El tema de la fiesta de esta noche es España. Aquí tiene.

Él aceptó agradecido el vaso y bebió un buen trago. Estaba realmente buena. No como el agua sucia que daban en los vuelos charter a España, esta estaba fuerte y

tenía sabor. Entendía por qué algunas personas eran tan aficionadas a aquella bebida. Tomó otro sorbo y trató de encontrar una chispa de ganas de fiesta en su interior.

Con el vaso en la mano, siguió observando el escenario de la fiesta. A su izquierda estaba la casa de verano de la pareja anfitriona, un edificio moderno pintado de blanco con hermosas vistas. A lo largo de la fachada sur había una amplia veranda en la que había espacio tanto para la zona de comedor como para las tumbonas.

Pudo imaginarse realmente cómo pasaban los anfitriones los días de descanso estival en la veranda de madera, rodeada por una barandilla blanca con tablas cruzadas. Recordaba un poco a las banderas de señalización que se usaban en el mar. A ambos lados del terreno había pinos altos que los protegían de las miradas de extraños, y más allá, al lado del camino, un enorme seto de lilas cumplía la misma función.

Abajo, en el embarcadero, vio una moto acuática. Martin Nyrén siempre había detestado esos monstruos de la velocidad. En el fondo deseaba volver a los tiempos en que estaban prohibidas. Hacían un ruido infernal y, en realidad, no servían para nada. No eran más que juguetes caros para gente que no tenía nada mejor que hacer con su dinero.

Pero ya podía uno imaginarse quién de la familia usaba la moto. Sería algo natural cuando se tenían hijos casi adultos. Era difícil resistir ante su insistencia.

En el embarcadero vio también un pequeño bote calafateado, que contrastaba con la moto acuática. Martin podía imaginarse la sensación de paz que proporcionaría remar en el bote en un día tranquilo y dejar que el barco se meciera en la superficie del agua.

En la esquina más alejada de la carpa pudo ver a un grupo del Real Club de Vela de Sandhamn. Allí estaba Hans Rosensjöo junto con varios miembros de la junta directiva y sus esposas.

Se acercó a saludar. Una vez que estaba allí, no le quedaba más remedio que actuar con elegancia. No podía marcharse así por las buenas. Debía quedarse al menos hasta la cena. Mientras componía con firmeza sus rasgos faciales en un gesto que mostrara espíritu de fiesta, se dirigió hacia sus conocidos.

Tal vez, podría incluso robarle unos minutos a la noche para encontrarse a solas con Indi, pensó. Solo un ratito los dos juntos, para que él pudiera conservarlo en la memoria y vivir con él durante las vacaciones, cuando les era imposible encontrarse a solas. Después del postre, cuando todos se mezclaban con una taza de café en la mano.

De pronto, se sintió de mejor humor.

—Hola, hola —saludó con una amplia sonrisa—. Qué fiesta tan agradable tenemos aquí. ¿Qué tal?

Sonrisas amistosas le devolvieron el saludo.

Un ligero perfume lo alcanzó, una bocanada picante que desapareció tan rápido como llegó. Trató de recordar dónde lo había olido antes y, después de un momento, lo recordó.

En el apartamento, aquella noche que pensó que había habido alguien allí.

Pero cuando trató de recuperar el olor, ya había desaparecido.

Domingo, segunda semana

Thomas acababa de llegar y entró en la cocina de Nora. La casa estaba inusualmente tranquila y silenciosa. Esa misma mañana, Adam se había ido al campamento que organizaba el club de vela en Lökholmen, donde permanecería hasta el sábado siguiente, y Henrik se había llevado a Simon a pescar arenques.

–Supongo que quieres una taza de té –le preguntó Nora sin esperar respuesta, y sacó dos tazas grandes con dibujos–. ¿Qué tipo prefieres, normal o con sabor a vainilla?

Sacó leche del frigorífico y abrió la puerta de la despensa para buscar la miel.

–Earl Grey está bien –contestó Thomas mientras sacaba dos cucharillas del cajón de los cubiertos. En la cocina de Nora se sentía casi como en su propia casa; el resultado de haberse conocido hacía tantos años.

–¿Quieres algo más? –preguntó Nora, y se dirigió a la caja de los bollos, que estaba en un rincón de la luminosa encimera.

Thomas negó con la cabeza.

–Así está bien, gracias. Será suficiente con los bollos. –Se dio unas palmadas en el estómago.

Nora, que pensaba que Thomas seguía teniendo el mismo aspecto que hacía quince años, cuando jugaba al balonmano, puso los ojos en blanco.

Se sentaron cada uno en una silla y Nora sirvió el té humeante.

–Bueno, ¿cómo te han ido las cosas? –preguntó Thomas.

Nora levantó la pantalla de su portátil, que ya estaba conectado a su lado sobre la mesa de la cocina.

–Mira esto –dijo, y señaló un documento en el que había resumido las conclusiones a las que había llegado–. Tú mismo puedes leerlo.

Thomas se inclinó hacia delante para ver mejor.

Nora había descrito con precisión la figura del secreto bancario y lo que significaba. Thomas pudo constatar rápidamente que el concepto era casi tan viejo como los bancos. Lo esencial era que un banco no estaba obligado a revelar ningún tipo de información de sus clientes, ni escrita ni oral. En muchos países eso estaba regulado por las leyes.

Sin embargo, durante los últimos años, el aumento de los delitos fiscales y los casos de terrorismo internacional habían aumentado la presión sobre los paraísos

fiscales. Estados Unidos y la Unión Europea habían ejercido una fuerte presión para conseguir que esos países colaboraran en diferentes investigaciones.

—¿Dónde has encontrado esto?

—En las bases de datos jurídicas. Hay unas cuantas que tratan de legislación internacional y de jurisprudencia en este ámbito.

—¿No me digas?

—Supongo que esto tiene que ver con que Juliander tenía dinero fuera de Suecia — dijo Nora mirando a Thomas.

Él asintió e inclinó ligeramente la cabeza confirmando su conjetura.

—Tienes que mantenerlo en secreto. Es un asunto que no queremos en absoluto que salga a la luz.

—Gracias por la confianza —dijo Nora—. Lo entiendo. Pero si me pides que profundice en temas relacionados con el secreto bancario, es razonable que sepa el motivo.

Bebió un sorbo de té y lo miró expectante.

Thomas no podía más que estar de acuerdo con ella.

Nora abrió otra página en la pantalla y continuó.

—Como ves, Liechtenstein es un auténtico paraíso fiscal. Las autoridades de otros países no tienen ninguna posibilidad de controlar lo que pasa en sus bancos.

—¿No chirría eso a nivel internacional?

—Eso es precisamente lo que ocurre. La Unión Europea, por ejemplo, ha presionado a Suiza y, en estos últimos años, los suizos se han mostrado realmente más dispuestos a colaborar, especialmente cuando se trata de dinero del narcotráfico y de dinero negro.

Thomas examinó el texto que se veía en la pantalla.

—¿Qué se necesita para conseguir información de las cuentas que presumiblemente tenía Juliander?

—Eso es más difícil. Aunque han levantado en cierta medida el secreto, ya te digo, lo hacen principalmente cuando se trata del narcotráfico y de dinero negro. —Hizo una pausa—. Tendrás que explicarme de qué se trata, de lo contrario no puedo ayudarte.

Thomas se sintió incómodo ante la idea de compartir información que hasta ahora no se había comunicado a nadie fuera del equipo de investigación.

Por otra parte, Nora podía aportar unos conocimientos que ninguno de sus compañeros tenía. En la comisaría de Nacka carecían completamente de expertos en esos temas.

—¿No confías en mí? —preguntó Nora. Una pequeña arruga de enfado apareció en su frente—. Si no sé cuál es el problema, no puedo dar ninguna respuesta sensata.

Alargó el brazo hacia la tetera y se sirvió media taza. Le ofreció a Thomas y él

asintió, también quería más té.

—Tienes razón —afirmó—. Te lo voy a explicar.

Él le resumió rápidamente la situación y le explicó cómo habían encontrado la tarjeta de crédito extranjera de Juliander.

Nora escuchó con atención. Cuando Thomas le explicó su hipótesis de que Juliander podría tener dinero oculto en Liech-Liechtenstein, ella pareció preocupada.

—Entonces, tienes un problema.

—¿Por qué?

Nora deslizó el texto hacia arriba para ver la parte inferior de la pantalla.

—Míralo tú mismo. Se requieren sospechas fundadas de delito para que las autoridades colaboren con otros países.

—Las tenemos —protestó Thomas.

—Una tarjeta de crédito extranjera con una cuenta bancaria secreta no es delincuencia para ellos. No les parece que la evasión fiscal sea tan grave. Se considera solo un delito menor, castigado, como máximo, con seis meses de cárcel. No es suficiente para levantar el secreto bancario.

—¿Qué significa eso?

Thomas estaba empezando a preocuparse y Nora le confirmó enseguida sus temores.

—Que va a ser muy difícil conseguir información sobre la tarjeta y la cuenta de Juliander.

—¿Qué se podría hacer entonces?

Nora tomó un sorbo de té mientras pensaba.

—Creo que deberías hablar con un fiscal de la Unidad Central Operativa especializado en blanqueo de capitales. Alguien que tenga experiencia en el trato con las autoridades de Liechten-Liechtenstein.

Thomas hizo una mueca, y Nora examinó la pantalla una vez más sin ver otra salida que la que acababa de darle.

—Hay otra cosa que debes saber —añadió—. Se tarda mucho tiempo en conseguir información de las autoridades de Liechtenstein.

—¿A qué te refieres con mucho tiempo?

—Años. En primer lugar, el Ministerio de Justicia sueco tiene que ponerse en contacto con sus homólogos extranjeros para cursar una solicitud formal.

—¿Y después?

—Después, el Ministerio de Justicia de Liechtenstein se pondrá en contacto con el Gobierno sueco. A continuación, se requiere una orden judicial de su *Landgericht*, que es como nuestros juzgados de primera instancia, para incautarse de la documentación. Decisión que puede ser recurrida en tres instancias.

Thomas lanzó un silbido.

–Además, se requiere una resolución especial para que el juez, llegado el caso, pueda utilizar esa documentación. Lamentablemente, esa resolución también se puede recurrir tres veces.

–Eso es una locura.

Nora sonrió con ironía.

–Pero eso no es todo. Falta lo mejor. Aunque el juzgado consiga esa documentación, se requiere una resolución especial para que dicha documentación se pueda entregar a las autoridades suecas.

Thomas refunfuñó.

–No hace falta que digas nada. Esa resolución también se podrá recurrir tres veces.

Nora asintió.

–Exactamente –dijo–. El asunto puede ser juzgado hasta en nueve instancias antes de que puedan entregar nada a otro país.

–¿Cuánto tiempo lleva eso?

–Tres o cuatro años, supongo.

Thomas empezó a perder toda confianza en el sistema judicial.

–¿Algo más? –preguntó desalentado.

–¿De verdad quieres saberlo?

Él asintió.

–Por lo general, la resolución de entrega también está condicionada. La información no puede ser utilizada por las autoridades fiscales. Así que tienes que vincular tu solicitud con la investigación del asesinato, de lo contrario, no conseguirás la información.

A Thomas le costaba digerir lo que Nora le acababa de contar.

–Bueno –dijo finalmente. Se levantó frustrado y se apoyó en la encimera de la cocina mientras trataba de reflexionar–. Este no parece un camino accesible, si te he entendido bien, así que...

Nora lo interrumpió.

–¿Qué tarjeta de crédito has dicho que tenía?

–Creo que era una MasterCard, o posiblemente una Visa. ¿Por qué?

–Podrías hablar con la filial en Suecia. Es cierto que la tarjeta ha sido emitida en el extranjero, pero, quizá, puedan ayudarte en la oficina de aquí. Al menos, para ver qué flujo de pagos se ha producido.

–Claro. *Follow the money*.

–Naturalmente, cabe hacerse otra pregunta –dijo Nora, pensando en voz alta–. ¿De dónde viene el dinero? Me refiero al de la cuenta bancaria secreta.

–Continúa –dijo Thomas. Esa era exactamente la pregunta a la que se enfrentaban él

y el equipo de investigación.

–Para tener una tarjeta de crédito extranjera tiene que existir una cuenta con un capital invertido o un flujo de ingresos. Ahí está el quid de la cuestión, ¿no?

–Supongo que sí.

–Es poco probable que haya tenido pagos de los clientes en una cuenta extranjera. Y menos en un paraíso fiscal. Un administrador concursal debe presentar su minuta detallada al juez. En menos que canta un gallo se habría filtrado que había utilizado un banco de Liechtenstein.

–Y tampoco parece muy buena idea sacar el dinero legalmente.

Thomas trataba de seguir el razonamiento de Nora.

–No, entonces lo sabría la Agencia Tributaria, y tendría que pagar impuestos por ese dinero.

–Como se sabe, hay personas que sacan el dinero fuera de Suecia escondido en una maleta.

Nora sacudió la cabeza con incredulidad.

–Eso habría significado un riesgo enorme para él si lo descubrían. Lo habrían expulsado inmediatamente del Colegio de Abogados.

–Así pues, la pregunta del millón es de dónde salió el dinero que había detrás de la tarjeta de crédito.

Thomas se sentó de nuevo. El té se había enfriado, pero, de todos modos, apuró la taza.

–La tarjeta no tenía ningún límite –dijo como de pasada.

Nora lanzó un silbido.

–Entonces, tenía que ser una buena suma la que Juliander tenía allí fuera.

Cuando Thomas regresó a Harö reflexionó sobre el misterio de Juliander. La imager del hombre que había tenido un éxito excepcional, con una carrera brillante y una familia perfecta, se resquebrajaba cada vez más.

¿Por qué había corrido un riesgo semejante?

Tener dinero negro en el extranjero no dejaba de ser un delito. Un delito grave. Y más para un abogado de prestigio. Si lo hubieran descubierto, su carrera habría acabado.

¿Había llegado Juliander a tener tanto éxito que creía estar por encima de la ley? ¿O deseaba tan desesperadamente el nuevo barco que estaba dispuesto a bordear la legalidad que había defendido toda su vida?

Tal vez, Juliander había estafado a alguien que se vengó quitándole la vida. En ese

caso, la cuestión era saber quién podía ser. De dónde procedía el dinero.

Lunes, tercera semana

–¿Qué tal ha ido con la información de la compañía de la tarjeta de crédito? –le preguntó Thomas a Margit mientras se comía los filetes rusos, una de las dos opciones del menú del día.

Estaban en un restaurante de la playa de Nacka, a pocos minutos de la comisaría. Se habían sentado en una mesa de la terraza, tanto para evitar el olor a fritanga del interior como para tomar un poco de aire fresco.

–Öhman, nuestra querida fiscal, ha ordenado todos los trámites necesarios – contestó Margit, levantando la vista de su bacalao empanado–. He hablado con el director administrativo de la compañía de la tarjeta antes de salir a almorzar. Le he enviado un mensaje a su correo electrónico con las preguntas a las que queremos que nos responda.

–¿Parecía dispuesto a colaborar?

–Así, así. El informático estaba de vacaciones y tenía que volver. Por otro lado, seguro que no es la primera vez que tienen que recabar información para una investigación policial.

Margit tomó un trozo de pescado y continuó.

–El director me advirtió de que, quizá, las gestiones se demoraran un poco. Lamentablemente.

–Está bien –dijo Thomas–. Solo cabe esperar. Va a ser interesante ver lo que se oculta ahí.

Tomó un trozo de pan, lo untó de mantequilla y se lo comió antes de pinchar el último trozo de filete con el tenedor.

–¿Quieres café? –Se levantó antes de que Margit hubiera contestado, con la certeza de que ella nunca habría dicho que no a una taza.

Con paso largo, entró en la semioscuridad del restaurante y se dirigió a la mesa donde estaban colocadas las cafeteras sobre placas calientes. Agarró un par de tazas blancas y las llenó de café negro y caliente. Volvió a la mesa donde estaba Margit con una taza en cada mano.

–Aquí tienes. –Dio un sorbo y disfrutó al saborear un café en condiciones.

–De todas formas, las cosas avanzan en el tema de los barcos –afirmó Margit.

Kalle y sus ayudantes, después de innumerables llamadas telefónicas, habían conseguido identificar a los dueños de quince barcos del público. Axel Bjärring había

reconocido otros tres, después de que a Kalle se le ocurriera la genial idea de preguntarle.

Cuando Thomas estudió la fotografía una última vez, se dio cuenta de que reconocía a uno de los que faltaban. Pertenecía a un hombre de setenta y cinco años, vecino de Harö, conocido de los padres de Thomas. Cabía preguntarse si aquel hombre conocería a Juliander.

De momento, habían identificado diecinueve de los veintisiete barcos que aparecían en la imagen, y sus dueños serían llamados para interrogarlos.

La investigación avanzaba, aunque muy poco a poco.

Martes, tercera semana

Thomas abandonó la comisaría a primera hora de la tarde y fue hasta Harö. Ya no podía pensar con claridad y, al final, se dio por vencido y dejó todos los papeles e informes, tal como estaban, encima del escritorio.

Necesitaba despejarse un poco.

Nada más sentarse en el *ferry* empezó a respirar mejor, y en cuanto llegó a casa se preparó una merienda sencilla y un termo con café. Luego colocó todo en una bolsa térmica y bajó al embarcadero. Allí descolgó su kayak del soporte marrón de madera y lo puso con cuidado en el agua. Guardó la merienda en la parte delantera de la proa. Se puso el chaleco salvavidas y se sentó con cuidado dentro de la estrecha bañera. Respiró profundamente y agarró la pala.

Hizo una pausa.

Primero pensó pasar por Sandhamn y para luego, describiendo un arco amplio, dirigirse a Stora Hästkär, una isla que estaba un buen trecho al sur de Sandhamn. Durante muchos años había sido utilizada por los militares, que tenían una estación de radar. Entonces estaba prohibido desembarcar allí y nadie podía visitar la isla. Hacía años que los militares habían abandonado Hästkär, pero la costumbre persistía y no solía haber gente por allí.

Eso le venía muy bien.

Con adiestrados golpes de remo, se dirigió hacia el sureste. La pala medía casi dos metros y medio de largo y alcanzó una buena velocidad. Apenas corría una leve brisa, la superficie del agua estaba totalmente inmóvil y le parecía estar deslizándose sobre una tela de seda ondulante.

Disfrutó de la calma que había a su alrededor. Encontrarse en medio del mar en una embarcación tan pequeña le produjo una sensación grandiosa. Como si contemplara la naturaleza desde abajo, pero sin encontrarse bajo la superficie. Una perspectiva completamente distinta de la que se experimenta en un barco normal.

Cuando se acercaba a la ruta que conducía a Sandhamn, miró instintivamente en dirección al embarcadero de la familia Linde. No eran aún las siete de la tarde y, probablemente, Nora y su familia todavía estaban cenando.

Sonrió al pensar en Simon. Siempre era divertido hablar con él. Exponía largos razonamientos sobre cualquier tema, pues había muchas reflexiones en aquella cabecita.

Deseaba, también por el bien de los chicos, que Henrik y Nora se pusieran de acuerdo en lo que iban a hacer con Villa Brandska. Sin duda, no valía la pena discutir tanto por una vieja casa. Pero con Henrik nunca se podía estar seguro.

Thomas no lo conocía lo suficientemente bien como para entender cuál era su manera de pensar. Solo sabía que estaba muy alejada de la suya. El marido de Nora medía su éxito a través de los ojos de los demás. Era importante a quién conocías y con qué personas te relacionabas. Nora se había enamorado de un hombre que era muy diferente a ella, algo que a Thomas seguía sorprendiendo. Nora actuaba movida por una convicción interior de lo que era correcto y lo que no. A ella nunca se le ocurriría valorar a las personas que tenía a su alrededor en función de sus ingresos o de sus relaciones sociales.

Era evidente que la brecha entre Nora y Henrik se iba agrandando, porque él adoptaba cada vez más los valores que representaban sus padres. Su educación y las tradiciones familiares iban ganando peso, al mismo tiempo que Nora se volvía cada día más callada y más infeliz.

Pero Thomas sabía también lo terca que era su amiga de la infancia, lucharía a brazo partido por salvar su matrimonio, si no por otra cosa, al menos por el bien de los niños. Nora era una de las personas más leales que Thomas había conocido, nunca haría una promesa a la ligera. Por eso, también era tan evidente que sufría por el conflicto entre cumplir la última voluntad de Signe y complacer las exigencias de Henrik.

Levantó el brazo para empezar a remar de nuevo y, de repente, vio un movimiento con el rabillo del ojo. Volvió la cabeza y pudo ver un banco de peces bajo la superficie del agua delante del kayak. Una sonrisa de alegría se dibujó en su cara. Eran preciosos aquellos peces plateados que se movían delante de la proa.

Cuando finalmente llegó a Hästskär, subió el kayak a la pequeña bahía donde las cañas enmarcaban la orilla del agua. Sacó su merienda y se la comió enseguida. Después se tendió en la toalla y cerró los ojos. Antes de darse cuenta, se había quedado dormido bajo el sol del atardecer.

Cuando se despertó, había pasado casi una hora. El brazo derecho, que había tenido debajo de la cabeza, se le había dormido y estaba entumecido. Se lo masajeó para poner en marcha la circulación. Todavía somnoliento, buscó la botella de agua y bebió un par de tragos.

Había soñado con la salida de la Vuelta a Gotland. Se pasó la mano por el pelo y trató de recordar el sueño. Él estaba en el mar en un pequeño bote, rodeado de otras embarcaciones del público. Todo el mundo estaba muy concentrado en la salida y en el barco gris encargado de dar el pistoletazo de salida, que se alzó hacia el cielo.

En el sueño, él estaba de pie en la proa, firme, con las piernas abiertas y un rifle en

la mano. Delante de él navegaba el *Emerald Gin*, que justo en ese momento iba a tomar la salida. Él se encontraba a cincuenta metros tan solo del esbelto Swan, cuyo casco brillaba bajo el sol. Calculando con frialdad, apuntó directamente a Oscar Juliander, que estaba detrás del timón. Pudo ver su amplia sonrisa. Detrás de él se veía a Fredrik Winbergh.

Justo cuando Thomas iba a disparar, el barco se movió con brusquedad. Una ola grande levantó el casco y él perdió el equilibrio. La bala salió disparada, pero en vano. Había fallado, por varios metros. Apoyado en la barandilla, vio que Juliander se alejaba navegando hasta perderse en el horizonte.

Había sido un sueño desagradablemente realista. Pudo ver justo delante de él cómo se mecía la cubierta y cómo el inesperado movimiento hizo que se desviara el tiro. En el momento en el que había tenido la posibilidad de disparar a su víctima.

De repente se dio cuenta de algo.

La persona que disparó tuvo que haber estado en un barco recio y estable. Se habían dejado engañar por el hecho de que aquel día los vientos fueron muy flojos y el mar estaba inusualmente en calma. Por lo tanto, habían razonado ellos, el disparo podría haber salido de cualquier barco.

Recordó que él había discutido el movimiento de las olas con Sachsen cuando le hicieron la autopsia. Pero en lo que no habían pensado era en que la aglomeración de espectadores hizo, de todos modos, que el mar se agitara. Tantos barcos en un espacio reducido producían oleaje aunque no soplara mucho el viento. Eso le habría afectado mucho más a un barco pequeño, probablemente, tanto que habría sido imposible disparar de manera acertada.

Pero si el asesino hubiera estado en un yate grande, asentado sobre una quilla estable, eso no habría influido. Entonces, a pesar del oleaje, el asesino habría podido mantener el equilibrio y apuntar bien.

Thomas sintió un ligero entusiasmo que se extendió por todo su cuerpo. ¿Cuántos yates grandes había en el «triángulo de oro», como lo llamó Margit? No muchos, probablemente. Desde luego, veintisiete no, eso seguro.

Si el razonamiento era correcto, podrían descartar la mayor parte de los barcos del público. Y, de esa manera, sería mucho más fácil de identificar el barco desde el que había disparado el asesino.

Tan pronto como volviera a la comisaría, examinaría la imagen ampliada. Al día siguiente por la mañana tomaría el primer *ferry* que saliera de Harö.

Miércoles, tercera semana

Estaban todos reunidos en la amplia sala de reuniones de la comisaría, parcamente amueblada: una mesa alargada y ocho sillas, un rotafolio sobre un trípode y una gran pizarra blanca colgada en una de las paredes.

Lo único que compensaba la sobriedad eran las vistas al mar. Desde allí se podían ver durante el día los enormes cruceros, cargados de turistas ansiosos por visitar la Venecia del Norte.

La imagen ampliada de la grabación de la SVT estaba pegada en una de las paredes. Thomas se acercó a ella y señaló la zona de los espectadores.

–Solo hay tres yates grandes en la zona próxima a la línea de salida. Uno de ellos es el de Axel Bjärring. Llevaba a bordo a toda la mafia del Real Club de Vela de Sandhamn y ya hemos hablado de ellos. Todos actuaron como coartada los unos de los otros.

Luego, señaló un poco más a la derecha.

–Aquí se ven otros dos barcos grandes dentro de la distancia de tiro: un Princess 47 y un Riva Malibu 42 –dijo, y les resumió su hipótesis.

–No está mal pensado –murmuró Margit.

–Los dos propietarios ya han sido identificados, y Kalle ha mantenido un breve interrogatorio con ellos.

–Kalle –instó el Viejo–, cuéntenos lo que te ha dicho Holger Alsing.

Kalle se había entrevistado el día anterior con Alsing, el dueño del Princess. Era una persona alegre que, junto con su esposa y sus tres hijos, además de con un gato siamés de ojos azules, había ido a presenciar la salida de la Vuelta a Gotland para pasar un día agradable en el mar. Sin embargo, los niños empezaron enseguida a quejarse de que se mareaban y se aburrían. «Ya sabe cómo pueden ser los adolescentes», había comentado Alsing guiñándole un ojo a Kalle.

Kalle no tenía ni idea de cómo podían ser los adolescentes, pero no dijo nada.

En cualquier caso, las quejas de los jóvenes hicieron que todo el grupo volviera a Sandhamn. Una vez allí, fueron al restaurante Världuset. La familia Alsing no se había enterado de lo ocurrido hasta por la tarde al ver el telediario.

Cuando Kalle le preguntó si había alguien que pudiera atestiguar lo que acababa de contar, el dueño esbozó una sonrisa y le señaló a su mujer y a sus tres hijos. Allí podía decirse eso de que iban «todos en el mismo barco».

–Parece que no hay mucho más que rascar –concluyó Kalle.

El interrogatorio con el propietario de la otra embarcación fue muy similar a la declaración de Alsing. En el barco se encontraba un grupo de personas y todas se veían unas a otras. A diferencia de Alsing, el patrón se dio cuenta muy pronto de que había ocurrido algún incidente a bordo del *Emerald Gin*, pero no de cuál había sido su alcance. Pensó que se habría puesto enfermo alguien y por eso no habían completado la salida.

Kalle dejó de hablar. El silencio se adueñó de la sala mientras cada uno de los presentes reflexionaba sobre sus palabras y contemplaba la imagen ampliada.

Carina fue la primera que lo vio.

–La escotilla. Hay una escotilla en la cubierta de proa de uno de los yates. Mirad. – Se levantó a medias de la silla y la señaló agitada.

Thomas se acercó a la ampliación de la pared. Se veía claramente que los barcos estaban vueltos hacia el Swan de Juliander justo en el momento de la salida. Pero solo el Princess 47 tenía una escotilla en la cubierta de proa. En el otro, la cubierta de proa era completamente lisa.

Thomas se acercó todo lo que pudo a la fotografía. ¿Sería posible disparar desde el camarote de proa con la escotilla levantada?

¿Por qué, no? Si uno se ponía de rodillas en la litera, levantaba la escotilla y apuntaba bien... Si la embarcación no se balanceaba porque era lo suficientemente grande y si uno, al mismo tiempo, estaba protegido de miradas ajenas de manera que nadie pudiera interrumpirle o descubrirle.

–Muy aguda, Carina –le dijo Thomas, con el tono de voz más cálido que había empleado en mucho tiempo.

Ella se animó, y él tuvo inmediatamente remordimientos al ver que se alegraba tanto.

–Simplemente lo vi. Sin más.

El Viejo miró con admiración a su hija.

–Tenemos que volver a hablar con ese tal Holger Alsing –constató Margit–. Lo antes posible. ¿Dónde trabaja? –preguntó, dirigiéndose a Kalle.

–Es ingeniero. Tiene su propia empresa. A menudo se lleva a los clientes al mar.

–¿Tenía alguna relación con Juliander?

–Él lo negó. Al parecer, nunca lo conoció.

–Eso dice él –apostilló Thomas.

–Eso dice él –confirmó Kalle.

–¿Tiene licencia de armas? ¿Para rifles, un Marlin, por ejemplo?

–Lo vamos a comprobar inmediatamente.

Thomas asintió pensativo y estudió la imagen de la zona de salida una vez más.

¿Podría ser que hubieran encontrado al asesino? ¿Que el resto de las pistas –sus muchas aventuras con mujeres, la mafia rusa, las drogas, las trampas con la tarjeta de crédito– solo fueran pistas falsas? Cosas que, sin duda, habían ocurrido en la vida de Juliander, pero que no tenían nada que ver con su muerte.

¿Podría ser tan sencillo que la solución del caso se hallara delante de sus narices, a bordo de un Princess 47?

Solo tenían la información que había dado el propio Alsing, quien pasó el día con su mujer y sus hijos. Puede que no fuera cierto. En ese caso, necesitaban comprobar urgentemente su historia y hablar con el resto de los miembros de la familia. ¿Y cuáles podían haber sido los motivos de Alsing?

–Es posible que tengamos un problema –dijo Kalle en voz baja.

–¿Por qué? –El Viejo frunció el ceño y apuró la taza de café.

Kalle parecía triste.

–No está en Suecia.

–¿Quién? ¿Alsing? –preguntó Thomas.

–¿Por qué no? –intervino Margit.

–Salía para el extranjero esta mañana –contestó Kalle–. Toda la familia se iba a Mallorca. Vuelve dentro de quince días.

Kalle agachó la cabeza. Como si fuera el responsable de que un posible asesino se encontrara ahora fuera de las fronteras suecas.

Thomas y Margit se miraron.

–¿Nos ponemos en contacto con él por teléfono? –preguntó Thomas.

El Viejo parecía dudar.

–Corremos el riesgo de ponerle sobre aviso de manera innecesaria. De momento, solo tenemos sospechas. Absolutamente insuficiente para cursar una orden de detención o de repatriación en el extranjero.

Thomas no pudo más que estar de acuerdo. Se necesitaban pruebas mucho más contundentes para solicitar que alguien fuera extraditado desde otro país. Ya podía imaginarse a la fiscal Öhman explicándose.

–¿Cuándo has dicho que vuelve? –preguntó Margit en un tono neutro.

–Dentro de dos semanas –dijo Kalle.

–Entonces esperaremos. Tan pronto como pise suelo sueco, lo interrogamos.

–Mientras tanto, averiguad todo lo que podáis sobre ese hombre –dijo el Viejo–. En qué trabaja exactamente, su economía, licencias de armas, etcétera.

–En algún sitio encontraremos una vinculación con Juliander –dijo Margit–. Estaremos bien preparados para cuando Holger Alsing regrese a Suecia.

La música era ensordecedora y él estaba más borracho de lo que lo había estado en toda su vida. Pero le gustaba. Disfrutaba de la despreocupación que proporciona el alcohol.

Aquí no hay ninguna amargura, pensó como si fuera de nuevo un joven en una fiesta estudiantil. Estaban en Alexandra, una discoteca que frecuentaba la alta sociedad de Estocolmo, incluido el rey.

La despedida de soltero había comenzado con un rato en la piscina cubierta de Centralbadet, donde una joven muy ligera de ropa le había dado un masaje. Después continuaron en el restaurante Riche, donde les sirvieron una cena de lujo acompañada de innumerables snaps seguidos de abundante vino de Borgoña. Luego llegó el coñac con el café y un discurso sentimental pronunciado por su mejor amigo, Ruter, que en realidad se llamaba Rudolf y sería su testigo de boda.

No había medida para la cantidad de recuerdos divertidos que Ruter podía evocar, con los que todos lloraban de risa. Logró llegar a Alexandra con cierta dificultad, pero su amigo Greven lo agarró con fuerza del brazo y lo metió para dentro. La atractiva dueña en persona salió a recibirlos y los condujo a un rincón reservado donde las botellas y las copas ya estaban preparadas encima de la mesa.

La gente bailaba a lo bestia, siguiendo los acordes del Sweet, un grupo de música pop. Estaba rodeado de mujeres bellas, con melenas rubias largas y vestidos cortos, y de hombres jóvenes con patillas y chaquetas de terciopelo. Alguien le puso un gintonic en la mano, a pesar de que no debía beber más.

Dentro de una semana llegaría la hora. A las tres en la iglesia de Oskarskyrkan, en el corazón del barrio de Östermalm.

Hacía tiempo que se había mantenido al margen de los preparativos. La interminable cantidad de decisiones que había que tomar, desde elegir la tarta nupcial hasta la disposición en la mesa principal, lo aturdían. Era inconcebible que se pudiera dedicar tanto tiempo a la preparación de un evento que iba a durar unas pocas horas.

Después de la pedida de mano, todo había ido a una velocidad de vértigo. El frenesí de la joven prometida, que llevaba el anillo de pedida que él le había regalado, le daba miedo. Era como si la boda se hubiera convertido desde hacía mucho tiempo en algo más importante que su relación. En los últimos meses, había estado tan ocupada con los preparativos que apenas se habían visto.

Bebió un buen trago de la copa. Se levantó y se acercó tambaleándose a Greven, que estaba con una morenita encantadora en las rodillas.

—¡Salud, joder!—dijo, y se bebió el resto del gintonic.

Luego pidió otro.

Jueves, tercera semana

El funeral se oficiaría a las dos de la tarde, pero media hora antes ya se había reunido un gran número de personas fuera de la iglesia Uppenbarelsekyrka, en Saltsjöbaden.

El edificio de ladrillo rojo estaba en lo alto de una colina con vistas sobre la bahía. De estilo modernista, dominaba los alrededores con su campanario.

Era natural que Oscar fuera enterrado en la bella iglesia diseñada por Ferdinand Boberg. Era una construcción impresionante, con espacio para más de cuatrocientas personas. Hoy, pensó Thomas, que junto con Margit, se mantenía un poco alejado, se va a necesitar ese espacio. El aparcamiento ya estaba hasta arriba y la gente empezaba a aparcar sus coches a lo largo del estrecho camino de asfalto que conducía hasta la iglesia.

Thomas reconoció a varios de los asistentes. Había una nutrida representación de empresarios conocidos y de abogados. En la puerta vio a Ivar Hallén, del bufete de abogados Kalling, a quien habían interrogado. Estaba de pie junto a un grupo de hombres y mujeres con gesto serio. Todos vestían escrupulosamente de traje negro. Thomas supuso que serían los compañeros de Juliander del bufete.

Entre ellos, distinguió a Eva Timell. Llevaba unas gafas oscuras, pero de todos modos se podía ver que había estado llorando. Tenía la nariz roja e hinchada y la cara congestionada.

Thomas y Margit esperaron hasta que todo el mundo estuvo dentro. Después los siguieron discretamente, justo antes de que se cerraran las grandes puertas de madera. Había tanta gente en el interior de la iglesia que los asientos no eran suficientes; ellos consiguieron hacerse un hueco en el último banco antes de que se volvieran a abrir las puertas para dar paso a los familiares más allegados.

Primero entró la presbítera, que era una mujer, con Sylvia Juliander, que iba vestida de negro riguroso y llevaba un sombrero con velo que le cubría la cara. Las seguían los tres hijos; la hija iba un poco por delante de sus hermanos. Apretaba con fuerza un pañuelo de hilo en la mano. Los hijos, con traje oscuro y corbata blanca, parecían serenos. En la mano llevaban una rosa roja cada uno.

Se sentaron en el banco más cercano al altar y el silencio cayó sobre los congregados. Mientras el organista tocaba las primeras notas de *Magnífica es la tierra*, Thomas recordó el último funeral al que había asistido. Entonces había un

pequeño ataúd blanco ante el altar. Pernilla y él estaban sentados en el banco de la primera fila, tratando de comprender lo absolutamente incomprensible.

Que Emily ya no estaba. Que Emily había muerto.

Habían asistido los dos solos, no habían podido soportar la presencia de nadie más. No dejaron siquiera ir a sus padres. Apenas tenían fuerzas para enfrentarse al entierro.

Él hizo todo lo posible por ignorar la persistente sensación de fracaso que le invadió al recordar el entierro y la posterior separación de la mujer con la que había creído que pasaría el resto de su vida.

Si él muriera al día siguiente, difícilmente habría tantas personas apenadas como para llenar una iglesia, pensó en un acceso de autocompasión. Solo una exmujer y una novia joven de la que ya se había cansado.

Haciendo un gran esfuerzo, Thomas alejó aquellos tristes pensamientos, cerró los ojos y se concentró en la investigación.

Hasta ahora solo habían conseguido encontrar pequeños indicios, nada concreto para seguir adelante. Y dondequiera que se dirigieran, allí estaban los periodistas. La Policía tenía que tomarse todas las molestias del mundo para protegerse de las especulaciones. Era como si no hubiera ningún límite de hasta dónde se podía exprimir esta historia. Los artículos sensacionalistas de los periódicos de la tarde rozaban la pura fantasía. Si el Viejo no hubiera sido lo suficientemente prudente de solicitar un portavoz de prensa, no habrían tenido ni un momento para trabajar en paz.

Thomas volvió a abrir los ojos y miró hacia el altar.

La familia había elegido un ataúd de madera de nogal, al que rodeaban una increíble cantidad de coronas y ramos de flores. Encima había un arreglo floral en tonos verdes y blancos especialmente bonito.

La presbítera pronunció unas palabras sobre el difunto inesperadamente emotivas. Habló de sus ganas de vivir, de su capacidad para verle siempre la gracia a cualquier situación y de cómo lo habían apreciado las personas de su entorno.

Thomas se sorprendió a sí mismo al verse conmovido por aquellas palabras. La imagen que la investigación había sacado a la luz apuntaba a una persona que mentía y engañaba a su mujer sin pestañear, alguien que manejaba la verdad a su antojo y que consideraba su estatus material un derecho. Un hombre profundamente egoísta que anteponía sus propios intereses por encima de los de los demás.

Ahora se vislumbraba a otra persona. Oscar Juliander había sido querido. Había sido una persona importante para los presentes en la iglesia. Muchos lloraban en silencio. Su viuda y sus hijos, en el primer banco, parecían inconsolables. Y probablemente, en alguna parte, la desesperada Diana Söder también estaría llorándole. Naturalmente, no se había atrevido a ir a la iglesia. Sobre todo, después

de que los periódicos la hubieran ejecutado públicamente. Thomas recordó su cara pálida y sus ojos llenos de lágrimas, y sintió una ola de compasión hacia ella.

¿Qué llevó al abogado asesinado a buscar tan descaradamente todos los atributos clásicos del éxito?, se preguntó Thomas mientras la presbítera rogaba por que descansara en paz el alma de Oscar Juliander. ¿Era la competición en sí lo que le movía, o la acumulación de éxitos? ¿Había disfrutado de su elegante título de abogado, del elevado sueldo, de los barcos y de los coches, o eran solo objetos inanimados que perdían su encanto una vez que los poseía?

Quizá las muchas historias contradictorias, la información sobre el consumo de cocaína y los recurrentes accesos de cólera, fueran una señal de que la realidad le iba pisando los talones a Oscar Juliander. De que el castillo de naipes estaba a punto de derrumbarse.

Cuando llegó el momento de acercarse para darle el último adiós, Thomas y Margit se escabulleron fuera. Abrieron con cuidado la pesada puerta de la iglesia y permanecieron en la escalera de piedra. No tenían ningún propósito concreto para asistir al funeral. Pero les pareció apropiado, sobre todo, cuando aún les quedaba mucho trabajo por delante antes de que pudieran decir con seguridad si Alsing o algún otro era el culpable.

Finalmente, la puerta se abrió de par en par y la explanada cubierta de grava frente a la iglesia se llenó. Muchos parecían conmovidos; varias mujeres seguían llorando.

La familia había invitado al café del funeral en un restaurante, no muy lejos de la casa de la familia Juliander. Thomas supuso que la mayoría se dirigiría allí. Saludó inclinando ligeramente la cabeza a varias personas con las que había hablado en Sandhamn y que lo reconocieron.

Cuando dio un paso hacia atrás para dejar pasar a alguien que tenía prisa, empujó sin querer a un hombre de traje oscuro. Se volvió para disculparse y vio que era Ingmar von Hahne.

—No es nada —dijo Von Hahne, que recuperó el equilibrio en el último momento.

Tendió la mano para saludar a Thomas y a Margit. Isabelle von Hahne, que estaba al lado, se volvió e hizo lo mismo.

—¿Cómo va la investigación, si se puede preguntar? —dijo Ingmar von Hahne cortésmente.

Thomas y Margit se miraron. Una respuesta vaga siempre funcionaba en esos casos.

—Hacia delante —respondió Margit—, pero lleva su tiempo.

—Todos esperamos que puedan atrapar a ese canalla lo antes posible. Semejantes

personas no deberían andar sueltas.

Margit cambió de tema.

–Tengo entendido que usted será elegido nuevo presidente del Real Club de Vela de Sandhamn en la reunión anual de septiembre –comentó–. Leí algo en el periódico de que ahora estaba nominado formalmente.

Antes de que pudiera decir algo, su esposa lo interrumpió.

–Sí, es fantástico. Ingmar ha invertido mucho tiempo en el club, realmente se lo merecía. –Isabelle miró satisfecha a su marido y añadió–: Hará un trabajo excelente, todos estamos convencidos de ello. Es una tarea importante y honorable. E Ingmar es la persona perfecta para desempeñarla.

Isabelle sonrió, sin preocuparse de que su marido parecía incómodo.

–A propósito, ¿sabían que el padre de Ingmar estuvo en la junta directiva? Fue vicepresidente en su día, así que ahora será la segunda generación. Quizá, algún día nuestro hijo Marcus pueda seguir la misma senda. –Suspiró levemente–. Mi suegro se habría sentido muy orgulloso si estuviera entre nosotros. Pero, desgraciadamente, falleció hace muchos años.

–Basta, basta, Isabelle –interrumpió Ingmar von Hahne, a la vez que hacía un gesto de disculpa a Margit y Thomas–. Yo lo veo más como una solución temporal. Alguien tiene que ponerse al frente de la nave después de Hans, y dado que el pobre Oscar ya no está entre nosotros...

Su voz se ahogó, y con otro pequeño gesto mostró la impotencia que sentía. Su mirada se perdió vagamente entre los árboles.

Margit cambió de postura y se apoyó en el otro pie mientras buscaba algo apropiado que decir para romper aquel silencio incómodo.

Ingmar von Hahne miró el reloj.

–Lo siento, pero tendrán que disculparnos –dijo–. Tenemos que acudir al café del funeral. Buena suerte con la investigación.

Con un gesto amistoso, se dio la vuelta y empezó a bajar la cuesta en dirección al aparcamiento.

–Realmente, da la impresión de ser una buena persona –comentó Margit–. A diferencia de la esnob de su mujer. –Se estremeció–. Uf, me pregunto qué ve en ella.

A Thomas no le habían impresionado ninguno de los dos.

–Si quieres saber lo que opino, te diré que me parece una arpía de lo peor entre las de su clase. He visto muchas de esas en Sandhamn. Pero, por otro lado, él también lo es, aunque en versión masculina.

Se encogió de hombros y empezó a bajar la cuesta en la misma dirección que el matrimonio Von Hahne.

–Vamos –dijo–. Es hora de marcharse. Aquí la fiesta ha terminado.

Le dolía el cuerpo de la rabia. Nora sentía cómo le temblaba y la respiración se volvía dificultosa y entrecortada.

—¿Cómo había sido capaz?

Agotada, se dejó caer en un rincón del viejo cobertizo de Signe, donde había ido para poder estar tranquila. Hundió la cabeza entre las manos y se apoyó contra la pared, donde colgaba de un gancho una red para pescar percas. Olía a algas y plantas marinas, un olor familiar que le daba seguridad.

Respiró profundamente y expulsó el aire despacio.

Después del duro y largo invierno, ella solo quería volver a llevarse bien con Henrik. Pero las palabras de él aún retumbaban en su cabeza, y no cabía duda de que solo había una manera de interpretarlas.

El año anterior había sido angustioso, ella era la primera en reconocerlo. Le había costado salir de los pensamientos oscuros. Noche tras noche soñaba con las horas que pasó en el faro de Grönskär. Podía despertarse cubierta de sudor frío y sentir el olor a humo en las fosas nasales. Era como si el recuerdo se le hubiera quedado grabado en el cuerpo y no la quisiera abandonar.

Henrik trató entonces de convencerla de que visitara a un psicólogo. Al final, cedió y llamó a un terapeuta que le había recomendado un amigo de Henrik. No tenía mucha esperanza; de no haber sido por la insistencia de él, lo habría dejado estar.

El psicólogo tenía la consulta en la calle Sveavägen, en el centro de Estocolmo. Usaba gafas con montura de carey y estaba casi calvo. Siempre llevaba los mismos pantalones grises y una camisa con el cuello desabrochado.

Cuando llegó, la invitó a sentarse en un sillón de color marrón claro enfrente de él. Su técnica era sencilla, consistía en darle la vuelta a todo lo que ella decía y devolvérselo en forma de pregunta.

Siempre empezaba las sesiones escuchando cómo se sentía. Cuando ella terminaba de hablar, él tomaba su última frase y se la devolvía, pero entre signos de interrogación. Ella respondía y él repetía la jugada. Pasada una hora, le cobraba quinientas coronas.

Fue cinco veces, después lo dejó. La terapia no era para ella, aunque, después de las visitas, realmente habían mejorado las pesadillas; ya no eran tan recurrentes ni tan intensas.

Pero no pudo superar la frustración que le supuso el regreso a la oficina después de la baja. Era muy evidente por qué se sentía mal en su trabajo. Todo lo que había

hecho querer cambiar de trabajo seguía allí.

La rabia contra Henrik creció. Fue él quien la convenció para que renunciara a un nuevo puesto en Malmö. Al mismo tiempo, ella deseaba desesperadamente que sus vidas volvieran a ser lo que fueron.

La semana anterior, cuando se durmió feliz y contenta, acurrucada a su lado, estaba convencida de que aquello iba a funcionar. Pero después todo volvió a ser como antes. Henrik se salía con la suya, su madre se entrometía y ella apretaba los dientes y cedía.

Ahora él había acordado con el agente inmobiliario que la familia suiza vendría a ver la casa de Signe. A pesar de que ella le había dicho que quería alquilarla y no venderla. Se había esforzado realmente por explicarle sus dudas, su indecisión y sus sentimientos encontrados ante una posible venta.

¿Acaso no había oído ni una palabra de lo que le había dicho?

«La familia viene a ver la casa el sábado», le había dicho Henrik tan tranquilo. A las dos de la tarde, después de la fiesta de despedida de Adam en el campamento de vela.

Ella se quedó como petrificada. Fue incapaz de articular una sola palabra.

«¿Qué te pasa, mamá?», le preguntó Simon, preocupado al verla salir blanca como la tiza.

No podía permanecer en la misma habitación que Henrik ni un minuto más. Cómo llegó hasta el cobertizo, ni ella misma lo sabía. Le había parecido el lugar más natural al que acudir. A algún sitio tenía que ir para poder estar sola un rato.

Estaban sentados con las cuentas de Juliander delante de ellos. La mayoría de los compañeros ya se habían ido. Thomas iba a ir a casa de Carina por la noche y llevaría una pizza.

–Este hombre vivía por encima de sus posibilidades –constató Margit–. Es imposible que pudiera permitirse el lujo de comprar ese Swan por sus propios medios.

–Y no te olvides de todas las amantes –añadió Thomas, que recordó el anillo que Diana Söder había recibido de regalo de cumpleaños. No parecía barato. Los interrogatorios con otras amantes confirmaron lo mismo, que Oscar Juliander había sido un hombre muy generoso que las había invitado a viajes caros y hoteles de lujo.

–Es muy extraño que no haya ni un solo pago relacionado con el barco. Si no tenía una maleta llena de billetes, entonces tiene que haber otra explicación –dijo Margit, apartando a un lado el montón de papeles–. Si pagaba con la tarjeta de Liechtenstein, ¿por qué no aparece en los extractos?

Thomas le dio el último sorbo a su té frío y se quedó pensativo. Miró de nuevo la lista de la compañía de crédito, en la que aparecían registradas todas las transacciones realizadas en Suecia.

–De todos modos, se abasteció de dinero en efectivo –subrayó él.

Una serie de retiradas de efectivo aparecían dispuestas en orden cronológico. Diez mil coronas cada vez. El difunto había aumentado regularmente su renta disponible a escondidas. Una manera sencilla e ingeniosa de usar una cuenta opaca. Al utilizar diferentes cajeros automáticos en lugar de acudir a sucursales bancarias, no llamó la atención de nadie.

–Hay que reconocer que era un abogado inteligente –admitió Margit–. La tarjeta de crédito ni siquiera estaba a su nombre.

Leyó en voz alta lo que ponía en la tarjeta.

–Fondo Springfund S.A. Un nombre que no dice nada. Con sede en Liechtenstein. Es imposible relacionarla con la persona física que disponía de ella.

–Por lo tanto, las retiradas de dinero en efectivo no permitían seguirle el rastro.

A no ser que alguien, en el marco de una investigación por asesinato, descubriera la tarjeta y la pudiera vincular con el titular, añadió Thomas para sí mismo.

–Pero la pregunta sigue sin respuesta. ¿Cómo pagó el barco?

–Ya lo sé –dijo Thomas.

–¿Qué?

–El astillero no se encuentra en Suecia.

–¿Puedes explicarte un poco más? –Margit lo miró sorprendida.

–El astillero que fabrica los barcos Swan está en Finlandia. Por eso no podemos ver si ha pagado el barco con la tarjeta. Esta lista incluye solo los pagos realizados en Suecia, ya que solo hemos pedido información a la filial sueca de la compañía.

–Entonces, ¿tenemos que hablar con la filial finlandesa?

–Probablemente. Sin duda, la filial sueca de la compañía de crédito solo tendrá acceso a las transacciones suecas. Seguro que existe una filial finlandesa que se ocupe del mercado finlandés.

Margit suspiró con fuerza.

–Tenemos que ponernos en contacto con la Policía finlandesa y solicitar su ayuda para conseguir la misma información de Finlandia. Eso va a requerir una nueva decisión de la fiscal Öhman.

Otro retraso, pensó Thomas.

–Sí, pero es la única explicación razonable para que Juliander pudiera comprar su Swan. Por medio de una tarjeta de crédito extranjera que apenas llamaba la atención en Suecia y, por supuesto, mucho menos en otro país.

–Un procedimiento elegante –dijo Margit–. Aunque no sea legal.

–Pero seguimos sin saber de dónde salió el dinero.

–Ya.

–Negocios con Alsing, ¿quizá? ¿Algo sucio?

–Tendremos que seguir investigando.

Viernes, tercera semana

Martin Nyrén silbaba alegremente pensando en el mensaje de texto que acababa de recibir: «Vuelvo a la ciudad el domingo por la noche. Te echo de menos. Indi».

Por fin.

Había sido casi una tortura estar presente en el entierro y no poder mostrar sus sentimientos. Le habían asignado un sitio en el banco de detrás, tan cerca que prácticamente podían tocarse, y a él le hubiera gustado ofrecerle consuelo en medio del pesado silencio interrumpido únicamente por algún sollozo discreto.

De vez en cuando había intentado mirar a Indi de reojo, pero no le había respondido con más que alguna que otra mirada furtiva. Tuvo que recordarse todo el tiempo a sí mismo que debía ser discreto.

Mientras los asistentes cantaban el salmo final, él se perdió en el recuerdo de su último encuentro. Había sido una de las pocas veces que pudieron pasar juntos toda la noche. La familia de Indi se había ido de viaje, por lo que, por una vez, no tuvieron que buscar excusas para poder despertarse juntos.

Apenas se atrevió a dormir por temor a perder el tiempo. El sueño fue ligero y entrecortado, y extendía la mano una y otra vez para asegurarse de que no estaba solo en la cama. Las respiraciones suaves junto a él lo llenaban de un intenso sentimiento de felicidad. Fantaseaba con poder estar siempre así. Estaría dispuesto a sacrificar cualquier cosa para que aquello pudiera hacerse realidad.

Habían sido una tarde y una noche maravillosas, todo lo contrario a lo vivido el día anterior en la iglesia de Uppenbarelse.

Martin Nyrén detestaba los entierros. Pero cuando se trataba de personas de edad avanzada, existía una especie de orden natural que se podía aceptar. Tenía su lógica que una persona mayor, que había vivido una larga vida, acabara muriéndose.

Pero sentarse en el banco de la iglesia y ver a los hijos de Oscar tan desconsolados había sido sencillamente desgarrador. El llanto de la hija ahogaba casi la música del órgano. Los chicos se habían mostrado más contenidos, pero cuando llegó el momento de acercarse al ataúd también ellos se habían derrumbado.

La única que no derramó ninguna lágrima fue Sylvia, que estuvo como petrificada durante toda la ceremonia, pero ella ya había recibido varios golpes durante las últimas semanas. Probablemente habría tomado algún tranquilizante. Y había conseguido sobrellevar el café del funeral de una manera ejemplar, conversó amablemente con todos los asistentes y fue la anfitriona perfecta. Típico de Sylvia.

Martin Nyrén ahuyentó los recuerdos del funeral y fue a la cocina. Tomó un libro de recetas y empezó a hojearlo. Estaba pensando en preparar algo rico para el domingo por la noche, cuando finalmente podría estar con Indi. Pechuga de pato con gajos de naranja y salsa bordelesa parecía apetitoso, o ¿por qué no vieiras con salsa de langosta? Compraría un buen vino en el Systembolaget¹. O, tal vez, champán. Eso estaba bien. El champán no podía faltar.

Solo lo mejor era lo suficientemente bueno para su amor.

–¿Vas a tomarte algo de tiempo libre este fin de semana? –preguntó Margit a la vez que dejaba su taza de café. Estaban sentados en el rincón del café de la comisaría. Eran casi las cuatro y media de la tarde del viernes. Habían dedicado el día a interrogatorios complementarios.

–Es posible que me vaya a dar una vuelta a Harö. Mañana tenía pensado sentarme con tranquilidad a repasar la documentación.

–Entonces, yo también vendré.

Margit parecía cansada y Thomas negó con la cabeza.

–No te preocupes. Pasa el fin de semana con tu familia. Puedo arreglármelas solo.

Thomas tenía muchas cosas en las que pensar.

La noche anterior había estado en casa de Carina. Comieron unas pizzas que Thomas había llevado y bebieron una cerveza. Carina se mostró muy cariñosa, pero él no respondió a sus insinuaciones. La atmósfera se volvió fría y Carina al principio se puso triste, pero luego se enfadó. Tuvieron una larga discusión. O, mejor dicho, ella soltó un largo monólogo sobre lo que pensaba de su comportamiento.

–Thomas, ahora tendrás que tomar una decisión –dijo al final, con los ojos brillantes–. Sabes que estoy enamorada de ti. Estoy enamorada desde hace un año. Pero no entiendo qué quieres de esta relación.

Llevada por su malestar, se levantó de la mesa de la pequeña cocina y le dio la espalda al apoyarse en la encimera. Llevaba el cabello oscuro recogido en una cola de caballo. A Thomas le apenó verla así. Era muy joven y muy vulnerable y la había herido.

–Un momento eres encantador –continuó Carina–, y entonces estamos muy bien juntos. Después, llego al trabajo y ni siquiera me miras. No entiendo por qué. –Lc miró fijamente–. Pero no tengo ganas de continuar así más tiempo. Si vamos a seguir juntos, no pienso esconderme más.

Después perdió la entereza y se le quebró la voz. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se cruzó de brazos. Respiró profundamente antes de continuar.

–¿Te avergüenzas de mí, Thomas? ¿No entiendes cómo me siento porque tú no quieres que te vean conmigo?

Se secó las lágrimas con un gesto de resignación.

–Creo que es mejor que te vayas –dijo–. Y que pienses cómo quieres llevar esta relación, porque yo no estoy dispuesta a seguir esperando a que te decidas.

Por cómo le temblaba el labio inferior, Thomas se dio cuenta de que se estaba

controlando al máximo para no romper a llorar.

Thomas se levantó de la mesa, alcanzó su cazadora y se fue sin decir nada.

Se sentía avergonzado, porque era cierto todo lo que ella le dijo. Había pasado muchas horas con Carina y nadie le había obligado a hacerlo. Pero había hecho todo lo posible por evitar que su relación llegara a ser conocida.

Se analizó a fondo y se dio cuenta de que seguía sintiéndose incómodo al pensar en presentar a Carina como su novia; era una cría de veinticinco años.

Inmediatamente se corrigió. *Cría*. La propia expresión era despectiva. ¿Qué le estaba pasando?

Sin querer, lanzó un profundo suspiro.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Margit, interrumpiendo sus autorreproches.

—Tengo algunos asuntos que resolver —contestó, con una seriedad impropia de él.

Permanecieron en silencio unos minutos antes de que Margit volviera a hablar.

—Entonces, me iré a casa cuando hayamos terminado. Mi hermana y su marido vienen mañana a cenar. Así que voy a intentar que mis hijas se queden en casa y cenen con sus tíos.

—¿Tienen otro plan? —preguntó Thomas.

—Hoy en día lo de cenar en familia un sábado por la noche es imposible —dijo Margit—. Salen todas las noches, sobre todo ahora, en las vacaciones. —Sonrió con resignación.

—Los adolescentes son así, ya se sabe —dijo Thomas.

—Sí, pero estoy harta de las constantes discusiones de cómo se visten y adónde van. Por no hablar de a qué hora van a volver a casa.

—¿No puedes hacer que Bertil les ponga las pilas? —dijo Thomas medio en serio, medio en broma.

El marido de Margit era un profesor amable y apacible que no podía infundir temor a nadie. Thomas solo lo había visto un par de veces, pero se había preguntado a menudo cómo conseguiría controlar a sus alumnos de los últimos cursos de la escuela primaria. Si había cursos en que los alumnos podían ser insoportables, eran esos.

El gesto escéptico de Margit le hizo comprender que su sugerencia era poco realista e imposible de poner en práctica. Además, le dejó claro con la mirada que no tenía ni idea de cómo tratar a los adolescentes.

—Lo más probable, Thomas —dijo ella en un tono casi paternalista—, que exista un vínculo especial entre una madre y sus hijas, sobre todo cuando las hijas son adolescentes. Créeme —añadió, y se le escapó un pequeño suspiro—, no es una buena idea involucrar a Bertil.

Margit dejó la taza en la mesa.

—Cada cosa tiene su tiempo —continuó—. Probablemente, cuando cumplan los

dieciocho años serán personas normales. Al menos, eso espero.

Eva Timell permanecía despierta en su cama. Con los ojos cerrados, pero el sueño se resistía a aparecer.

La ausencia era indescriptible. La rabia, también.

Estuvo a punto de acercarse a Sylvia después del funeral, cuando se encontraban a solo unos metros de distancia. Durante el día era mío, pensaba decirle, y lo más probable es que tú no tengas ni idea de quién era por la noche. Tuyo, no, en cualquier caso. Solo para que lo sepas.

Pero Sylvia estaba rodeada de allegados que querían presentarle sus condolencias. Le faltó coraje. ¿De qué servía montar un escándalo en público? De todos modos, Oscar no volvería.

Así que se contuvo. En vez de eso, acudió al café del funeral y se comportó como todos los demás. Conversó amablemente, con unos y con otros, y trató de hablar lo menos posible. Tan pronto como pudo se largó directamente a su casa. Se acurrucó en el sofá con *Blofeld* en el regazo y una copa de vino en la mano.

Permaneció allí sentada varias horas, perdida en los recuerdos de Oscar y de todos los momentos que pasaron juntos. Al final, se tomó un largo baño caliente y se fue a la cama. Se quedó dormida de puro cansancio; durmió casi diez horas.

Sin embargo, ahora el sueño se negaba a acudir, como la mayor parte de las noches desde que recibió la noticia. Casi siempre necesitaba al menos media botella de vino para poder conciliar el sueño. Después, se despertaba demasiado pronto, con un nudo en la garganta y un persistente dolor de cabeza. Incapaz de volver a conciliar el sueño, aunque sabía lo cansada que iba a estar durante el día.

Intentó forzarse a sí misma a relajarse. Con decisión, apretó con fuerza los músculos de los brazos y de las piernas durante diez segundos y contuvo la respiración. Después expulsó el aire y dejó que las extremidades se fueran relajando lentamente. Repitió el ejercicio tres veces. Realizó respiraciones profundas para relajar el cuerpo y poder conciliar el sueño tanto tiempo esperado.

A veces funcionaba, pero en ese momento no. No tenía ni pizca de sueño. Solo estaba triste y enfadada, terriblemente decepcionada de su vida. Pensando en todo a lo que había renunciado por él durante aquellos años. Tanto tiempo esperando y confiando. Ahora estaba ahí, sin familia, con una gata por toda compañía.

¿Qué me ha quedado después de todo este tiempo?, pensó mientras un sabor a bilis le subía a la boca. ¿Quién cuidará de mí, Oscar? ¿Quién?

Sábado, tercera semana

¿Por qué había aceptado aquello? ¿Estaba realmente tan interesada en preservar la paz familiar?

Nora trató de ahondar en sí misma sin llegar realmente a ninguna conclusión. Pero ¿cómo podría explicar si no que ahora estuviera dispuesta a enseñar Villa Brandska al señor y la señora *Gruyer*. Sus nombres reales eran Ivar y Ella Borman, pero para sus adentros Nora los había apodado con aquel nombre de queso. Le caían mal ya antes de conocerlos, al igual que detestaba al agente, aquel ambicioso Severin.

La señora *Gruyer* estaba ahora dando una vuelta a la planta principal e inspeccionando las habitaciones. Ya había estado en la cocina y dado su opinión: «Es un estilo antiguo encantador. Pero imagínate lo agradable que sería tirar esa pared y poder ver el mar incluso desde la cocina».

Adelante, pensó Nora apoyada contra la pared del comedor con los brazos cruzados. Compra una casa antigua con un valor cultural único y conviértela en una casa moderna con espacios abiertos. ¿Para qué conservar un comedor clásico, cuando uno puede hacer como todos los demás que, incapaces de pensar por sí mismos, buscan su estilo en la revista *Sköna Hem*².

Lanzó una mirada a la mujer que ahora estaba dando una vuelta y valorando los bellos muebles antiguos de Signe. Se le escapó un resoplido antes de que pudiera contenerse.

–Perdón –dijo Ella Borman–. ¿Has dicho algo?

–No, no –se apresuró a contestar Nora–. Solo estaba tosiendo.

Se dio la vuelta inmediatamente e hizo como si hubiera encontrado algún resto de suciedad en una de las ventanas que debía retirar.

–¿El mobiliario está incluido en la compra? –continuó Ella Borman, y pellizcó las cortinas de encaje. Después se sentó en una de las sillas del comedor y miró por encima de la mesa como si ya fuera la dueña de la casa.

–No hemos hablado de ello –contestó Nora.

–La mayor parte es basura, pero hay alguno que otro que podría valer la pena conservar. Ese aparador de la esquina, por ejemplo. Puede resultar divertido mantener un poco de color local.

Nora sonrió con frialdad.

¿Cómo se atrevía a llamar *basura* a los muebles de Signe? Signe había amado y

conservado la mayor parte de ellos en buen estado no solo por su propia satisfacción, sino porque los compraron su padre y su abuelo. Todos y cada uno de esos muebles estaban allí desde que Nora tenía memoria.

Ahora se iban a convertir en *basura*.

Henrik bajaba la escalera con el agente y con el millonario sueco autoexiliado y con un ligero sobrepeso. Severin brillaba como un sol. Hablaba sin parar de todas las ventajas de la casa; Nora supuso que se relamía pensando en la comisión.

—¿Cuál es la fecha de entrada? —preguntó.

—En realidad, no hemos decidido aún si vamos a vender o no —dijo Nora en tono frío.

Henrik le lanzó una mirada interrogante.

—No habrá ningún problema —dijo, sonriendo a los compradores—. Seguro que llegamos a un acuerdo.

—¡Mirad qué vista tan maravillosa! —exclamó Severin en un torpe intento por cambiar de tema—. Se puede ver casi hasta la isla de Runmarö cuando hace bueno. Y los pintorescos barcos de la compañía Waxholm que pasan de día son un detalle delicioso.

El agente inmobiliario señaló hacia el estrecho.

—A veces viene el antiguo *Norrskär*. Uno de los pocos barcos de vapor originales que aún navegan por el archipiélago. Si uno desea comer un auténtico bistec de los barcos de vapor, debe viajar en el *Norrskär*.

Se dio unas palmadas en el estómago como para subrayar sus palabras.

—¿Qué les parece? ¿Bajamos y nos acercamos al embarcadero? No hay muchas casas en Sandhamn que puedan presumir de un embarcadero tan grande. Aquí puede uno amarrar cualquier yate.

—Eso me parece estupendo —dijo Borman—. Tenemos un Fairline de más de doce metros de eslora, para el que necesitamos espacio.

—Y piensa en todos los invitados —gorgojó su mujer—. Tenemos muchos amigos en el archipiélago, esperamos recibir visitas todo el tiempo.

Se enderezó las grandes gafas de sol que le sujetaban el cabello.

Nora sintió que algo en su interior se moría. ¿Por qué no quería entender Henrik las ruinas que eran esas personas?

Signe se habría revuelto en su tumba si supiera que su amada casa iba a ser invadida por aquella horrible pareja. Pero Henrik solo sonreía como si todo aquello fuera correcto.

Realmente, ¿valía la pena resistir, cuando ni siquiera tus propios padres quieren pronunciarse?

«Nora, esa es una decisión que tienes que tomar tú», le había dicho su madre

cuando ella trató de explicar lo indecisa que se sentía. «Tienes que hacer lo que te parezca mejor.»

Su padre, como siempre, estuvo de acuerdo con su esposa. Nora tenía que decidir por sí misma lo que quería hacer. Ellos la apoyarían decidiera lo que decidiera, pero no podían aconsejarla. Tenía que tomar la decisión ella sola.

Incluso Thomas había evitado ponerse de su lado y, en vez de eso, le había recordado que mantener Villa Brandska requeriría mucho trabajo.

Sintió que perdía las fuerzas como un globo pinchado. Le empezaron a temblar las piernas; solo quería largarse de allí. Meterse en casa, taparse la cabeza con un edredón y hacer como si aquella visita nunca se hubiera producido.

—Aquí están las llaves del cobertizo —dijo con apatía—. Por si quieren verlo también, ya que están aquí.

–Cómo me alegro de que hayáis podido venir. Pasad, pasad –dijo Isabelle von Hahne con una amplia sonrisa–. Ingmar está preparando unas copas. Vendrá enseguida a saludaros.

Recogió los ligeros abrigos de verano del matrimonio Rosensjöö y los colgó en una percha. Hans Rosensjöö le entregó un ramo de flores que ella recibió encantada y se lo acercó a la nariz.

–¡Qué rosas más hermosas! Adoro el color rosa. Qué detalle tan encantador. Muchas gracias.

Isabelle los condujo al cuarto de estar. Sobre la mesa redonda de cristal, junto a una bandeja con ocho copas de cóctel, se repartían unos cuencos pequeños con aperitivos. En cada copa había un palillo de plata con tres aceitunas verdes minuciosamente pinchadas. Al lado, una jarra grande de cristal llena hasta el borde de dry martini frío.

Ingmar von Hahne estaba inclinado sobre la bandeja, pero se irguió cuando entraron en el cuarto. Sonrió a sus invitados y se acercó a Britta; la besó en ambas mejillas y estrechó la mano de su marido.

–Arvid y Kristina también vendrán –dijo Isabelle mientras servía el cóctel–. Y Anders y Ann-Sofie.

Tomó una copa de la mesa y se la ofreció a Britta Rosensjöö.

–Ingmar –dijo, mirando impaciente a su marido–. ¿No puedes salir a ver si son ellos a los que oigo ahí fuera? Me ha parecido que sí.

No era una pregunta, sino más bien una orden.

–Por supuesto, querida –contestó su marido, y desapareció por la puerta.

Por un momento, se hizo el silencio en la sala.

Hans Rosensjöö, que había hecho todo lo posible para evitar ir a la cena del matrimonio Von Hahne estando el funeral de Oscar aún tan reciente, se quedó mirando la copa. Qué oportuno, pensó. Una pequeña cena elegante para allanar el camino a Ingmar de cara a la reunión anual. Típico de Isabelle.

Ya se había hecho a la idea de que Ingmar iba a ser su sucesor. Pero le costaba congeniar con la esposa de Von Hahne, aunque, sin duda, sería una ayuda para Ingmar en su nuevo papel. Él prefería evitar la compañía de Isabelle. El impulso y la energía que muchos admiraban en ella le incomodaban. A él no le cabía ninguna duda de cuáles eran sus aspiraciones.

Como de costumbre, Isabelle hablaba alto y gesticulaba para subrayar sus palabras.

Realmente era un ama de casa que disfrutaba de la vida social. Su capacidad para organizar obras de caridad y otros eventos no conocía límites.

Pero ese era precisamente el problema, siguió pensando Hans Rosensjö. Aquella —no encontraba la palabra— obsesión. Isabelle medía su vida en función de sus conquistas sociales, de una manera que a él le era totalmente ajena. Y a Britta, también.

Ni por un momento había aceptado el puesto de presidente del Real Club de Vela de Sandhamn por ganar puntos socialmente. Más bien había sido un deber dar un paso al frente cuando se lo propusieron, y él había sido muy consciente de la responsabilidad que conllevaba el cargo.

A nadie le cabía ninguna duda de que a Isabelle le encantaría estar al lado de Ingmar representando al club. Algo que a Britta, a decir verdad, nunca le había entusiasmado especialmente.

Bueno, no era su problema. Era Ingmar quien había elegido compartir su vida con Isabelle. Era él quien tenía que soportar sus ansias de destacar.

Le lanzó una mirada de aprecio a su esposa. Era cierto que había engordado bastante con los años y que actualmente mostraba más interés por los nietos que por él, pero nunca se le ocurriría tratarlo como trataba Isabelle a Ingmar. Mandarlo a la entrada de esa manera para recibir a los invitados. Qué ínfulas. Él nunca se lo habría tolerado a Britta.

Se llevó la copa de dry martini a los labios y tomó un sorbo. Era excelente, mucha ginebra y poco martini, justo como a él le gustaba. Al bueno de Ingmar, sin duda, se le daba bien hacer cócteles, aunque no fuera quien llevaba los pantalones en casa.

Ingmar von Hahne regresó con el resto de invitados: el presidente del comité del club y su esposa, Arvid y Kristina Wellin; detrás de ellos llegó el hombre fuerte del comité electoral, Anders Bergenkrantz, y Ann-Sofie, su mujer.

Ya estaban todos.

El recuerdo de Oscar Juliander flotaba en el ambiente.

Todos los comensales habían estado en el funeral, y las señoras hicieron algunos comentarios discretos sobre el buen gusto que había destacado en la ceremonia. Hablaron de los hermosos arreglos florales y de las conmovedoras palabras que había pronunciado la presbítera.

Hans Rosensjö rompió el hielo y planteó la pregunta que todos se estaban haciendo.

—¿Alguien sabe cómo va la investigación? Es extraño que no den con el asesino. Ya

han pasado varias semanas. No entiendo qué están haciendo.

Hans recorrió con la mirada el comedor de color azul pálido. La mesa estaba dispuesta con una vajilla de loza y candelabros de plata heredados. En el centro había un jarrón con unas bonitas flores. Ingmar se sentaba al lado de Britta y él al lado de Isabelle, con Kristina al otro lado. Lo cual significaba que al final de la cena tenía que pronunciar unas palabras de agradecimiento, algo que había hecho muchas veces a lo largo de los años.

Arvid Wellin se aclaró la garganta.

Era un hombre elocuente y de gran agilidad mental. De joven publicó crónicas radicales en la prensa estudiantil, pero con los años había ido adoptando una postura más conservadora. Solo después de muchas copas caía en soflamas que recordaban los salvajes años sesenta.

—Parece que no atan muchos cabos en esa investigación —dijo—. Pero ¿qué se puede esperar en estos tiempos? No hay más que recortes, no se ve un coche de policía por ninguna parte.

—Me pregunto si alguna vez detendrán al asesino del pobre Oscar —dijo su mujer, Kristina.

—No, es un verdadero escándalo que no hayan avanzado más —afirmó Anders Bergenkrantz.

—No digas eso —replicó Britta Rosensjö con un tono de reproche, a la vez que le ponía la mano en el brazo—. Claro que van a detener al asesino de Oscar, faltaría más. Personalmente, creo que fue alguien de los bajos fondos. Además, era abogado. Hay muchos criminales que buscan venganza. —Hizo una pausa y se estremeció.

—Querida, Oscar era administrador concursal —dijo su marido con cierta indulgencia—. No era abogado en causas penales. No creo que entrara en contacto con elementos criminales.

—¿Entonces? —insistió su mujer—. Que sepamos, Oscar no tenía ningún enemigo. Y piensa en su admirable esposa. Pobre Sylvia, se me rompe el corazón al pensar en ella. Es todo tan trágico.

—Imaginad que se hubiera tratado de un error —intervino Ann-Sofie Bergenkrantz, dándose importancia. La papada le tembló ligeramente y se alisó una arruga invisible de su vestido demasiado ceñido.

—Leí que un hombre murió de un disparo cuando estaba fuera cazando alces —continuó—. Quizá fue alguien que iba a cazar aves marinas y, sin querer, se le desvió el disparo.

—Querida —dijo Isabelle von Hahne—, ¿crees en serio que alguien iba a salir a cazar aves marinas en medio de la Vuelta a Gotland?

Isabelle alcanzó la jarra de agua y se llenó su vaso y el de Hans mientras sonreía

para sí.

Ann-Sofie Bergenkrantz estaba segura de que todo el mundo había apreciado su tono de burla y bajó la mirada hacia el plato. Isabelle era siempre así de rotunda en sus declaraciones. Nadie podía poner en duda sus puntos de vista. Avergonzada, sintió que se le encendían las mejillas, pero hizo acopio de valor. En esta ocasión, Isabelle no iba a decir la última palabra.

—Tal vez había hecho negocios con alguien que no era trigo limpio. Siempre me he preguntado de dónde sacaba dinero para vivir como lo hacía. Oscar no tenía bienes de herencia, ¿verdad?

Ann-Sofie miró al resto de los comensales con un ligero gesto de culpabilidad. Era consciente de que no era de buen tono hablar de dinero, pero, sin duda, había algo raro en la economía de Oscar. Ella solía leer a escondidas las listas que publicaban los periódicos de la tarde acerca de los suecos más ricos. Muchos de sus amigos estaban presentes en ellas, pero Oscar no. Resultaba un poco extraño que una persona que vivía como él no tuviera una fortuna conocida de la que se pudiera hablar. Evidentemente, nunca reconocería que seguía con atención la información que se publicaba sobre el capital y los ingresos de sus conocidos, pero no podía dejar de preguntarse cómo era posible aquello. Por ejemplo, ese Swan debía de haberle costado una fortuna.

Vio que Isabelle fruncía la boca. La acaudalada Isabelle, nacida con una cuchara de plata en la boca, era demasiado fina para hablar nunca de dinero. ¿Cómo era posible que siempre pareciera tan superior?, se preguntó Ann-Sofie. ¿Por qué tenía que ridiculizar a quienes, en su opinión, no estaban a su altura? Todos sabían de sobra lo elegante y cosmopolita que era. Y además, estaba delgada, por supuesto, a diferencia de ella, que luchaba constantemente contra sus kilos de más. Ann-Sofie se sintió gorda y torpe.

Ingmar von Hahne, que era mucho más agradable que su mujer, acudió en su ayuda.

—Tal vez fue alguien a quien le molestaba su éxito —dijo con diplomacia mientras la miraba con una sonrisa alentadora—. Oscar había conseguido muchas cosas en su vida, ¿no es verdad?

Agradecida, Ann-Sofie le devolvió la sonrisa. No le cabía en la cabeza cómo un hombre tan simpático podía soportar a una esposa así. Ella nunca le había oído hablar mal de Isabelle; al contrario, siempre suavizaba los fríos comentarios de ella con alguna observación ligeramente irónica. Ingmar era todo un caballero, de eso no había duda. Y pertenecía a la nobleza.

—Imaginaos que alguien pensara que Oscar sufría el síndrome de Hybris —continuó Ingmar—. Los dioses griegos solían castigar a aquellos que se creían invencibles. Oscar lo tenía todo, ¿quizá demasiado para un solo hombre?

–¿Cómo puedes decir eso? –replicó Isabelle, irritada–. Es evidente que tiene que haber sido un criminal quien mató a Oscar. Un asesino de los bajos fondos, como ha dicho Britta. Además, seguro que era un inmigrante –añadió, y se dirigió hacia Hans Rosensjö–. ¿Quieres un poco más de paletilla de cordero? –le preguntó con brusquedad.

Ingmar von Hahne se encogió de hombros y bebió un sorbo de vino. La copa de cristal lanzaba destellos de color rojo oscuro.

Casi como la sangre. Como la sangre de Oscar.

Diana Söder recorrió su apartamento con la mirada y se estremeció. Le parecía sucio, como si alguien hubiera llegado a los rincones más íntimos y hubiera pisoteado con unas botas llenas de barro una preciosa alfombra blanca. El texto que aparecía en la pantalla le nublabla la vista. Se ciñó la bata alrededor de la cintura. Tiritó, aunque no hacía frío. Se sentía absolutamente desprotegida y expuesta, a pesar de que se encontraba en su propia casa y tenía el cerrojo de la puerta echado y la cadena de seguridad puesta.

Fue a la cocina y se volvió a llenar la copa de vino. Le tembló la mano al desenroscar el tapón y vertió unas gotas fuera. Las lágrimas le anegaron los ojos de nuevo, pero trató de controlarse y no ceder al pánico.

En la bandeja de su correo electrónico había cuatro mensajes que habían llegado en los últimos días. Su contenido era casi idéntico al del primero. Largas frases de odio que describían con todo detalle cómo había empuñado el fusil, se había dirigido a mar abierto y había disparado intencionadamente a Oscar. Si no confesaba su crimen, iba a tener razones para arrepentirse. ¿Qué podía hacer? ¿Llamar a la Policía? ¿Entregar los mensajes en los que se aseguraba que había sido ella quien había asesinado a Oscar? Entonces, a lo mejor, le quitaban la custodia de su Fabian. Eso, nunca. Nunca jamás.

Levantó la copa de vino con gesto impetuoso y se bebió la mitad de un trago. Después volvió al dormitorio. El ordenador seguía encendido, no tenía fuerzas para apagar aquella infamia. La fría luz azulada irradiaba un resplandor fantasmal por la habitación.

¿Quién podría ser tan cruel? Destilar tanto odio. No quería ni pensar que alguien le quisiera hacer daño a ella o a su hijo.

Se deslizó debajo del edredón sin quitarse la bata. Tenía tanto frío que le castañeteaban los dientes como a un niño pequeño.

–Oscar –dijo llorando contra la almohada–, Oscar, no puedes estar muerto. No puedes dejarme así. Vuelve.

Domingo, tercera semana

Los insistentes golpes en la puerta despertaron a Thomas con un sobresalto. La noche anterior se le había hecho tarde antes de que, por fin, pudiera salir hacia Harö. Se había pasado todo el sábado en una comisaría vacía repasando los protocolos de los interrogatorios. Cuando, finalmente, se dio por vencido eran casi las seis de la tarde.

Ya en casa, después de tomar una cerveza y dos bocadillos, se quedó dormido casi inmediatamente. El vaso de whisky que se había llevado a la cama estaba intacto a su lado. Era como si alguien hubiera pulsado un botón y lo hubiera apagado; se había quedado dormido en un santiamén.

Adormilado, miró el reloj. Eran casi las diez de la mañana y había permanecido en el mundo de los sueños casi once horas.

Volvieron a llamar y oyó que gritaban su nombre. Parecía la voz de un niño. Se puso un par de calzoncillos y bajó rápidamente de la buhardilla. Cuando abrió la puerta, se encontró a Nora junto con Simon y Adam. Los miró sorprendido.

—Hola, Thomas —le saludó Simon, y le dio un fuerte abrazo. Su ahijado apenas le llegaba a la cintura.

Adam, que tenía cuatro años más, era demasiado mayor para dar abrazos y se conformó con asentir ligeramente con la cabeza.

—¿Qué hacéis aquí, si se puede saber? —preguntó Thomas, a la vez que abría la puerta de par en par para dejarlos entrar.

Una mirada a la cara pálida de Nora le hizo comprender que no era una visita de cortesía normal y corriente. Ella le sonrió con torpeza y le enseñó una bolsa de la panadería de Sandhamn, que olía a pan recién hecho.

—Mamá dijo que te íbamos a dar una sorpresa —dijo Simon colándose por debajo del brazo extendido de Thomas—. ¿Tienes zumo? Mejor de naranja, no me gusta el rojo que dan en el colegio.

Sin dudarle, se acercó al frigorífico de Thomas y él mismo comprobó lo que tenía para beber.

Thomas se hizo a un lado para dejar pasar a Nora y a Adam.

—Lo siento, pero no tengo zumos —dijo—. ¿Puedes arreglártelas con un vaso de leche? Si quieres llegar a ser tan alto y tan fuerte como yo, tienes que beber mucha leche.

Les hizo un guiño a los niños y dobló el brazo derecho para enseñarles sus músculos.

–Me voy a poner algo de ropa. Luego os daré algo de beber y prepararé un café para vuestra madre. –Se volvió hacia Nora–. ¿Has venido en el *Snurran*?

Se refería al barco de la familia Linde, una lancha motora de unos quince pies de eslora con la que iban a bañarse a las islas.

Ella asintió con la cabeza.

–Está abajo en el embarcadero. Al lado de tu Buster. Yo puedo preparar el café mientras tú te vistes. Pensé que ya estarías levantado. No sueles dormir hasta tan tarde.

Nora fue hacia la zona de la cocina para hacer el café, mientras Thomas desaparecía en el cuarto de baño. Se preguntó qué habría ocurrido. Nora tenía los ojos rojos y se veía que había llorado. Seguro que se trataba de algo relacionado con la dichosa casa. Quizá habría sido mejor que no la hubiera heredado. Pero ya era demasiado tarde.

Podía imaginarse a Henrik y a *su querida mamá* presionándola para conseguir lo que querían. En el fondo, creía que Harald, el padre de Henrik, no estaba tan loco. El día de la boda, muchos años atrás, él y Thomas habían compartido una botella de whisky, y el alcohol animó al sobrio diplomático. Cuando ya estaba empezando a amanecer, Harald le demostró que tenía algún rasgo de humanidad. Mantuvieron una conversación agradable acerca de las posibilidades que tenía la selección nacional de hockey sobre hielo de ganar de nuevo el oro en el mundial. Sin embargo, su mujer era realmente odiosa. Y Henrik no era capaz de ver sus defectos.

Nora y Henrik llevaban casados más de trece años, pero Thomas sospechaba que él no había puesto a su madre en su sitio ni una sola vez. Era como si no se diera cuenta de lo insolente de su comportamiento ni de los aires de superioridad que se daba delante de los demás. Por no hablar de cómo se portaba con su nuera. Claro que era hijo único y había estado demasiado protegido por sus padres. Thomas quería mucho a su madre, pero si ella hubiera tratado a Pernilla de la misma manera que Monica trataba a Nora, la habría mandado a hacer puñetas. De eso no le cabía la menor duda.

Cuando salió del cuarto de baño, el café estaba listo y Nora había puesto la mesa y unos bollos en una bandeja. Los chicos ya se habían sentado y preguntaban a coro cuándo podían empezar. Antes de que le diera tiempo a pestañear ya se habían lanzado sobre los dulces.

Nora sirvió el café en dos tazas que había encontrado en el armario que había encima del fregadero.

–Chicos –dijo Thomas–. Si queréis, podéis llevaros los bollos de canela y sentaros al sol en las escaleras. Así os libraréis de estar aquí dentro escuchando aburridas

conversaciones de adultos. ¿No os parece una buena idea?

Los niños salieron y los dejaron solos a Nora y a él. Thomas la miró con pena.

—Dime —le dijo—. ¿Qué es lo que ha pasado?

En cuanto le hizo la pregunta, los ojos de Nora se anegaron en lágrimas. Hundió los hombros, nunca la había visto tan desesperada. ¿Qué me está pasando?, pensó. Últimamente siempre estoy rodeado de mujeres que lloran.

Dio la vuelta a la mesa y se inclinó para abrazarla. Ella se relajó y dejó brotar las lágrimas. Después de un rato, cuando los sollozos se volvieron cada vez más silenciosos, él alargó la mano hasta el rollo de papel de cocina y cortó un buen trozo. Nora se sonó la nariz con fuerza.

—Ahora cuéntame lo que ha pasado —le dijo Thomas—. Se trata de Henrik, ¿verdad?

Nora asintió y se sonó de nuevo la nariz.

—Anoche tuvimos una discusión terrible. La peor que hemos tenido nunca. Henrik quiere que vendamos la casa de Signe. Me dijo cosas horribles. Que soy una egoísta y que solo pienso en mí. —Hizo una pausa para recuperar el aliento.

»Me dijo que yo, por un capricho sentimental, estaba impidiendo que los niños y él disfrutaran de una casa en condiciones en la ciudad. Y, además, me dijo —se interrumpió, parecía como un cachorro desaliñado al que habían apaleado— que realmente se avergonzaba de mí.

—¿Por qué?

—Ese matrimonio de Suiza estuvo ayer viendo la casa. Se comportaban como si ya la hubieran comprado, sin la menor consideración.

Nora le contó la visita y lo que había ocurrido después. Describió el rostro desfigurado de Henrik en la cocina cuando, de pura rabia, golpeó la mesa con el puño cerrado. Las palabras insultantes que habían salido de su boca como un torrente. Una oleada de maldades que parecía no tener fin.

—¿Cómo pudo decir esas cosas? —Hipó—. Fue lo peor que alguien ha dicho de mí en la vida. No puedo entender su empeño en vender la casa. Habíamos hablado de alquilarla.

Las lágrimas empezaron a fluir de nuevo y la nariz se le puso aún más roja.

—Vamos, vamos —trató de calmarla Thomas.

Le dio una palmada en el hombro, en un vano intento de transmitirle algo de consuelo, pero parecía que no servía de nada.

Nora trató de sonreír, pero no lo consiguió.

—Siento haberte despertado; realmente necesitaba hablar contigo. Henrik se ha ido a la ciudad. Se largó con el primer *ferry* de la mañana.

—¿Lo saben los niños?

—No. Les he dicho que ha tenido que ir al hospital. Algo tenía que decirles.

Thomas sintió un impulso irracional de llamar a Henrik y decirle cuatro cosas. Nora había pasado un año excepcionalmente duro y doloroso. Su relación ya iba mal el año anterior, pero Thomas pensó que todo se arreglaría después de lo que ocurrió en Grönskär. Era incomprensible que Henrik fuera capaz de presionarla ahora, pero no dijo nada. Lo más importante en ese momento era conseguir que Nora se tranquilizara. No tenía sentido cabrearse, sobre todo estando los niños allí fuera.

Fue a buscar otro trozo de papel de cocina y Nora le sonrió agradecida a través de las lágrimas.

–Si sigo así, te vas a quedar sin papel de cocina.

–No te preocupes. Tal vez lo mejor ha sido que Henrik se haya marchado. Cuando se tranquilice, seguro que se dará cuenta de que reaccionó de forma exagerada.

–¿Tú crees?

–Está claro que no va a conseguir vender la casa sin tu consentimiento. Eso lo entiende cualquiera. Él te quiere. En el acaloramiento de una discusión todo el mundo puede decir cosas que no piensa.

–Ojalá tengas razón –dijo Nora temblando.

Se retiró el cabello pelirrojo de la cara y se secó las lágrimas una vez más. Sus ojos de color azul grisáceo seguían hinchados, pero parecían más esperanzados que antes. Con gesto desafiante se recogió las mangas de la camisa y se sonó de nuevo la nariz con papel de cocina.

–Ambos conocemos a Henrik –dijo Thomas, tratando de infundirle ánimos–. A veces se le pueden calentar los cascos, pero nunca te haría daño a sabiendas.

En el fondo, no estaba tan seguro de que aquello fuera cierto. Henrik tenía algunos rasgos de egoísmo que Thomas reconocía en Monica Linde. Pero no era buena idea echar sal en la herida. Al menos, no en ese momento.

–Ahora lo que necesitas, por encima de todo, es pensar en otra cosa para que puedas verlo con un poco de distancia. Esto se arreglará, ya lo verás. Henrik recuperará el sentido común. – Thomas le dio un cálido abrazo.

Nora lo miró agradecida y trató de recomponerse.

–Entonces, ¿no soy un monstruo egoísta? ¿No es solo culpa mía? –preguntó con expresión suplicante en el rostro–. En realidad, no me resisto solo por mí. Quizá, en algún momento, los chicos quieran tener una casa en Sandhamn. Se trata también de su futuro.

Se interrumpió unos segundos y tomó un sorbo de café antes de continuar.

–Se me revuelve el estómago solo pensar en esos suizos pretenciosos. Imagínate verlos todos los días por la ventana de la cocina.

–¿Tan terribles son?

–Lo sabes de sobra. No he podido soportar en la vida a la gente así. Paguen lo que

paguen.

Nora era una luchadora, de eso no cabía duda. Saldría de aquella; Thomas lo sabía.

–Eres muy bueno, ¿lo sabes? –continuó–. Me sentía tan mal al despertarme que necesitaba hablar con alguien.

Bajó la mirada y la fijó en la mesa, donde su dedo índice dibujaba pequeños ochos. Luego echó una mirada al reloj y se levantó.

–Tengo que salir a ver dónde están los niños. Llevamos un buen rato aquí sentados. –Se percibía tristeza en su voz, pero también había cierto tono de esperanza–. Seguro que esto también se solucionará. Todo es posible, ¿verdad?

Como de costumbre, la verja estaba abierta. Henrik condujo por el familiar camino de grava, y después de los cien primeros metros se abrió el horizonte y al pinar lo sustituyó un amplio césped con una decena de manzanos. La casa de veraneo de sus padres se encontraba en un pequeño promontorio justo al lado del mar. Henrik había pasado allí todos los veranos desde que era pequeño. Fue su abuelo quien compró la propiedad, en los años cuarenta; buscaba un lugar de veraneo donde hubiera espacio para nietos, biznietos y muchos invitados. Entonces no era tan habitual tener una casa de veraneo en Ingarö, se hizo popular mucho más tarde.

El edificio se quemó a finales de los años setenta, cuando unos ladrones entraron, se quedaron a pasar la noche y no tuvieron cuidado con las velas ni con las cerillas que utilizaron para calentarse. Henrik era solo un niño, pero todavía recordaba la consternación de sus abuelos. Su abuelo había llorado como si se hubiera tratado de un ser vivo.

La casa se construyó de nuevo y cabía preguntarse si no había sido lo mejor. La casa vieja era de los años treinta y no era muy práctica. La nueva se construyó con soluciones modernas y un cuarto de baño en condiciones. Además, para gran alegría de su abuela, se amplió la cocina para que cupiera un lavavajillas. Unos años más tarde, murieron los dos, el abuelo y la abuela, y el padre de Henrik heredó la propiedad.

Durante todos los años que el padre de Henrik estuvo destinado en el extranjero, Henrik y Monica siempre pasaban las vacaciones de verano en Ingarö. Allí conoció Henrik a jóvenes suecos, como Johan Wrede, con quien empezó a practicar la vela. En Ingarö le compraron su primer barco, un Optimist, una embarcación de vela ligera, a la que sustituyó una Laser, que con el tiempo cedió el sitio a un barco de vela ligera de competición internacional: un Flying Dutchman con el casco azul oscuro.

Al final de la adolescencia, participó en una competición con un amigo y el padre de este, que tenía un velero de seis metros. Desde entonces quedó enganchado. Convenció a su padre para que le diera el dinero necesario para comprarse su propio velero de seis metros de eslora. Después reclutó a Johan y a algunos compañeros más para que formaran parte de la tripulación, y el resto vino rodado, con un sexto puesto en el campeonato de Europa, su mayor éxito.

La vela seguía siendo para él lo mejor del mundo. La sensación cuando la proa se deslizaba a través del agua y la adrenalina empezaba a fluir era algo insuperable. Por eso continuó de adulto, a pesar de que tenía una profesión exigente y una mujer y unos

hijos que reclamaban su atención.

Al pensar en Nora se le ensombreció el ánimo. Suspiró profundamente y metió primera antes de aparcar el coche en la explanada de grava, al lado del Audi de sus padres. La noche anterior había estado absolutamente imposible. Primero se pasó horas enfadada y luego, cuando los niños se durmieron, empezó. En un tono lleno de indignación, le había acusado de todo lo imaginable, desde estar obsesionado con el dinero hasta de ser desconsiderado. Él hizo verdaderos esfuerzos por mantener la calma. Detestaba cuando Nora se ponía sensible y acechaban las lágrimas. La cosa siempre terminaba con lágrimas y un intercambio de palabras agrias. Pero al final le resultó imposible callarse y montó en cólera.

Era incomprendible que ella pudiera anteponer su lealtad hacia Signe al bienestar de su propia familia. Si vendían Villa Brandska, los niños podrían disfrutar del tipo de vivienda del que carecían ahora, y con ello, de una plataforma social completamente distinta. Nora no entendía lo importante que era educar a los niños bien, de manera que crecieran en un ambiente acorde con su estatus social, en el que pudieran establecer el tipo de relaciones adecuadas. En la infancia era cuando se sentaban bases para la edad adulta, era entonces cuando se trababan amistades para toda la vida. Él sabía bien lo importante que era. Desde niño había visto con sus propios ojos a su padre moviéndose en los círculos diplomáticos, donde las relaciones personales suponían la clave del éxito. Uno debe codearse con el tipo adecuado de personas, de lo contrario se queda atrás en la carrera. Eso era lo que contaba en el mundo de las élites.

Si uno de los amigos de su padre, un profesor del hospital de Danderyd, no le hubiera escrito una carta de recomendación, seguro que habría tenido que esperar por lo menos un año para conseguir una plaza fija. Sus hijos no debían perder ninguna oportunidad solo porque tenían que seguir viviendo en su pequeño y patético chalé adosado. Pero Nora era sorda y ciega a sus argumentos cuando él intentaba explicárselo.

«¿Cómo puedes ser tan egoísta?», le había dicho. «¿Es que no puedes, por una vez, pensar en alguien más que en ti misma? ¿Qué clase de madre eres, realmente?»

Se pelearon como dos gallos, cada uno a un lado de la mesa de la cocina, mientras las palabras gruesas volaban de un lado a otro.

Vio su cara surcada por las lágrimas, pero le dio igual.

«Y ¡cómo te has comportado delante del agente! Me daba vergüenza. Muecas y suspiros. Lo menos que cabría esperar de ti es un comportamiento decente.»

Cuando por fin se fueron a la cama, estaba agotado. Se quedó dormido inmediatamente, pero había dormido mal. Al despertarse, después de dormir seis horas, decidió abandonar la isla. No podía soportar más los estallidos de Nora. Si

pasaban unos días separados, tal vez entrara en razón.

Lanzando otro profundo suspiro, salió del coche y fue a abrir el maletero de donde sacó una maleta pequeña en la que llevaba lo que necesitaba para pasar la noche.

Antes de que llegara a la puerta principal, su madre ya estaba en el umbral.

—Henrik, querido —dijo, y le dio un beso en ambas mejillas.

—Hola, mamá.

Entró dentro de la casa con la maleta en la mano.

—Tengo café preparado. Siéntate, que te sirvo uno. ¿Has comido algo? ¿Quieres un sándwich?

Daba vueltas a su alrededor como un colibrí entusiasmado. Hablaba sin parar, y aleteaba con las manos haciendo pequeños gestos bienintencionados.

—¿Cómo estás, pequeño? Qué bien que hayas venido para que yo te pueda mimar como te mereces. No entiendo a Nora, a veces, es tan... —Hizo una pausa para encontrar la palabra adecuada—, ... tan irracional. Sí, eso es exactamente lo que es. Y egoísta. Solo piensa en sí misma.

Henrik había llamado a su madre por la mañana para decirle que iba a ir a visitarlos. Le había contado brevemente lo ocurrido entre Nora y él, y Monica había sido todo oídos. Como siempre, se puso sin reservas de su parte y le dijo que, por supuesto, en Ingarö lo recibirían con los brazos abiertos para que pudiera descansar unos días.

Henrik entró en la sala de estar y se sentó en el sofá esquinero a rayas. Siempre le había parecido una sala muy acogedora. Era luminosa, estaba orientada al sol del suroeste y, además del generoso sofá, tenía dos cómodos sillones con sus respectivos reposapiés.

Mientras su madre apuraba los últimos preparativos en la cocina, movido por la vieja costumbre, alcanzó el mando a distancia que estaba sobre la mesa y puso el teletexto. Su madre entró con una bandeja en las manos.

—Será mejor que apagues eso, Henrik —dijo con un suspiro—. Tu padre tiene la televisión puesta todo el día, sin interrupción.

—Por cierto, ¿dónde está? —preguntó Henrik sin apartar la mirada de la pantalla.

—Ha ido a casa de los vecinos. Vendrá enseguida. Mientras tanto, tú y yo podemos hablar un poco.

Su madre colocó en la mesa dos tazas de café con su plato y le alargó otro plato con un par de sándwiches, uno de paté y otro de queso.

—Aquí tienes, voy a buscar el bizcocho y vuelvo enseguida.

Se levantó de nuevo y fue a la cocina. Henrik le dio un bocado a un sándwich y cambió de canal. Cuando Monica volvió, apagó el televisor, obediente.

—Ahora dime, hijo mío —dijo Monica Linde mirando con cariño a su hijo y

acercándole el plato con el bizcocho—. ¿Qué ha pasado?

–Te amo –susurró asombrado.

Qué fácil fue pronunciar esas palabras.

Él ni siquiera sabía que era capaz de pronunciarlas, después de todos aquellos años y todas aquellas mentiras. Sin embargo, de pronto parecían evidentes, como si tuvieran vida propia.

Se llenó de gratitud.

Eso era lo que se sentía al amar y ser amado. ¿Cómo podía haberlo olvidado?

Observó la cara que tenía frente a él. Con el dorso de la mano siguió suavemente la línea de la mejilla y luego bajó hasta el cuello y el pecho.

Era increíble que la piel pudiera ser tan suave y oler tan bien.

–Gracias por existir –susurró–. Te amo con locura. ¿Qué sería de mí si tú no existieras?

–Yo también te amo.

La voz familiar sonó como una caricia. Se besaron y el deseo los arrebató al instante, se extendió por todo su cuerpo y se volvió loco de amor.

–Nunca te dejaré escapar –dijo con voz apasionada–. Nunca jamás.

Lunes, cuarta semana

–**H**ola, ¿hablo con Thomas Andreasson?

La clara voz femenina apenas se oía en el auricular, temblaba, y Thomas tardó un rato en saber quién era. Diana Söder, la amante de Oscar Juliander. Y empleada de Ingmar von Hahne en su galería de arte de la calle Strandvägen.

Thomas estaba sentado delante de su escritorio. Eran alrededor de las nueve y media de la mañana y, al otro lado de la ventana, unas nubes grises cubrían el cielo, un aviso de que el anticiclón estaba a punto de desaparecer.

–¿En qué puedo ayudarle? Parece alterada.

–Hay algo que quiero contar, creo...

Hubo un silencio en el auricular.

–¿Qué es? –Thomas esperó pacientemente a que ella empezara a hablar de nuevo. Mientras, bebió un sorbo de agua del vaso que tenía delante.

–He recibido unos mensajes desagradables. Correos electrónicos con acusaciones terribles.

Thomas oyó que sollozaba.

–¿Qué es lo que dicen? –le preguntó con tacto.

–Dicen que yo... –Se volvió a interrumpir de nuevo, parecía que estuviera haciendo acopio de valor—. Que fui yo quien asesinó a Oscar.

–¿Me lo puede explicar un poco más detalladamente? –le preguntó Thomas con voz suave para no asustarla.

–Dicen que soy una puta.

Entonces se puso a llorar. Apenas podía seguir hablando.

–Dicen todo tipo de cosas horribles. Todo lo que se supone que yo he hecho contra Oscar. No sé qué voy a hacer.

–Necesitaríamos ver esos correos. ¿Podría enviármelos?

–Los que he conservado. El primero lo borré. Pero después llegaron más. Con las mismas atrocidades.

Diana empezó a llorar de nuevo.

–Por favor, reenvíeme los que conserva para que podamos examinarlos inmediatamente. Y si vuelve a recibir otro, póngase en contacto conmigo enseguida.

¿Lo hará?

–Sí –respondió en un susurro—. Muchas gracias.

Margit abrió el primer correo electrónico de Diana Söder. El texto apareció en la pantalla y leyó las escuetas líneas.

Sé que asesinaste a Oscar. Le disparaste porque él no dejaba a su mujer. Eres una puta, una puta asquerosa. Pero pagarás por ello. No creas que vas a poder escapar. Ya lo verás. Ve a la Policía y reconócelo.

El siguiente mensaje no se diferenciaba mucho del primero.

Zorra repugnante, reconoce tu crimen ante la Policía. Pagarás por su muerte. Eres una maldita hija de puta, una adúltera embustera.

El tercero contenía varias acusaciones más del mismo tipo, sin añadir nada nuevo.

—Alguien cree que Diana Söder es una asesina —dijo Margit después de repasar todos los mensajes del correo electrónico.

—La pregunta es: ¿quién? —dijo Thomas.

—¿La esposa?

—¿Sylvia Juliander? —preguntó Thomas. Parecía algo descabellado que la afligida viuda fuera la remitente. Pero ¿quién sabía lo que era capaz de hacer una mujer despechada pasado el primer duelo?

—Tendremos que preguntárselo.

—¿Crees que hay algo de cierto en esos mensajes?

—¿Quién sabe? —dijo Thomas—. Si fuera culpable, ¿nos habría enviado los mensajes a nosotros?

—No, probablemente no. Y ella tiene una coartada sólida. Estuvo en casa de la familia de su hermano todo el día.

Margit volvió a leer en la pantalla.

—El idioma que emplea es anticuado. *Adúltera*. Eso no lo dice nadie hoy en día. ¿Qué puede decirnos eso?

—No sé. ¿Podría tratarse de alguien que piensa en una venganza en el sentido bíblico?

—En ese caso, Diana Söder puede estar en peligro —comentó Margit.

Thomas asintió.

—Tenemos que advertirle que tenga cuidado. No podemos justificar ponerle protección personal. Además, no tenemos recursos para ello.

Siguió observando la pantalla, donde aún estaba abierto el último mensaje.

—Debemos averiguar quién está detrás de esto tan pronto como sea posible —continuó.

–Dáselos a Carina. Se le dan bien estas cosas –dijo Margit.

Thomas asintió con un balbuceo.

–¿Te pones tú en contacto con Sylvia Juliander o lo hago yo?

–Yo puedo hablar con ella –respondió Margit.

Martin Nyrén estaba sentado en la bañera de su Omega 36. Había navegado solc hasta Stora Nassa, un pequeño archipiélago que formaba parte del archipiélago exterior, al noreste de Sandhamn. Con paciencia había limpiado la pintura negra lo mejor posible. Los daños del casco los arreglaría cuando sacara el barco para guardarlo durante el invierno.

Pensaba quedarse hasta la mañana siguiente. Pero después supo que tendría que regresar para participar en una reunión de urgencia, convocada por el comité de gestión. El propietario de un yate grande había tenido problemas con la marcha atrás cuando iba a atracar en la instalación portuaria de Lökholmen, y acabó empotrándose directamente en el muelle. Los daños eran grandes y se vieron obligados a acordonar varios muelles de alrededor. Ahora tendrían que hacerse cargo de una serie de asuntos, desde los temas relacionados con el seguro hasta las reparaciones.

Como siempre, se debían mantener los costes a raya. El Real Club de Vela no era una asociación rica. Se mantenía, pero no daba para mucho más. No se podían subir las cuotas de los socios, que ya eran relativamente altas. Pero ¿qué podían hacer? Tenían que reparar el muelle.

Aflojó la escota que regulaba la vela mayor y viró a sotavento para no perder velocidad. Era hora de buscar un refugio donde pasar la noche. El archipiélago de Stora Nassa no era fácil para la navegación, estaba lleno de escollos y uno podía encallar. Él tenía buen cuidado de vigilar el sonar con frecuencia.

Pasado un rato, llegó hasta una cala solitaria donde podría estar a su aire. Amarró el velero, se instaló de nuevo en la cabina y abrió una cerveza. Disfrutó del silencio reparador, roto solo por el graznido lejano de una gaviota. Ante él se extendían, hasta donde alcanzaba la vista, los islotes grises erosionados con suave perfección por el viento y los elementos. El sol se había convertido en una esfera anaranjada sobre el horizonte. Se reflejaba en el agua oscura como una bola ardiente. Era indescriptiblemente bello e increíblemente plácido. Solo faltaba Indi.

Había sido una noche maravillosa, pensó Martin recordando la noche anterior. Todo se desarrolló con ternura y cariño, y habían sido plenamente felices juntos.

Después, intentó con todos los argumentos posibles que se uniera al viaje a Nassa. A punto había estado de suplicárselo. Ni él mismo sabía por qué le pareció tan importante en aquel momento, pero había anhelado profundamente pasar unos días más juntos sin que nadie los molestara. Solo despertarse a bordo, desayunar juntos y vivir el día como se presentara.

Como siempre, tuvo que escuchar los argumentos habituales. Alguien podría verlos. Era demasiado arriesgado. Una ausencia de varios días requería una planificación anticipada. Tenían que pensar en los niños.

Al final, no tuvo fuerzas para seguir insistiendo. Se calló y se despidió. Tal como solía hacer.

Cómo odiaba aquel secretismo y los tapujos con que se veían. Aquello era humillante a su edad. Esas eran cosas de adolescentes, no de personas adultas. Aun así, se sentía más optimista que nunca. Habían hablado por primera vez de un futuro común. Lógicamente, con muchísimo tacto, solo habían pasado por encima, como si hablaran de un sueño lejano. Pero eso le dio esperanzas. Podía seguir escondiéndose durante mucho tiempo si existía la posibilidad de que algún día vivieran juntos.

Un mensaje de texto para desearle buenas noches seguro que podía permitirse. Con una sonrisa, sacó su móvil.

En realidad, no se deberían leer los mensajes de otras personas. Cada uno tenía derecho a su vida íntima. Había que respetarlo, incluso en un matrimonio. Por eso, en una situación normal, el teléfono móvil que había sobre la mesa del recibidor debería permanecer en paz. El mensaje que acababa de entrar debería haber permanecido sin abrir hasta que el propietario del teléfono volviera a casa. Pero el tono de la señal acústica de entrada resonó en el silencioso pasillo llamando su atención, y la tentación fue demasiado grande.

Solo con pulsar el botón apareció el texto en la pantalla.

Lo que leyó le hizo hervir la sangre. La rabia le crecía en el pecho hasta el punto de dificultarle la respiración y cuando se pudo sostener en pie, ya era demasiado tarde. Lo que había leído no lo podría olvidar jamás.

Humillación, repetía su cerebro. Desaire y humillación. Hay alguien que es mucho mejor. Te va a abandonar. Todos se reirán de ti. Tu vida está acabada.

No había ninguna duda. Eran solo unas pocas palabras, pero las suficientes como para tomar una decisión.

Gracias por una noche maravillosa. No puedo esperar hasta que podamos pasar juntos todas las noches. Martin.

Aquello era inaceptable. Y tenía que acabar.

Martes, cuarta semana

Lloviznaba ligeramente; era una lluvia de finales de verano, que no resultaba desagradable en absoluto. Pero se notaba que el mes de julio pronto daría paso al de agosto, las tardes ya eran más cortas. Cuando caía la noche hacía más fresco.

La casa de la calle Birkalidsgatan estaba vacía y abandonada. Fue construida en los años treinta y la fachada original se había ido oscureciendo con la contaminación y el humo de los tubos de escape. No le habría venido mal una limpieza, pero era una de las pocas casas de una calle en la que casi no había otra cosa que locales comerciales. No tenía copropietarios que quisieran elevar el valor de sus apartamentos por medio de una costosa renovación.

A esas horas, los vecinos que no estaban de vacaciones habían salido hacía tiempo del trabajo, habían cerrado los locales y se habían apresurado a volver a casa con la familia. No se veía luz ni en una sola ventana. Era una casa estupenda para su propósito.

La llave del portal se deslizó fácilmente en la cerradura. Un giro rápido y la puerta se abrió. El local estaba unas cuantas escaleras más arriba; sus ventanas a la calle ofrecían una vista perfecta de la calle Birkalidsgatan 22 B. No habría ningún problema para disparar a esa distancia.

Las llaves de la puerta estaban tan bien hechas como las del portal, también la verja de seguridad de hierro negro se abrió sin hacer ruido. El almacén oscuro y silencioso constaba de un único espacio amplio. Al fondo, a la derecha, se veía un servicio y una pequeña cocina con una mesa redonda y cuatro sillas. Olía a cerrado, pero también se podía adivinar un ligero olor a trementina. Por todas partes había cuadros apoyados contra la pared.

Era demasiado arriesgado encender las luces del techo, pero el resplandor de las farolas de la calle bastaba para orientarse. La pequeña linterna de bolsillo también ayudaba, dirigida discretamente hacia abajo para que no se viera desde la calle. Además, había un potente foco en el portal 22 de la calle Birkalidsgatan. Despedía una luz brillante, de modo que quien tuviera que introducir el código o abrir tuviera luz suficiente y no tuviese que buscar a tientas en la oscuridad. En otras palabras, la luz suficiente para poder apuntar. Lo suficiente para matar.

Las diferentes partes del arma estaban cuidadosamente guardadas en la bolsa gris de regatista. No pesaba casi nada, dos kilos como mucho. Solo le llevó unos minutos

preparar la bolsa con la munición y las piezas del arma y solo le llevaría unos pocos minutos también montar el rifle de nuevo. La pequeña caja, marcada con .22 WMR estaba en el fondo de la bolsa. Los cartuchos de color bronce brillaron a la luz de la linterna. Le atraían aquel metal brillante y la forma oval tan perfectamente adaptada para su objetivo. Que algo tan pequeño pudiera provocar semejantes lesiones en el tejido humano era realmente impresionante.

En el cargador del rifle cabían once cartuchos. Cada bala se deslizó suavemente dentro, y el fusil estuvo listo para su uso. Ya solo quedaba esperar.

Esta vez no había tanta prisa. La última vez tuvo que hacerlo todo en cuestión de segundos. El tiempo había sido muy escaso en el mar y el riesgo de que lo descubrieran, mucho más grande.

Ahora solo se trataba de tener paciencia. Pronto llegaría a su apartamento. Si no era hoy, sería mañana.

Tenía todo el tiempo del mundo para esperar a Martin Nyren.

La reunión de aquella noche en la comisión de gestión había resultado inusualmente inútil, se dijo Martin Nyrén. Lanzó un suspiro y pensó que sus colegas a veces parecían incapaces de tomar decisiones. Se habían pasado todo el tiempo dando vueltas a las mismas cosas. Lo único que quedó claro es que tendrían que reunirse de nuevo dentro de una semana para tomar una decisión definitiva sobre las reparaciones de Lökholmen.

Lo habían llevado desde Saltsjöbaden hasta Slussen, donde tomó el metro de vuelta hasta la estación de Sankt Eriksplan. Nadie más se apeó y estaba solo en el andén. Ya eran casi las once de la noche. Aunque normalmente solía subir andando por las escaleras mecánicas para hacer ejercicio, se detuvo con el pie en el primer escalón.

La relación con Indi no dejaba de atormentarlo; a veces la añoranza se volvía insoportable. Durante los días que había pasado en el mar, había pensado mucho en Indi. ¿Debería ser más insistente, tal vez, incluso, darle un ultimátum?

Cuando estaban juntos, su amor era fuerte, no había ningún problema en el mundo. Pero odiaba las separaciones cuando aquellos breves encuentros llegaban a su fin. La soledad que se adueñaba de él después. Quería llegar a vivir juntos una vida normal, una vida en la que convivieran a diario, riñeran por la colada o por quién tenía que hacer la comida, una vida en la que al volver a casa la luz estuviera encendida.

Paciencia, se recordó a sí mismo. Tienes que tener paciencia.

Cuando salió a la plaza de Sankt Erik fue un alivio respirar el aire fresco de la noche. El centro de la ciudad se podía volver sofocante en verano y ya estaba deseando salir con su velero. Se estremeció al pensar en el vandalismo del que había sido objeto su Omega. Tenía que haber sido una gamberrada. ¿Qué podía ser si no?

Tenía que denunciar los daños a la Policía, lo obligaba la compañía de seguros. Pero ¿iba a decir algo de lo demás? ¿Que creía que había entrado alguien en su apartamento, aunque no podía demostrarlo? ¿Que se sentía espiado cuando iba por la calle? ¿Que temía que lo del barco no fuera una gamberrada de unos adolescentes que la habían tomado con su barco?

Ya se podía imaginar cómo se iban a reír de él en la comisaria cuando les contara sus temores. Y además, ¿qué podrían hacer ellos al respecto? No podían protegerlo a él y a su barco veinticuatro horas al día.

Miró a su alrededor con un poco más de atención en la oscuridad de la noche, aceleró el paso y se ciñó la clara gabardina. La temperatura debía haber bajado seis u ocho grados desde que había anochecido.

Sacó el móvil del bolsillo y palpó suavemente su carcasa de metal. ¿Y si le enviaba un mensaje de texto a Indi? ¿Solo para darle las buenas noches?

Era tentador. ¿Por qué no? La sola idea hizo que se sintiera mejor. De alguna manera, seguro que todo les saldría bien, lo presentía.

La figura solitaria con la gabardina clara apareció a lo lejos.

La calle estaba solitaria y silenciosa, y todavía quedaban libres varias plazas de aparcamiento aunque era tarde por la noche.

Eso lo facilitaba todo.

Es cierto que no habría sido un obstáculo importante que hubiera ido acompañado. Ni siquiera el testigo más avezado tendría tiempo para percibir la bala antes de que fuera demasiado tarde. Pero era un asunto menos del que preocuparse. Complicaciones innecesarias, cuantas menos, mejor.

Ahora se trataba de apuntar. Cada momento había sido cuidadosamente pensado con antelación: abrir la pequeña ventana de ventilación, asomar unos centímetros el cañón del fusil, controlar que el ángulo fuera perfecto. Esperar la ocasión de disparar.

A través de la mira telescópica apareció con claridad Martin Nyrén. Caminaba despacio. Parecía que iba pensando en algo, porque avanzaba ajeno a lo que pasaba a su alrededor y apenas miraba. Tenía en la mano un teléfono móvil, pero no hablaba con él. Cuando llegó al portal, se detuvo un momento para mirar el reloj. Luego se inclinó hacia delante para introducir el código de la puerta.

Ese pequeño movimiento era todo lo que se necesitaba. El cuerpo estaba en una posición perfecta, como si se hubiera colocado voluntariamente en el centro de la mira telescópica. Una ligera presión con el dedo en el gatillo y era como si el tiro se hubiera disparado solo.

El disparo apenas se oyó, el silenciador fue tan eficaz como la vez anterior. Martin Nyrén recibió el impacto justo en la sien. Fue un tiro perfecto, un orificio de entrada limpio. Unas salpicaduras, nada más.

Martin se quedó inmóvil durante unos segundos, pero parecía como si sus dedos instintivamente siguieran introduciendo el código para poder escapar del desconocido atacante. Después se le doblaron las piernas y cayó contra la puerta del portal. Se deslizó lentamente por la superficie de cristal y acabó en el suelo. Pareció un movimiento grácil, como si lo hubiera ensayado de antemano. Casi se podría creer que estaba dormido.

Y pensar que era así de sencillo matar a una persona. Que era tan simple.

La primera vez había sido absolutamente necesario, fue imposible resolver el

problema de otra manera. Cuando sopesó todas las alternativas a favor y en contra, tuvo claro que Oscar tenía que morir.

Después, también Martin tenía que desaparecer. Antes de que las cosas se le fueran de las manos.

De repente, le fue más fácil respirar. Una sensación de paz se instaló en su cuerpo. Aquello era mejor que husmear en su apartamento, mejor que seguirlo por la ciudad o aplacar su humillación destrozándole el barco.

Se había restablecido la armonía y Martin Nyrén era el responsable. Su muerte era la justa consecuencia de un comportamiento que no se podía tolerar.

Ni un día más. Ni por un minuto.

La llamada llegó a las 23.55. Faltaba poco para que el martes dejara paso al miércoles. La mujer que llamó parecía histérica, y al operador le costó al principio entender lo que trataba de decir. Fueron necesarios varios intentos antes de que ella se calmara y pudiera contar lo ocurrido.

Había un hombre fuera de la puerta del portal. Tenía sangre en la frente. Ella lo había encontrado cuando volvía a casa desde el aeropuerto de Arlanda; era azafata.

Se dio la alarma a través de la Central Provincial de Comunicación y, afortunadamente, había un coche de la policía cerca, al otro lado del puente de Sankt Erik. Solo tardó unos minutos en llegar allí.

Habían enviado una ambulancia. La mujer dijo que el hombre estaba muerto, pero el operador no quería correr riesgos y enviar un furgón policial, que era el transporte normal de cadáveres.

Finalmente, salió también un equipo de forenses de la brigada técnica de Estocolmo.

La patrulla que llegó al lugar pudo constatar que la azafata había entendido perfectamente la situación. El hombre tendido en las escaleras de la calle Birkalidsgatan 22 B estaba muerto. La causa probablemente se encontraba en el orificio que tenía en la sien. Además, había bastante sangre y tejido cerebral en el cristal esmerilado de la puerta.

La azafata estaba sentada al lado, en la acera. Estaba claramente conmocionada y tenía un poco de sangre en el uniforme.

Cuando el primer policía, un joven de unos treinta años, intentó hablar con ella, comenzó a llorar. Con delicadeza, él le ayudó a entrar en el ascensor y a subir a su apartamento. Había que esperar a que se calmara para poderla interrogar.

Conny Malmsten, miembro de la brigada técnica de Estocolmo, llegó poco antes de que lo hiciera la ambulancia. La Policía ya había acordonado la zona. Era discutible si los cordones policiales cumplían alguna función, pero era lo que había que hacer. Antes de que se aseguraran todas las huellas, era importante reducir al mínimo el número de personas que se movían en el escenario del crimen.

Tampoco Conny Malmsten tuvo que pensar mucho acerca de la causa de la muerte.

–Creo que le han disparado allí mismo –dijo uno de los colegas uniformados al

acercarse.

–Eso parece.

Malmsten examinó la escena que tenía delante. La sangre que había corrido por la mejilla del hombre había coagulado y las salpicaduras de los fluidos corporales indicaban que se trataba del escenario original del crimen. Rápidamente sacó su cámara digital. Las fotografías se utilizarían después en la investigación para apoyar el desarrollo de los hechos y como material probatorio. Mientras sacaba las fotografías, se iba haciendo también una idea de lo que había sucedido.

Por lo que podía apreciar, no había restos de pólvora en la piel. Eso indicaba que le habían disparado desde lejos. Y que la probabilidad de que el asesino hubiera dejado huellas en el lugar del crimen era pequeña.

Cuando terminó con las fotos volvió a guardar la cámara en su pesado maletín. Él era siempre muy cuidadoso a la hora de colocar sus diferentes instrumentos. Cada cosa tenía su sitio. Nada le irritaba más que encontrar algo mal colocado. Eso podía arruinar un día entero de trabajo.

Conny Malmsten saltó por encima del cuerpo y abrió la puerta despacio. Se abrió hacia dentro, de manera que no tenía que tocar el cadáver. Miró a su alrededor y se asomó al hueco de la escalera, pero no encontró nada raro. Volvió a salir y tuvo cuidado de nuevo para no tocar al muerto.

En la escalera, al lado del cuerpo, distinguió un teléfono móvil. Lo recogió y vio que parecía roto de verdad, la placa de atrás se había desprendido y las piezas estaban sueltas. Sacó una bolsa de plástico e introdujo todo en ella. Si se podía reparar, seguro que sus colegas estarían muy interesados en averiguar a quién había llamado el hombre asesinado.

Con las manos cubiertas por los guantes de plástico, tocó suavemente el cráneo para ver mejor por dónde había entrado la bala. Después sacó unos bastoncillos para recoger huellas biológicas.

Todos los fluidos corporales que había en el lugar del crimen debían quedar asegurados.

Iba a ser una noche larga.

Miércoles, cuarta semana

Eran las siete y media de la mañana. El ambiente que se respiraba en la sala era tenso.

—¿Qué sabemos? —preguntó el Viejo, que no parecía estar muy en forma. Se sonaba la nariz una y otra vez con un rollo de papel higiénico que había sobre la mesa—. ¿Qué sabemos acerca de lo que ha ocurrido? —repitió. Bebió de su taza de café y miró a los demás.

La noticia de la muerte ocurrida aquella noche le había dejado helado. Sin duda, tenían que intensificar la investigación. Aún estaban lejos de terminarla. La agencia de noticias TT ya se había puesto en contacto con ellos, y el portavoz de prensa estaba hasta arriba de llamadas. El asesinato de Nyrén había copado la atención de los informativos de radio y televisión. Otro miembro de la junta directiva del Real Club de Vela de Sandhamn había sido asesinado.

Thomas parpadeó y trató de concentrarse. Llevaba levantado desde las cinco de la mañana, cuando lo llamó Hans Rosensjöo alarmado para contarle que habían encontrado a Martin Nyrén muerto delante del portal de su casa.

A Rosensjöo lo había llamado el hermano de Nyrén, que, cuando le informó la Policía, vio inmediatamente la relación con Juliander.

Entonces Thomas se vistió enseguida y fue a la comisaría. Allí había pasado una hora de intenso trabajo tratando de averiguar lo que había ocurrido durante la noche. Habló con la brigada técnica y obtuvo una descripción de lo que habían hallado en el lugar del crimen. Conny Malmsten, técnico forense, que fue el primero en llegar, había compartido con él sus conclusiones.

—La víctima se llama Martin Nyrén —dijo Thomas mirando a sus colegas—. Tenía cincuenta y tres años y estaba soltero. Vivía en un apartamento de tres habitaciones en Birkastan y trabajaba de subdirector en la Cámara de Comercio. Era abogado y, desde hacía varios años, formaba parte de la junta directiva del Club de Vela de Sandhamn, era presidente del comité de gestión.

—¿Qué es eso? —preguntó Erik.

Thomas consultó su bloc de notas.

—Es un comité que gestiona el mantenimiento de las propiedades y esas cosas. Se encarga de todos los asuntos prácticos que tengan que ver con las instalaciones del club.

–¿Qué ocurrió? –preguntó Margit.

Thomas levantó una de las fotos tomadas por Malmsten, que la brigada técnica Forense le había enviado por correo electrónico. La posición del cuerpo se veía con claridad. La espalda encogida, las piernas extendidas y la cabeza debajo de un cristal manchado.

–Parece como si estuviera durmiendo –dijo Kalle.

–Entonces, estaba en la junta directiva con Juliander y era también abogado –dijo el Viejo, y se sonó de nuevo–. ¿Existe alguna otra relación entre ellos?

–No lo sé –contestó Thomas–. Tenemos que averiguarlo.

–¿Y el arma del crimen?

–Un disparo. En la cabeza. La bala entró directamente en el cerebro. Murió en el acto.

–Así que tenemos otro muerto por disparo –constató el Viejo, cansado.

–¿Han empezado ya con la autopsia? –preguntó Margit.

–Lo harán esta mañana. Acabo de hablar con Sachsen, que ha dejado todo lo demás a un lado. Me ha dicho que podíamos pasarnos por allí a la hora del almuerzo, entonces sabría algo más.

–¿Alguna otra cosa? –preguntó el Viejo.

–Conny Malmsten dijo que a Nyrén le dispararon desde lejos –explicó Thomas–. No había restos de pólvora y el orificio de entrada era pequeño.

–¿Un rifle entonces? –dijo Margit.

–Probablemente. Tendremos que esperar el análisis de balística para saber con seguridad si se trata de la misma arma que utilizaron contra Juliander.

–¿No había nada más en el lugar del crimen? ¿Un casquillo vacío, o algo por el estilo?

–No.

A Juliander lo habían asesinado con una bala de punta hueca, que se le quedó en el cuerpo. Una bala con el revestimiento completo probablemente habría atravesado la cabeza de Nyrén y habría salido por el otro lado. El silencio se extendió por la sala. La similitud con el primer asesinato era evidente.

–¿Qué posibilidades hay de que a dos asesinos diferentes les dé por matar a dos miembros de la misma junta directiva y, además, por el mismo procedimiento? –preguntó Margit despacio, apoyando la barbilla en la mano.

–Muy pocas, supongo –contestó el Viejo.

–¿Qué significa eso? –preguntó Margit retóricamente.

–Que tenemos un loco que anda suelto y tiene algo en contra de esa asociación de vela –respondió Thomas–, o, al menos, contra los miembros de su junta directiva.

–Ahora la conexión evidente es el Real Club de Vela –dijo Margit–. Tenemos que

empezar por ahí.

–Tendremos que ver si alguna persona de la junta necesita protección personal –el Viejo se dirigió a Margit–. Tú y Thomas os ocuparéis de ello.

Margit observó su nariz, que no dejaba de moquear, y sus ojos hinchados.

–¿No deberías irte a casa? –le preguntó con franqueza.

El Viejo hizo un gesto desdeñoso.

–Tenemos que volver a hablar con la viuda de Juliander –dijo Thomas–, quizá sepa algo acerca de la conexión entre las dos víctimas. Y la vida de Nyrén hay que investigarla cuanto antes.

–Esto arroja nueva luz sobre Holger Alsing –añadió Margit–. Tenemos que comprobar si ha estado realmente en Mallorca todo el tiempo. Porque, en ese caso, probablemente podemos tacharlo de la lista. Al menos, si se demuestra que la bala procede del mismo rifle.

–Es decir, que volvemos a la casilla de salida –resumió el Viejo. Se sonó la nariz una vez más y se levantó cansado para acudir a toda prisa a la rueda de prensa que se había convocado.

–Deberías irte a casa y acostarte –repitió Margit.

Ingmar von Hahne volvió a colocar el auricular del teléfono en su base sobre la mesita de noche.

Su esposa regresó del baño y lo miró con curiosidad.

–¿Quién ha llamado tan temprano?

–Martin Nyrén ha recibido un disparo –contestó Ingmar von Hahne. Tenía los ojos abiertos de par en par por la sorpresa y la cara pálida.

–¿Qué has dicho? –preguntó Isabelle, paralizada, desde el vano de la puerta.

–Martin Nyrén ha sido asesinado.

–¿Han matado a Martin?

–Sí –respondió Ingmar von Hahne–. Era Hans el que ha llamado. Alguien disparó ayer por la noche a Martin delante de su portal. Al parecer, murió en el acto. ¡Dios mío!

Se quedó mirando el teléfono de nuevo como si no creyera la información que le acababan de dar. Estaba tan pálido que parecía a punto de desmayarse.

Isabelle se había quedado muda por una vez. El silencio se extendió por la habitación. Ingmar seguía como paralizado, sentado en el borde de la cama, y respiraba entrecortadamente.

–Tenemos que llamar a la Policía –dijo Isabelle finalmente, a la vez que se apretaba el cinturón de la bata.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó Ingmar con voz ronca.

–Es necesario que te pongan protección –contestó ella–. Si hay un loco por ahí que anda disparando a los miembros de la junta directiva, tú puedes ser el siguiente.

Ingmar fue incapaz de contestar.

–No falta mucho tiempo para que te elijan presidente. ¿Acaso lo has olvidado? –añadió.

Él ocultó la cara entre las manos. Luego se volvió a meter en la cama.

Isabelle salió del dormitorio e Ingmar se quedó mirando fijamente al techo. ¿De qué servía llamar a la Policía? ¿De qué servía nada?

«Volvemos a la casilla de salida», había dicho el Viejo. Cuando Thomas aparcó detrás del edificio de ladrillo rojo donde se encontraba la Unidad de Medicina Forense, no pudo evitar pensar en sus palabras.

Como de costumbre, tuvieron que esperar un rato antes de que llegara Sachsen desde la sala de autopsias hasta la puerta de cristal estriado. Parecía cansado y desmejorado. A él también le habían despertado al amanecer.

Lo siguieron por los largos pasillos hasta que llegaron a la sala de autopsias. Abrió la puerta y entró el primero. Sobre una camilla de acero había un cuerpo tapado con una sábana, y Sachsen retiró la tela para que pudieran ver a Martin Nyrén. Lo habían cosido después de la autopsia y nadie podría creer que hacía poco tiempo había estado con el pecho abierto.

Aparentaba menos de cincuenta y tres años, pensó Thomas. Tenía el cabello entrecano, sí, pero apenas se le había caído, a diferencia de muchos hombres de su edad. Su rostro parecía tranquilo. Probablemente no se había dado cuenta de que su vida estaba a punto de acabar.

Thomas dio una vuelta a la camilla para mirar más de cerca el cuerpo de Nyrén. No había ninguna marca especial. Estaba en buena forma física, con una pizca de sobrepeso, pero sin exagerar. Le habían operado de apendicitis, una cicatriz antigua a la derecha del ombligo revelaba la intervención.

—¿Qué puedes decirnos? —preguntó Margit.

Sachsen sacó las gafas del bolsillo de la bata y empezó a hojear el informe de la autopsia para refrescarse la memoria.

—Vamos a ver lo que tenemos aquí. —Sacudió los papeles—. Como dije por teléfono, la muerte fue instantánea. La bala entró por el lóbulo frontal derecho, penetró hasta el hemisferio derecho del cerebro, donde se detuvo. Por el camino, fue desgarrando la suficiente masa cerebral como para quitarle la vida a la víctima de manera rápida y eficaz.

—¿Nos puedes decir algo del ángulo? —Margit se inclinó para ver el orificio de entrada. Era de apenas un centímetro y parecía limpio. Casi como una incisión quirúrgica.

—Parece que recibió el disparo desde arriba en diagonal. La bala ha atravesado el cerebro en un movimiento descendente. Lo que sugiere que el asesino se encontraba a mayor altura que la víctima.

—¿Cuánto más alto? —preguntó Thomas.

–Es difícil decirlo. Un poco más.

–¿Cuál crees que era la distancia entre el asesino y la víctima?

Thomas recordó que la última vez el tiro había sido disparado entre cincuenta y cien metros de distancia.

–Una distancia considerable. No hay restos de pólvora. Por lo tanto, estamos hablando de unos cuantos metros, entre los veinte y los ochenta. No me atrevo a ser más preciso.

–¿Y la bala?

Sachsen se volvió y sacó un objeto pequeño de un recipiente de metal. La sostuvo para que pudieran mirarla.

–Es sospechosamente similar a la primera –dijo Margit.

–Sí. La misma forma de seta, el mismo tipo de metal.

–¿Cuándo la enviáis para hacer el análisis de balística?

–Esta tarde.

–¿Cuánto tiempo tardaremos en recibir los resultados?

–Eso tendrás que preguntárselo a los de Linköping. Puedes solicitar prioridad –dijo Sachsen antes de que Margit pudiera abrir la boca–. Seguro que ya lo habías pensado, ¿no?

–¿Qué te parece si vamos directamente a la calle Birkalidsgatan? –preguntó Thomas cuando se sentaron de nuevo en el coche–. Me gustaría ver el escenario del crimen, aunque ya esté limpio. Qué lástima que no nos llamaran anoche.

Margit se encogió de hombros.

–La Central de Emergencias no podía saber que este asesinato estaba relacionado con el otro. No puedes pedir que nos lean el pensamiento. El oficial de guardia se puso en contacto con la Policía del distrito donde se cometió el asesinato, que es sencillamente lo que debía hacer.

Thomas no se dejó deslumbrar por la lógica del razonamiento de Margit.

–Si he entendido correctamente lo que ha dicho el Viejo, tenemos que hacernos cargo de la investigación de todos modos. Ya no hay nadie que ponga en duda la relación.

Thomas puso en marcha el coche.

–No puede llevarnos mucho tiempo ir allí. Solo tenemos que cruzar por el puente de Solna.

Cinco minutos más tarde, Thomas aparcó el coche en una calle transversal, a unos pocos cientos de metros del lugar donde había perdido la vida Martin Nyrén.

Cerró el coche y observó la calma que reinaba en la zona. Había pocos coches aparcados en las calles, y en las aceras se alineaban muchos comercios pequeños y cafés. Era como un pequeño remanso de paz en el centro de Estocolmo.

Cuando llegaron a la calle Birkalidsgatan 22 B, aún se veían ligeramente en las escaleras las manchas de sangre de Martin Nyrén. Alguien había intentado limpiar el cristal de la puerta, pero todavía se podía ver que una mancha recorría el cristal.

Thomas levantó la foto que hizo Malmsten del escenario del crimen. A pesar de la oscuridad, era sorprendentemente nítida. No era difícil distinguir los rasgos de Nyrén. Tenía la cara tan serena como en la sala de autopsias.

—Ponte en la puerta —dijo Thomas—. Vamos a tratar de reconstruir lo sucedido. Él volvía a casa, eso lo sabemos. Puesto que recibió el disparo fuera, probablemente iba a abrir la puerta. Y ahí se quedó.

Margit se volvió hacia el portero automático con código de apertura, que estaba a media altura en una de las paredes, y se inclinó un poco hacia delante.

—¿Así? Si él estaba introduciendo el código y recibió el disparo en la sien derecha, debería estar más o menos en esta postura, ¿no?

Thomas la miró y asintió.

—El forense ha dicho que lo dispararon desde lejos, desde una distancia de, al menos, veinte metros, probablemente más. Además, en diagonal desde arriba.

Retrocedió hasta el otro lado de la calle, de manera que estaba de espaldas a la casa de enfrente. La distancia era correcta, unos veinte metros, pero seguía estando a la misma altura que Margit.

Thomas se dio la vuelta. El edificio que había allí parecía ligeramente descuidado.

Margit cruzó la calle y se acercó a Thomas.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —Miró la puerta del otro lado de la calle—. ¿Y si el asesino estaba aquí? Arriba, en esa ventana, por ejemplo.

Se protegió los ojos con la mano y señaló a la primera hilera de ventanas, unos metros más arriba. Luego se inclinó para leer el cuadro que había en la entrada, donde aparecían ordenados los nombres de los inquilinos.

—Parece que en este edificio solo hay locales comerciales. No veo el nombre de ninguna persona, solo empresas.

Thomas leyó el cuadro por encima del hombro de Margit. De pronto, se detuvo. galería de arte Strandvägen, decía en una de las placas de color metálico, perfectamente alineadas unas encima de otras.

Thomas recordó el rótulo escrito con letras elegantes que había en la puerta de

entrada de la galería de arte de Ingmar von Hahne. Ingmar von Hahne, que era miembro de la junta directiva del Real Club de Vela de Sandhamn y el jefe de la amante de Juliander. Aquello no podía ser una coincidencia. Alguien había entrado en su local para disparar a Martin Nyrén. ¿Había sido él mismo? Y en ese caso, ¿por qué?

–Ven –le dijo a Margit–. Vamos a subir primero al apartamento de Nyrén. Después, ordenaremos un registro del almacén.

Thomas abrió la sólida puerta de roble y saltó por encima de un periódico de la mañana que había sobre la alfombra del vestíbulo. En el apartamento se respiraba un aroma fresco, a limpio. Saludó a uno de los técnicos que estaba asegurando las huellas.

–¿Cómo va?

El hombre levantó la vista del trabajo.

–Así, así. Aquí está todo muy bien ordenado para mi gusto. Probablemente, haya estado aquí recientemente alguna empresa de limpieza. Por desgracia, está tan limpio como una patena.

–¿Has encontrado alguna huella dactilar?

–Todavía no. Pero no he terminado. –Sonrió, confiando en su profesionalidad.

El amplio apartamento dejaba claro que su propietario se ocupaba de su casa. La decoración era lujosa, pero no ostentosa, y todas las habitaciones estaban bien ordenadas. De las paredes colgaban cuadros de colores llamativos, y en la ventana del cuarto de estar se disponía una hilera de bellas orquídeas blancas en macetas iguales. Todo parecía muy ordenado.

Nada que ver con el típico apartamento de soltero, pensó Thomas, y recordó su propio apartamento, tan parcamente amueblado. Una casa que era un sitio donde pernoctar, no mucho más.

Dieron una vuelta al apartamento y se tomaron su tiempo mientras intentaban formarse una idea de la víctima.

Thomas levantó el auricular del teléfono y trató de marcar el código del contestador automático. Pero no había mensajes guardados, ni antiguos ni nuevos.

En el dormitorio, el orden era tan perfecto como en el resto del apartamento. La decoración era de colores sobrios. En la mesilla de noche se apilaban varios libros, pero Thomas no reconoció a ninguno de los autores. En el escritorio vio algunos cables del ordenador desconectados, señal de que los técnicos ya se habían llevado el ordenador de Nyrén. Con un poco de suerte, ya estarían trabajando para abrirlo y

revisar el contenido. Entraron en la cocina, que también estaba muy limpia. Unos grandes fogones de gas dominaban la estancia. Margit abrió el frigorífico.

—No es precisamente el frigorífico vacío de un soltero —dijo señalando el interior.

Thomas se inclinó hacia delante para ver mejor.

Las baldas estaban llenas. Pudo ver quesos franceses, varias tabletas de chocolate y un gran trozo de queso parmesano al lado de un bote de aceitunas de Kalamata. En uno de los compartimentos para las bebidas había dos botellas de champán.

—¿Crees que estaba esperando una visita? —preguntó Margit—. ¿O eran sus provisiones habituales?

—Sí, me gustaría saber quién se iba a beber todo esto.

Entraron en el cuarto de baño, con azulejos grises en las paredes.

—Thomas —dijo Margit—. ¿No vivía solo?

—Sí.

—En ese caso, ¿por qué hay dos cepillos de dientes en el vaso?

–¿Puede decirnos dónde se encontraba el martes por la noche? –preguntó Thomas.

Ingmar von Hahne tenía un aspecto horrible. Ojeroso y demacrado. El contraste con el aspecto bronceado que tenía hacía apenas un mes en Sandhamn no podía haber sido más grande.

–Estaba en casa. En el apartamento.

–¿Hay alguien que pueda dar fe de ello?

–No –respondió, vacilante–. Estaba solo en casa. Al menos hasta la medianoche. Entonces vino mi esposa y un poco después mi hija. Marcus, mi hijo, sigue de vacaciones.

–¿Conocía a Martin Nyrén? –preguntó Thomas.

Ingmar von Hahne asintió sin decir nada. Thomas señaló la grabadora y le pidió que respondiera con palabras para que quedara registrado en la cinta.

–Sí, lo conocía.

–¿Puede describir su relación?

Hubo un momento de silencio.

–Nos conocimos a través del Real Club de Vela –dijo Ingmar von Hahne finalmente–. Él presidía el comité de gestión. Yo era secretario de la junta directiva.

–¿Cómo se enteró de que había muerto?

–Hans Rosensjö me llamó esta mañana y me contó lo ocurrido. Me dijo que Martin Nyrén había sido asesinado. –Ingmar von Hahne los miró resignado–. ¿Quién es el loco que anda suelto?

–Martin Nyrén fue encontrado delante de la puerta de su portal en Birkastan. Creemos que la persona que le disparó se encontraba en el edificio de enfrente –dijo Margit, que hasta entonces había dejado que Thomas dirigiera el interrogatorio–. ¿Conoce ese barrio?

Ingmar von Hahne apartó la mirada. Se le veía la vena de la frente hinchada.

–¿Ha entendido mi pregunta? –dijo finalmente Margit.

El hombre atormentado que tenía enfrente de ella asintió en silencio y Thomas le recordó una vez más la grabadora y la necesidad de que respondiera con claridad.

–Sí, sé muy bien dónde está. Tengo mi almacén allí.

–¿Un almacén? –Thomas esperó deliberadamente a que continuara.

–Tengo un almacén donde guardo los cuadros que no me caben en Strandvägen.

–¿Y está cerca?

–Está enfrente del edificio donde vivía Martin.

–Lo cierto es que lo sabemos –dijo Thomas–. Ya hemos estado en su almacén. Conseguimos el permiso para realizar un registro a primera hora de la tarde.

Esa información hizo que Ingmar von Hahne se pusiera aún más pálido.

–¿Quiere saber lo que encontramos allí? –continuó Thomas.

–Sí. –La respuesta llegó como un susurro.

–Hemos encontrado restos de salpicaduras de pólvora. En el marco de la ventana desde la que se tiene la mejor vista del portal de Martin Nyrén. Pero podría ser una casualidad. ¿Qué piensa usted? –continuó Thomas.

–No creo nada –contestó Ingmar von Hahne agobiado. Ocultó la cabeza entre las manos y permaneció en silencio.

–Se lo vuelvo a preguntar otra vez: ¿dónde estaba el martes por la noche?

–Estaba en casa, como ya he dicho.

Margit estalló.

–¿Tiene alguna explicación de por qué encontramos restos de pólvora en su almacén?

–Tiene que haber entrado alguien.

–La puerta no estaba forzada.

–Pues es la única posibilidad.

El hombre que se encontraba al otro lado de la mesa parecía a punto de desmayarse. Como si estuviera viviendo una pesadilla de la que quería despertar.

–No pensarán en serio que yo tengo algo que ver con el asesinato de Martin.

–¿Quién tiene acceso a las llaves de su almacén? –continuó Margit impasible.

Ingmar von Hahne parecía nervioso.

–Yo, claro está. Y Diana, que trabaja en la galería. Además, tenemos una estudiante, una chica joven que estudia Historia del Arte, que nos ayuda a veces. Conozco a sus padres.

Thomas observó a Ingmar von Hahne unos segundos antes de formularle la pregunta siguiente.

–¿Cuándo dice Diana, se refiere a Diana Söder?

–Sí, ¿cómo lo sabe?

Thomas no contestó, sino que contraatacó con otra pregunta.

–¿Desde cuándo sabía que Diana Söder mantenía una relación con Oscar Juliander?

Ingmar von Hahne se estremeció.

–Lo he leído en la prensa.

–Se conocieron en su fiesta de Navidad hace dos años –dijo Margit–. Al parecer mantuvieron una relación durante casi dieciocho meses. ¿No sabía nada de esa relación hasta que apareció en la prensa rosa?

Ingmar von Hahne se hundió en la silla.

—Oscar tenía debilidad por las mujeres, no era un secreto. Pero yo no supe que ella estaba con Oscar hasta hace poco.

Alcanzó el vaso de agua que tenía delante y bebió un poco. Le temblaba la mano. Thomas no le quitaba la mirada de encima.

Ingmar von Hahne parecía que no se encontraba bien. Era como si se hubiera vestido sin pensar. El elegante marchante de arte, siempre impecable, estaba irreconocible.

—¿Cree que Diana habría sido capaz de matar a Oscar por celos?

—No, en absoluto —respondió rápidamente y sin titubeos—. No me puedo imaginar que Diana sea capaz de matar a nadie. Es la persona más dulce que se pueda imaginar; es madre soltera de un niño pequeño. No creo que sepa ni siquiera cómo se maneja un arma de fuego.

—¿Sabe si Diana conocía a Martin Nyrén? —preguntó Margit.

—Ni idea. Puede que se haya encontrado con él en alguna de nuestras fiestas de Navidad, igual que con Oscar.

Thomas cambió de tema.

—¿Sabía si estaba ocurriendo algo entre Oscar Juliander y Martin Nyrén?

—¿A qué se refiere?

—¿Tenían negocios juntos? —aclaró—. ¿Se relacionaban en sociedad? ¿Sabe algo que pueda explicar por qué han asesinado a los dos?

—No se me ocurre ningún otro punto en común que el Real Club de Vela de Sandhamn. Es el único punto de contacto que yo conozco.

—¿Tenía usted alguna cuenta pendiente con Martin Nyrén?

Parecía que Ingmar von Hahne iba a empezar a llorar.

—¿Yo? —dijo con la voz temblorosa—. Yo apreciaba mucho a Martin. Y a Oscar también.

A Thomas le vino un pensamiento a la cabeza. Ingmar von Hahne, al insistir en lo poco que ambicionaba el puesto de presidente del club, lo había presentado casi como una cuestión de lealtad. ¿No podría ser precisamente todo lo contrario? ¿Era solo una fachada? ¿La ambición podía ser un motor importante, sobre todo en los círculos elegantes en los que se movía Ingmar von Hahne.

Parecía ciertamente que Ingmar von Hahne estaba diciendo la verdad. Pero, quizá jugaba a hacerse el conmovido. Thomas sabía por experiencia lo hábilmente que se puede pronunciar una mentira, por lo que decidió provocar al hombre que tenía en la silla de enfrente.

—¿Cuánto tiempo le ha costado convertirse en el presidente de la junta directiva del club?

Ingmar von Hahne pareció sorprendido.

—¿Qué quiere decir?

—Justo lo que he dicho. Estamos tratando de averiguar los motivos de los dos asesinatos que se han cometido. La ambición puede ser uno de ellos. No es nada raro. —Thomas lo miró fijamente—. ¿Habría estado dispuesto a matar por conseguir ese puesto?

Ingmar von Hahne se enderezó como si estuviera tratando de concentrarse. Luego miró fijamente a Thomas, como si le diera asco.

—¿Está usted bien de la cabeza realmente? —La indignación se apreció claramente en su voz—. Nunca he aspirado a ese puesto, que lo sepa. El hecho de que me hayan propuesto para el cargo de presidente no tiene nada que ver con las muertes. Es grotesco pensar una cosa así. Grotesco.

Ingmar von Hahne apretó los labios. El tono cordial anterior desapareció del todo.

—El cargo de presidente es seguramente lo último que buscaba —añadió; parecía que estaba al borde de las lágrimas—. Toda mi vida he tratado de estar a la altura de lo que se esperaba de mí y de lo que debía hacer. Si usted cree que estaba dispuesto a matar a Oscar por ocupar un cargo, es que no está bien de la cabeza.

Miró a su alrededor como si estuviera buscando fuerza. Luego se dirigió a Margit, evidentemente pensaba que era la más simpática de los dos.

—Todas las personas que me conocen pueden dar fe de que yo no sería capaz de matar ni a una mosca. —Su rostro adoptó una expresión suplicante—. ¿Me puedo marchar ya?

Estaban resumiendo sus impresiones de los interrogatorios del día. Eran ya las siete y media, pronto se haría de noche. Fuera de la ventana se oía el trino de un mirlo que cantaba alegremente en una rama.

Margit se había sentado en la silla de los visitantes, enfrente de Thomas. Sus ojos cansados reflejaban los de su compañero.

Habían tomado todas las medidas de seguridad posibles. Todos los miembros de la junta directiva del Real Club de Vela habían sido provistos de una alarma personal y un número de emergencia. También habían recibido instrucciones estrictas de cuáles eran las precauciones que debían tomar: no moverse por zonas desconocidas, no salir solos de noche y estar atentos a lo que ocurría a su alrededor.

El Viejo recibió muchas llamadas indignadas, todas sobre el mismo tema. ¿Era eso lo que hacía la sociedad para proteger a sus ciudadanos? La gente temía por su vida, ¿es que no lo entendía? El molesto resfriado estival lo había dejado fuera de combate. Probablemente, tendría guardar cama unos días. Si se trataba solo de bacilos o si

habían contribuido también los acontecimientos de las últimas semanas, eso no se sabía. Pero hasta el Viejo se dio cuenta de que estaba demasiado enfermo para seguir en la comisaría.

Thomas sabía que no disponían de policías suficientes para proteger a veinte personas las veinticuatro horas del día de un criminal desconocido. Era imposible realizar ese esfuerzo. Pero eso no reducía la indignación contra ellos.

La agitación de los medios cargaba las tintas. La Policía Nacional pronto querría intervenir.

Algunos de los hombres de negocios más prominentes de la junta directiva del Real Club de Vela se habían ocupado personalmente del tema. Sus empresas les habían proporcionado discretamente guardaespaldas privados.

Aunque Thomas rechazaba soluciones privadas de ese tipo, se dio cuenta de que, en cierta medida, aliviaba la presión que tenía la Policía. Un asesinato más de algún otro miembro de la junta sería devastador. La situación ya era lo suficientemente mala.

Diana Söder había llegado a la comisaría una hora después que Ingmar von Hahne. Estaba sorprendida de que la hubieran llamado. Cuando Thomas le explicó que ella era una de las pocas personas que tenía acceso al almacén desde donde había disparado el asesino de Martin Nyrén, su sorpresa no fue menor.

Thomas se cruzó las manos detrás de la nuca y se estiró.

—Tenemos dos personas que insisten en que no tienen nada que ver con los asesinatos. Diana Söder dice que nunca en su vida ha empuñado un arma. Además de que nunca conoció a Martin Nyrén. Ingmar von Hahne jura y perjura que él no tiene nada que ver.

—Ella reaccionó con bastante irritación cuando le preguntaste si había disparado a Oscar Juliander. —Margit frunció el ceño—. ¿Crees que dijo la verdad?

—Es difícil saberlo. Pero no dudo de que lo quería y de que, sin duda, tiene una coartada sólida para el asesinato de Juliander. Y ese tal Von Hahne, también. Además, Söder nos contó voluntariamente lo de los correos electrónicos anónimos.

—Puede haber sido una cortina de humo.

—Tal vez, pero me pregunto si domina una técnica tan avanzada. Aunque claro, puede haber contratado a otra persona. Un asesino a sueldo que le ayudara. Esas cosas pasan.

—Sí —dijo Margit demorándose—, pero no muy a menudo. Y la pregunta vuelve a ser: ¿qué ganaba ella con matar a su amante?

—Tal vez Juliander quería romper la relación. Por celos. Si estaba a punto de dejarla.

—Posiblemente. Pero ¿es probable? Y, en ese caso, ¿por qué iba a matar también a Nyrén? —Margit se cruzó de brazos y se apoyó de nuevo en el respaldo de la silla—.

¿Dónde entra él en escena?

—En la situación actual, el único que tenía algo que ganar con la muerte de Juliander es ese Von Hahne.

—¿Para conseguir el cargo de presidente? ¿De verdad crees eso?

Thomas se encogió de hombros.

—El disparo salió de su almacén. No lo olvides.

—Puede ser una coincidencia. Sin duda, estaba en el lugar ideal. Pero ¿por qué iba a querer deshacerse de Nyrén? Suponiendo que von Hahne sea el asesino.

—No lo sé. Tal vez Nyrén le descubrió y amenazó con contarlo todo.

El escepticismo de Margit se reflejaba en su mirada.

—Lo único que tenemos son conjeturas, nada más.

—Lo sé. —Parecía cansado—. Por cierto, ¿has conseguido hablar con Sylvia Juliander?

—Sí. Ella no tenía la menor idea de si su marido tenía alguna relación con Nyrén más allá del club. Allí no hay información que rascar.

—Allí tampoco. —Thomas ahogó un suspiro de cansancio.

¿Cuándo perdió a sus hijos?

Cuando nacieron lo invadió un sentimiento que no había experimentado nunca.

Aquellos dedos diminutos que se agarraban a los suyos. La pelusilla apenas visible. Aquellos ojos que bizqueaban hacia él sin verlo.

El sentimiento de felicidad lo sorprendió. Durante el primer embarazo de su esposa no se involucró especialmente. Era como si la cosa no fuera con él. Otra cosa más que sucedía porque era conveniente, no porque él lo deseara. Apenas se sintió concernido, menos aún partícipe. Era lo que se esperaba y punto.

Pero cuando estuvo allí en el hospital mirando la cuna en la que estaba su hijo, no se explicaba cómo había podido vivir sin él.

Después, pasó gran parte de su tiempo libre en el cuarto de los niños con sus hijos. Podía jugar durante horas en el suelo entre las piezas de construcción y ositos. Hacerles cosquillas en la tripa hasta que los niños se ahogaban de risa y leerles cuentos hasta que se les cerraban los párpados y los abrazos en los que estrechaban un osito de peluche se iban relajando lentamente.

El cambio se fue produciendo sin que él lo notara. Ellos empezaron a decir cosas que sonaban como el eco de los pensamientos de su mujer. Sus opiniones se fueron volviendo ajenas para él y sus valores estaban muy lejos de los suyos.

Su hija ya no buscaba su compañía. Prefería, en cambio, ir de compras con su madre. Dejó de hablar con él y se pasaba las horas delante del espejo.

Su hijo el mayor se convirtió en un esnob que solo iba soltando clichés a su alrededor y se rodeó de unos amigos cuyas palabras él apenas entendía.

Los hermanos se unieron y fundaron una comunidad en la que él no era particularmente bien recibido ni apreciado.

Con el tiempo, se sintió cada vez más superfluo en casa. Cada vez se quedaba más tardes en el trabajo y evitaba llegar a casa pronto.

Su mujer reinaba en la familia y el espacio de él en la casa era cada vez más reducido.

¿Cuándo había perdido a sus hijos?

Jueves, cuarta semana

Nora no podía soportarlo más.

Henrik había llamado el lunes por la mañana y le había anunciado escuetamente que tenía que trabajar toda la semana. Volvería a Sandhamn el viernes por la tarde. Entonces podrían hablar.

Los últimos días había funcionado con el piloto automático. Había cocinado para los niños, ido a la playa, comprado helados tan pronto como Adam y Simon se ponían pesados. No se sentía con fuerzas para discutir también con ellos. Ya los educaría bien en otro momento. Al final, la inquietud se había adueñado de ella. Tenía que alejarse de la isla. Se volvía loca de tanto dar vueltas y hacer como si no hubiera pasado nada.

El miércoles por la noche le preguntó a su madre si podía ocuparse unos días de los niños. Puso la disculpa de que tenía que ir a la ciudad a trabajar. Como de costumbre, no hubo ningún problema.

La madre de Nora la había mirado con preocupación, pero fue lo suficientemente discreta como para no hacer preguntas. Seguro que le había costado, Nora era consciente de ello, pero estaba agradecida de que no le hubiera preguntado nada. Si Susanne le hubiera preguntado cómo iban las cosas entre Henrik y ella, Nora, probablemente, habría empezado a llorar. ¿Y qué ganaría con ello?

Tomó un *ferry* por la mañana hasta Stavsnäs y luego el autobús 433 que iba hasta Slussen. A pesar de lo sinuoso que era el trayecto, se quedó dormida nada más sentarse en el asiento, y no se despertó hasta que llegaron a su destino. Allí se bajó del autobús y siguió la corriente de personas que se dirigían al metro.

Le llamó la atención lo descuidado que parecía. Slussen era una de las primeras estaciones que se había construido en Estocolmo y se notaba. Las paredes cubiertas de azulejos estaban sucias y olía un poco a orina. Nora arrugó instintivamente la nariz y se apresuró a bajar al andén. Cuando llegó el metro, entró aliviada en un vagón.

En el asiento había un ejemplar abandonado de *Metro*, un periódico gratuito. Moviada por la costumbre, hojeó distraídamente sus páginas. Le llamó la atención un artículo sobre el tribunal de primera instancia de Estocolmo y el tiempo que llevaban los procesos. Un juicio por malos tratos podía tardar años en celebrarse. Durante ese tiempo, los testigos olvidaban lo que habían visto y las víctimas sufrían amenazas que las obligaban a guardar silencio. Nada extraño en una Administración que llevaba

años con una falta crónica de personal. Pero lo suficiente como para enojar a la gente y minar su confianza en el sistema judicial. Con toda la razón. No era razonable que las personas tuvieran que esperar tanto tiempo para que se hiciera justicia. ¿De qué servía aumentar los recursos policiales cuando no había nadie que pudiera hacerse cargo del resultado de sus investigaciones?, se preguntó Nora.

Recordaba muy bien el tiempo que trabajó de asesora en el juzgado de Visby. Ya entonces faltaban recursos. Apenas podía imaginarse cuál sería la situación actual. Pero mejor no, de eso estaba segura.

Nora permaneció sentada con el periódico sobre las rodillas. El tribunal de primera instancia de Estocolmo. Fue como una señal.

Tenía vagos planes de ir a dar una vuelta por el centro y después entrar en alguna piscina y nadar un rato. Todo para poder estar un poco de tiempo en paz y evitar pensar.

Ahora se le ocurrió otra idea.

El metro se había detenido justo en la estación T-Centralen. Agarró rápidamente su mochila y se bajó. Tomó la escalera mecánica para bajar a la última planta, por donde podía hacer transbordo a la línea azul. Tuvo suerte. Justo cuando llegó, el metro entró en el andén. Subió a un vagón y después de unos minutos llegó a la estación T-Rådhuset.

Fuera de la estación se alzaba delante de ella el gran edificio de piedra. El palacio municipal de Estocolmo, también conocido como tribunal de primera instancia. Un impresionante edificio en el que se habían celebrado innumerables juicios de la más variada índole. Allí se había condenado a Clark Olofsson tras el drama de los rehenes de la plaza de Norrmalmstorg. El Hombre Láser, uno de los asesinos más difíciles de capturar en la historia de Suecia, recibió en estas salas la sentencia que lo condenó a cadena perpetua. Un tribunal dividido, bajo una gran presión mediática, condenó allí a Christer Pettersson por el asesinato de Olof Palme.

Pero el edificio albergaba también las sedes de otros organismos públicos. Por ejemplo, la Agencia de Supervisión y Vigilancia, encargada de la supervisión de varias materias, como el control de los administradores concursales en los casos de quiebra empresarial. Allí se enviaba el inventario de cada caso, así como el informe de gestión y la descripción detallada de las medidas adoptadas. Los datos se actualizaban cada seis meses por medio de un informe provisional que también se enviaba allí.

Por eso, la mayor parte de los concursos de acreedores en los que Juliander había actuado en los últimos años debían de estar en sus archivos, pensó Nora. Ciertamente, no en el bello edificio antiguo del palacio municipal, sino a unos pocos cientos de metros, en *Klamparen*, como llamaban al gran edificio de los años noventa que hacía

esquina.

Nora todavía conservaba la lista de los concursos de Juliander que le había entregado Thomas. No había hecho nada al respecto, pero por la mañana la había metido de manera impulsiva en la mochila al salir de Sandhamn. Tenía un poco de mala conciencia porque no la había tocado y pensó que tal vez en el *ferry* podría dedicarle un rato.

Por supuesto, podía dedicar unas pocas horas a revisar los informes que el abogado fallecido había presentado. Durante sus años de jurista en la banca, había leído un gran número de inventarios e informes administrativos; ese tipo de documentos no le resultaban ajenos.

A decir verdad, le agradaba la idea de pensar en otra cosa que no fuera Henrik y la venta de Villa Brandska. En Sandhamn había dado vueltas a la situación una y otra vez. Era en lo primero que pensaba al despertar y en lo último antes de quedarse dormida.

Concentrarse en las actuaciones de Juliander sería una agradable distracción. Cualquiera cosa con tal de evitar pensar en sus problemas conyugales.

Y Thomas seguro que agradecería su colaboración. Era lo menos que podía hacer después de haber llorado sobre su hombro el fin de semana anterior. Era su mejor amigo, estaba claro que podía sacrificar unas horas por él.

Se ajustó la mochila al hombro y empezó a caminar en dirección a *Klamparen*.

Nora abrió una de las grandes puertas de bronce de *Klamparen* y se acercó a la recepción. Los juzgados ocupaban casi todo el barrio, pero la entrada parecía sorprendentemente desangelada. Una galería que discurría en paralelo a la calle conducía a la entrada. En el interior, los visitantes se encontraban con un amplio vestíbulo donde una gran escalera de caracol de madera clara dominaba el espacio.

Nora le explicó el asunto que le había llevado allí al joven vigilante que se sentaba detrás de una ventanilla de cristal con su pulcra chaqueta de uniforme. Tenía el pelo un poco largo y un bigotillo que le daba un aspecto infantil, poco intimidatorio para impedir el paso a las instalaciones si alguna persona violenta intentaba entrar.

A través de la ventanilla, pudo ver que estaba muy ocupado haciendo solitarios en su ordenador. En la pantalla, detrás del cristal a prueba de balas, se veía una serie de naipes blancos sobre un fondo verde. Al lado del teclado, un sándwich de salami a medias y una taza de café.

–Tiene que ir a la sección seis –le informó el vigilante con una sonrisa–. Está una planta más arriba, en la quinta.

–¿Y dónde estoy ahora? –preguntó Nora, sorprendida.

–Esta es la cuarta planta –dijo el chico alegremente–. Hay varias plantas subterráneas en este edificio. Por eso se encuentra ahora en la cuarta. Tome el ascensor o suba por la escalera –dijo, y señaló la escalera de caracol–. Voy a llamar para avisar de su visita –añadió–. Así no tendrá que esperar en la puerta. Está cerrada.

El chico volvió a sonreír y el bigotillo se movió. Nora reprimió una risa. Era un buen chico, aunque tuviera un aspecto ridículo.

Le dio las gracias, subió las escaleras y se encontró con una puerta de cristal con un letrero en el que decía sección 6. A través del cristal vio que se acercaba una persona, una mujer de unos sesenta años, que abrió la puerta.

–Eva-Britt Svensson –se presentó y le tendió la mano–. Soy secretaria del juzgado.

Llevaba una falda plisada de color rojo y una blusa blanca. El cabello gris corto, con un estiloso corte que hacía que se le rizara junto a las orejas. Sus grandes gafas redondas la hacían parecer una lechuza. En realidad, era la típica secretaria de juzgado. Nora hubiera jurado que había una exactamente igual en el juzgado de Visby.

Se presentó y le explicó que tenía que mirar una serie de documentos de varios concursos de acreedores. Sacó la lista de la mochila y se la entregó.

La secretaria del juzgado tomó los papeles y frunció el ceño. Luego le dedicó una

mirada fría.

—¿De verdad va a mirar todo esto? ¿En un solo día? Me parece casi imposible.

Nora asintió y trató de sonreír infundiendo confianza.

—Como comprenderá, no puedo entregarle todos estos archivos inmediatamente —continuó Eva-Britt Svensson—. Algunos son de hace mucho tiempo. Tengo que bajar al archivo a buscarlos. Puede llevar una eternidad encontrarlos todos. —Lanzó un suspiro.

Nora no se dio por vencida. Sacó su tarjeta de identificación del banco y se la enseñó.

—Se trata de asuntos urgentes que tenemos que examinar. Por eso estoy aquí. Siento las molestias, pero es importante para nosotros.

Hizo un esfuerzo para mostrarse convincente. Confió para sus adentros en que a nadie se le ocurriera la idea de consultar con el banco qué hacía ella allí.

De acuerdo con las leyes de transparencia, todos los ciudadanos tenían derecho a consultar los documentos públicos en poder de la Administración, pero no venía mal acelerar un poco el trámite haciendo ver que tenía razones fundadas. Ella sabía muy bien lo que solían pensar los funcionarios sobre los ciudadanos que querían ejercer ese derecho constitucional. Por no hablar de los periodistas que con frecuencia exigían la documentación de algún caso de especial interés.

Eva-Britt Svensson miró la tarjeta de identificación y se rindió.

—Sí, sí —dijo en un tono algo más suave—. Vamos a tratar de ayudar lo mejor que podamos.

Nora le devolvió una sonrisa de agradecimiento.

—¿Hay algún sitio en el que pueda sentarme? —preguntó mirando a su alrededor. Al lado del mostrador de la recepción había un escritorio que, probablemente, estaba destinado a los visitantes.

—Realmente no está permitido, pero al tratarse de tanta documentación supongo que lo podrás leer aquí. —Eva-Britt Svensson señaló uno de los despachos más cercanos que estaba vacío—. Llegará un nuevo asesor dentro de un mes, así que de momento nadie lo utiliza.

Nora le sonrió agradecida. Dejó la mochila en el suelo y colgó la cazadora en la silla.

—Esto me recuerda a mis prácticas de asesora en el juzgado de Visby —comentó Nora en un intento de apaciguar a la mujer.

Funcionó.

—Entonces, ya sabe cómo funciona. ¿Por dónde quiere empezar? —preguntó Eva-Britt en un tono más amable.

Y antes de que Nora pudiera contestar, ella ya lo había decidido.

–Voy a buscar primero los últimos expedientes, están aquí arriba en esta sección. De todos modos, llevará un rato localizar en el archivo los más antiguos. Como sabrá, no se pueden consultar más de dos a la vez.

–¿Cuánto tiempo se tarda en copiar los documentos? –preguntó Nora con tacto, procurando no poner a prueba la paciencia de la secretaria.

–Depende de cuántos necesite. Puede copiarlo usted misma. No disponemos de recursos para ayudar con las copias.

Sonrió a Nora y se fue.

Nora se sentó en la silla del despacho vacío y sacó papel y bolígrafo. La ventana daba al Klarabergskanalen y la exuberante vegetación que enmarcaba el agua del canal le hizo pensar en el archipiélago.

¿Qué creía realmente que iba a encontrar allí?

Aquella visita tal vez solo fuera una pérdida de tiempo. Pero, de todos modos, ella iba a intentarlo. Por supuesto.

Viernes, cuarta semana

Nora iba en el autobús 433, en dirección a Stavsånäs. Había pasado la tarde del jueves y la mañana del viernes en el archivo de liquidaciones concursales. Hasta que no repasó todos los documentos que figuraban en la lista de Thomas, no abandonó la sección 6.

Leer todos aquellos documentos era de lo más monótono. Los documentos administrativos estaban redactados de acuerdo con un modelo concreto; los informes semestrales, igual.

Después de un rato, había hecho una pausa y se había acercado al Konsum más cercano para comprar algo de comer y de beber: un bocadillo en un envase de plástico y una botella de agua de Ramlösa con sabor a frambuesa. Se compró también una tableta de chocolate negro sin azúcar para la merienda.

Las farragosas descripciones de los diferentes documentos le daban sueño. Sin embargo, no podía parar. Era como si entrevistara algo que se le escapaba una y otra vez, como una mariposa que en el último momento no se deja atrapar. Así que continuó repasando los tediosos documentos y leyendo informes. Para animarse se premiaba a sí misma con una onza de chocolate después de cada informe.

A medida que pasaban las horas, la pila de documentos leídos iba aumentando. Nada se salía de lo normal ni le llamó especialmente la atención. Sin embargo, estaba segura de que había algo que aún no había encontrado. Era un presentimiento.

Había dormido en casa de sus padres para evitar encontrarse con Henrik. Antes fue al cine a ver una comedia sueca y se comió una bolsa gigante de palomitas. Le sentaron fatal y tuvo toda la noche en la boca su sabor salado.

Por la noche tuvo sueños raros en los que aparecía Henrik. En el sueño, lo veía en el hospital rodeado de enfermeras guapas mientras que ella trataba en vano de captar su atención.

Cuando se despertó estaba a punto de llorar, sentía el cuerpo pesado y nada descansado. Tuvo que hacer un esfuerzo para levantarse. Se obligó a preparar una taza de café y comió unas galletas que encontró en un tarro. El frigorífico estaba vacío porque sus padres seguían en Sandhamn, pero no le importó. No tenía mucha hambre.

Después se dirigió de nuevo a la sección 6. La servicial EvaBritt Svensson se había ablandado y se ofreció a ayudarle a hacer fotocopias para que acabara cuanto antes. Cuando por fin terminaron, Nora lo metió todo en dos grandes bolsas de papel.

En el autobús hacía calor. Apenas había viajeros, por lo que no fue ningún problema ocupar dos asientos en la parte de atrás.

Se dirigían hacia la autopista y estaban pasando por delante del club de golf de Wermdö. Los suaves movimientos del autobús adormecieron a Nora. Antes de darse cuenta se había quedado dormida con la mejilla contra la ventana.

Margit había llevado dos tazas de café y se había sentado en el despacho de Thomas. Con un gesto de desánimo, le acercó uno de los cafés mientras ella se bebía de un sorbo la mitad del suyo. Thomas aceptó el vaso de plástico, aunque normalmente solía evitar el café de la máquina automática.

Era viernes por la tarde y le habían dado vueltas durante horas a todas las hipótesis posibles. Habían interrogado a las personas más cercanas a Martin Nyrén. Habían visitado su lugar de trabajo y hablado con sus colegas. Sin embargo, seguían como al principio.

La investigación policial se había estancado, ese era el titular de la prensa amarilla. Un reportaje a doble página describía en detalle que la Policía había fracasado en la identificación del posible agresor. Un buen número de los denominados *expertos* habían comentado el punto en el que se encontraban la investigación y el trabajo de la Policía.

Margit sacó del bolsillo una bolsa de gominolas de frambuesa con forma de barco.

–¿Quieres?

Thomas negó con la cabeza. No se sentía muy bien.

–Me pregunto cuánto tiempo tardaremos en conseguir la lista de llamadas del móvil de Nyrén –dijo Margit–. Si no está aquí el lunes, iré personalmente a buscarla a la compañía telefónica.

–Kalle dijo que tardarían un par de días más de lo habitual. Ellos también están de vacaciones.

–Fue mala suerte que se rompiera el maldito teléfono. De lo contrario, habría sido mucho más fácil conseguir todos los números y los mensajes.

–Los técnicos creían que podían repararlo.

–Sí, pero tardaría por lo menos una semana, si no dos.

–¿Disponemos nosotros de tanto tiempo?

Thomas miró a Margit con preocupación. Tenían que conseguir algún avance en la investigación.

–¿Cómo va con el ordenador de Nyrén? ¿Sabes si han podido entrar en él ya? –preguntó.

–Quedaron en llamar cuando estuvieran listos.

–No puede ser tan difícil, ¿no?

Margit se hundió aún más en la silla de oficina de color claro. Un clip rosa que había sobre la mesa le sirvió de distracción. De forma abstraída lo giró hacia delante

y hacia atrás, hasta que se rompió.

—Al parecer, Carina no ha encontrado nada sobre Juliander y Nyrén —continuó—. Parece que no han tenido ningún negocio juntos. Nyrén trabajaba en la Cámara de Comercio, que no tiene nada que ver con la administración concursal.

—Ambos eran abogados. Tal vez fueron compañeros de universidad o algo así. Tenían casi la misma edad.

—Kalle ha investigado todo eso. Hasta ahora, no ha aparecido nada en su pasado que pueda ayudarnos.

Margit se interrumpió un momento.

—¿Crees que Nyrén tenía algo con la esposa de Juliander? —soltó—. Quizá necesitaba un poco de consuelo en vista de las aventuras de su marido.

—Entonces, Juliander no habría sido el primero en caer, ¿no?

—Tal vez no. —Margit se hundió aún más en la silla—. Sin embargo, puede ser ella quien envía los correos electrónicos a Diana Söder. Según Carina, los han enviado desde varios cibercafés de Estocolmo.

—Eso no nos sirve de mucho. El personal no recuerda nada y los correos se han enviado desde diferentes direcciones que no han podido ser rastreadas.

—¿Qué es lo que no vemos? —suspiró Margit—. ¿Qué se nos ha escapado?

Su móvil sonó y leyó el mensaje de texto que acababa de entrar.

—Han terminado la inspección del rifle de Ingmar von Hahne —dijo—. Los disparos han demostrado que la bala que mató a Oscar Juliander no procedía de ninguna de sus armas.

—No tenía ningún rifle Marlin, así que no es tan extraño.

—Pero tenían que hacer las pruebas de tiro, de todos modos.

Thomas miró por la ventana. Parecía que iba a hacer mal tiempo todo el fin de semana. No hacía calor y estaba bastante nublado.

—Se pueden adquirir armas sin licencia —dijo—. Acuérdate del Hombre Láser. Viajó a Lieja y compró armas en la calle. Después volvió a casa sin que lo descubrieran. Lo mismo ocurre con los países bálticos. ¿Cuál crees que es el riesgo de que te descubran en Trelleborg, o en algún otro puerto de entrada? No llega al 0,5 por ciento.

Margit no le contradijo.

Se solían incautar de muy pocas armas al año en la frontera. Todos los recursos iban a la lucha contra la entrada de drogas y alcohol. El contrabando de armas no era una actividad prioritaria para las autoridades aduaneras.

—Cualquier asesino con dos dedos de frente evitaría usar un arma que está registrada a su nombre —añadió Thomas—. Es demasiado fácil de rastrear. Ingmar von Hahne no iba a ser tan tonto como para usar su propio fusil. Pero sabe disparar, de

eso ya estamos al corriente.

—Realmente, lo tienes en el punto de mira.

—Hay algo que no cuenta, estoy seguro.

Había algo en Von Hahne que Thomas no podía identificar, pero no se le iba de la cabeza.

—Y si no es él, ¿quién es?

—No tenemos ninguna prueba fehaciente contra él que pueda ser aceptada por la fiscal, solo indicios sueltos. Lo siento.

—Lo sé.

A Thomas se le hundieron ligeramente los hombros. Le palpitaban las sienas y le dolía el cuerpo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Margit—. La verdad, no lo parece.

—No, no me siento bien.

Se movió un poco, pero eso no mejoró nada. Casi podía sentir cómo se le taponaba la nariz a cada minuto.

—Seguro que el Viejo te ha contagiado el resfriado, ya lo verás. Vete a casa y acuéstate. Si caes enfermo de verdad, no serás de mucha ayuda. Lárgate.

Thomas miró el reloj. Pronto serían las cinco y media. De mala gana, comprendió que Margit tenía razón. Se sentía fatal.

Sábado, cuarta semana

– ¡*Hole-in-one!* – gritó Simon. Tiró su palo de golf en la arena y bailó una danza india a placer.

Nora no pudo evitar sonreír al ver lo contento que se puso. Le brillaban los ojos y hacía la «V» de victoria con sus pequeños dedos.

– ¡Lo has visto, mamá, lo has visto? – gritaba.

Adam, que no había metido la bola en el hoyo después de seis golpes, no parecía tan contento. Miraba por encima del hombro a su hermano pequeño y hacía como si no le importara.

Nora y los niños se habían ido al minigolf que había en el puerto, entre el restaurante Seglar y la zona de las piscinas, a la sombra de unos pinos altos. Tenía doce hoyos y era muy popular en la isla entre las familias con niños.

Había sido una apuesta arriesgada llevar allí a Adam. No había nada que odiara más que perder. Llegaba un momento en que destrozaba el juego para todos los demás. Luego podía estar de mal humor un día entero, si le daba por ahí. Sin embargo, los dos chicos habían estado toda la mañana dando la paliza con que querían ir allí. Adam le había asegurado que iba a comportarse, así que ella claudicó y fueron al campo de minigolf.

De todas formas, se veía en la necesidad de encontrar algo que hacer, entre otras cosas porque Henrik no había vuelto a casa el fin de semana. Había dejado un escueto mensaje en el contestador automático diciendo que iba a acompañar a Johan Wrede a la Costa Oeste a navegar. Ya hablarían después.

Se le notaba en la voz que seguía enfadado. El tono duro no dejaba lugar a dudas. Cuando Nora intentó devolverle la llamada, él tenía el móvil apagado.

Le generó inseguridad la noticia de que no se iban a ver ese fin de semana. Por un lado, se sintió aliviada porque así evitaba el enfrentamiento. Pero, por otro, se puso furiosa al ver que él se desentendía de ella y de los niños.

Qué cómodo tiene que ser, pensó, con el teléfono en la mano, poder confiar en que ella se hacía cargo de los niños cuando él no aparecía. Una sola llamada y se largaba, con la certeza de que su mujer se ocuparía de que la familia estuviera bien.

A Nora le gustaría ver la cara que pondría Henrik si ella se fuera, sin más, un fin de semana entero después de haber dejado cuatro palabras en su buzón de voz. Sobre todo en un momento como aquel, cuando saltaban chispas en cuanto se veían.

¿Por qué tenía que ser tarea suya poner buena cara para que Adam y Simon no se asustaran ni se preocuparan? ¿Por qué tenía ella que buscar una excusa para explicar la ausencia de Henrik?

A veces, deseaba poder desconectar de la familia. Chascar los dedos y hacer como si nada.

Pero ella nunca se comportaría así. Eso lo tenía claro. Si dejara ver a los niños lo molesta que estaba en realidad, entonces no sería ella sino sus hijos los que pagarán el pato. Lo único que conseguiría sería poner en peligro su estabilidad más elemental, y eso difícilmente ayudaría a mejorar la situación. Por lo que tuvo que apretar los dientes y fingir que todo iba bien.

Pero deseaba que Henrik, alguna vez, diera la cara delante sus hijos, en lugar de desaparecer cuando le convenía.

Un «joder» pronunciado por Adam en voz baja la sacó de sus pensamientos. Le dirigió una mirada severa a su hijo como para recordarle su promesa de portarse bien.

Adam bajó la mirada hacia el suelo con los labios apretados, y después de un rato, su cuerpo delgado se relajó y él bajó los hombros. Con el ceño fruncido, se acercó lentamente al *tee* de salida y se preparó para el golpe.

Por suerte necesitó solo dos para que la bola entrara en el hoyo. La crisis se había evitado de momento. Nora pudo respirar tranquila.

Mientras esperaba a que los chicos llegaran al hoyo siguiente, una variante difícil con obstáculos y pendientes, Nora pensó en la documentación que había sacado del archivo de liquidaciones concursales.

Tan pronto como los chicos se fueron a la cama el viernes por la noche, se sentó en la terraza con una taza de té y sacó las bolsas con los documentos. Después fue hojeando despacio todos los papeles una vez más. Pero no encontró nada extraño. Todo parecía en orden.

Había llegado su turno, así que se levantó del banco donde estaba sentada. Era cierto que se trataba de un minigolf, pero no era tan fácil meterla en el hoyo. Se concentró bien y trató de lanzar la bola lo más recto posible por el pequeño agujero.

El primer intento le salió fatal. En el segundo, la bola rebotó fuera, lo cual le valió un golpe de penalización. Adam observaba satisfecho sus fallos, mientras que Simon trataba de animarla con gritos. No había ninguna duda de quién de los dos hermanos había nacido con instinto competitivo. La cosa terminó con que ella agotó todos sus golpes sin conseguir pasar por la apertura. Anotó su fracaso en la tarjeta correspondiente y constató que no se podía ser el mejor en todo.

Obviamente, Adam logró meter la bola en el hoyo en tan solo cuatro golpes. Mejor así. Era mucho mejor que ella hubiera perdido.

Se sentó en el banco mientras esperaba que llegara su turno de nuevo. Sus

pensamientos volvieron a la documentación concursal.

Los diferentes archivos que había repasado de los concursos administrados por Juliander estaban ordenados por orden cronológico. ¿Había otra manera de agruparlos? ¿Algo que mostrara un nuevo patrón?

Decidió clasificarlos por sectores y tiempo de tramitación cuando volviera a casa. Tal vez de esa manera pudiera encontrar alguna pauta que no había visto antes.

Por la noche, cuando se hubieran dormido los niños, haría el último intento. Si no encontraba nada, lo dejaría. Pero, entonces, al menos, habría hecho por Thomas todo lo que estaba en su mano.

Domingo, cuarta semana

Nora miró la mesa de la sala de estar que estaba cubierta de fotocopias del juzgado de primera instancia. La noche anterior había colocado los archivos en diferentes montones. Algunos estaban en el sofá, porque no cabían en la mesa. Había vuelto a clasificar las pilas de documentos tal como había pensado, pero seguía sin poder distinguir un patrón.

Suspiró y alargó la mano hasta su taza de té. No había nada que descubrir. Lo mejor sería dar carpetazo a esa idea.

El día estaba nublado. Lloviznaba y hacía frío. Los chicos estaban en su habitación inmersos en sus juegos de ordenador. No habían tenido ganas de salir a que les diera un poco el aire, a pesar de los intentos de Nora.

Dejó la taza y dio una vuelta alrededor de la mesa. Miró los documentos. Trató de ver algo en lo que no se hubiera fijado antes.

Los chicos bajaron por la escalera y le pidieron la merienda. ¿Podían comer bollos? Nora entró en la cocina en busca de unos bollos y les preparó un vaso de leche con cacao. Los hermanos se sentaron juntos para asegurarse de que a los dos les ponía exactamente la misma cantidad.

Adam había crecido mucho aquel verano, notó con cierta melancolía. Le sacaba una cabeza a Simon y a ella ya le llegaba al pecho. Muy pronto sería un adolescente lleno de espinillas y con otras cosas en la cabeza que su madre.

Mientras los chicos comparaban celosamente sus respectivos vasos, a Nora se le ocurrió que no había ordenado los concursos por su tamaño. Ni se le había pasado por la cabeza clasificar los diferentes concursos por la cuantía de la quiebra. Ni siquiera la noche anterior, cuando realmente había intentado pensar en todas las posibilidades.

Con contundente voz de madre, les dijo a sus hijos que siguieran sentados a la mesa de la cocina hasta que se terminaran la merienda. Luego se dirigió rápidamente al cuarto de estar, absorta en su nueva idea.

Tardó casi una hora en clasificar todos los archivos.

Cuando terminó, estaban todos organizados en orden decreciente. Adam y Simon hacía tiempo que habían terminado de merendar y habían vuelto a su juego en el ordenador. Los vasos seguían en la mesa y había migas por todas partes.

Nora no tenía tiempo para ocuparse de eso. Por el contrario, miró con satisfacción

las nuevas pilas de documentos que se extendían delante de ella. La diferencia era llamativa.

El primer grupo estaba formado por las empresas cuyas pérdidas se movían en torno a los cien millones o más. Una mezcla regia de empresas de tecnologías de la información, agencias de viajes y otros negocios importantes.

En la categoría siguiente, se encontraban las que estaban entre los sesenta y setenta millones. En este rango se encontraban la mayoría de los concursos que Juliander había administrado. Había de todo, desde empresas de la construcción hasta consultorías. Muchas eran negocios familiares o de pocos miembros fundadores.

Por último, había una serie de quiebras que no tenían pérdidas de más de veinte o treinta millones. Perteneían a diferentes sectores. Una de ellas se dedicaba a reclutar personal para trabajos temporales, y quebró cuando cambió la coyuntura económica. Algunas eran pequeñas empresas del sector de las tecnologías de la información.

Luego solo quedaba una quiebra, una clínica dental cuyo volumen de negocio ascendía a poco más de cuatro millones al año. Curiosamente bajo para que hubieran nombrado a Juliander como administrador concursal.

¿Por qué habría aceptado Juliander un asunto tan insignificante, siendo como era un administrador concursal de prestigio que podía elegir entre las asignaciones?

Nora se sentó en una de las sillas vacías y revisó el archivo.

La empresa se llamaba Clínica Dental Olof Martinsson AB.

Según el informe de gestión, había sido propiedad de un solo dentista, Olof Martinsson. Tenía empleadas a una enfermera y a una higienista dental. Haciendo un cálculo mental rápido, Nora constató que los ingresos anuales deberían haber sido suficientes para cubrir el alquiler del local, el instrumental y los sueldos de tres personas.

¿Por qué había ido a la quiebra esa empresa? Los dentistas no solían arruinarse de esa manera. Además, se trataba de una clínica consolidada que llevaba muchos años abierta. No debería haber perdido pacientes tan rápido.

Nora siguió leyendo el informe de gestión y vio que Martinsson había hipotecado la empresa. Al final, no pudo pagar los intereses y la amortización de la hipoteca y la clínica quebró.

¿Para qué habría necesitado tanto dinero? ¿Qué había hecho con él?

Cuando Nora repasó la lista de acreedores, vio que la demanda más elevada provenía de su propio banco. Los préstamos eran además inusualmente altos, teniendo en cuenta el volumen de negocio. El banco no solía conceder esos préstamos tan grandes con ese tipo de ingresos.

Nora frunció el ceño. Algo no encajaba. Al día siguiente llamaría al departamento de créditos bancarios para hacerles algunas preguntas. Tal vez podrían aclararle

cómo se explicaba eso.

Lunes, quinta semana

El estornudo de Thomas resonó en el pasillo. Él mismo se había obligado a quedarse en casa por la mañana, pero luego no aguantó más. Tenía que ir a la comisaría. No había tiempo para estar enfermo. Un asesino andaba suelto.

–¿Qué haces tú aquí? –Fue lo primero que le dijo Margit cuando lo vio aparecer en su despacho–. Tienes un aspecto lamentable.

Era imposible detectar si había un tono de compasión en su voz o si era solo la constatación de un hecho.

Thomas la miró con los ojos llorosos.

–Ya no tengo fiebre. Creo.

–Aléjate de mí. No tengo ganas de ponerme enferma.

Thomas volvió a estornudar.

–¿Dónde estamos? –preguntó, y se sentó frente a Margit, que se compadeció.

–¿Voy a buscarte algo? ¿Quieres un té?

Thomas le sonrió, apagado.

–Sí, por favor.

Cuando Margit regresó con dos tazas en las manos, lo miró con una mezcla de afecto y de rechazo.

–¿De verdad que tenías que estar aquí?

–Vamos a dejar ese tema, por favor. ¿Tienes algo nuevo que contarme?

–Los de Linköping acaban de llamar. Ya tienen el análisis de la bala alojada en la cabeza de Nyrén.

Thomas la miró con ansiedad. Margit asintió como para confirmar sus presentimientos.

–Definitivamente, se trata del mismo rifle que utilizaron para disparar a Oscar Juliander. Un Marlin. Con rosca derecha. Con veinte estrías.

Las conclusiones estaban claras para los dos, pero Thomas habló primero.

–Así que nos enfrentamos a un doble asesino –dijo con voz ronca.

–Eso parece.

Thomas trató de concentrarse. Pero no era fácil, parecía como si tuviera la cabeza rellena de algodón.

–El vínculo común es evidente –continuó Margit–. Hay alguien que les tiene ojeriza a los miembros de la junta directiva del Real Club de Vela de Sandhamn. Si estamos

equivocados con respecto a Ingmar von Hahne, él puede ser el siguiente objetivo.

Thomas asintió. Ya lo había pensado. Era consciente de que, en aquel momento, Ingmar von Hahne era a la vez el principal sospechoso y una posible víctima.

—¿Tenían algo más que contar los de Linköping?

—No mucho. La tal Bäcklund es bastante pesada. Estuvo hablando un buen rato.

Thomas sabía de sobra de quién hablaba.

—Por cierto, he comentado con Eva Timell esta mañana las posibles conexiones entre Juliander y Nyrén —continuó Margit.

—¿Averiguaste algo?

—No mucho. No recordaba que hubieran tenido ningún negocio juntos. No se intercambiaban correos electrónicos, más allá de los mensajes del club.

—¿Cómo ha ido con el ordenador de Nyrén?

—Todavía no hay respuesta. Los de la Técnica no se han puesto en contacto con nosotros.

—¿No deberíamos meterles prisa?

—Sí, claro. Puedo darles un toque.

Thomas se bebió agradecido el té. Seguía sintiendo frío en todo el cuerpo y le iba a estallar la cabeza.

—De verdad, me parece que debes volver a casa. Estás enfermo. —El tono de Margit no dejaba lugar a objeciones.

Thomas se rindió.

—*Okay.*

–No, no hemos tomado ninguna decisión –dijo Nora.

Era la quinta vez que llamaba el insistente agente de la inmobiliaria desde la visita a Villa Brandska.

–¿Cuándo cree que podrán tomarla? –preguntó Severin con tono preocupado–. No quiero apremiarles, pero estaría bien poder ponerlo en marcha cuanto antes. Ya sabe a lo que me refiero.

Nora lo sabía, sí. Quería que se decidieran a vender la casa para poder cobrar una buena comisión una vez cerrada la venta. Pero ese no era su problema. Respiró profundamente y trató de expresarse con la mayor claridad posible, sin llegar a mostrarse grosera.

–Lo siento, pero no le puedo responder. Esta casa significa mucho para mí. Es muy importante que esté en buenas manos. –Nora se dio cuenta de la vaguedad de sus palabras, pero en ese momento no encontró nada mejor que decirle.

–Por supuesto –respondió Svante Severin–. No siempre es fácil tomar una decisión. Naturalmente, tienen que pensar las cosas con calma. Pero quiero que sepa que estos compradores son muy, muy serios. Quieren conservar la casa como el tesoro cultural que es.

De la boca del agente salió una ristra de frases hechas. La línea telefónica rezumaba almíbar.

¿Se cree lo que está diciendo, o no es más que un joven ingenuo?, pensó Nora, recordando a aquella mujer terrible que había estado dando vueltas por la casa y mirando los muebles de Signe como si no fueran más que basura.

Haciendo un gran esfuerzo, se obligó a mantener un tono educado.

–Pienso que es mejor que nosotros le llamemos cuando hayamos decidido algo, así no tendrá que perder más tiempo. Esto puede demorarse.

De repente, sintió un poco de lástima por el joven agente. Para él era un negocio redondo cerrar la venta.

–Oh, no hay problema –dijo Severin–. Les llamo con mucho gusto. Pero, en realidad, tenía algo especial que comentarles a usted y a su marido.

–¿Ah sí? –Nora esperó.

–Es que los compradores me han pedido que les comunique que están dispuestos a aumentar la oferta.

–¿Aumentar la oferta?

–Exacto. Están dispuestos a pagar un millón de coronas más. El único requisito es

que ustedes se decidan el sábado, a más tardar.

A Nora los pensamientos se le arremolinaban en la cabeza.

Tomar una decisión el sábado como muy tarde. El último fin de semana de sus vacaciones... Henrik y ella seguían sin hablarse...

—¿Un millón? —repitió Nora.

Severin había pronunciado aquellas palabras como si estuviera hablando del dinero del Monopoly. Un millón para comprar la plaza de Norrmalmstorg. Sin pasar por la casilla de salida. Era una cantidad enorme de dinero.

—Sí. Es increíble —continuó el agente—. Yo no he visto cosa igual. Pero eso es lo que ocurre cuando se tiene algo único. De todos modos, esto hay que considerarlo como una oferta que no se puede rechazar.

¿No?, pensó Nora desafiante. No se puede ni imaginar lo que soy capaz de rechazar. Pero, si lo hago, ¿qué pasa entonces? ¿Cuánto cuesta un matrimonio fracasado? ¿Se puede comprar la felicidad con la carta de la suerte?

—¿Ha hablado de ello con mi marido?

—No, ¿debería hacerlo?

—No, no —dijo Nora a toda prisa—. No. Todavía tenemos que discutirlo en familia. Solo era una reflexión. —Respiró profundamente—. Le llamaré dentro de unos días.

—No espere demasiado. La oferta es válida hasta el sábado, como le he dicho. Más vale pájaro en mano...

Severin no terminó la frase, no era necesario. Nora comprendía perfectamente lo que quería decir.

Colgó el auricular, luego volvió a levantarlo. Tenía que llamar al departamento de créditos.

Marcó rápidamente el número del banco. En la centralita pidió que le pusieran en contacto con KK, la línea interna de dos letras. Ese departamento estaba dos plantas por debajo del suyo, si no recordaba mal.

Una voz clara de mujer le respondió a la tercera señal.

Nora explicó quién era y lo que quería saber. Dio el número de registro de la clínica dental y se mantuvo a la espera. Pasados unos minutos, recibió la respuesta de que todo eso se había enviado al archivo central. Pero la mujer le podía pedir a Niklas Larsson, un compañero que había seguido de cerca todo el proceso de quiebra, que la llamara. Él conocía mejor el tema.

Nora le dio las gracias por la ayuda y le dejó su número de móvil para que Niklas Larsson pudiera ponerse en contacto con ella. Después, se quedó sentada con el archivo abierto sobre las rodillas, reflexionando. Sin duda, había algo que no encajaba.

¿Por qué había aceptado Juliander actuar como administrador en una quiebra tan

pequeña?

Martes, quinta semana

Cuando Thomas se despertó, ya era casi mediodía. Se sentía mucho mejor. La nariz había dejado de moquear y el dolor de cabeza se le había pasado. Volvía a sentir el cuerpo como de costumbre. Un vistazo al reloj le confirmó que había dormido casi quince horas seguidas. Estaba claro que le había atacado un virus. Igual que al Viejo.

Por primera vez en varios días tenía apetito y se tomó un desayuno de verdad: dos tazas de café, un buen plato de *filmjolk*³ con muesli y varias rebanadas de pan con embutido. Después, permaneció un buen rato bajo el chorro de agua caliente de la ducha antes de vestirse.

Cuando terminó eran más de las dos. Pero ya había recuperado las fuerzas. Tenía ganas de volver a la investigación. Buscó las llaves del coche y salió hacia Nacka.

La llamada del departamento de créditos no llegó hasta el martes después del almuerzo, y Nora casi se había olvidado del tema. El tiempo había mejorado mucho, de manera que ella y los chicos fueron a bañarse a Fläskberget.

Lo que más le gustaba a sus hijos era correr por el pontón del muelle a toda velocidad y lanzarse al agua. Lo podían hacer infinidad de veces sin cansarse. Nora recordaba que ella había hecho lo mismo de pequeña, pero ahora era una auténtica médica. Evitaba a toda costa meter la cabeza en el agua fría.

En Fläskberget se encontró con las madres de otros niños que vivían cerca. Mientras vigilaban el juego de los pequeños, hablaban un poco de todo, y Nora sintió cómo se relajaba en compañía de las vecinas, a las que conocía desde hacía muchos años. Era muy agradable pasar con ellas un rato. El reciente asesinato de otro miembro de la junta directiva del Real Club de Vela estaba en boca de todas. Pero nadie conocía a la víctima, por lo que la mayoría de sus comentarios eran especulaciones sin fundamento. Aun así, era muy desagradable. Aquellos asesinatos hacían que todos se sintieran incómodos. Parecía irreal y, sin embargo, era cierto.

Nora y los chicos acababan de llegar de nuevo a casa cuando le sonó el móvil. Vio en la pantalla que era alguien del banco. Salió a la veranda y se sentó en una de las sillas de mimbre.

Una voz amable se presentó como Niklas Larsson. Había recibido su mensaje y

había tenido que consultar el archivo central para poder ayudarle. Tenía la información en la mesa delante de él.

Para evitar darle explicaciones de por qué estaba interesada en esa información, Nora fue directa al grano.

–He visto el perfil del préstamo y me pregunto cuál es la razón. Parece que al dueño de la empresa en quiebra se le han concedido préstamos significativamente más altos de lo habitual –Nora se esforzó para que sonara como una mera cuestión rutinaria.

–Es cierto. Fue una historia trágica. ¿Sabes algo de Olof Martinsson?

–No –reconoció Nora–. No mucho. –Acercó un taburete y colocó los pies encima de él mientras hablaba.

–Era dentista, pero también bioquímico. Una persona muy innovadora. ¿Has oído hablar del sistema Brånemark?

Nora reflexionó. Sí, claro, una de las secretarias de su departamento había comentado que su madre padeció periodontitis hacía tiempo. Y entonces mencionó el nombre de Brånemark.

–Algo he oído, pero te agradecería que me lo aclararas un poco más.

Es un sistema para fijar implantes a la mandíbula. Lo desarrolló un profesor sueco en los años sesenta. Martinsson trató de desarrollar una variante mejor, pero no lo consiguió. Invirtió en ello todo su dinero. Estaba totalmente convencido, demasiado, podría decirse.

–¿Por eso consiguió más crédito del que debería?

–Sí y no. Ciertamente, le concedimos los préstamos a pesar de que era arriesgado, pero, para ser justos, su clínica dental había ido bien durante muchos años, así que no había problema de ingresos. Seguramente, eso ayudó a convencer al comité de créditos.

–Pero ¿al final no funcionó?

–No. Necesitaba pedir prestado cada vez más dinero para terminar su investigación y tuvo que parar. Hipotecó su casa y todas sus propiedades, pero no fue suficiente.

–¿Qué ocurrió entonces?

–Si no recuerdo mal, no pudo conseguir más financiación. Estaba decepcionado y amargado y descuidó la clínica. La clientela fue disminuyendo y ya no podía pagar los préstamos que tenía. Una cosa llevó a la otra y, finalmente, la empresa se declaró en quiebra.

–¿A qué se dedica ahora?

–Sufrió un infarto y murió, justo cuando el concurso era ya un hecho. No lo pudo soportar. Trágico. No es fácil ser inventor en Suecia.

–Y supongo que nosotros perdimos todo el dinero –dijo Nora.

Se recostó en la silla de mimbre mientras esperaba la respuesta. Un sordo dolor de cabeza comenzó a dejarse sentir en la nuca, pero trató de ignorarlo. Un exceso de sol durante el día. Tenía que beber un poco de agua.

—Sí —se disculpó Niklas Larsson con tono avergonzado—, al menos la mayoría. No había muchos activos en la empresa. No quedó más remedio que cancelar las deudas.

Nora consideró útil aquella información. Le dio las gracias por la ayuda y puso fin a la conversación.

Decidió dedicar una hora como máximo para realizar su propia investigación, después lo dejaría. Ella no era una policía que hacía aquello en su horario laboral. Después de encender el ordenador, entró en Internet y buscó «Brånemark».

En pocas palabras, el sistema consistía en unos pequeños tornillos de titanio que se fijaban al hueso de la mandíbula. Cuando los tornillos se habían unido al hueso, se fijaban encima unos dientes artificiales. De esa manera, los pacientes podían tener nuevos dientes en lugar de utilizar una dentadura postiza. La patente se utilizaba en todo el mundo.

Después buscó «Olof Martinsson y dentistas». Uno de los primeros resultados fue un obituario que se había publicado en la revista del Colegio de Dentistas, *Tandläkartidningen*. Nora hizo clic en el obituario y siguió leyendo con creciente interés. El texto describía a Olof Martinsson como un profesional solitario, altamente cualificado y comprometido, que había estado a punto de conseguir un gran avance científico. Su investigación sirvió de base para una patente por algo llamado «factor de crecimiento», que suponía una mejora significativa del sistema Brånemark. Mediante la colocación de una película de proteína en cada tornillo de titanio se aceleraba el proceso de cura, al mismo tiempo que aumentaban sensiblemente las posibilidades de fijación del tornillo. A la larga, según el autor, la investigación de Martinsson se habría podido emplear en otros contextos, como por ejemplo, para conseguir que un vaso sanguíneo se curara más rápido después de una intervención quirúrgica o para pegar superficies de una herida. Eso, si el sistema se hubiera desarrollado totalmente. Sin embargo, el finado no había tenido la posibilidad de terminar los estudios clínicos necesarios para conseguir el reconocimiento científico. Lo cual era un requisito imprescindible para obtener una patente mundial.

Del texto se deducía que los problemas financieros acabaron con Martinsson. Era una persona que no se casó ni tuvo hijos, había vivido para su investigación. Cuando le apartaron de ella, su cuerpo se rindió.

El obituario destilaba tristeza y resentimiento. Su autor, obviamente, pensaba que el muerto no había recibido el reconocimiento que merecía.

Nora estudió pensativa la pantalla que tenía delante. Tantos años de trabajo para nada. Martinsson había estado muy cerca de conseguir un gran avance, cuando su

empresa, que era propietaria de su invento, entró en quiebra.

¿Qué había ocurrido con la patente?

Alcanzó un montón de documentos y los hojeó. En el inventario había una lista con los activos y las deudas. Allí se mencionaba una patente valorada como máximo en cien mil coronas. Debía de ser la misma en la que Martinsson había invertido todo lo que tenía.

En el informe semestral que Juliander presentó seis meses más tarde, encontró unas líneas referidas a dicha patente. Allí se afirmaba que había sido vendida a una empresa estadounidense por cien mil coronas pocos meses después de que la empresa se declarara en quiebra.

Cien mil coronas. Justo el precio en el que había sido valorada. Una suma pequeña para tantos años de investigación y tantos millones de coronas invertidas. Y toda una vida de esfuerzo. Sin embargo, era mucho dinero para un invento que no tenía ningún valor, pensó Nora. Se preguntó quién sería el comprador. No aparecía su nombre. Pero eso tenía que quedar claro en el informe de gestión de Juliander.

Continuó leyendo, con la nueva información en mente, hasta que llegó a la decisión del juzgado de primera instancia de declarar la empresa en bancarrota y nombrar un administrador concursal. Entonces se dio cuenta de algo en lo que no había reparado antes. El juez había designado directamente a Juliander como administrador concursal por petición directa de una pequeña empresa de acreedores, una empresa estadounidense. A Nora le sonaba el nombre: General Mind Incorporated. ¿No era un gran grupo de la industria biomédica que cotizaba en Bolsa?

Así pues, una empresa extranjera había solicitado y conseguido que Juliander fuera el administrador concursal. Un abogado de reconocido prestigio que normalmente administraba quiebras mucho más grandes que esa. ¿Por qué? ¿Y cuál era la empresa estadounidense que había comprado la patente? ¿Podría tratarse también de General Mind Incorporated?

Empezaban a ser muchas las preguntas sin respuesta. Ya iba siendo hora de llamar a Thomas y contarle a qué se había dedicado los últimos días. Él podría conseguir fácilmente que el bufete de abogados Kalling le entregara toda la documentación sobre la administración concursal de la quiebra de Martinsson.

Sin duda, sería una lectura muy interesante.

Se habían sentado en una de las salas de conferencias para poder trabajar en paz. Esta vez Margit no le echó la bronca a Thomas cuando apareció por la puerta. Estaba claro que el resfriado había remitido, aunque estornudara de vez en cuando. Le había mejorado mucho el color de la cara y ya no parecía estar tan agotado.

Mientras Thomas estuvo en casa, Margit había completado los interrogatorios con los conocidos de Nyrén. Eran evidentes las similitudes con las declaraciones de las personas más cercanas a Juliander: no se le conocían enemigos; Nyrén había sido un amigo y un compañero de trabajo apreciado; estaban consternados y perplejos.

–En otras palabras, no hay ningún enemigo claro. No tenía enemigos declarados ni conflictos con terceros.

–¿Algo que aclare la presencia de los dos cepillos de dientes en su cuarto de baño? Margit sacudió la cabeza.

–No se le conoce pareja. Parece que ha sido un solterón empedernido. ¿Quizá el otro cepillo de dientes era para visitas ocasionales?

Thomas le contó la conversación telefónica que había mantenido con Nora. Ella le había llamado justo cuando entraba en la comisaría. Estaba a punto de terminar el relato cuando Carina asomó por la puerta. Traía unos papeles en la mano y parecía alterada.

–Leed esto –dijo, y les pasó los documentos.

–¿Qué es? –preguntó Margit incorporándose un poco para alcanzar el montón de papeles.

–Son copias sacadas de Internet. He estado navegando por la red buscando ese nombre que me dio Thomas hace un momento, General Mind Incorporated. Mirad lo que he encontrado.

Sonrió con una sonrisa expectante.

–Aquí está su comunicado de prensa en Estados Unidos el invierno pasado. Dice que han desarrollado un nuevo método revolucionario para insertar implantes dentales. Un método que hace que los tornillos se fijen al hueso de la mandíbula de una manera completamente novedosa.

Thomas se inclinó hacia delante y empezó a leer.

El texto estaba en inglés, lleno de superlativos, probablemente para impresionar tanto a los posibles accionistas como al público. Con el inglés que Thomas había aprendido en la escuela no tuvo dificultades para entender lo que decía.

La compañía se golpeaba el pecho, orgullosa de su innovadora tecnología, que se

apoyaba en una patente de la Unión Europea. Prometían superar a todos sus competidores en el mercado. Ningún otro sistema podía ofrecer una cicatrización tan rápida de las heridas y un método de fijación tan eficaz.

Thomas hizo un breve resumen. Debían existir cientos de miles, sino millones, de personas mayores en Estados Unidos y en Europa que empezaban a perder los dientes y necesitaban implantes. Y que estaban dispuestas a pagar una buena cantidad de dinero a los desarrolladores del invento. La empresa estadounidense estaba a punto de ganar un dineral con un sistema que no se había empleado anteriormente. Un sistema basado en una patente europea. Suecia estaba en Europa.

—¿Cuál es la probabilidad de que exista otra patente en este sector, además de la de Martinsson?

—¿A la que esta empresa haya podido echar el guante y desarrollarla en los últimos doce meses? —completó Margit.

—Probablemente, muy pequeña —constató Thomas.

Pero si la patente era tan valiosa, ¿por qué habían podido comprarla tan barata en una liquidación concursal?, pensó. En el caso de que el comprador fuera General Mind Incorporated.

—Tenemos que hacer otra visita a Eva Timell —dijo Margit, y se levantó—. Venga, vamos.

Había mucha más gente por la plaza Norrmalmstorg que la última vez que Thomas y Margit visitaron juntos el bufete de abogados. Cuatro semanas antes era pleno verano y el ritmo de la plaza parecía agradablemente ocioso. Entonces, los turistas iban de un lado a otro con sus cucuruchos de helado. Se veía alguna que otra persona con su maletín, la chaqueta al hombro y las mangas de la camisa recogidas.

Ahora también se veían turistas sentados en las sillas de la terraza del restaurante que había en el centro de la plaza, pero se respiraba otro aire. El periodo de vacaciones tocaba a su fin y las oficinas del centro de la ciudad empezaban a llenarse de nuevo. Un molesto recordatorio de que había pasado demasiado tiempo sin que ellos hubieran sido capaces de detener al asesino.

Thomas era muy consciente de que las primeras setenta y dos horas después de un crimen solían ser cruciales para una investigación. Apenas se atrevía a pensar lo que suponían más de cuatro semanas. No faltaba mucho para que él también empezara a perder la esperanza de poder descubrir al culpable.

Un hombre vestido de traje oscuro cruzó delante de ellos la puerta del edificio donde tenía sus oficinas el bufete de abogados Kalling; ellos lo siguieron hasta el

ascensor. Tuvieron que esperar unos minutos en la recepción antes de que apareciera Eva Timell. Parecía cansada y tenía las mejillas hundidas. Era evidente que seguía afectada por la muerte de su jefe.

La siguieron hasta una pequeña sala de reuniones donde había una bandeja finamente dispuesta, aunque ellos no habían comunicado previamente su visita. Tal vez fuera lo normal en aquel elegante bufete de abogados, pensó Thomas. También tenían aquellos ricos bombones de chocolate negro. Margit se comió inmediatamente uno.

Eva Timell se ocupó de servir el café. No parecía dispuesta a iniciar voluntariamente ninguna conversación. El silencio se podía cortar.

Ese día vestía una blusa negra y una falda ceñida también negra; complementaban su indumentaria unos zapatos de salón de tacón alto y un cinturón estrecho de cuero. En el cuello llevaba un pequeño corazón de oro, que parecía bastante infantil en comparación con el resto del vestuario. Casi como si tratara de demostrar intencionadamente que bajo ese aspecto sobrio también había ternura.

—Tenemos un asunto sobre el que necesitamos hacerle unas preguntas —dijo Thomas después de tomar la taza de café que le ofreció Eva Timell.

—¿Sí? —respondió en voz baja. Movía nerviosa sus delgados dedos sobre las rodillas.

—Se trata de un concurso que su jefe administró hace dos años aproximadamente —comenzó Thomas—. Una clínica dental que cayó en bancarrota.

Eva Timell lo miró sorprendida.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba la empresa?

—Clínica Dental Olof Martinsson AB. Era propiedad de un dentista, que también era bioquímico.

La secretaria de Juliander parecía desconcertada, como si aquel nombre no le dijera nada.

—¿Y bien? —dijo, antes de acercarse la taza de café a los labios.

—Parece que Martinsson logró desarrollar un nuevo sistema para conseguir que los implantes dentales se fijaran al hueso de la mandíbula mucho más rápido de lo normal.

—Lo siento. No entiendo qué tiene que ver eso con Oscar.

—La patente del sistema estaba incluida en la masa concursal. Y su jefe permitió que se vendiera cuando era el administrador concursal de la clínica.

—Eso forma parte del trabajo de un administrador concursal —argumentó Eva Timell—. Se supone que tienen que liquidar la empresa. Lo siento, pero no le sigo.

—Voy a tratar de ser más claro —dijo Thomas—. Nos preguntamos a quién se la vendió —añadió, mirando inquisitivamente a Eva Timell.

Nadie había trabajado tan estrechamente con Oscar Juliander como ella. Si alguien podía responder a sus preguntas, era aquella mujer tan sobriamente vestida que se sentaba frente a él.

—No sé —empezó Eva Timell, vacilante—. Una clínica dental me suena a empresa pequeña. Oscar no solía hacerse cargo de esos concursos pequeños.

—Lo sabemos —dijo Thomas—. Por eso precisamente nos ha llamado la atención. Nos gustaría ver la documentación acerca de esa empresa. Supongo que estará en el despacho, ¿no?

—Creo que sí, pero tengo que mirar. Archivamos la documentación en los almacenes de una empresa de seguridad que está en Dalarna. ¿Sabe si la liquidación está cerrada?

Thomas se quedó pensando. ¿Había dicho Nora algo de eso? No, que él pudiera recordar.

—¿Por qué?

—En ese caso, la documentación probablemente no esté aquí. Pero si el concurso sigue abierto, entonces seguro que está. Puedo ir a comprobarlo ahora mismo si me esperan un momento.

Eva Timell desapareció por la puerta, que se cerró silenciosamente. Pasaron casi diez minutos antes de que volviera a entrar en la sala con tres archivadores grandes en los brazos. Los dejó sobre la mesa de caoba reluciente, delante de Thomas y de Margit.

«Clínica Dental Olof Martinsson AB», se leía claramente en los lomos de los archivadores.

—Hay algunos más —explicó—, pero no podía con todos. De todos modos, estos son los tres primeros.

Efectivamente, los archivadores estaban numerados según el sistema romano: I, II, III.

—Como es natural, también hay una gran cantidad de registros, pero creo que los conserva el revisor. Nosotros no solemos tenerlos.

Margit alcanzó el primer archivador y lo hojeó. Contenía varios documentos relacionados con la quiebra de Martinsson.

—¿En qué archivador podría estar el contrato? —preguntó Thomas.

Eva Timell tomó la tercera carpeta y la abrió. Allí había un índice. Señaló la pestaña número cuatro.

—Aquí están los contratos relacionados con la liquidación de la masa concursal. ¿Es esto lo que está buscando?

Thomas asintió.

Comenzó a hojear detenidamente el contenido de los diversos documentos. Casi al

final había unos textos escritos en inglés. Eran pocas páginas y estaban redactadas a mano en un tamaño de letra muy pequeño.

«Asignación de los derechos de la patente», decía en la parte superior de la primera página. La última llevaba la firma de Oscar Juliander.

¡Bingo!

Por lo que Thomas podía entender, acababa de encontrar el acuerdo en el que se vendían los derechos de la patente de Martinsson.

—Mira esto —le dijo a Margit y giró el archivador para que ella también pudiera leerlo.

—General Mind es la compradora —constató.

—Así pues, Nora tenía razón.

Thomas le dedicó a su amiga de la infancia un pensamiento lleno de gratitud.

Tenían abierto delante de ellos el acuerdo sobre la patente. Bien escrito y probablemente irrecusable.

Thomas buscó en el texto hasta que encontró la cláusula que regulaba el precio de compra. Cien mil coronas. Ni más ni menos. La cantidad estaba escrita con números y con letras. Cien mil coronas, justo lo que había dicho Nora. Las piezas del rompecabezas encajaban demasiado bien como para que fuera una coincidencia.

—¿Esto fue todo lo que se pagó? —preguntó Thomas.

—Lo doy por descontado —contestó Eva Timell— si así lo dice el contrato.

—En ese caso, Juliander liquidó a precio de ganga la obra a la que Martinsson dedicó su vida —dijo Margit.

—¿Deliberadamente? —Thomas miró una vez más el contrato mientras la pregunta quedó flotando en el aire.

—¿Crees que puede haber sido una casualidad?

—Si recibió dinero por otro lado, no.

—Tenemos que averiguarlo.

Thomas se dio cuenta de que Eva Timell estaba escuchando su conversación, no apta para sus oídos. Ya seguirían cuando hubieran terminado en el bufete de abogados.

—Me temo que tenemos que llevarnos este archivador —dijo—. Espero que no suponga una molestia.

—¿Es realmente necesario?

—Lo siento. Pero no se preocupe, le prometo que lo devolveré.

A Eva Timell parecía que no le tranquilizaron precisamente sus palabras, pero no protestó.

—Si encuentra cualquier otra información acerca de General Mind Incorporated queremos que se ponga en contacto con nosotros inmediatamente —dijo Thomas—. Es

muy importante.

Eva Timell confirmó con un gesto que así lo haría, y sonrió angustiada.

—No había oído hablar de ellos hasta ahora. Pero, por supuesto, mantendré los ojos abiertos.

Miércoles, quinta semana

Se habían congregado para la reunión de la mañana en la sala grande de conferencias. El aire olía a cerrado, la sala estaba poco ventilada. El Viejo también había vuelto, pero no tenía muy buen aspecto. Respiraba con dificultad y tenía los ojos rojos. Erik estornudó ruidosamente. Otro que se había contagiado.

Margit resumió la información que habían conseguido en los últimos días y confirmó su primera percepción de Martin Nyrén como un hombre amable, más bien solitario, pero apreciado en su trabajo y entre los amigos. Varios compañeros habían mencionado lo importante que era para él su integridad. Rara vez hablaba de su vida privada, pero tenía puesta toda su alma en el deporte de la vela y en el Real Club de Vela de Sandhamn. Incluso tenía una fotografía de su Omega 36 en el escritorio.

–Hay una cosa interesante –dijo Margit–. Uno de sus compañeros ha mencionado que vandalizaron su barco unas semanas atrás.

–¿Cómo? –preguntó el Viejo.

–Lo pintaron con aerosol. Era evidente que estaba muy molesto por ello. Pudó tratarse de una gamberrada, pero mi instinto me dice que no fue eso.

–Nos ocuparemos de ello. ¿Lo denunció a la Policía?

–Sí. Kalle se iba a encargar de ello.

–¿Qué ha pasado con la investigación técnica? –continuó el Viejo–. ¿Se ha encontrado algo en el apartamento de Nyrén?

–No mucho –dijo Erik–. Por desgracia, se trataba de un piso inusualmente limpio. Las huellas dactilares que se encontraron se han cruzado con las del registro de antecedentes penales, pero no hay ninguna coincidencia.

–¿El ordenador de Nyrén?

–Sigue bloqueado. Uno no se imaginaría nunca que un subdirector de departamento hubiera tomado tantas medidas de seguridad, pero tenía instalados varios códigos de bloqueo. Nos hemos incautado también de su equipo de trabajo, pero solo contenía información relacionada con el trabajo. Nada privado.

–Era funcionario público, por lo que es muy probable que sus correos electrónicos privados estén en su ordenador personal –intervino Thomas–. No querría que fueran clasificados como documentos públicos.

–Un burócrata que protegía su información –dijo Margit–. Qué mala suerte.

Thomas tomó de nuevo la palabra. Describió la visita al bufete de abogados

Kalling y explicó lo ocurrido en relación con la patente de Martinsson.

–Creemos –concluyó–, que Juliander consiguió dinero negro por vender esa patente tan barata a General Mind Incorporated. Y que le pagaron en Liechtenstein, con toda probabilidad.

–¡Así que esa es la explicación de la tarjeta de crédito y de sus ingresos extra! – exclamó Carina–. Una cuenta secreta con el dinero de un delito de cohecho.

–Pero ¿una empresa tan grande va a correr el riesgo de pagar sobornos? –preguntó Erik, y volvió a estornudar.

Carina se alejó un poco de él discretamente.

–No es tan inusual –comentó Thomas–. Muchos fabricantes de armas lo hacen de manera habitual, aunque, claro, lo llaman comisión. –Hizo un signo de comillas en el aire con los dedos.

–Acuérdate de Bofors en la India –dijo Margit.

–No me sorprendería nada que General Mind Incorporated hubiera intentado antes comprar la patente –dijo Thomas recordando la descripción que Nora había hecho del inventor–. Pero es probable que el apasionado dentista se negara porque era la niña de sus ojos. Y cuando la quiebra fue un hecho incuestionable, vieron su oportunidad. Solo tuvieron que conseguir un administrador concursal sin escrúpulos que estuviera dispuesto a aceptar su soborno.

–Bastante estudiado –dijo Margit–. Pero con el potencial que ganaba, realmente era una apuesta de muchos millones. La avaricia es un móvil fuerte.

–Acuérdate de Håkan Lans –dijo el Viejo.

–¿Quién es? –preguntó Carina.

–El hombre que inventó una versión temprana del ratón del ordenador. Es un genio de la tecnología. Ha inventado también un sistema de vigilancia mediante satélites.

–¿Qué le ha pasado?

–Que una empresa de informática estadounidense le robó algunos derechos de patente. Ha litigado durante años sin llegar a ninguna parte.

–Así cosecha el capitalismo sus víctimas –sentenció Margit filosóficamente.

–Con toda seguridad, será imposible demandarlos –dijo Thomas–. Hemos leído el contrato y parecía que estaba bien. No he estudiado derecho, pero, sin duda, se habrán cubierto las espaldas.

El Viejo asintió con la cabeza.

–Con Juliander asesinado, no tenemos a nadie que pueda ser procesado por cohecho –dijo Margit–. Ni tampoco que pueda declarar, si vamos al caso. ¿Creéis que lo asesinaron por eso? ¿Por qué querían silenciarlo?

–De ser así, lo habrían hecho tan pronto como la empresa se hizo con la patente – dijo Thomas–. Pero ¿para qué iban a hacerlo? Con el pago del soborno ya se habíar

asegurado el silencio de Juliander.

–En cualquier caso, será muy difícil demostrar que una empresa extranjera como General Mind Incorporated se ha dedicado a sobornar a un abogado sueco –constatc el Viejo–. No tenemos ninguna prueba evidente, solo nuestras propias especulaciones.

–Esto me pone furiosa –dijo Margit–. Que Juliander se libre tan fácilmente.

El Viejo torció un poco la boca.

–Ese hombre está muerto, no lo olvides.

Thomas estaba de acuerdo con el Viejo. Si Juliander había escapado o no, era una cuestión irrelevante en ese momento. Juzgado o no, a unos metros bajo tierra no tiene importancia.

Sin embargo, Margit aún parecía irritada; le había aparecido en la frente una arruga de enojo.

El tema estaba agotado.

Se abrió la puerta y entró Kalle con un montón de papeles en la mano. Parecía alterado.

–Siento llegar tan tarde –se excusó–. Por fin hemos recibido el listado de las llamadas telefónicas. Con todo tipo de excusas posibles por parte de la compañía por el tiempo que han tardado. Ahora sabemos con qué números de teléfono tuvo contacto Martin Nyren durante los últimos meses.

Extendió las copias sobre la mesa hojeando la pila de papeles.

–Aquí están las llamadas que hizo y las que recibió.

Todos se inclinaron hacia delante y estudiaron las listas.

Martin Nyren también había sido un diligente usuario de los mensajes de texto; había enviado muchos desde su móvil.

–¿Sabemos quiénes son los receptores? –preguntó Thomas.

Kalle asintió y señaló otra lista.

–Aquí están los nombres de los propietarios de esos números. –Sonrió expectante.

Thomas comprendió por qué. En la parte superior de la lista estaba el nombre de un abonado que les era muy familiar.

Ingmar von Hahne.

–Traedlo aquí otra vez –dijo el Viejo.

Thomas y Margit ya se habían levantado.

–Inmediatamente.

–¿Estoy detenido?

La abrupta pregunta de Ingmar von Hahne sorprendió a Thomas. No esperaba que aquel hombre tomara la iniciativa en la conversación. Pero, naturalmente, era una pregunta razonable dada la situación.

–No, solo queremos completar el interrogatorio.

–En ese caso, quiero que me acompañe mi abogado.

Margit y Thomas intercambiaron una mirada. Si tenían que esperar a su representante legal, eso supondría un retraso y ciertas limitaciones en las preguntas.

–¿Está pensando en alguien en especial? –respondió Thomas.

Ingmar von Hahne parecía inseguro. Como si se hubiera esperado mayor oposición.

–¿Puedo?

–Por supuesto. –Thomas mantuvo un gesto neutral.

El hombre, al otro lado de la mesa, sacó su teléfono móvil y marcó un número. Al cabo de un minuto colgó.

–No me contesta.

–Usted debe decir si esperamos o no –dijo Margit.

Ingmar von Hahne parecía indeciso. Miró el reloj.

–¿Tiene prisa? –preguntó Thomas.

–No. Bueno, sí. Tengo una reunión dentro de una hora.

–Usted decide –repitió Margit.

–Está bien, pueden hacerme esas preguntas.

Ingmar von Hahne estaba bastante más contenido que la última vez que lo vieron. Al igual que en aquella ocasión, llevaba el cabello bien peinado; vestía una chaqueta azul oscuro con el alfiler de la insignia del Real Club de Vela en el lado derecho. El sello del anillo del dedo meñique de la mano izquierda era un testimonio de su noble alcurnia.

Thomas se preguntó si la angustia anterior no habría sido sustituida por una superioridad aristocrática tras la que escudarse ante las preguntas de la Policía. Sin embargo, no podía dejar de irritarle el elegante porte de Von Hahne. A mí no podéis hacerme nada, leyó Thomas en su actitud. Las personas como yo nos las arreglamos siempre, por mucho que lo intentes. Yo pertenezco a una clase superior a la tuya.

Le entraron unas ganas enormes de quebrar la fachada del elegante marchante de arte.

–¿Por qué le enviaba regularmente mensajes de texto Martin Nyrén?

–Formábamos parte de la junta directiva del club. Como sabe, yo soy el secretario.

–Hubo muchos mensajes.

–Ha habido muchos asuntos. –La respuesta fue rápida.

–¿Envía mensajes de texto a todos los miembros?

–Cuando es necesario.

–¿Se comunicaba con Oscar Juliander por ese medio?

–Si era necesario, sí.

–¿Con qué frecuencia?

–De vez en cuando.

–¿Le importaría mostrarnos el contenido de los mensajes que recibió o envió?

Ingmar von Hahne dudó por un segundo.

–Lo siento, pero los he eliminado. No guardo esas cosas.

–¿Ha estado en la casa de Martin Nyrén?

–Sí.

–¿Cuándo?

–Fui a entregarle papeles relacionados con el club.

–¿Nada más?

–Y estuve un par de veces tomando una copa.

–Pero tiene el almacén justo enfrente. ¿Nunca quedaban a tomar un café? –intervino Margit.

–Puede ser.

Era como si Von Hahne se ocultara detrás de una máscara de monosílabos, pensó Thomas. Respondía de manera muy escueta. Evitaba extenderse en largas explicaciones que pudieran ser contradictorias. Estaba a la defensiva, eso era obvio.

–Usted comprenderá que se encuentra en una situación delicada –dijo Thomas–. A Martin Nyrén le dispararon desde su almacén. De la lista de llamadas se desprende que mantenían contacto frecuentemente.

–Yo no tuve nada que ver con el asesinato de Martin.

Ingmar von Hahne sonaba decidido, pero se seguía apreciando en él la misma contención que antes, y Thomas reprimió el impulso de zarandearlo.

Margit lo observó. Entonces probó un nuevo enfoque.

–¿Tiene alguna teoría de por qué han muerto Martin Nyrén y Oscar Juliander.

–No.

–Pero seguro que habrá pensado en ello.

–No.

–¿Eran ustedes enemigos?

–No.

–Entonces, ¿usted no tenía nada en contra de Martin Nyrén?

–No.

–¿Seguro?

–Sí, ya lo he dicho.

Un músculo diminuto se le contrajo en la sien y reveló que la calma de Von Hahne se empezaba a cuartear.

–Usted puede ser el siguiente –dijo Margit–. Si no nos ayuda.

–He pensado en ello.

–¿No tiene miedo?

Ingmar von Hahne los miró y Thomas entrevió en sus ojos una expresión que no pudo comprender. Resignación o hastío, quizá. Como si las preguntas le resultaran más agotadoras que amenazantes y apenas tuviera fuerzas para preocuparse.

–¿Le importaría dejarnos su huella dactilar? –le preguntó Thomas.

–¿Tengo que hacerlo?

–Creemos que puede ser importante para la investigación.

El silencio se prolongó.

Finalmente, Ingmar von Hahne abrió la boca.

–Quiero hablar con mi abogado antes de responder a más preguntas.

Nora fue al armario de las llaves y buscó las de la casa de Signe. Salió por la puerta con decisión y se dirigió a Villa Brandska.

Cuando vio el hermoso rosal que cubría la mayor parte de la fachada sur, sintió ganas de llorar. Signe había cuidado siempre sus rosas como si fueran seres humanos. Nora, por más que se esforzaba, no tenía ni de lejos la facilidad de Signe con las plantas. Si no la hubiera ayudado el experto en rosas de Sandhamn, uno de los mayores entendidos de Suecia, el precioso rosal trepador podría haber acabado de cualquier manera.

Abrió la puerta principal y salió a la antigua veranda frente al mar. Se sentó con las piernas dobladas en uno de los viejos sillones de mimbre. Un motocarro pasó por el camino. Nora oyó el motor a través de las ventanas con parteluces y el sonido familiar le hizo sonreír.

¿Cómo sería vivir allí? Cerró los ojos y trató de imaginárselo. Los chicos podrían tener una habitación cada uno en la planta de arriba. El cuarto de baño tendría que seguir como estaba, aunque hacía falta renovarlo. La cocina era antigua, pero no estaba vieja. Con un poco de pintura y una placa moderna quedaría de maravilla. A lo mejor podía comprar también un lavavajillas.

Los bellos muebles del comedor no quería cambiarlos, ni los muebles de mimbre de la veranda. Las delicadas cortinas blancas de puntilla que tenía Signe también se quedarían en su sitio. El salón que había al lado del comedor podría convertirse en el cuarto de la televisión. Y el pequeño aseo para las visitas podría volver a empapelarlo ella misma. Con un papel con florecitas, en un tono amarillo claro que recordara un prado estival. No sería una renovación de lujo, precisamente, pero sí práctica.

Abrió los ojos y dejó que su mirada se deslizara hacia el mar, donde acechaban las nubes grises. Con el rabillo del ojo, vio a uno de los vecinos que estaba regando sus geranios. Cuántas veces se había sentado ahí a charlar con Signe mientras la fiel *Kajsa* estaba allí tumbada en la alfombra de rayas. Cuántos cafés se habían tomado en aquellas tazas de Höganäs de color marrón oscuro que tenía Signe.

¿Qué pensó Signe aquella última noche?, se preguntó Nora con tristeza. ¿Estaba dominada por los remordimientos o simplemente decidida a hacer lo que le parecía correcto? Como si pudiera expiar sus actos quitándose la vida.

Nora no se había imaginado lo mucho que iba a echar de menos a Signe. Percuando regresó a Sandhamn y se encontró delante de la casa vacía y silenciosa sintió

una enorme pérdida. Era inconcebible que nunca pudiera volver a ver a aquella mujer que había estado tan cerca de ella desde que era una niña. Que la había escuchado y consolado tanto si se trataba de un rasgón en la vela del Optimist como de un amor adolescente fracasado.

Tía Signe les había tejido diminutos patucos de color azul claro a Adam y a Simon, y todos los veranos horneaba galletas de frambuesa para los chicos.

A Nora se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar lo precavida que había sido Signe, incluso cuando se enfrentaba a su propia muerte. En lo importante que era por ello respetar su última voluntad.

Para su sorpresa, comprendió que la decisión estaba tomada.

¿Por qué no se había ido?

Se había hecho aquella pregunta en numerosas ocasiones. Le había dado vueltas una y otra vez. Había analizado todas las posibles consecuencias. Los niños, al final, siempre se trataba de los niños.

Aunque su madre lo hubiera dejado fuera con tanta habilidad, él no podía tomar la decisión de dejar a sus hijos. Exponerlos a un divorcio, con todo lo que eso suponía de vergüenza y habladurías, miradas de censura y susurros compasivos de amigos y conocidos.

Era cierto que no había sido un marido ideal. Ni mucho menos. A lo largo de los años había mantenido aventuras extramatrimoniales. Pero las había llevado de manera discreta, siempre discreta.

Probablemente, su esposa había hecho lo mismo. No le sorprendería lo más mínimo. Con la poca vida matrimonial que hacían, ella podría muy bien haber buscado en otro lado. Con discreción, por supuesto. Ella también seguía las reglas de la conveniencia.

A decir verdad, a él no le importaban los devaneos de su esposa.

Pero su último enamoramiento había sido totalmente distinto. Había hecho renacer algo en él, algo que creía muerto y enterrado desde hacía mucho tiempo. De pronto, se sintió joven y vivo otra vez, lleno de fuerza y de entusiasmo.

Hacía muchos años que su vida no era tan emocionante. Se despertaba por la mañana con la esperanza en el cuerpo. Y por primera vez había considerado en serio la idea de divorciarse. Había empezado a soñar con otro tipo de vida.

¿Tal vez existía una segunda oportunidad incluso para él?

Jueves, quinta semana

Se suponía que la reunión iba a ser corta. Eran más de las cinco y el cansancio se hacía palpable en la sala. Había sido una semana muy ajetreada y aún estaban lejos de resolver el caso. Dos asesinatos y ningún asesino. La situación era cuando menos estresante.

El Viejo se aclaró la garganta y la sala quedó en silencio. Un silencio desalentador que no invitaba a hacer comentarios espontáneos.

Thomas jugueteaba con el lápiz, incapaz de concentrarse. «Martin Nyrén», escribía una y otra vez. «Oscar Juliander, General Mind Incorporated». Pronto se quedaría sin hojas en el bloc de notas.

—¿Qué hacemos con Von Hahne? —preguntó el Viejo.

Margit dejó escapar un profundo suspiro.

—No podemos detenerlo con las pruebas que tenemos —contestó—. Ahora se ha vuelto mucho más frío. No dice nada voluntariamente.

—¿Las pruebas técnicas?

—Tenemos el listado de llamadas de la compañía telefónica. Pero ha dado una explicación plausible de la cantidad de llamadas y mensajes de texto. La única noticia esperanzadora es que probablemente mañana nos entregarán el ordenador de Nyrén; tal vez ahí podamos encontrar algo.

—¿No se pudo arreglar su teléfono móvil?

—Desgraciadamente, no. Se dio un buen golpe al caer al suelo. Está muerto.

Thomas tomó aliento. Tan sencillo y tan complicado de ver. Escribió algo en el bloc.

El Viejo lo miró irritado.

—¿Estás demasiado ocupado para escuchar la conversación? —le preguntó con acritud—. ¿O puedes participar tú también?

Thomas levantó la vista.

—Es un anagrama.

—¿Qué? —dijo el Viejo.

Margit se contuvo.

—¿Qué quieres decir?

—El nombre del barco. Es un anagrama. Es una transposición de letras. Si alguien dudaba de que el dinero provenía de una empresa estadounidense, puede dejar de

hacerlo. —Thomas se echó a reír.

—Tendrás que explicarte. ¿Qué es tan gracioso? —La voz de Margit sonaba como si estuviera a punto de perder la paciencia.

—*Emerald Gin*. El nombre del barco de Juliander. Es un anagrama de General Mind. Bautizó el barco con el nombre de quienes se lo habían financiado. —Las carcajadas casi le impedían hablar—. Juliander era un cachondo. Tenía sentido del humor.

A medida que sus compañeros lo fueron comprendiendo, se empezaron a escuchar risitas dispersas y, al final, todos acabaron uniéndose a las risas de Thomas. Incluso la disciplinada fiscal esbozó una sonrisa. Fue la primera vez que Thomas vio a Öhman expresar algo más que una pequeña sonrisa contenida.

Cuando la hilaridad finalmente fue desapareciendo, sintieron una especie de liberación. La tensión se había esfumado y se respiraba otra atmósfera en la sala.

—¿Algo nuevo acerca de las posibles conexiones entre Nyrén y Juliander? —preguntó el Viejo, en un intento de encarrilar la reunión.

Thomas trató de concentrarse.

—Seguimos sin saber nada más del Real Club de Vela —dijo—. No hemos podido encontrar dinero negro. Nyrén no tenía muchos más bienes que su piso y su barco. Vivía de su sueldo de funcionario. Pagó el Omega con la herencia de sus padres.

—¿Dónde estamos, entonces? —dijo el Viejo. Se entrelazó las manos detrás de la cabeza y miró a la fiscal.

La manera intachable de vestir de Charlotte Öhman difería mucho de la ropa mucho más informal que llevaban los policías. La chaqueta gris y la blusa blanca revelaban su estatus de funcionaria. Pero era una buena fiscal, no demasiado puntillosa. Sobre todo, dejaba que la Policía hiciera su trabajo sin inmiscuirse demasiado en la investigación.

—Creo que hay que hacer un registro en la casa de Von Hahne —dijo Thomas—. Si lo registramos todo de arriba abajo, puede que se sienta presionado y confiese.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Charlotte Öhman.

—No tenemos ningún otro sospechoso —replicó Thomas, convencido de que aquel noble ocultaba algo.

—Lo cierto es que hay un montón de indicios —dijo Erik—. A Nyrén lo dispararon desde su almacén, tenemos las listas de sus llamadas telefónicas. Tenía motivos para matar a Juliander.

—Yo no estoy tan convencida de esa motivación —dijo Öhman con voz vacilante.

—En todo caso, es razonable —insistió Thomas.

—Tiene coartada, ¿acaso lo habéis olvidado? —añadió Charlotte Öhman, cortante.

Thomas se levantó bruscamente de su silla. Se acercó y miró detenidamente la

ampliación de la foto de la salida, que seguía pinchada en la pared. No sabía ya cuántas veces la había mirado.

Alcanzó la lupa que había al lado y la colocó lo más cerca posible del *Emerald Gin*.

En la sala todos se quedaron en silencio.

—¿Me pregunto —dijo al fin, enderezándose— si no cometimos un error al descartar a todos los pasajeros que iban a bordo del barco de Bjärring?

—Todos respondieron por los demás —dijo Margit.

—Sin embargo, ¿no podría ser que, de todos modos, el asesinato se cometiera desde el Storebro? —insistió Thomas—. ¿Y que Von Hahne consiguiera meterse en el camarote de proa y disparar a Juliander sin que los demás se dieran cuenta?

Margit comprendió enseguida lo que estaba pensando.

—Hemos dado por sentado todo el tiempo que todo el grupo permaneció junto en todo momento. Pero a veces los testigos se convencen entre sí de que han visto lo mismo. Eso puede haber ocurrido en este caso.

—Entonces, la coartada de Von Hahne estaría en tela de juicio.

Thomas se volvió a sentar en su silla y se apoyó en el respaldo. No dejaba de mirar la imagen ampliada.

—Deberíamos detenerlo —repitió.

—Las pruebas son muy flojas para detenerlo —dijo la fiscal—. Os recuerdo que solo dispongo de tres días para solicitar la prisión preventiva. Aún no tenemos pruebas suficientes.

Thomas reconoció de mala gana que tenía razón.

Si detenían a Von Hahne sin una orden de prisión preventiva, iban a quedar como idiotas. Además, se liaría la de San Quintín en los periódicos si detenían al futuro presidente del Real Club de Vela de Sandhamn sin las pruebas suficientes.

—Al menos podríamos hacer un registro —insistió Thomas—. Creo que se puede venir abajo con esa medida. Además, deberíamos interrogar también al resto de la familia.

Charlotte Öhman parecía dudar, pero tomó una decisión.

—Vamos a ver primero lo que encontráis en ese ordenador —dijo—. Lo siento, pero necesito algo más.

La reunión había terminado.

—**S**vante Severin.

El agente inmobiliario respondió a la primera señal. Era posible que hubiera reconocido el número de teléfono. Todos los números de Sandhamn empezaban con

las mismas cinco cifras.

–Sí, soy Nora Linde –dijo Nora escuetamente.

No tenía ganas de perder el tiempo en una charla innecesaria. Solo quería notificarle una decisión.

–Un placer –contestó Svante Severin.

Antes de que tuviera tiempo de decir nada más, Nora se adelantó.

–Llamo para decirle que Villa Brandska no está en venta. Vamos a quedarnos con la casa.

–Pero..., pero... –balbuceó Svante Severin.

Su decepción era tan evidente que Nora casi podía sentirla.

–¿Por qué han cambiado de opinión? –dijo al fin.

Nora tuvo mala conciencia por un momento. Pero luego abrió la boca decidida a poner fin a aquella conversación.

–Lo siento –dijo escuetamente–. Pero dentro de la familia nunca estuvimos realmente de acuerdo. La casa no está en venta. Ni se venderá tampoco en el futuro.

Se despidió y colgó el teléfono.

¡Qué fácil había sido! Con la cantidad de vueltas que le había dado. Se había pasado la mitad de la noche en vela preocupada por aquella conversación.

Para su sorpresa, sintió un gran alivio. A pesar de que Henrik iba a ir por la tarde y no había consultado con él su decisión de quedarse con la casa. De pronto, le había parecido evidente lo que tenía que hacer. No estaba dispuesta a escuchar lo que opinara Henrik sobre el tema. Pensaba quedarse con Villa Brandska con o sin el beneplácito de Henrik. No había más que hablar.

La comisaría estaba vacía y silenciosa. Thomas estaba solo en su pasillo. Los otros ya se habían ido a casa y él sabía que también debía marcharse. Pero había perdido mucho tiempo cuando estuvo en cama. Sentía la necesidad de verlo todo globalmente, concentrarse y repasar el material y la documentación con tranquilidad. Además, tenía una montaña de papeles que examinar. Llevaba mucho tiempo sin revisar su correo.

Se levantó dando un suspiro y se acercó a la estantería grande de la entrada donde tenía su buzón. Levantó el montón de sobres y se lo colocó bajo el brazo. De paso, aprovechó para hacerse con bombones de una caja que algún alma caritativa había dejado junto a la máquina de café. Carina, seguro, ella solía hacer esas cosas.

Inmediatamente sintió remordimientos. No había estado con ella a solas desde la noche que discutieron. No le había dado tiempo, sobre todo, por culpa del resfriado. Por otra parte, había sido demasiado fácil dejar a un lado los problemas personales echándole la culpa al trabajo.

Sabía que debía hacer frente a ese problema. Por lo menos, tenía la obligación de decirle a ella lo que sentía. Que había llegado a la conclusión de que era mejor que no se vieran más. Al menos, por un tiempo. Pero era jodidamente difícil encontrar las palabras. Y no podía evitar sentirse culpable. Él debería haberlo sabido desde el principio. Debería haber comprendido que realmente no encajaban. Que a él le faltaba un año para cumplir los cuarenta. Casi todos sus amigos ya se habían casado y tenían hijos.

Él deseaba volver a tener un bebé en brazos y Carina deseaba entrar en la Escuela Superior de Policía y empezar a estudiar. Se encontraban en dos etapas de la vida completamente distintas.

Al principio a Thomas le había costado resistir la vitalidad de Carina. El hecho de que ella claramente estuviera por él, lo atrajo. Además, desde el principio las relaciones sexuales funcionaron muy bien. Realmente habían tenido muy buen sexo. Algo de lo que él había carecido después de la separación. De hecho, funcionaba tan bien que llegó a pensar que eso era suficiente. Que no se necesitaba mucho más.

Pero, a la larga, no había sido suficiente. Cuando amainó la primera atracción, se hizo evidente lo diferentes que eran. Carina era una chica dulce e inteligente, pero en el fondo él dudaba cada vez más de su relación.

No podía pedir que ella entendiera su dolor por la pérdida de Emily. Los únicos que podían entenderlo eran Pernilla y él. Pero a veces le resultaba difícil no poder hablar de su hija con la mujer con la que estaba. Lo cual creaba una distancia aún

mayor entre ellos. Cada vez más a menudo se había ido a Harö para poder estar solo. Cuando ella quería acompañarlo, él siempre buscaba excusas.

Se avergonzaba de haber utilizado a Carina de esa manera. Había disfrutado de lo que se le ofrecía sin pensar mucho en los sentimientos de ella.

La verdad es que para él había sido muy cómodo. Quería estar con alguien, no le importaba mucho con quién. Había sido incapaz de buscar él mismo y cuando alguien se le ofreció tan abiertamente no pudo resistirse.

Y ahora la situación era insostenible. Él tenía mala conciencia y Carina estaba triste.

Se prometió una vez más hacer frente a la situación, tan pronto como encontraran al asesino de Juliander y Nyrén. Después de eso no iba a seguir dando largas al asunto.

Entonces debía hablar con ella.

–Tú no estás bien de la cabeza –dijo Henrik. Miraba a Nora con una mirada que parecía casi de repulsión–. ¿Le has dicho a Severin que no vamos a vender la casa sin hablar conmigo?

Estaban sentados junto al embarcadero, con una taza de café cada uno.

Henrik había llegado a Sandhamn por la tarde con el *ferry* de Stavnäs. Después de unos días de guardia, ahora tenía tres días libres. Nora había preparado la cena, así que cenaron cuando él llegó.

No se esforzó mucho. Había asado unos filetes de cerdo marinados que sirvió con patatas asadas y zanahorias ralladas. Después, los niños tomaron un helado cada uno mientras ella preparaba el café.

Simon se había ido a casa de un amigo que tenía un juego de ordenador nuevo y Adam había ido a jugar al fútbol con unos chicos más mayores. Así que era la ocasión perfecta para que un matrimonio que apenas se había visto en las últimas dos semanas pudiera hablar.

Nora estaba descompuesta pensando en la conversación. Sin embargo, confiaba en que él entendiera su decisión y por qué debía hacerlo de esa manera.

En el fondo, ¿no la amaba tanto como para eso? Después de todo solo se trataba de una casa, algo material, nada de importancia vital como una enfermedad grave o un hijo enfermo.

Nora había intentado explicarle a Henrik cómo se sentía y por qué. Que el regalo de Signe debía preservarse para las futuras generaciones. Y que la responsabilidad de cumplir con la última voluntad de Signe era para ella una carga y una alegría al mismo tiempo.

Al final, le contó la llamada que hizo Severin y la respuesta que le había dado. Después, esperó tensa su reacción.

No se hizo esperar. Henrik se puso rojo de ira.

–¿Cómo has podido? Habríamos podido ganar millones por esa casa. Millones, ¿lo entiendes? –gritó Henrik–. Habríamos podido dejar el chalé adosado. Haber comprado una casa en condiciones. No se puede ser más idiota. Ahora llamas a Severin y le dices que hemos cambiado de opinión. Después de todo, quizá, sea posible convencer a esos suizos para que mantengan su oferta.

Pegó un puñetazo en la mesa con tanta fuerza que las tazas tintinearón.

Nora lo miró horrorizada. Parecía como si no hubiera oído ni una palabra de lo que ella le había dicho. ¿Cuándo se convirtió el padre de sus hijos en esa persona a quien

solo le preocupaban el dinero y las cosas materiales? ¿Qué le había pasado?

Entonces, ella se dio cuenta, para su sorpresa, de que no le importaba demasiado. Mientras ese convencimiento se fue extendiendo por su cuerpo, pensó qué iba a contestarle. Para ganar tiempo, se llevó la taza de café a la boca y bebió un par de sorbos.

—¿Oyes lo que te digo? —gritó Henrik aún más alterado. Se había incorporado y se acercó a ella, quedándose a unos centímetros de su cara.

Era como tener a un extraño delante. Un desconocido que hablaba y se movía ciertamente como aquel Henrik del que tan apasionadamente se había enamorado, y que, sin embargo, estaba lejos, muy lejos del hombre con el que quería vivir.

—Escucho lo que dices —contestó Nora, mirándole directamente a los ojos—. Y no voy a cambiar de opinión. Ya lo he decidido. El último deseo de la tía Signe fue que yo me hiciera cargo de la casa, y eso es lo que pienso hacer.

—¡Joder! Tú no estás bien de la cabeza —le espetó Henrik.

—Eres tú quien no lo está.

Nora había decidido mantener la calma durante la conversación, pero en ese momento la ira se adueñó de ella. De repente hervía por dentro.

—¡Ya basta! —le gritó—. No pienso seguir haciendo de tripas corazón para que tú estés satisfecho. O la bruja de tu madre. Yo sé perfectamente de dónde viene todo esto. La elegante Monica que quiere gobernar y mandar como de costumbre. ¿No es tu madre quien piensa esto y lo otro y lo enreda todo, o me equivoco?

Henrik saltó como si le hubieran clavado un alfiler.

—Deja a mi madre fuera de esto. Ella no tiene nada que ver.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? Ella nunca ha dejado de entrometerse en nuestra familia. Estoy agotada de sus constantes pullas. Nada es suficiente para ella. Haga lo que haga, todo le parece mal. Todas esas reprimendas a los niños. Si no la vuelvo a ver más en toda mi vida, será un alivio. Ya la he aguantado bastante.

Nora sintió que tenía la cara roja.

—No sé de qué estás hablando. Mi madre siempre ha intentado ayudarnos, y mira cómo se lo agradeces.

Nora soltó una pequeña risa histérica. Apoyo. Monica Linde.

Henrik estaba tan lejos de la realidad que no valía la pena tratar de explicárselo. Su suegra era un auténtico demonio, y eso lo sabía todo el mundo, menos su hijo.

Nora respiró profundamente para serenarse. Después miró a su marido a los ojos y le dijo despacio y claro:

—No pienso vender la casa de tía Signe. Digas lo que digas. ¿Lo entiendes?

El golpe les sorprendió a los dos.

La mano de Henrik salió como de la nada y aterrizó con un desagradable sonido en

la mejilla izquierda de Nora, que se quedó paralizada, con los ojos de par en par mirándolo fijamente. La conmoción hizo que al principio ni siquiera sintiera el dolor. Pero después de lo que le pareció una eternidad, empezó a hincharse la mejilla. Pudo notar el sabor de la sangre en la boca.

Henrik estaba petrificado frente a ella.

Una ola de tristeza la envolvió. ¿Qué estaban haciendo? Menos mal que los niños no estaban allí.

—Nunca pensé que el dinero fuera tan importante para ti como para que fueras capaz de pegar a tu mujer —dijo finalmente.

La voz le salió inesperadamente firme y se sorprendió de su propia entereza.

Henrik no contestó.

Nora alcanzó una servilleta para limpiarse la sangre de la comisura de la boca. No era mucha, pero su color rojo claro contrastaba contra el papel blanco. Dobló la servilleta de manera que no se pudieran ver las manchas rojas y la volvió a dejar en la mesa.

Henrik seguía sin decir nada.

Nora sintió de repente que el cuerpo le pesaba como el plomo.

—Voy a buscar a los niños y me voy a dormir —dijo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para pronunciar aquellas palabras.

La estatua de piedra en la que se había convertido su marido volvió a la vida. Parecía totalmente desesperado, como si no supiera qué hacer.

—Lo siento, Nora, tienes que perdonarme. No sé lo que me ha pasado. —Henrik le tocó el brazo suplicante.

Nora se acordó del verano pasado cuando discutieron por su oferta de empleo en Malmö. Entonces fue él quien estalló y se largó, mientras ella, con lágrimas en los ojos, le suplicaba que se quedara y que no se enfadara.

Ahora era justo al contrario. Aquel pensamiento no le proporcionó ninguna satisfacción.

Deslizó la mirada por la bahía resplandeciente, increíblemente bella bajo los rayos rosados de la puesta de sol, y se levantó de la mesa.

—Haz lo que quieras —le dijo con voz cansada—. Yo dormiré esta noche en la cama de invitados de la habitación de los niños. Tú te puedes marchar a casa de tu madre si no quieres estar aquí.

No había pensado decir lo último, sonaba mezquino, pero le salió. Tantos años de resentimiento se abrieron camino ellos solos.

—Por cierto, sería mejor que no te quedaras en Sandhamn. Creo que necesitamos estar separados por un tiempo.

Nora levantó la bandeja del café y empezó a caminar hacia la casa.

Eran casi la nueve de la noche. Con un gran bostezo, Thomas constató con cierto grado de satisfacción que había rellenado casi todos los documentos e informes que tenía pendientes y que le agobiaban. También había revisado casi todo el montón de correo. Ya solo le quedaba un grueso sobre acolchado con la dirección de la comisaría escrita a mano. Le dio la vuelta. «B. Rosensjö» ponía en el remite cor letra pulcra.

Thomas frunció el ceño y volvió a mirar el sobre. Después buscó las tijeras y lo abrió. Cayeron un montón de fotografías y una carta escrita a mano por Britta Rosensjö. Su cámara había aparecido en la oficina del puerto de Sandhamn, decía. Probablemente la había dejado en algún sitio cuando llegó al puerto el día que asesinaron a Oscar Juliander, y después, en medio de la conmoción, se le había olvidado. Pero unas semanas después, cuando fue a preguntar, había aparecido. Estaba en un cajón de objetos perdidos.

Allí estaban las imágenes reveladas de la salida de la Vuelta a Gotland.

Thomas trató de recordar la conversación que mantuvo con Britta en Sandhamn justo después del disparo mortal. Le contó que había estado todo el día tomando fotografías y también que había extraviado la cámara. Quedaron en que ella iba a buscarla y que después se pondría en contacto con él. Pero luego él se olvidó del tema.

Un mal trabajo policial, se reprochó a sí mismo. Lógicamente, tenía que haberse acordado de preguntar si había encontrado la cámara. Por suerte, Britta Rosensjö no tenía tan mala memoria.

Se frotó los ojos y ojeó rápidamente las fotografías. Había treinta y seis. La cantidad coincidía con el formato de los antiguos carretes.

Las fotografías se podían dividir en dos categorías. Por un lado, había varias de la zona de salida vista desde distintos ángulos, por otro, de las personas que estaban a bordo.

Había un montón de fotos del matrimonio Von Hahne y de la familia Bjärring, de Sylvia Juliander y de Hans Rosensjö, por supuesto. En alguna se veía a Britta al lado de su marido, pero, por lo demás, ella no aparecía apenas en las fotos. Lo cual no era tan extraño, siendo como era la fotógrafa.

Thomas trató de ver si se podían distinguir los barcos de los espectadores, pero no pudo observar nada que se apartara de las imágenes de televisión que ya habían analizado.

Eran las típicas fotos de vacaciones, hermosas vistas y gente feliz. No mostraban nada que él no hubiera visto ya.

Las volvió a guardar en el sobre y lo dejó a un lado. Estaba cansado. Era hora de irse a casa a dormir.

Viernes, quinta semana

Thomas se despertó a las seis de la mañana. El sol se filtraba por el hueco entre la persiana enrollable y el marco de la ventana. Su apartamento del barrio de Gustavberg tenía al menos una ventaja, era luminoso y soleado.

No se acostó hasta después de medianoche. De camino a casa compró una pizza en el centro comercial de Gustavbeg. Después se sentó delante del televisor con una cerveza fría y se comió su *calzone* con una ración extra de salsa de tomate.

Echaban una antigua película con Clint Eastwood y se quedó pegado frente al televisor. Cuando por fin se acostó no pudo conciliar bien el sueño. Había tenido un sueño agitado y lleno de cosas absurdas, relacionadas todas con la investigación. Las imágenes de las fotos de Britta Rosensjö no dejaron de darle vueltas en la cabeza.

La mala conciencia por su comportamiento con Carina también lo había corroído.

Con un suspiro, constató que el descanso nocturno había tocado a su fin, se había desvelado, sería mejor levantarse e ir a la comisaría.

Cuando eran casi las siete y media Thomas se sentó delante de su escritorio. En su despacho se respiraba un frescor muy agradable. Volvió a extender con cuidado el contenido del sobre enviado por Britta Rosensjö. Algo que no era capaz de entender le roía la mente.

Volvió a mirar con atención las fotografías. El día anterior por la noche estaba tan cansado que apenas se fijó en que en cada esquina había un recuadro mínimo con la fecha. Ahora vio que se especificaba hasta la hora. Por lo que se podía saber exactamente cuándo fue tomada cada foto.

Las colocó en orden cronológico. La primera se hizo a las once, aproximadamente una hora antes de la salida. La última, a las doce y trece minutos exactos. Tuvo que ser justo antes de que Bjärring se dirigiera con su Storebro hacia el barco de la Policía en el que iba Thomas.

Estudió detenidamente todas las fotos una vez más. Allí había algo que a él se le había pasado de largo.

Y entonces lo vio. Con toda claridad.

Ahora comprendía por qué había alguien en la habitación del hotel de Britta

Rosensjöö. La cámara era el objetivo de aquella inoportuna visita. Contenía la única prueba material que podía demostrar lo que sucedió.

Britta Rosensjöö no había dejado de hacer fotos en la media hora previa a la salida de los grandes veleros. En las imágenes aparecían todas las personas que iban a bordo, salvo Britta, claro. Pero entre las 11.53 y las 12.00 faltaba un pasajero. Una persona que, ahora lo podían demostrar sin lugar a dudas, no se encontraba en la terraza abierta del puente de mando exterior justo cuando dispararon a Juliander.

Seis minutos.

El tiempo suficiente para bajar al camarote de proa, montar el rifle, abrir la escotilla y efectuar el disparo mortal. Desde una posición perfecta, gracias a un experimentado navegante que quería ofrecer a sus amigos la mejor vista posible del momento de la salida.

Thomas sintió cómo se le aceleraba el pulso.

Les faltaba una prueba decisiva para seguir adelante. Ahora la tenía en la mano.

Sacó el móvil para llamar a Margit. Con un poco de suerte, ya estaría levantada.

–¿Crees que estarán en casa por la mañana temprano en agosto? –preguntó Margit.

Thomas tenía todos los sentidos puestos en cruzar aquel laberinto de calles de una sola dirección.

–Los que planificaron el tráfico por estas calles debieron de sufrir un derrame cerebral –rezongó, mientras daba por tercera vez la vuelta a una rotonda sin encontrar la salida correcta.

–¿Crees que estarán en casa? –repitió Margit–. Puede que hayan salido.

–¿Qué? –Thomas ignoró una señal de prohibido y giró para entrar en la calle donde vivía el matrimonio Von Hahne.

Aparcó el coche y corrieron escaleras arriba. Después de llamar varias veces, abrió la puerta una niña con un albornoz de color verde claro. Parecía medio dormida, y miró sorprendida a Thomas y a Margit cuando ellos se presentaron.

–Papá y mamá no están en casa –dijo en respuesta a su pregunta–. Están de viaje. –Sonrió amablemente.

Debe de ser Emma, pensó Margit. Se parece a su padre, con el pelo rubio y los rasgos finos. Elegante y segura. Pero inocente, de momento.

–¿Sabes dónde han ido? –preguntó Margit.

–Están de caza con los Bjärring. Tienen una finca cerca de Katrineholm.

–¿De caza? –preguntó Margit sorprendida–. ¿En esta época del año? Yo creía que la veda no se abría antes del mes de septiembre.

Emma se rio, con una risa clara de niña. Despreocupada.

–Disparan a jabalíes. Se pueden cazar durante todo el año. Es una antigua tradición que tienen. Caza por el día y cangrejos por la noche.

–¿Cuándo se fueron? –preguntó Thomas.

–Ayer. Vuelven el domingo.

–¿Hay otros miembros del club de vela con ellos?

–Seguro. Son una pandilla, siempre están juntos.

Thomas frunció el ceño, Margit sabía por qué.

Un asesino con un rifle en el bosque era un mal presagio. ¿A quién le tocaba el turno en esta ocasión?

–¿Sabes dónde está la finca de Bjärring? ¿Tienes su número de teléfono o su dirección? –preguntó Margit inmediatamente.

Emma sacudió la cabeza, pero luego se le iluminó la cara.

–Puedo buscarlo en el estudio, si quieren. En la libreta de direcciones de mamá. He

estado allí muchas veces, no sé cómo se llama el sitio.

–Sí, por favor, búscalo.

La niña desapareció en el interior de la casa, mientras Thomas y Margit esperaban en el amplio vestíbulo.

Era el típico piso del barrio de Östermalm: techos altos, bonitas puertas dobles, elegantes apliques en las paredes junto a un buen número de cuadros con gruesos marcos dorados. Un recordatorio de que estaban en la casa de un marchante de arte.

A la derecha podían vislumbrar una sala que parecía una biblioteca. Las estanterías cubrían las paredes y había sillones de piel de color sangre de toro. Una alfombra oriental en cálidos tonos rojos cubría el suelo.

Margit recorrió el vestíbulo con la mirada. Enfrente de la puerta principal había una chimenea. En la repisa de la chimenea, había una bandeja de plata llena de tarjetas de invitación, la mayoría de papel grueso y con letras doradas impresas.

Pasados unos minutos regresó Emma. Traía en la mano una nota y se la entregó a Thomas.

–Tenga. Aquí está la dirección.

–Gracias –dijo Thomas, que sin perder el tiempo se volvió para salir.

–Perdone la pregunta –dijo Emma –. Pero ¿no habrá ocurrido nada más? –Miró con inseguridad a Thomas y a Margit–. Han pasado tantas cosas...

Margit sonrió para tranquilizarla.

–No te preocupes –dijo, y sintió que sonaba tan falso que la hija inmediatamente se iba a temer lo peor–. Solo tenemos que preguntarles unas cosas a tus padres. Eso es todo.

Al parecer, la voz no la había delatado, porque la niña sonrió con buenos modales y explicó que solo lo había preguntado para estar más segura. Luego cerró la puerta tras despedirse amablemente.

Thomas miró preocupado el reloj. Tardarían una hora y media en llegar a la finca, más si se quedaban atrapados en el tráfico de la mañana.

Tiempo suficiente para disparar a otro miembro más de la junta directiva del club. El tiempo suficiente para dejarles en ridículo y burlarse de la ineficacia de su investigación.

–¿Vamos a alertar a las fuerzas locales? –preguntó Margit.

Thomas negó con la cabeza. No tenía ganas.

–Vamos ahora mismo. Terminemos con esto nosotros.

Thomas condujo lo más rápido que pudo, muy consciente de cada minuto que

pasaba. Se dirigió hacia la autopista y siguió en dirección a Nyköping sin abandonar el carril izquierdo.

Margit mascaba en silencio un chicle tras otro. Miraba de reojo el reloj del salpicadero. No se podía producir otro asesinato. Esta vez tenían que anticiparse.

Tomaron la salida de la autopista y continuaron hasta que vieron un cartel que indicaba que entraban en un camino privado. Una avenida de robles los condujo hasta la gran casa.

La finca de Bjärring era una antigua casa solariega del siglo xix. El edificio principal de madera era amarillo con las esquinas y los marcos de las ventanas blancos. A cada lado había anexos pintados del mismo color.

Thomas aparcó el coche en la explanada circular, cubierta de grava, delante de la casa. Rápidamente se dirigieron a la puerta y llamaron al timbre. No abrió nadie.

Thomas volvió a llamar. Después de un buen rato, abrió la puerta una mujer de mediana edad, ataviada con un delantal blanco.

Los miró sorprendida.

—Somos policías. Estamos buscando a unos huéspedes que se alojan aquí. Se apellidan Von Hahne —dijo Thomas, a la vez que le mostraba la placa.

La mujer negó con la cabeza.

—Lo siento, pero yo estoy sola aquí. Todo el grupo está en el bosque. No vuelven hasta las cinco de la tarde.

Thomas cambió impaciente el peso del cuerpo al otro pie.

—Es muy importante que los veamos lo antes posible —explicó—. ¿Sabe dónde pueden encontrarse en este momento?

—La partida de caza hace un descanso para el almuerzo a las once y media —dijo la mujer—. Tal vez puedan ir hasta el claro donde comen.

Les describió cómo llegar al punto de encuentro.

—Está a unos quince minutos en coche, no muy lejos, pero, por desgracia, el camino es malo.

Después se disculpó diciendo que tenía que volver a la cocina para preparar la cena de esa noche.

—Hay mucho que hacer —dijo con una sonrisa— cuando se tiene que cocinar para veinte personas.

Las indicaciones no eran difíciles de seguir. Thomas y Margit se alejaron de allí

rápidamente, volvieron por la avenida de robles y salieron a la carretera principal.

–Tranquilízate –dijo Margit cuando Thomas tomó una curva a toda velocidad–. No tenemos tiempo para acabar en la cuneta.

Thomas redujo un poco la velocidad.

–De todos modos, ¿no deberíamos llamar para pedir refuerzos? –continuó Margit.

Thomas negó con la cabeza.

–Casi hemos llegado.

Después de cuatro semanas de intenso trabajo, no estaba dispuesto a esperar a que llegaran fuerzas locales de refuerzo. Ya estaban muy cerca. Unos minutos más y habrían llegado.

Con gesto resuelto hizo un giro brusco para entrar en una pista forestal, por la que siguieron durante unos cuantos kilómetros. Terminaba en un sitio lleno de roderas donde había varios coches aparcados. Thomas aparcó su coche al lado de un BMW rojo y bajó. A lo lejos se oía un murmullo de voces.

–Están allí –dijo Margit–. Vamos.

Siguieron unos cientos de metros en dirección al murmullo hasta que llegaron a un claro entre los árboles. Había unos sencillos bancos hechos con troncos que formaban un cuadrado. En el centro ardía un fuego con una parrilla encima. Los trozos de carne extendidos sobre la parrilla olían bien.

En el claro se encontraban diez personas. Thomas vio a lo lejos a Axel Bjärring, que estaba de pie hablando con alguien a quien no pudo identificar. Ingmar von Hahne llegó a la explanada caminando con un rifle al hombro. Iba tan bien vestido como de costumbre. Caminaba con pasos pesados, el gesto reservado y la cara tensa.

Desde otra dirección apareció Isabelle von Hahne, a unos cincuenta metros de distancia.

Margit y Thomas se acercaron. Axel Bjärring levantó la vista y frunció el ceño cuando reconoció a los dos policías. Se disculpó y dio unos pasos hacia Thomas.

Isabelle caminaba con la cabeza inclinada hacia el suelo, pero en ese momento la levantó y los vio. Se sobresaltó. Después se detuvo con la escopeta bajo el brazo.

Thomas aceleró el paso. Margit lo seguía dos metros más atrás. Ingmar von Hahne también había descubierto su presencia, pero, a diferencia de su esposa, fue a su encuentro.

Thomas siguió hacia delante con decisión.

De repente, Isabelle von Hahne soltó la escopeta, esquivó una rama agachándose y empezó a correr rápidamente hacia el bosque.

–¡Se escapa! –gritó Thomas a Margit y echó a correr tras ella.

Isabelle corre como no ha corrido nunca.

Las ramas y las acículas de los pinos le golpean en la cara. Cuando se mete en un matorral de escaramujos siente cómo le pican las espinas que le arañan la mejilla. Se tropieza con una piedra, pero en el último momento recupera el equilibrio.

De un salto salva un estrecho tronco de un arbusto y cruza un denso seto de pequeños abedules. Sin dejar de correr se desprende de la abultada chaqueta de caza, que queda abandonada en un brezal.

El sudor le corre por la frente, le entra en los ojos. Irritada, trata de limpiarse con el dorso de la mano.

Lo único que oye es su propia respiración. Aun así, está preocupada por que el crujido de las ramas secas que se parten bajo sus pies pueda delatarla.

Las voces a su espalda se han vuelto más débiles. Se atreve a lanzar una mirada rápida por encima del hombro, pero no puede ver nada a través de la vegetación.

La adrenalina fluye por sus venas y le palpitan las sienas. Un bombeo amortiguado que suena como un disparo de pistola en medio del silencio.

A pesar de la acidosis que padece, se obliga a seguir corriendo sin disminuir la velocidad de sus pasos. Las piernas se mueven solas con un único objetivo: huir de sus perseguidores.

«Sigue, sigue», se dice a sí misma.

William Aldecrantz mira el reloj.

Ha llegado el momento de hacer una pausa para almorzar con el resto de los cazadores. La señal de la corneta que avisa de que es hora de comer ha sonado. A pesar de ello, él ha permanecido al acecho. Hacía un momento había pasado un enorme jabalí, justo fuera de su alcance. Se quiere quedar unos minutos más, por si vuelve.

No debería retrasarse mucho, ya lo sabe. A su padre no le gustaría que llegara tarde. Seguro que llevaba grabado a fuego lo importante que es seguir las instrucciones del jefe de caza. Pero a William le encantaría abatir una pieza en esta cacería.

Ya se imagina volviendo a Lundsberg la próxima semana cuando empiece el curso. Cuando cuente, ante la admiración de sus compañeros de clase en el internado, que ha

matado a un jabalí él solo.

Su propio trofeo de caza.

Cuando le regalaron su primera escopeta al cumplir los dieciocho años, fue el mejor regalo que le habían hecho en su vida. Se sintió un hombre. Podía pasarse horas mirando el arma.

¿Y si consiguiera matar al jabalí?

William vuelve a mirar nervioso el reloj. Ahora tiene que abandonar su puesto y unirse al almuerzo. De lo contrario le espera una buena reprimenda de su padre. Lo sabe.

—¿En qué dirección ha ido?—grita Margit.

El bosque es denso y es difícil ver a través de la vegetación. Se oye el crujido de ramas pisadas.

Margit ha dado alcance a Thomas. Le arde el pecho.

—Quédate quieta—le dice Thomas—. Si no, no oiremos nada.

Margit se detiene en seco y procura no moverse. Se oye el susurro de las copas de los árboles.

—¿Por dónde se ha ido?—dice.

—¡Chis!—sisea Thomas.

Mira a su alrededor, entre los troncos de los árboles, tratando de descubrir algo. Ya han corrido un buen trecho desde el claro.

Con el rabillo del ojo ve un movimiento en un matorral a unos ciento cincuenta metros de distancia. Algo que se agita en el verde.

—¡Allí está! ¡Vamos!—le grita a Margit, y echa a correr otra vez.

Isabelle jadea con la respiración entrecortada y jadeante. No debe perder la orientación.

—¡Dios mío!—suplica con los dientes apretados—. Déjame salir de esta y no volveré a pedirte nada. Esto no puede acabar así. ¡Dios mío!

Por las mejillas le caen lágrimas de impotencia. Tiene las mandíbulas tensas y los puños cerrados. Pero sigue corriendo.

Tropieza con un tronco y cae al suelo de bruces. Se roza la nariz y se hace una herida en la barbilla. Se levanta aturdida y se apoya contra un abedul.

Le sangra un poco la nariz. Mira a su alrededor e intenta ordenar sus pensamientos. Si consigue cruzar el arroyo, sabe que al otro lado hay una carretera cerca. Si

consigue llegar a la autopista, entonces podrá escapar. De alguna manera, siempre tendrá la posibilidad de parar a algún coche.

Intenta recordar en qué dirección está el arroyo.

Sin estar muy segura, sigue corriendo unos cientos de metros más y detrás de los abetos vislumbra por fin el agua.

Siente el alivio en todo el cuerpo. El arroyo es su salvación. Además, elimina todo rastro. Aunque busquen con perros, no podrán seguirla. El agua despista a los animales y anula su olfato. Cuando llegue a la otra orilla estará a salvo.

Continúa corriendo a través del bosque denso que la rodea. A fuerza de voluntad consigue que sus músculos cansados sigan en movimiento. Paso a paso. A pesar de que todas sus fuerzas y energías hace mucho tiempo que se han agotado.

La guía el instinto de supervivencia y sus pies se niegan a darse por vencidos. El ácido láctico de los músculos le quema, pero no le da importancia.

Respira con más facilidad. Casi ha llegado.

Lo va a conseguir.

Un ligero ruido hace que William Aldecrantz se sobresalte. En el cuadrante derecho de su puesto observa que un cuerpo pasa a toda velocidad y mueve las ramas de los árboles. Justo al lado del agua.

William da gritos de alegría en su interior. El jabalí ha vuelto. Qué suerte que no ha sacado el cargador y que está preparado. Tensa los músculos, entrecerrando los ojos contra el sol para ver mejor.

Rápidamente se coloca el arma en posición de tiro.

Las ramas dificultan la visibilidad, pero el jabalí saldrá pronto corriendo a la zona descubierta, justo donde está apuntando William. El corazón se le sale del pecho. Tiene la boca seca y apenas se atreve a respirar.

En el momento en el que la sombra se mueve entre las ramas, él dispara.

Thomas corre con la cabeza agachada para evitar que le golpeen las ramas. Sigue un estrecho arroyo que fluye despacio con un suave gorgoteo. Es sorprendente lo oscuro que está el bosque, aunque sea pleno día. Los rayos del sol apenas pueden penetrar a través de las densas copas de los árboles.

Margit va pisándole los talones. Thomas la oye jadear detrás de él.

–¡Espera, Thomas, espera! –le grita–. Mira allá, al lado del roble.

Él se detiene sobresaltado.

Cincuenta metros delante de ellos hay un enorme jabalí de color negro grisáceo. Su piel gruesa hace que parezca un animal prehistórico. Las pesadas mamas muestran que se trata de una hembra. Parece enfurecida.

–¡Joder! –maldice Thomas para sí mismo, obligándose a quedarse quieto.

Un jabalí enfurecido no es ninguna broma. Una hembra separada de sus jabatos es aún peor. ¿Por qué tenía que aparecer allí? Justo cuando tienen tanta prisa.

–¿Sabes algo de jabalíes? –susurra Margit, que se ha detenido unos metros más atrás–. Son bastante agresivos, ¿no? ¿Atacan a las personas?

–No te muevas –le contesta Thomas en voz baja–, quizá siga su camino.

Lo último es más una esperanza que una certeza. ¿Qué sabe él realmente de jabalíes? ¿Pueden matar a un adulto? ¿Qué les lleva a atacar?

Margit y Thomas permanecen inmóviles con los músculos tensos y sin decir nada. Como dos estatuas griegas en medio del bosque.

A lo lejos se oye cantar a unos pequeños pájaros como locos.

A Thomas se le llena la frente de sudor. No tienen tiempo para esto. Cada segundo perdido significa que Isabelle aumenta la ventaja que les saca.

La jabalina debe pesar casi cien kilos, Thomas no está seguro de que su arma reglamentaria de servicio sea suficiente para matarla si los ataca. Por precaución le quita el seguro. La pistola negra parece ridículamente pequeña en su mano.

El animal sigue allí y los mira. Sus pequeños ojos hundidos parecen desafiantes y tiene las pequeñas orejas en punta.

Pasan unos minutos mientras Margit y Thomas esperan. Entonces, se oye algo detrás de los árboles.

De entre los arbustos salen tres jabatillos. El animal emite un sonido gutural y desaparece entre los árboles con las crías detrás.

Thomas respira aliviado y se seca la frente con la manga de la chaqueta. Margit está pálida. Lanza un ligero silbido y se apoya contra un árbol.

–¡Uf! –exclama–, esto ha sido realmente desagradable.

–¿Oyes algo? –dice Thomas tratando de captar algún ruido.

Entonces, a poca distancia, se oye un disparo. Inesperadamente saben hacia dónde tienen que ir.

–¡Hacia allí! –grita Thomas y echa a correr en dirección al disparo–. Ha sido por ahí.

El tiro debe haberla alcanzado. No le duele nada, pero siente una extraña sensación de entumecimiento por encima de la cadera izquierda. Como si le hubieran dado un puñetazo. Pero no le duele.

Ha caído al suelo y no puede levantarse. Sigue tirada entre las acículas, oculta tras las gruesas ramas de un gran abeto.

Se toca suavemente la parte que siente entumecida. Se le humedecen las puntas de los dedos y un líquido caliente le corre por la mano. Está herida.

Unas lágrimas de amargura le anegan los ojos. Si hubiera permanecido tranquila y guardado la compostura, no habrían podido demostrar nada. Ella había borrado con sumo cuidado todas las huellas. Lo había eliminado todo.

Pero cuando vio a ese policía, ese tal Andreasson, perdió los nervios. Sin reflexionar, se dejó llevar por un pánico irracional.

¡Qué idiota! Qué condenadamente innecesario. ¿Cómo podía ser tan estúpida?

Intenta cambiar de postura para estar más cómoda. No van a detenerla. Nadie la va a detener. Se irá a Suiza con su hermana. Allí estará a salvo. El dinero de papá está a buen recaudo en la fundación de los Alpes. Es más que suficiente para rehacer su vida.

Sonríe al pensar en su padre, aquel hombre fuerte e inteligente. Él comprendió hace mucho tiempo que había que alejar la fortuna familiar de las autoridades fiscales suecas. Papá se ha hecho cargo de su hija, como siempre.

Primero va a descansar un poco allí, en el bosque, para recuperar las fuerzas antes de marcharse. Apoya la mejilla en el musgo y cierra los ojos.

Fue tan fácil, tan increíblemente fácil, disparar a aquel ostentoso Oscar. Y necesario, absolutamente necesario.

Sintió una profunda satisfacción cuando lo hizo. También él la había rechazado a ella en una ocasión. Habían pasado muchos años desde entonces, pero ahora exigía venganza. Por muchos agravios.

La ocasión estaba perfectamente elegida, justo en el momento en el que él se sentía más invencible. Le estuvo bien empleado.

Una oleada de náuseas y mareo le recorre el cuerpo. Intenta volver a cambiar de postura para estar más cómoda. Parece que ya no sangra tanto. Bueno, entonces va a descansar solo un rato, luego se levantará y abandonará ese maldito país para siempre.

Lamenta que sus planes se desvanezcan precisamente cuando estaba tan cerca de

conseguirlo. Había esperado durante mucho tiempo llegar a ser la esposa del presidente del Real Club de Vela de Sandhamn. Dar la bienvenida a la pareja real, sentarse a la mesa al lado del rey en la fiesta del club. Aparecer en las crónicas de sociedad. Ella siempre estuvo preparada para ese papel.

En realidad, debería haber sido ella la presidenta. Ni Oscar ni Ingmar podían medirse con ella en energía y creatividad. Era una excelente organizadora y una líder nata.

Pero nunca se lo habrían permitido, naturalmente. Una mujer al frente de un club con tanto prestigio habría sido impensable. Eso habría hecho temblar los principios de aquellos hombres viejos. Eran de la misma escuela que su padre. Él le pagó un costoso internado en Suiza para que se especializara en las tareas del hogar, pero era impensable que ella estudiara una carrera. Después de todo, se iba a casar y tener hijos.

Y fue con Ingmar. El noble, elegante y débil Ingmar, que se movía en los círculos sociales adecuados.

Conscientemente, ella le había allanado el camino en diferentes círculos sociales. Lo había animado a dedicar tiempo y esfuerzo en las actividades del club. Ahora estaba a punto de convertirse en presidente. El mérito era suyo. Ella lo había apoyado, lo había acompañado a las cenas y demás eventos, y había fraguado los contactos adecuados. Y, además, apartó a Oscar del camino.

La muerte de Oscar tenía varias ventajas.

¿Y cómo se lo había agradecido? Ingmar la había engañado. No con cualquiera. Una rubia tonta habría sido más fácil de soportar. Entonces lo habría podido respetar; por una vez, se ponía bravo y tenía una aventura. Ella hacía mucho que había buscado sexo fuera del matrimonio. Su marido no le proporcionaba ninguna satisfacción sexual desde hacía siglos.

Pero aquello. Aquello habría podido destrozar toda su vida, destruir todo por lo que ella había luchado. No habría podido volver a salir a la calle.

Ahora todo se había acabado.

Sin embargo, otra lágrima de rabia le rueda por la mejilla. Estaba realmente muy cerca de conseguir todo aquello con lo que había soñado durante años.

A lo lejos se oyen voces que se acercan.

Isabelle intenta con todas sus fuerzas levantarse. Su cuerpo se niega a obedecer. Se pone una mano en la herida, con la otra agarra la rama de un árbol. Quiere tirar hacia arriba, ponerse de pie, salir de allí. Pero es inútil, no puede. Jadeante, vuelve a caer de nuevo en el suelo húmedo.

Las voces no están muy lejos. Por extraño que parezca, ya no le importa. Una sensación de paz se extiende en su interior.

No le duele nada, aunque se siente débil y mareada. Se le nubla un poco la vista. El cuerpo se adormece, pero la cabeza descansa cómodamente contra el musgo. ¿Va a morir allí, junto al abeto? No le asusta la idea. A pesar de todo, está contenta. Ha llevado la iniciativa todo el tiempo. Oscar se ha quedado sin su trofeo. Y Martin ha recibido su castigo.

Isabelle sonríe débilmente antes de perder la consciencia. Lo último que oye es a un hombre que grita:

—¡Está aquí, la he encontrado!

Domingo, quinta semana

Nora estaba acurrucada en uno de los sillones de mimbre de la veranda. Había estado jugando al Monopoly con sus hijos. Adam se había hecho con todas las calles importantes y Simon y ella tuvieron que darse por vencidos.

Cuando terminaron, los chicos recibieron su dinero para comprarse un helado. Con cara de satisfacción y un billete de veinte coronas en la mano cada uno, bajaron con las bicicletas hacia el quiosco.

La noche anterior había llamado Henrik; dejó un mensaje en el contestador automático: «No podemos seguir así», decía. «Llámame, tenemos que hablar. Por favor.»

Su tono parecía conciliador y se le notaba triste. Como si estuviera a punto de echarse a llorar. Tenía razón, debería llamar. Tenían que hablar. Al menos, por el bien de los niños.

Nora levantó el teléfono y marcó el número del móvil de Henrik.

–Henrik Linde.

–Soy yo.

–Espera, voy a otro sitio. Estamos pasando consulta.

Entonces él quería hablar con ella realmente. Nunca contestaría a una llamada si estaba pasando consulta.

–Nora. –Hubo un silencio–. Lo siento muchísimo. No sé lo que me pasó. Lo lamento profundamente.

–Sí.

¿Qué podía contestar?

Que nunca, ni en la peor de sus fantasías, habría podido imaginarse que llegaría a pegarla. Que su comportamiento había destruido para siempre algo en su matrimonio. Que la sensación de ardor en la mejilla no había sido nada comparada con el dolor de su corazón. Que quería dejarlo.

–¿Puedes perdonarme? Tenemos que arreglar esto. Pensar en los niños. Os echo mucho de menos.

Nora pensó en sus hijos. Sus caras bronceadas por el sol y sus sonrisas expectantes. Sus preguntas acerca de cuándo iba a venir papá a Sandhamn.

–Nunca volverá a repetirse, Nora. Te lo juro. Hago lo que sea, lo que tú quieras, pero piensa en los niños. En nuestros niños. Vosotros sois todo para mí. Tienes que

entenderlo.

Le ardían los ojos por las lágrimas. Adam y Simon querían tanto a su padre... Y llevaban días sin verlo.

—Nora —la voz de Henrik era suplicante.

Sonaba más joven, como cuando se conocieron hacía ya una eternidad. Cuando eran estudiantes alocados y estaban apasionadamente enamorados el uno del otro.

—Estaba muy enfadado y confundido. Fue como si alguien se apoderara de mí. Yo no soy así, tú lo sabes.

Ella se tocó suavemente la mejilla. Ya no le dolía, pero le quedaba la marca.

Les había dicho a sus padres que se había dado contra el marco de una puerta. Una excusa realmente trillada, pero válida.

Un marido no pega a su mujer, pensó. Como mujer una se va después del primer golpe, eso es lo que se debe hacer. Una mujer no se queda en casa con un hombre que emplea la violencia.

—Cariño, tenemos que olvidar esto. Seguir adelante. Sabes que te quiero. —Henrik parecía luchar contra las lágrimas—. ¿No puedes perdonarme? Por favor.

Thomas saludó con una inclinación de cabeza al policía uniformado que estaba sentado en un banco a la puerta de la habitación del hospital. Abrió la puerta y entró.

Era la típica habitación de hospital, la única nota de color la ponía la manta de color naranja y con pelusas que estaba doblada sobre la cama.

Margit y Thomas observaron a la mujer que yacía en la cama. Estaba con la cabeza vuelta. Tenía puesta una guía para el goteo en el brazo izquierdo, que reposaba encima del edredón. Giró silenciosamente la cabeza hacia ellos. Parecía demacrada, pero su mirada no se había ablandado.

Isabelle von Hahne esperaba su visita; Ingmar no había ido a verla.

—¿Sabe por qué estamos aquí? —preguntó Thomas—. Queremos hablar con usted de los asesinatos de Oscar Juliander y de Martin Nyrén.

Ella asintió.

—¿Puede decirnos qué ocurrió?

Ella asintió de nuevo, pero no dijo nada.

Thomas acercó una silla a la cama y se sentó. Margit hizo lo mismo.

Thomas fue directo al grano.

—¿Fue usted quien disparó a Oscar Juliander y a Martin Nyrén.

—Sí —respondió Isabelle en voz baja.

—¿Por qué?

Ella vio ante sí la escena en la que descubrió a Oscar la víspera del solsticio de verano. Había salido de la fiesta para tomar un poco de aire fresco. Por error, lo encontró en un rincón oscuro del cobertizo.

—Vi que estaba esnifando cocaína a escondidas en una fiesta.

Antes de que alcanzara a decir nada, él se la echó encima. Rápido como un rayo, mientras ella aún miraba fijamente el pequeño montón de polvo blanco.

—Me amenazó.

—¿Con qué?

—Con que, si no guardaba silencio, pensaba revelar algo sobre mi marido.

—¿Qué es lo que iba a contar? —preguntó Margit.

Isabelle tenía las mandíbulas tensas. Aún le costaba pronunciar aquellas palabras.

—Que Ingmar mantenía una relación con Martin Nyrén.

Margit y Thomas se miraron.

A Isabelle le recorrió un escalofrío. A punto había estado de vomitar cuando Oscar pronunció aquellas palabras. Naturalmente, ella se había dado cuenta hacía algún tiempo de que Ingmar tenía una aventura fuera del matrimonio. Pero no imaginaba que fuera con un hombre. Ni que este fuera Martin Nyrén, un viejo con sobrepeso miembro de la junta directiva del Real Club de Vela.

La noticia la asqueó. La sola idea de imaginar sus cuerpos desnudos juntos le producía arcadas.

–Continúe –dijo Margit.

–Le rogué que no lo hiciera. –Se interrumpió un momento–. Si él revelaba su aventura, mi vida saltaría en pedazos. Me habría convertido en el hazmerreír de todo Estocolmo. Todos se reirían a mis espaldas.

Isabelle escupía las palabras.

–Martin Nyrén e Ingmar. Era repugnante. Impropio.

Ingmar la había humillado como mujer de la peor manera imaginable. Además, había sido tan indiscreto que Oscar se había enterado.

Él la había traicionado por partida doble.

–¿Qué dijo Oscar entonces?

Me prometió guardar silencio si yo hacía lo mismo.

–¿Confiaba en él? –preguntó Margit.

–¿Qué si confiaba en él?

Isabelle guardó silencio.

Se había humillado. Le había suplicado a Oscar que no le contara la verdad a nadie. Él se lo había prometido, pero ella sabía muy bien lo que valían las promesas de Oscar, especialmente las que le hacía a alguien del sexo femenino. También sabía lo que podía decir Oscar en el calor de la pasión, para luego olvidarse y seguir alegremente su camino cuando su pasión se dirigía en otra dirección.

Solo era una cuestión de tiempo que Oscar, consciente o inconscientemente, se lo contara a todo el mundo.

–No –dijo finalmente.

–¿Qué hizo entonces?

–Traté de encontrar una salida.

Pasó varias noches sin dormir. Le dio vueltas al asunto hasta volverse loca, había sopesado varias opciones. Y siempre llegaba a la misma conclusión. Oscar tenía que morir.

–¿Y decidió asesinarlo? –preguntó Thomas.

–Sí.

No había encontrado otra salida. Tardó cuatro días en tomar la decisión. El

miércoles siguiente se fue de viaje.

—¿Cómo consiguió el arma?

—Viajé a Riga. Allí es fácil comprar un arma.

—¿Cómo lo sabía? —dijo Margit.

—Salgo mucho de caza. Tengo muy buena puntería, mucho mejor que mi marido. En las comidas de las cacerías, a veces se habla de formas poco convencionales de conseguir un rifle a buen precio.

Se encogió ligeramente de hombros y sintió el tirón de la guía del goteo.

—¿Cómo consiguió introducirlo en el país? —preguntó Thomas.

—Lo escondí en el coche. Nadie te controla al bajar del barco si eres sueca y vas bien vestida.

—¿Dónde está ahora?

—Enterrado. Enterrado en el bosque que hay al lado de nuestra casa de veraneo.

Se estiró para alcanzar el vaso de agua que había sobre la mesita de noche. Sintió un tirón en la zona del estómago. Thomas se levantó y se lo tendió. La mujer bebió unos cuantos sorbos y lo volvió a dejar en la mesita.

—¿Cómo actuó cuando disparó a Juliander? —preguntó Margit.

—Dije que iba al cuarto de baño justo antes de la salida. Hay un baño en el camarote de proa.

—¿Y fue desde allí desde donde hizo el disparo? —dijo Thomas.

—Monté el rifle y abrí la escotilla. Solo tenía que sacar el cañón y disparar.

Se encontraba a unos sesenta metros de distancia del Swan. Allí estaba Oscar, tan arrogante como siempre, detrás del timón. Ella estaba en la posición perfecta. Axel era un maestro manejando su Storebro. Estaba justo al otro lado de la línea de salida, con los regatistas en el punto de mira.

—No fue difícil dar en el blanco. Soy cazadora desde hace muchos años.

—¿Qué hizo después?

—Desmonté el rifle y lo volví a guardar todo en el bolso. Estaba de vuelta en la terraza unos minutos después.

—¿No tenía miedo de que alguien pudiera haber notado su ausencia? —dijo Margit.

Isabelle negó con la cabeza.

—Todos estaban muy concentrados en la salida. Y luego estaban muy conmocionados. Además —añadió, y sonrió ligeramente—, creían que yo estaba allí, solo tuve que repetirlo un par de veces. ¿No han visto *CSI*? La gente recuerda lo que le dicen.

—Lo tenía muy bien planeado —dijo Margit.

—Se me dan bien esas cosas.

—¿Por qué disparó justo en el momento de la salida de la Vuelta a Gotland? ¿No se

complicó las cosas innecesariamente?

—¿En su momento de gloria quiere decir?

—Quizá sea otra manera de verlo —dijo Margit.

—Porque quise. Se merecía morir justo cuando estaba siendo el centro de todas las miradas.

—Por cierto, ¿fue usted quien entró en la habitación de Britta e intentó sustraerle la cámara? —preguntó Thomas.

Isabelle asintió.

—Pero no la encontré.

—Se la había dejado en las instalaciones del puerto.

—Sí, lo supe después.

—¿Por qué mató a Martin Nyrén? —preguntó Margit.

—¿No lo entiende?

La muerte de Martin había sido necesaria. Había leído los odiosos mensajes que le enviaba a Ingmar. Ella no pensaba tolerar que aquello siguiera. Era evidente que no podía estar tranquila mientras Martin estuviera vivo. Si Ingmar volvía a cometer otra indiscreción, al final se sabría todo. Además, le había rondado la idea de que Ingmar pudiera dejarla por Martin. Aquello era insoportable. Entonces todo habría sido absolutamente en vano.

Un odio visceral la había guiado hasta el final. De diferentes maneras, lo había humillado igual que él a ella. Al final, le había quitado la vida.

—No merecía vivir.

—¿Quiere decir que no podía dejar que viviera y arriesgarse a que su relación con su marido saliera a la luz? —preguntó Margit—. Suponía una amenaza para usted.

La mujer no se molestó en responder.

—¿Cómo procedió esta vez? —preguntó Thomas.

Isabelle bebió otro poco de agua.

—Hice copia de las llaves que tenía Ingmar del almacén. No notó nada. Hice lo mismo con las llaves del apartamento de Martin.

Ella sabía por qué Ingmar había decidido tener su almacén en Birkastan. Siempre pensó que estaba demasiado lejos de la galería.

Solo había sido una excusa para verse con Martin Nyrén. Una explicación patética para encontrarse con un amante igualmente patético.

—¿Y después le disparó?

—Sí.

—Al utilizar su local, ¿no pensó que eso podía dirigir las sospechas contra Ingmar? —preguntó Thomas.

Isabelle sintió que el corazón le latía con fuerza.

–Me pareció que le estaba bien empleado. –La ira se había adueñado de ella–. Nunca pensé que pudieran resolver el caso. No tenían ninguna prueba. Él podía seguir dándole vueltas el resto de su vida, preguntándose cómo había ocurrido todo.

Se dejó caer sobre la almohada. Sus fuerzas empezaban a agotarse.

–Hubo una justicia divina en el hecho de que a su amante le dispararan desde su propio almacén, sin que él pudiera entender cómo.

Se sentó en el banco del cementerio. Al fondo trinaban unos pinzones, pero él no los oía.

Con la mirada ciega miraba fijamente la tumba que acababan de tapar, en la que aún no había dado tiempo a poner la lápida. Había montones de flores casi marchitas alrededor.

Vio la cara de Martin frente a la suya. Aquella cara tan querida y familiar, de la que conocía cada línea, cada arruga, producida por la risa.

Sin embargo, sabía que Martin no estaba ahí abajo. Lo que se había enterrado solo era polvo, los restos mortales del hombre al que había amado tan profundamente.

Había perdido mucho tiempo.

Al principio, hubo un largo período en el que estuvo enamorado de él platónicamente. Luego, un tiempo de gozo en el que mantuvieron una relación en secreto.

Había coqueteado con la idea de mostrar su amor abiertamente y dejar a Isabelle. Pero tenía miedo de la reacción de su entorno. De cómo iban a juzgarlo si se sabía la verdad. Se había escudado detrás de una falsa consideración hacia Isabelle y echado la culpa a los niños cada vez que Martin quería que se decidieran.

¿Era ese su castigo por no haberse atrevido a defender su relación? ¿Por no haber tenido valor para dar el paso?

¿Quién iba a utilizar ahora su antiguo apodo, pronunciado con amor como un secreto en común? El nombre que procedía de su juego favorito cuando era niño, del traje de indio con plumas con el que siempre se disfrazaba. Al principio, sus amigos le llamaban Indio, después se quedó en Indi.

Ya solo quedaba Ingmar. El cobarde y desdichado Ingmar que había perdido a la única persona que realmente había amado en su vida.

¿Qué iba a hacer ahora?

Se miró la alianza de casado que llevaba en el dedo anular de la mano izquierda. El símbolo de una relación que había durado casi treinta años y nunca le había hecho feliz. Seguía llevando el anillo, seguía tan atrapado en las convenciones como siempre. A pesar de que su mujer había matado deliberadamente a su amado.

Con un movimiento rápido, se quitó el anillo y lo lanzó entre los arbustos.

–Tú eres el gran amor de mi vida –susurró en voz baja mirando el montón de tierra que tenía delante–. Siempre te amaré, Martin. Siempre.

Eva Timell se abrochó el cinturón de seguridad y sonrió a la guapa azafata que le ofreció una bandeja llena de copas.

Tomó una copa de champán y dio un sorbito. La bebida fresca y seca era áspera al entrar en contacto con la lengua, como debía ser.

¿Quién había dicho aquello de que el champán tenía que ser frío, seco y gratis? ¿No fue Churchill, o tal vez De Gaulle? En cualquier caso, estaba muy bien dicho.

Levantó la copa y brindó en silencio con *Blofeld*, que, asustada, maullaba dentro del transportín, en el asiento de al lado. Pensó con agradecimiento en las nuevas normas de la Unión Europea, que permitían viajar entre los países miembros con animales vacunados. No habría soportado ponerla en cuarentena durante seis meses; tampoco habría sido capaz de dejarla en casa en Suecia.

La azafata se acercó y le preguntó si quería que le llenara la copa. Ella sacudió la cabeza, estaba bien.

Business class. Cómo le gustaba viajar en *Business class*. Era extravagante, por supuesto, pero en Liechtenstein tenía millones de buenas razones para permitírselo.

El empleado del banco con el que había hablado por teléfono fue extremadamente amable. No había habido ningún problema para pedir una cita con el fin de reinvertir los activos. Si *frau* Timell tenía tiempo, no había ningún problema.

Al final de la conversación, él se permitió recordarle que tenía que llevar consigo el código de diez cifras para tener acceso a la cuenta.

Aber Natürlich, mein Herr. Por supuesto que lo iba a llevar.

Oscar puede que hubiese sido un brillante administrador concursal, pero a ella no había podido ocultarle nada. Lo conocía mejor que su propia madre; había organizado su vida durante muchos años.

Durante el verano repasó todos sus casos e investigaciones. Había archivado cuidadosamente los documentos y papeles. Lo último que hizo fue revisar su amplio escritorio, cuyos adornos y revestimientos dorados le recordaban la pasión de Oscar por el lujo. Había vaciado todos los cajones con cuidado. Al final, llegó al cajón secreto, que era tan habitual en los antiguos escritorios. Oscar se lo había mostrado orgulloso cuando la empresa de subastas le entregó el escritorio.

Ahí había tenido un pequeño problema. Tuvo que utilizar un abrecartas para conseguir soltar el resorte oculto y abrir el cajón. Dentro había un sobre. Contenía documentos bancarios, datos de una cuenta en el extranjero. En el sobre estaba el nombre del banco.

No había sido ningún problema entrar en internet y averiguar que aquel era uno de los bancos más grandes de Liechtenstein. El mismo que había recibido el pago de la compañía estadounidense por la patente de Olof Martinsson, de cuya existencia los amables policías ya le habían puesto en la pista.

Oscar, Oscar, pensó, no pudiste resistir la tentación. Ni siquiera tú, después de tantos años trabajando de abogado.

No es de extrañar que estuvieras tan nervioso últimamente. ¿Te arrepentías? ¿Tenías miedo de que alguien te descubriera? ¿Tenías remordimientos y necesitabas polvos blancos para calmar los nervios?

En el sobre había información suficiente como para que ella comprendiera cómo eran las cosas. El resto se lo había explicado el amable empleado del banco.

Ahora había diez millones de dólares, menos los gastos del costoso Swan de dieciocho metros de eslora, en una cuenta extranjera. El pago de una patente, según los papeles de escaso valor, vendida bajo cuerda por casi nada.

Una cantidad enorme de dinero, pero nada en comparación con el dinero que se podía ganar. Una miseria en comparación con lo que habría valido la patente si hubiera salido a subasta pública.

Y el único que podía protestar, que sabía realmente el valor de esa patente, estaba muerto.

Eva tomó otro sorbo de champán y sintió cómo las últimas gotas se deslizaban por su lengua mientras miraba por la ventanilla del avión. Solo unos minutos más, después saldría el avión y dejaría atrás este país para siempre.

No se arrepentía de haber enviado correos electrónicos anónimos a Diana Söder. Entonces estaba convencida de que había sido ella quien había matado a Oscar. La venganza de una mujer despechada cuando se cansó de las excusas y las mentiras de su amante casado. ¿Quién si no?

No se había imaginado que la loca de Isabelle von Hahne hubiera empuñado el rifle. Ahora la esperaban muchos años de cárcel. Al parecer, seguía ingresada en el hospital, a la espera de juicio.

Pero Eva no tenía mala conciencia. Había detestado a Diana Söder desde el primer momento. Sobre todo, porque Oscar, por primera vez en muchos años, parecía realmente interesado en alguien.

La idea se la había dado un auditor que le pasó información desde la dirección de correo electrónico de su hija. La satisfacción que sintió al escribir aquellas palabras le había aliviado el dolor sordo que sentía en el pecho. Cada vez que pulsaba el icono de «Enviar» se sentía un poco mejor. La filtración a la prensa también había ayudado.

La azafata se acercó de nuevo y le preguntó si quería más champán. Eva respondió con amabilidad y le acercó la copa. El líquido claro mostraba un brillo maravilloso

bajo los rayos del sol.

Casi ocho millones de dólares.

Sería más que suficiente para comprarse un amplio apartamento en el sur de Francia. Quería una gran terraza, eso ya lo sabía. Con los millones que quedarar tendría para vivir el resto de su vida.

Con el tiempo, vendería su piso de Estocolmo. Cuando todo se hubiera calmado un poco. Cuando la baja de seis meses por enfermedad hubiera acabado.

No fue difícil convencer al médico para que le diera la baja. Él se había mostrado muy simpático y comprensivo. Seguramente, estaría dispuesto a ampliársela si ella se lo pidiera. El bufete de abogados le había enviado un ramo de flores. Nadie había dudado de su enfermedad.

El dinero del piso vendría a llenar la caja. Era posible que abriera algún pequeño negocio en la Riviera. Había muchas cosas a las que podía dedicarse una mujer diligente. Pero en ese momento solo pensaba en disfrutar de la vida. Mimarse. Quizá echarse un amante. Un francés apasionado que supiera cómo cuidar a una mujer.

Gracias, Oscar, pensó levantando su copa en un brindis silencioso. Sabía que al final te ibas a hacer cargo de mí. No lo dudé ni por un momento.

Agradecimientos

Todos los personajes de esta novela son personajes de ficción y no existe ninguna similitud con personas vivas o muertas.

Cuando la intriga fue tomando forma pensé en cómo se puede desarrollar el poder y la ambición en un círculo estrecho. El Real Club de Vela, por su relación con Sandhamn, fue un punto de partida natural. Sin embargo, yo misma he sido miembro activo del club durante muchos años y puedo dar fe de los grandes esfuerzos que se realizan en favor del deporte de la vela. También me gustaría señalar que la reunión anual del club se suele convocar en febrero, no en septiembre, y que, naturalmente, hay muchos otros tipos de barcos, y no solo Swan, que participan en la Vuelta a Gotland.

Mientras trabajaba en esta novela, un gran número de personas han compartido generosamente conmigo su experiencia y sus conocimientos.

Quiero darle las gracias a Jan Fellenius, del bufete de abogados Fylgia, que me ha explicado cómo trabaja un administrador concursal. El comisario Sonny Björk me ha descrito las pruebas forenses y de balística, y el dentista Hans-Olof Örnfeldt me ha aclarado en qué consiste el sistema Brånemark. También me ha ayudado mucho la radióloga Katarina Bodén, y he visitado a Marie Frykberg del departamento de administración concursal, con la ayuda de Cecilia Klerbro, jefa del tribunal de Nacka.

Un especial agradecimiento a mi familia, amigos y compañeros que han sacado tiempo para leer el manuscrito y me han aportado sus valiosos comentarios a lo largo del proceso: Lisbeth Bergstedt, Tord Bergstedt, Anette Brifalk, Helen Duphorn, Carin Hildebrand, Gunilla Pettersson y Göran Sällqvist.

Estoy muy agradecida a mi talentosa editora, Karin Linge Nordh, a mi incansable correctora, Matilda Lund, y a todo el equipo de Forum, que le dedica tanto esfuerzo a mis libros.

Como siempre, mi hija Camilla ha sido mi mayor apoyo y la primera de todos en leer y opinar. Mi maravilloso marido, Lennart, también me ha apoyado en todo el proceso. Él ha respondido a innumerables preguntas sobre caza y municiones, y se ha hecho cargo de todo durante las etapas finales de la escritura de este libro, cuando yo desaparecí tanto física como mentalmente. Mis preciosos hijos Alexander y Leo me han animado con sus gritos y sus abrazos.

Viveca Sten

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

© Viveca Sten, 2017

© de la traducción, Gemma Pecharromán Miguel

© de la cubierta, Sylvia Sans Bassat

© Maeva Ediciones, 2017

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

ISBN: 9788417108038

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Notas

¹ Systembolaget: los únicos comercios con autorización estatal para la venta de bebidas alcohólicas en Suecia. (*N. de la T.*)

² *Sköna Hem*: revista sueca de diseño y decoración. (*N. de la T.*)

³ *Filmjök* o *fil*: es un producto lácteo muy consumido en Suecia, que se elabora con leche de vaca fermentada con diversas bacterias. (*N. de la T.*)